

Selección RNR

ADRIANA RUBENS

*Detrás de tu
mirada*



Romance Histórico

Detrás de tu mirada

Adriana Rubens



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Este libro está dedicado a todas las lectoras
que me pedisteis la historia de Connor y Samantha,
porque vuestros ánimos han sido la mejor inspiración...*

GRACIAS

PRÓLOGO

Caversham, Condado de Reading, Inglaterra, 1869.

—**A** partir de ahora tendrás que ser valiente, muchacho.

Connor asintió, mirando con solemnidad a la mujer que le sujetaba de la mano mientras subían las escaleras de la residencia de los Culpeper.

—Esto es solo temporal, hasta que consiga contactar con la familia de tu madre —continuó susurrando ella apretándole la mano, como si ese simple gesto le pudiese transmitir cierto consuelo.

No lo consoló.

—No tiene de qué preocuparse, señorita MacDunne —aseveró el señor Culpeper, precediendo la marcha—. Le aseguro que su sobrino estará perfectamente cómodo en nuestro hogar. Tenemos un total de seis niños alojados en esta casa, de edades entre cuatro y ocho años, y los cuidamos como si fuesen nuestros propios hijos.

Aquello pareció apaciguar los temores de tía Alice, porque le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

No lo tranquilizó.

—¿Qué edad tienes, chico?

—Seis años —respondió su tía por él.

—¿No habla? —preguntó el hombre, frunciendo el ceño.

—Sí, pero se ha vuelto bastante retraído últimamente —explicó Alice con voz suave—. Verá, su madre murió hace poco, y todavía se está recuperando de la conmoción —añadió, ante la mirada especulativa del señor Culpeper, como si se sintiera obligada a justificar la conducta del niño.

—¿Y el padre?

—Mi hermano, su padre, ahora mismo no puede hacerse cargo de él —respondió tía Alice sin más, enmascarando la verdad: que el hombre estaba en la

cárcel.

Él asintió, mirándolo con curiosidad, pero no dijo más.

Tía Alice guiñó un ojo a Connor, en un intento por animarlo sin palabras después de haber sacado a colación un tema tan doloroso.

No lo animó.

Al llegar a la planta de arriba, les condujo por un pasillo amplio salpicado de puertas e iluminado por una ventana de doble hoja al fondo. Una alegre alfombra floreada amortiguó sus pasos hasta llegar a su destino: la tercera puerta a la izquierda, justo al final.

—Esta es una de las mejores habitaciones que tenemos —declaró el señor Culpeper, abriendo la puerta e invitándoles a entrar con un gesto—. Puede que no seamos los más baratos, pero ofrecemos un buen hogar.

—En el anuncio del periódico decía que eran siete chelines mensuales.

—Exacto. Le garantizo que su sobrino recibirá los mejores cuidados... siempre que yo reciba el dinero con puntualidad —añadió a modo de advertencia.

—Le aseguro que recibirá su dinero sin retrasos. Tengo un buen sueldo —aseguró tía Alice con firmeza—. Trabajo en una de las mejores sombrererías de Londres. Y como muestra de buena voluntad, le voy a pagar tres meses por adelantado.

—Aprecio el gesto, señorita MacDunne —murmuró el señor Culpeper, inclinando la cabeza—. Voy a dejarles a solas para que se puedan despedir mientras mando a alguien a que suba el equipaje del niño.

En cuanto el hombre se fue, tía Alice se arrodilló frente a él, cogiéndole por los hombros.

—Es una habitación muy agradable, seguro que estarás muy bien aquí. —Connor mantuvo la mirada clavada en sus pies—. Venga, cariño, mírame. Ya te he explicado por qué no puedo tenerte conmigo. Tengo un horario muy complicado y mi casero no admite niños en mi habitación. Esta es la mejor solución. —Él levantó la mirada y pudo ver las lágrimas que anegaban los ojos de su tía—. Créeme, en cuanto contacte con la familia de tu madre todo se arreglará, ya lo verás.

No la creyó.

Cuando la mujer se fue después de un sentido abrazo y de una promesa de visitarlo al menos una vez al mes, Connor se arrastró hasta la ventana de la habitación, que daba a la parte trasera de la casa.

Prendas de diferentes colores ondeaban como banderas al viento, dispuestas en

varias cuerdas que cruzaban el patio. Las gallinas deambulaban de aquí para allá, picoteando en busca de alimento. Un edificio viejo y destartado se alzaba al lado de un granero que había conocido mejores tiempos. Un niño, no mucho mayor que él, alimentaba a una piara de cerdos que había en un pequeño corral. Destellos de lo cotidiano que habían formado parte de su vida con anterioridad, pero que ahora parecían tan lejanos como el recuerdo de la voz de su madre cantándole una canción antes de dormir.

De forma inconsciente, se llevó la mano al relicario que colgaba de su cuello. Era un delicado diseño de orfebrería en oro que había pertenecido a su madre y que había pasado a ser su más querido tesoro. No tuvo que abrirlo para que la imagen de ella apareciese ante él. Pelo oscuro, ojos verdes y sonrisa dulce. Un retrato de su juventud que, desde su muerte, él había contemplado todas las noches antes de dormir mientras las lágrimas arrullaban su sueño.

Los sentimientos se sucedieron en su interior mientras el sol avanzaba hacia el oeste. Miedo, tristeza y rabia. Sobre todo, rabia. Todo era culpa de él, de su padre. ¿Por qué había tenido que matarla? Ella era buena, tan buena. Aunque su padre también lo había sido hasta aquel momento. No comprendía nada.

Padre le había asegurado que era inocente pero, aun así, estaba en la cárcel. Eso lo confundía, porque solo las personas malas iban a la cárcel, ¿verdad? Así que, a sus ojos, él era el culpable de que su madre ya no estuviese con él y de que su hogar hubiese desaparecido.

El ruido de la puerta al abrirse lo sacó de sus pensamientos. No tenía intención de girarse, pensando que era algún empleado del señor Culpeper que le traía la bolsa con sus pertenencias, pero le sorprendió escuchar una voz infantil.

—Por cómo pesa esto, debes ser un señoritingo *mu rico pa* tener tantas cosas tuyas.

Un niño escuálido, un poco más bajo que él, le miraba con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Teniendo en cuenta que la bolsa con todas sus pertenencias no tenía más de tres palmos, aquel comentario le extrañó.

—¿*Qués* lo que llevas al cuello? —inquirió el niño, entrecerrando los ojos.

Connor lo guardó en su puño de forma protectora pero no respondió.

—¿No *pues* hablar? —insistió ante su mutismo. Como él siguió sin abrir la boca el niño continuó hablando en un susurro confidente—. Será mejor que guardes bien tus objetos de valor. Por aquí hay mucha mano larga, sobre todo la de la señora Culpeper —advirtió con una mueca de disgusto—. ¿Me entiendes?

Él asintió.

—Vamos, no pongas esa cara. Mientras paguen por ti, no tienes de qué preocuparte. Te tratarán bien —aseguró al ver su expresión atemorizada.

—¡Rata! ¿Dónde te has metido?

La voz iracunda de una mujer llegó desde la planta de abajo, sobresaltándolos.

—Será mejor que me vaya ya. La señora *mestá* buscando —murmuró el niño, arrugando la nariz.

Antes de que saliera por la puerta, la curiosidad arrancó de la boca de Connor las primeras palabras pronunciadas desde la muerte de su madre.

—¿Te llamas Rata?

—Rata. Maldita rata. Sucia rata. Rata de alcantarilla. Me llaman de muchas maneras —admitió el niño, encogiéndose de hombros con indiferencia—. Supongo que alguna vez tuve un nombre, pero ya no me acuerdo. ¿Cómo te llamas tú?

—Connor MacDunne.

—Es un buen nombre.

Connor nunca había pensado en ello. Era un nombre y punto. Aunque supuso que era mucho mejor que llamarse Rata.

—Tal vez podríamos buscar uno mejor para ti —se atrevió a decir.

El niño lo miró con sorpresa, hasta que una sonrisa mellada, muy parecida a la suya propia, se dibujó en su cara.

—Eso me gustaría.

—¡Maldita rata! Cuando te encuentre te despellejaré vivo.

La voz de la señora Culpeper volvió a oírse prometiendo represalias. Connor se estremeció de miedo, pero Rata solo hizo un gesto de fastidio.

—¿Te va a despellejar? —preguntó, temeroso de que le pudiese pasar algo malo a su nuevo amigo.

—No, solo me dará algún coscorrón —declaró Rata, encogiéndose de hombros como si lo aceptara como algo normal—. Soy bueno haciendo mis tareas, así que no les conviene pegarme tanto como para no poder hacerlas.

Le guiñó un ojo y se giró para salir por la puerta, presto a responder la llamada de la señora de la casa, cuando Connor lo detuvo con una pregunta antes de que pudiera irse.

—¿Qué pasará si mi tía deja de pagar por mí?

Rata se paró en el umbral y sin girarse para mirarle, hundiendo los hombros, contestó con voz queda:

—Que perderás tu nombre y pasarás a ser una rata más.

CAPÍTULO 1

Londres, Mayo de 1888

—**E**s usted la joven más bonita de este salón.

Lady Samantha Evangeline Amber Richmond asintió distraída a su acompañante, Ashley Williams, conde de Paddington. Era uno de los mejores partidos de la temporada: un joven atractivo, de cabellos rubios y ojos azules, con una reputación intachable y una fortuna considerable. Cualquiera de las damas casaderas que había en el salón hubiesen dado lo que fuera por estar recibiendo sus halagos... y Samantha se hubiera intercambiado gustosa con ellas, porque cuando había bailado entre los brazos del conde no había sentido nada.

Su madre le había contado en una ocasión que la primera vez que vio al duque de Bellrose, el pulso se le había desbocado y había sentido una opresión en el pecho. «Atracción», lo había llamado. Era un sentimiento impredecible. Podía darse en el lugar más inoportuno, con el hombre menos adecuado; pero una vez la sentías, era imposible resistirse a ella. Y eso era exactamente lo que ella estaba buscando, sin resultado hasta el momento.

—La mujer más bella de Londres —continuó adulando lord Paddington.

Samantha sonrió de forma automática a su joven y apuesto acompañante antes de llevarse a los labios el vaso de ponche, mientras sus oídos trataban de captar la conversación que se desarrollaba a su lado. No estaba bien visto que los caballeros hablasen de política en un baile cuando estaban en presencia de las damas, ese tipo de conversaciones quedaban reservadas a los clubs masculinos, pero algunas veces los hombres se dejaban llevar por la pasión de sus ideales y se enzarzaban en una contienda verbal de lo más estimulante. Y eso solía suceder cuando alguno de los Richmond estaba presente, más aún cuando el baile en cuestión se desarrollaba en la residencia londinense de los duques de Bellrose,

como era el caso.

—Para ser justos, el sufragio debería ser universal —expuso Nicholas, su hermano mayor y ahora marido de su mejor amiga Kathleen. Estaba manteniendo un acalorado debate con el conde de Dorsey, un hombre orondo de pelo canoso y espesas patillas, con una marcada ideología conservadora—. Todo el mundo tiene derecho a votar sobre decisiones que pueden afectar a sus vidas

—Inconcebible —masculló lord Dorsey. Las mejillas se le enrojecieron por la indignación—. Ya me pareció un desatino que con la reforma de 1884 se concediera el derecho al voto a los campesinos. ¿Qué será lo siguiente? ¿Dar el voto a nuestros criados? ¿A las mujeres? —añadió, despectivo, emitiendo una carcajada desagradable.

Samantha apretó con tanta fuerza el vaso que sostenía en la mano que temió romper la fina cristalería, reprimiendo el impulso de arrojar su contenido al rostro rubicundo del hombre. Tuvo que morderse la lengua para no tomar partido en aquella conversación y dar su opinión con libertad, porque sería una actitud impropia de una dama y Samantha había prometido a su madre que, al menos durante la primera temporada social, trataría de comportarse como tal.

—La flor más hermosa de Inglaterra —oyó que decía el conde de Paddington.

Samantha lo ignoró y contuvo el aliento, esperando la respuesta de su hermano. Y Nicholas no la defraudó.

—Lord Dorsey, los tiempos están cambiando. Las mujeres ya no se conforman con ser meras esposas. La Universidad de Londres hace ya diez años que acepta féminas entre sus estudiantes, con unos resultados más que satisfactorios. Es lógico que se plantee la posibilidad de que ellas también tengan derecho al voto.

—Lo que estoy tratando de decirle es que sería el hombre más feliz del mundo si me concediera el honor de...

—¿Está insinuando que las mujeres tienen la misma capacidad intelectual que los hombres? —inquirió lord Dorsey al mismo tiempo.

—... ser mi esposa.

—Por supuesto —respondió Samantha sin dudar.

Dio un respingo cuando lord Paddington la cogió de las manos, situándose demasiado cerca para lo que dictaba la etiqueta.

—Me acaba de hacer el hombre más feliz del mundo —afirmó el joven, con una sonrisa radiante.

—¿Por qué? —preguntó ella, con un suspiro, molesta porque no la dejaba escuchar la contestación de Nicholas.

—Porque acaba de aceptar convertirse en mi esposa.

Aquello logró captar toda su atención.

—Yo no he hecho tal cosa —musitó, mirándolo desconcertada, con los ojos abiertos como platos, mientras daba un paso atrás para alejarse un poco de él.

La sonrisa de lord Paddington desapareció al instante, sustituida por una mirada de incompreensión.

—Pero se lo he preguntado y usted ha respondido «por supuesto» —balbució, confundido.

Samantha entendió al instante el malentendido.

—Le pido disculpas, milord, pero ha sido una confusión. Estaba distraída y no prestaba atención a sus palabras —confesó con sinceridad—. La respuesta que escuchó no tenía nada que ver con su pregunta.

Las mejillas del conde se tiñeron de rojo pero irguió los hombros y la miró con decisión.

—Lady Samantha Richmond, ¿aceptaría...

—Lord Paddington —cortó Samantha, antes de que él volviese a formular su oferta—. Es mi primera temporada y no tengo la intención de aceptar ninguna proposición de matrimonio, mucho menos de un hombre al que acabo de conocer hace escasos minutos.

El conde aceptó sus palabras con un breve cabeceo, pero su negativa no hizo mella en su voluntad, puesto que añadió sin perder el ánimo:

—¿Me concederá entonces la oportunidad de visitarla en alguna ocasión para que podamos conocernos mejor?

No todos los hombres aceptaban el rechazo con ese aplomo y ella apreció el gesto, así que le dijo que lo consideraría siempre que su padre lo aprobase. El joven pareció darse por satisfecho porque se alejó de ella con una sonrisa esperanzada.

Samantha se giró, dispuesta a dar su opinión a la conversación entre su hermano y lord Dorsey, aun a riesgo de recibir miradas de censura de las matronas del salón, pero los hombres ya no estaban junto a la mesa de refrigerios. Una de dos, o habían acabado su contienda o habían decidido trasladarla a algún lugar más discreto. Pensó en buscarlos, pero cambió de opinión al percatarse de lo tarde que era.

Sus ojos recorrieron el salón de baile, observando las parejas que bailaban acompañadas por la juguetona melodía de la polca Pizzicato, de los hermanos Strauss, en busca de Kathy, pero no la encontró. En cambio, su mirada se detuvo

sobre un rostro familiar: el de Emily Stuart, una de las bellezas de la temporada.

Su familia era de Boston y habían venido a Inglaterra en busca de un título nobiliario que adornase su inmensa fortuna, y estaban decididos a conseguir que Emily se casase con un par del reino para lograrlo.

Pese a que las intenciones de los Stuart eran evidentes, la hermosura de Emily, unida a un carácter extrovertido, habían hecho que hubiera más de un noble interesado en desposarla. En esos momentos estaba entre los brazos del duque de Morton, un hombre que posiblemente la triplicase en edad, pero que se ajustaba a la perfección a lo que la familia de Emily estaba buscando.

Por el rabillo del ojo vio a su hermano Joshua, mirando a la pareja con el ceño fruncido, y algo en su expresión la instó a acercarse a él.

—Es bonita.

—Es hermosa —puntualizó él.

—¿No crees que es demasiado coqueta?

—Es joven y vivaz, un soplo de aire fresco entre las debutantes almidonadas que ofrece Londres —explicó, mirándola embelesado.

—¿Perdona? —Samantha lo miró alzando una ceja, indignada por el comentario.

—Ya sabes de lo que hablo. Tú eres otra excepción —afirmó Joshua, restando importancia a su comentario con un ademán, sin apartar la mirada de Emily—. ¿Sabes? Creo que sería la esposa perfecta para un médico

—¿Lo dices en serio? —preguntó Samantha, mirándolo con asombro.

—¿Tanto te sorprende? —inquirió Joshua, sonriendo—. Tengo veinticinco años, y un empleo respetable. Ya va siendo hora de que siga los pasos de Nicholas y piense en formar una familia.

Su sonrisa provocó que varias de las damas que estaban a su alrededor lo miraran embobadas. Su hermano era demasiado hermoso para su propio bien. Que, siendo hijo de un duque y teniendo el título de vizconde, hubiese optado por ejercer una profesión, aunque fuese la medicina, había sido censurado por muchos nobles, pero eso no había hecho mella en la atracción que despertaba en las mujeres. Todo lo contrario, su actitud inconformista lo había hecho todavía más deseable para ciertas damas.

—Sí. Bueno, no. No me sorprende —se corrigió al instante, sabedora de lo mucho que le gustaban a su hermano los niños y que estaba deseando tener hijos propios—. Tan solo pensé que estarías interesado en otro tipo de mujer. —«Una más dulce y menos vanidosa», pensó para sí—. Además, no es por

menospreciarte, pero creo que no te ajustas al perfil que los Stuart están buscando.

—Soy joven, atractivo, rico y un respetado médico.

—Pero solo eres vizconde.

—No creo que a ella le importe.

Samantha tuvo que morderse la lengua. Solo había hablado un par de veces con Emily y la impresión no había sido buena. Le parecía una joven consentida y codiciosa. Pero, al parecer, su hermano no veía más allá de su exuberante belleza morena.

—A ella puede que no le importe que tengas un gran título —dijo, no muy convencida de ello—. Pero ¿y a su familia?

Joshua entrecerró los ojos pero no dijo nada. En cuanto el baile acabó se acercó a su presa, dispuesto a reclamar el siguiente baile. La muchacha lo recibió con una sonrisa que parecía sincera. No dudaba de que Joshua le resultase atractivo, pero habría que ver si su ambición por un título capitulaba ante la determinación del joven médico.

La mirada de Samantha dio por fin con su rubio objetivo, y sus pensamientos derivaron en su propósito de aquella noche, haciendo que una punzada de impaciencia y nervios la recorriera.

Kathleen estaba junto a la cristalera que daba al jardín, conversando animadamente con una joven dama de cabellos de fuego: la condesa de Fullford. Viéndolas juntas, con sus vestidos elegantes y modales impecables, nadie pensaría que las dos jóvenes compartían un pasado escandaloso relacionado con el mísero distrito de Whitechapel. Pero ese era otro de los muchos secretos que escondían los Richmond.

Samantha se acercó resuelta hacia ellas, rechazando a los jóvenes que intentaban abordarla para solicitarle una pieza de baile.

—Ha llegado el momento.

Los ojos color índigo de Kathleen la miraron con preocupación.

—Sam, ¿estás segura?

—Lo que quieres hacer es una verdadera locura —convino Lorraine, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—Lo sé, pero si no cometo locuras hoy, tal vez no pueda cometerlas mañana —replicó Samantha con una sonrisa ladeada—. Tan solo dime si todo continúa según lo previsto —susurró mirando a Kathy.

—Sí, la señora Veillard te aguarda. Pero, por Dios, Samantha, sé discreta. Si

alguien te descubre...

—Tranquilas, seré invisible —aseguró con un guiño.

Las dos muchachas la miraron con escepticismo, pero Samantha no se desanimó. Se despidió de ellas con la promesa de que tendría cuidado y luego informó a sus padres que se iba a ir a dormir alegando que tenía un poco de jaqueca.

No le gustaba mentirles, pero ellos nunca aprobarían lo que iba a hacer. Y Samantha no iba a consentir que nadie frustrase sus planes.

Esa noche iba a visitar El Jardín Secreto.

CAPÍTULO 2

Connor MacDunne tenía la absoluta certeza de que el relicario estaba en aquel maldito trasto. Apretó los puños, reprimiendo a duras penas la tentación de coger un hacha y descargar su frustración sobre el *secrétaire* que había pertenecido a la bruja de Heather Lovejoy. Le había prometido a Kathleen que no lo dañaría y él había tomado la decisión de cumplir sus promesas... siempre que beneficiase a sus propósitos.

Según le había dicho ella, era una inigualable obra de arte de estilo *Neuwied* elaborada por el mismísimo David Roentgen, un afamado artesano alemán. Una exquisita pieza de madera noble con delicados adornos de marquetería que enmascaraba un sinnúmero de pequeños artilugios mecánicos para esconder y guardar toda clase de secretos.

Para Connor, no era más que un mueble infernal que frustraba su voluntad. Pero teniendo en cuenta que Kathleen era ahora la marquesa de Dunmore, y que Connor recibía un considerable apoyo económico de su ilustre marido, le convenía respetar los deseos de la muchacha y no hacerla enfadar. ¡Diantres! Tampoco era del todo cierto. En realidad, había llegado a sentir cierto afecto por ella y no quería disgustarla, mucho menos en su estado, gestando en su vientre al futuro heredero de Nicholas Richmond. Ya había probado una vez los puños de marqués y no quería repetir la experiencia. Apreciaba su vida.

Aunque su comienzo con Kathleen había sido un poco tormentoso, siendo la sobrina de Heather y quitándole una herencia que él consideraba suya, pronto se había dado cuenta de que la muchacha tenía unas cualidades que no abundaban en esos días: bondad, lealtad, valor y mucha determinación. Virtudes que lo habían conmovido a su pesar y habían despertado sus instintos protectores. ¿Por qué? Pues porque en su mundo, las personas buenas escaseaban tanto que para él se habían convertido en algo digno de preservar.

Era curioso lo diferente que ella era de su tía. Heather Lovejoy, conocida

también como Venus, solo había tenido un interés en la vida: el dinero. Como dueña de El Jardín, el selecto prostíbulo que ahora era propiedad de Connor, había sido una proxeneta dura y sin ningún tipo de consideración hacia las mujeres que trabajaban para ella.

Pero también había sido la mujer que le había salvado la vida.

Todavía sufría pesadillas sobre cómo había sido su vida antes de conocer a Heather. Al escapar del infierno vivido en el hogar de los Culpeper, había terminado cayendo en el averno del East End londinense.

La vida en Whitechapel no era vida. Miseria, inmundicia y degradación, esas eran las tres palabras que mejor describían a aquel sórdido barrio donde él había tenido que pasar varios años de su vida. La ginebra corría por sus calles despertando lo peor de una humanidad que tenía poco de humana y mucho de animal.

Connor había hecho cosas de las que se avergonzaba, cosas de las que se arrepentía y cosas que nunca se imaginó que podría llegar a hacer. Todo por sobrevivir. Aunque en esto último no tuvo demasiado éxito. Había terminado enemistándose con una banda de indeseables que traficaban con los sueños rotos de los infelices que vivían allí. Si no fuese porque Heather lo encontró en un callejón, medio muerto por una paliza, y decidió llevárselo a El Jardín, Dios sabía por qué, posiblemente hubiese terminado su triste existencia como alimento para los roedores del lugar.

Sí. Aquella bruja le había salvado la vida, pero también le había quitado su preciado relicario. Una forma efectiva de tenerlo a su merced durante los años posteriores. Ahora Heather estaba muerta y su relicario desaparecido.

Connor miró con frustración el *secretaire*. Estaba allí, lo intuía. Pero ¿dónde? Kathleen y él habían pasado semanas intentando desentrañar sus secretos, explorándolo centímetro a centímetro. Ella, en busca de una libreta que le diera las riendas de su vida de nuevo. Connor, simulando ayudarla, había actuado por su propio interés, al menos al principio. Y, aunque habían encontrado algunos de los secretos que ocultaba Heather, ninguno había hallado en aquel condenado mueble las causas de sus desvelos.

El eco de unas risas le trajo de vuelta al presente. Consultó su reloj de bolsillo. Era la hora de salir y mezclarse con sus clientes. Una costumbre que se había impuesto desde que transformara El Jardín Secreto en un selecto club masculino donde los caballeros jugaban y disfrutaban de espectáculos eróticos plagados de sensualidad, mientras degustaban una copa de las mejores bebidas alcohólicas y

alternaban con las chicas.

Las mujeres que trabajaban allí no eran prostitutas. Al menos ya no. Curiosamente, con la llegada de Kathleen, el prostíbulo se había convertido en lo que era ahora, y el éxito había sido arrollador. Y como él era un hombre práctico, cuando ella le cedió la propiedad decidió dejarlo así. Tal y como la señora Veillard decía, El Jardín Secreto vendía sensualidad, no sexualidad. Y Connor ganaba una fortuna cada noche con ello. Fortuna que, desde que Nicholas Richmond se encargaba de gestionar, crecía por momentos.

Salió de la biblioteca mientras se colocaba la chaqueta, una pieza de la mejor calidad hecha a medida para él por uno de los más afamados sastres de Londres. Para codearse con soltura con la flor y nata de la sociedad, debía parecerse todo lo posible a ellos. En aquel mundo elitista, las apariencias lo eran todo. Y él había sabido mimetizarse con ellos a la perfección. Ropas elegantes, modales educados, clases de dicción para eliminar el característico acento *cockney* de los bajos fondos...

Esa era la cualidad gracias a la cual había podido sobrevivir hasta entonces pese a las circunstancias: la flexibilidad que tenía a la hora de amoldarse a su entorno. Podía mezclarse con la chusma del East End con la misma facilidad con la que se paseaba por aquel salón, saludando a los pares del reino con cortesía.

Era educado pero no mostraba una actitud servil. Su carácter no se lo permitía. Tal vez por ello se había ganado más de una mirada de censura. ¡Qué importaba! Odiaba aquello, la hipocresía que subyacía entre las personas que lo rodeaban. Buitres ansiosos por acercarse a él de noche, amparados en la clandestinidad del lugar, deseosos de conseguir los favores del infame propietario de El Jardín Secreto, para luego, a la luz del día, ignorarlo cuando se lo cruzaban por la calle.

Era irónico que durante años hubiese soñado con poseer aquel lugar y, ahora que por fin lo había conseguido, se sintiese hastiado y vacío. Esa era la razón por la que había tomado la decisión de dejar su dirección en manos de la señora Veillard y centrarse en otros menesteres más interesantes.

Desde que Nicholas Richmond lo contratara para velar por la seguridad en Whitechapel, Connor había fundado una empresa de seguridad y vigilancia. Sus empleados eran los *Blueguards*, nombre con el que habían empezado a ser conocidos por el distintivo chaleco azul que llevaban. Actuaban como detectives privados, escoltas personales, cazarrecompensas ocasionales y colaboraban con Scotland Yard en un intento por sofocar el creciente índice de delincuencia que assolaba el East End. Sí, aquella era una empresa mucho más atrayente y

satisfactoria en la que centrar su futuro. Y esperaba que, con el tiempo, también resultase muy lucrativa.

Un familiar cosquilleo en la nuca tensó su cuerpo y le hizo ponerse alerta. Era un sexto sentido que le había salvado la vida en más de una ocasión, señal de que alguien lo acechaba.

Sus ojos pasearon con disimulo por el salón, buscando el origen de la amenaza, pero no observó nada fuera de lo normal. Entonces, por el rabillo del ojo, la vio. Una figura tras la balaustrada del corredor de la primera planta.

Una mujer.

Aunque no pudo verla con claridad antes de que se fundiera con las sombras del corredor, algo en ella llamó su atención. Tal vez su porte orgulloso, tal vez la intensidad con la que ella lo había mirado. Pero su instinto depredador se activó, instándole a atraparla. Y, sin más dilación, fue en su busca.

Se dirigió hasta el vestíbulo y subió la gran escalinata de mármol que conducía hasta la planta de arriba, sorprendido por el irrefrenable impulso que sentía de alcanzarla antes de que desapareciera. Una vez llegó arriba se detuvo, con la respiración acelerada y el pulso desbocado, clavando su mirada en la misteriosa figura femenina que lo observaba de forma altiva. Pese a tener el cuerpo envuelto en una capa y el rostro cubierto por una máscara negra, su postura desafiante era inequívoca. Aquello lo intrigó.

Ella debió de leer algo en su mirada porque, de repente, dio un paso atrás.

—No tienes escapatoria —susurró Connor con voz ronca.

Sus palabras detuvieron a la mujer al instante. Ella alzó el mentón, orgullosa, y avanzó el paso que había retrocedido.

—¿Quién ha dicho que quiera escapar?

Aquella bravata le hizo sonreír. No pudo evitar acordarse de Kathleen. Ella le había replicado de la misma forma más de una vez, como ninguna otra mujer se había atrevido jamás a hacerlo... hasta ahora.

«Por fin un poco de diversión», pensó, y comenzó a caminar por el corredor, acortando los pasos que los separaban.

CAPÍTULO 3

Samantha creía tener el plan perfecto cuando convenció a Kathy para que arreglara aquella pequeña incursión. Abandonar la fiesta que daban sus padres antes de tiempo; entrar en El Jardín Secreto de incógnito ayudada por la señora Veillard, el ama de llaves del lugar, cubriendo su rostro con una máscara para mantener su anonimato, tal y como le había dicho su amiga que hacían las muchachas que trabajan allí; y observar cómo discurría la velada desde una posición segura para así poder saciar su curiosidad sobre aquel lugar. Incluso se había puesto un atuendo sencillo y anodino para no llamar la atención de ninguna forma. Iban a ser solo unos minutos y, cuando volviese, todos continuarían en la fiesta y nadie descubriría que había salido de la mansión.

¿Qué podía salir mal?

—No se aleje de mí, *petite*. Esta noche hay mucha gente. Es mejor que permanezca escondida y lo observe todo desde un sitio seguro.

Siguió a la señora Veillard, su cómplice aquella noche, por el gran vestíbulo de entrada. Aquella mujer había resultado toda una sorpresa. Kathleen le había contado lo que sabía de ella y su historia le había parecido fascinante: bailarina de can-can en París, prostituta, alcahueta y, para terminar, ama de llaves en El Jardín Secreto. Después de una vida tan ajetreada, Samantha se la había imaginado con un físico ajado de mirada dura. En cambio, la mujer era rolliza, con el rostro sonrosado y una mirada que destilaba una dulzura maternal muy atrayente, como si las adversidades con las que se había enfrentado no hubiesen podido acabar con la bondad de su corazón.

Subieron por la gran escalinata de mármol que presidía el vestíbulo hasta el primer piso, donde un largo corredor con balaustrada daba acceso visual a toda la planta baja.

—Antes, este piso estaba muy concurrido —explicó la mujer—, pero desde que Kathleen se hizo cargo del Jardín Secreto los visitantes fueron cada vez

menos, y ahora que *monsieur* MacDunne lo dirige, para sorpresa de todos, ha decidido cerrarlo al público y destinarlo solo a las habitaciones privadas de las chicas.

—Entonces ¿ya no es un burdel?

—*Non*, ahora solo es un club de hombres, donde juegan, beben y se divierten con mujeres hermosas sin verse limitados por las restrictivas normas sociales. Además, los espectáculos eróticos que ofrecemos se consideran los mejores de la ciudad —añadió, con orgullo.

—Parece un lugar muy interesante —musitó Samantha, mientras recorría con la mirada el gran salón donde hombres y mujeres bailaban, reían y charlaban sin control.

—Si permanece aquí, observando entre las sombras, nadie la verá. *D'accord?* —la instruyó la señora Veillard—. Yo tengo que ir un momento abajo. Hoy viene una chica nueva que necesita mi *guidage*.

—No se preocupe por mí, señora Veillard —aseguró ella con despreocupación—. Seré invisible.

La muchacha contempló con asombro la animación que bullía abajo. Era impresionante el modo en que la ausencia de normas sociales podía transformar una velada. La gente parecía divertirse, pero de verdad, sin rastro de las sonrisas frías y cordiales, muchas de ellas falsas, que abundaban en los eventos de la alta sociedad. Aquel lugar era diferente. Se oían carcajadas profundas que en un baile convencional estarían mal vistas y conversaciones trascendentes, sobre temas profundos y controvertidos que no era de buena educación sacar a relucir en una velada «educada» y que ella siempre encontraba tan interesantes. Hombres y mujeres se relacionaban libremente, bailando, hablando y riendo, y Samantha deseó por un momento participar de aquella algarabía.

Estaba tomando nota mental de todo lo que veía cuando una figura masculina llamó su atención. Más alto que la media, y con un traje oscuro, se movía con la gracia y elegancia de un felino, pero a Samantha se le antojó más como un depredador en medio de un rebaño de ovejas. Saludaba y hablaba con los demás, pero emanaba de él una tensión que le hacía parecer alerta a cuanto ocurría a su alrededor.

Tanto era así que, por un instante, el hombre pareció ser consciente de que alguien le observaba y miró a su alrededor con el ceño fruncido. Samantha se apresuró a diluirse en las sombras del corredor, en un intento de que no la viera, pegándose a la pared. Sin embargo, él la vio... y la intensidad de su mirada le

traspasó el alma.

Su respiración se detuvo en ese instante.

¿Podía ser él el hombre elegido por su corazón?

Desde luego, cuando aquellos profundos ojos verdes se posaron en ella, a pesar de la distancia que los separaba, Samantha sintió una opresión en el pecho y un hormigueo en el vientre, mientras una nueva sensación que no había advertido hasta entonces se adueñaba de todo su ser. La reconoció al instante. Era esa «atracción» sobre la que su madre le había advertido. Un sentimiento sumamente peligroso porque derivaba en el deseo.

Samantha había sido testigo del poder que tenía el deseo entre dos personas; su familia estaba plagada de parejas muy pasionales. Sus padres, sin ir más lejos, pese a estar casados desde hacía muchos años, continuaban manteniendo una relación muy intensa. Esa atracción todavía era palpable entre ellos. La forma en que se buscaban con la mirada, la manera en que se sonreían... Y aunque su madre le había hablado de ello, a pesar de que sabía que existía tal emoción, nunca antes la había sentido. Hasta ese momento.

Maldijo en silencio cuando vio cómo el hombre cruzaba de forma apresurada el salón, subía la escalinata y se detenía ante ella.

Lo observó en silencio. No era hermoso, al menos no como su hermano Joshua. Tampoco tenía esa apostura arrogante que desprendía su hermano Nicholas y que había encandilado a Kathy. No. Ese hombre tenía un donaire más primitivo, un halo de sensualidad que envolvía sus facciones afiladas y morenas. Pero lo letal en él era su mirada profunda: unos ojos tan verdes como el jade que la observaban con tanta intensidad que estaban haciendo estragos en su pulso.

No fue consciente de que había dado un paso atrás hasta que lo oyó murmurar:

—No tienes escapatoria.

El cuerpo de Samantha se envaró como un resorte, adoptando por instinto la postura altiva que había aprendido en la Academia para señoritas de la señora Carlston, a la que Kathy y ella habían asistido durante años: alzó el mentón, irguió la columna y tensó los hombros hacia atrás.

—¿Quién ha dicho que quiera escapar? —replicó, dando un paso hacia delante.

Si ese hombre esperaba intimidarla con su actitud, se iba a llevar una sorpresa. Samantha no era una damisela impresionable ni inexperta en el trato con los hombres. Bueno, en el plano de intimidación física sí. Pero en los demás aspectos, sabía cómo manejarlos a su antojo. No en balde tenía media docena de primos varones con los que mantenía un estrecho lazo de amistad y un batallón de

admiradores que la acosaban desde antes de que comenzara la temporada. Pero, aun así, cuando se enfrentó a él, tuvo la certeza de que estaba ante un hombre que no se iba a dejar manipular con facilidad.

Y entonces sucedió. Los ojos verdes centellearon de interés y una sonrisa canalla sesgó los labios masculinos, haciendo que el corazón de Samantha emprendiera un desbocado galope al mismo tiempo que se quedaba sin respiración cuando él empezó a acercarse. Quedaba confirmado, ese hombre era un peligro para su cordura.

Él detuvo sus pasos justo delante de ella.

—¿Eres la nueva adquisición de El Jardín Secreto?

—¿Quién lo pregunta? —replicó ella cuando consiguió encontrar su voz.

Era irónico. Desde que empezó la temporada había estado esperando conocer a un caballero que la hiciera sentir así. Y había terminado sucediendo tal y como su madre le había dicho: en el momento más inoportuno...

—Soy Connor MacDunne, propietario de este lugar.

... Con el hombre más inapropiado.

CAPÍTULO 4

«Así que este es el infame Connor MacDunne», pensó Samantha, mirándolo con franca curiosidad.

Había oído hablar de él en numerosas ocasiones. Kathy lo tenía en gran consideración, aunque su amiga tenía un corazón tan bondadoso que a veces estaba ciega ante los defectos de los demás. Lo que sí era digno de respeto era que sus hermanos, Nicholas y Joshua, habían desarrollado cierto grado de amistad con él. Y ellos no eran hombres de entregar su confianza a cualquiera.

Algo que tenía claro es que no era un caballero, por mucho que le hubiesen engañado a primera vista sus ropas elegantes. Viéndolo más de cerca, su pelo lucía demasiado largo, su camisa se veía un poco arrugada por falta de almidón, su corbata tenía el nudo torcido y a sus zapatos les faltaban lustre; detalles que un verdadero caballero no hubiese pasado por alto al acudir a un evento.

«Un lobo con piel de cordero», pensó.

—Déjame adivinar, ¿eres una institutriz caída en desgracia?

Aquella pregunta la descolocó.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Por tu forma de hablar. No es habitual que las chicas que vienen del arroyo tengan tan buena dicción, ni un porte tan digno —explicó Connor, con un encogimiento de hombros—. Y no serías la primera institutriz que acaba arruinada y termina sus días como prostituta en Whitechapel.

Aquello era cierto. Kathleen le había hablado de la desventura de muchas chicas que había conocido en los días que estuvo dirigiendo aquel lugar. Chicas inocentes a las que una sociedad machista e injusta había condenado a la más absoluta pobreza, teniendo que tomar medidas desesperadas para no morir de hambre.

—¿Cuál es tu nombre?

—Creo que prefiero no decírtelo.

—Tu nombre —insistió él.

—No te lo voy a decir.

Su impertinente respuesta provocó que el hombre entrecerrara los ojos de forma peligrosa, acelerando todavía más el pulso de Samanta. Su mirada verde la escrutó, tratando de adivinar lo que ella ocultaba detrás de la máscara que le cubría el rostro.

—Teniendo en cuenta tu situación, te convendría ser más obediente —gruñó, irguiéndose amenazante ante ella.

—Nunca se me ha dado bien recibir órdenes.

En cuanto terminó de decirlo, se vio empujada contra la pared recubierta por papel brocado. Emitió un jadeo indignado, pero quedó ahogado cuando él utilizó su peso para inmovilizarla.

Para poder moverse con comodidad en aquella escapada, había descartado usar corsé y polisón, por lo que debajo del vestido ligero de muselina solo llevaba una camisola y unos pololos. Eso hizo que sintiera con nitidez el duro cuerpo masculino de metro ochenta de alto pegado contra ella, apretándola de tal forma que le hizo temblar las piernas.

—Exijo que me sueltes ahora mismo —masculló, ruborizada, revolviéndose para escapar.

—La obediencia tampoco se encuentra entre mis virtudes —replicó él, con una sonrisa ladeada, entrecerrando los ojos.

Mientras hablaba, Connor puso su mano alrededor del cuello de Samantha, en una sutil amenaza que consiguió detener sus movimientos. Los ojos del hombre se clavaron en su boca con intensidad y, al segundo siguiente, su pulgar acarició sus labios de una forma lenta y sensual que le hizo contener el aliento, para dejarlo escapar en un jadeo ahogado cuando lo vio morderse el labio inferior con deseo.

Se asustó de su propia reacción, de las ganas irresistibles de probar sus labios, de que ese desconocido la besara. Debía escapar, tenía que hacer algo para alejarse de él y de las sensaciones que despertaba en ella. Pero antes de poder reaccionar, él la besó.

No era inocente, su madre le había hablado de lo que ocurría entre un hombre y una mujer. Incluso había disfrutado de algún beso en la intimidad de un discreto rincón en algún oscuro jardín, llevada por la curiosidad de saber lo que se sentía al experimentarlo. Pero nada podía haberla preparado para aquello.

Connor saqueó su boca con determinación, lamiendo sus labios con pericia.

Intentó girar la cara, para escapar de su asalto, pero él siguió su movimiento hasta afianzar el beso, reteniendo su rostro entre las manos para que no tuviera escapatoria. Samantha jadeó, asombrada, llenando sus pulmones con el delicioso aroma que lo rodeaba, una sutil mezcla de ámbar y cedro, que le resultó embriagador. Y él, sin dudar, aprovechó la ocasión para introducir la lengua en su interior.

El mundo giró a su alrededor, mientras una miríada de sensaciones recorría su interior, provocando un delicioso calor en su vientre. Antes de darse cuenta, le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió el beso con pasión. Su lengua imitó los movimientos de la masculina, al principio con timidez, pero, al escucharlo gemir, comenzó a moverla con osadía, en un baile erótico y carnal que los dejó sin resuello.

—Y ahora, ¿me dirás tu nombre?

La pregunta, dicha con voz muy ronca, la trajo de vuelta a la realidad. Había estado tan absorta en las sensaciones que ni siquiera se había percatado que él había dejado de besarla. Abrió los ojos, confusa, y se encontró una mirada de pura satisfacción masculina.

—Creo que no —consiguió murmurar, tozuda.

—Como quieras —gruñó él, ofuscado—. De todas formas, para lo que tengo en mente tampoco es necesario que lo sepa.

Antes de que pudiera reaccionar Connor posó una cálida mano sobre uno de sus pechos, cubriéndolo por completo. Abrió la boca para protestar, pero él fue más rápido y la acalló con otro beso voraz. Y otra vez sucedió: la cabeza le dio vueltas, el calor inundó su cuerpo y sintió una vergonzosa humedad entre sus piernas, mientras él masajeaba su pecho de una forma deliciosa.

Si en verdad aquello era consecuencia de la atracción, era tan incontrolable como le había dicho su madre. Y muy peligrosa. Con un resquicio de cordura pensó que debía detenerle.

Su primo Dustin siempre le había dicho que un rodillazo en la entrepierna era la forma más efectiva de templar la lujuria de un hombre. Estaba a punto de ponerlo en práctica cuando los dedos masculinos desabrocharon con destreza los botones delanteros de su vestido y desataron la lazada que cerraba el escote de su camisola, lo suficiente para acceder al premio que ansiaba. Sentir la calidez de la mano masculina sobre su pecho desnudo casi la hizo desfallecer. El roce de su palma callosa le provocó un agudo placer que la hizo jadear contra su boca. Estaba pensando que no podía haber nada más placentero que aquello cuando, al

segundo siguiente, la boca del hombre abandonó sus labios para apresar uno de sus pezones. Fue una sensación tan intensa que su cuerpo se tensó por la impresión.

—Shhh, relájate —musitó Connor, atacando con gula su otro pecho—. Para venir del East End estás resultando ser un bocadito muy dulce.

—No he dicho que venga de allí —murmuró Samantha con voz débil, sintiendo cómo el hombre comenzaba a levantarle la falda.

Él se detuvo un instante y la miró con el ceño fruncido, desconcertado.

El cuerpo de Samantha protestó por la interrupción, ávido por seguir experimentando el placer de sus caricias. Pero su mente fue sensata. Era el momento. Si no lo interrumpía en ese instante, volvería a besarla y caería presa de su embrujo. Tomó aire e hizo lo único que sabía con certeza que lo detendría.

—Soy lady Samantha Richmond.

CAPÍTULO 5

Connor trastabilló en su prisa por separarse de ella, mientras la joven se apresuraba a abrocharse los botones de su vestido, recuperando así un aspecto respetable.

«¡Diantres! Esa boca no tiene nada de respetable», pensó, azorado, viendo aquellos succulentos labios, un poco irritados por sus besos. Eran los más sensuales que había visto en su vida, y sin duda los más dulces.

Maldijo en silencio, pasándose la mano por el pelo. De entre todas las mujeres que había aquella noche en El Jardín Secreto, se había tenido que sentir atraído por la única a la que no le estaba permitido mirar, ni tocar... y mucho menos, besar y acariciar como lo había hecho.

Si los Richmond llegaban a enterarse de aquello, su vida estaba acabada.

—¿Qué hace una dama como usted en este lugar? —gruñó Connor, adoptando al instante un trato formal.

—No ponga esa cara de horror. Solo ha sido un beso —musitó ella con dignidad, mientras alisaba las arrugas de su falda.

—¡Maldición! No ha sido solo un beso.

—No se maldice en presencia de una dama.

—Le recuerdo que hace un segundo devoraba sus gemidos mientras mi mano incursionaba dentro de su escote —continuó diciendo él, ridículamente ofendido por su comentario.

—No se habla de intimidades en presencia de una dama —reprendió ella, avergonzada.

Connor soltó un taco.

—Ni se dicen improperios en presencia de una dama —amonestó lady Samantha mientras volvía a adoptar aquella postura altiva tan peculiar, mirándolo como a un insecto molesto, dispuesta a presentar batalla.

Connor sintió cómo su excitación volvía a crecer. Era ridículo. Debía

deshacerse de aquella chiquilla antes de que se montara un escándalo y el clan de los Richmond al completo reclamase su cabeza. ¡Demonios! Conociéndolos, se la arrancarían ellos mismos si se enteraban de aquello.

—¿Cómo ha entrado aquí?

—Convencí a Kathy para que me dejase venir y ella lo arregló todo con la señora Veillard. Me disfracé, me escapé de casa por la puerta de servicio aprovechando el ajetreo de la fiesta y alquilé un carruaje que me trajo hasta aquí —explicó, como si fueran hechos de lo más normales y no una sarta de verdaderas locuras—. Solo quería observar cómo era este lugar por dentro. No esperaba que nadie me descubriera.

Connor la miró de arriba abajo. Cierto era que se había vestido de forma discreta. Llevaba el pelo oscuro recogido en un sencillo rodete y estaba envuelta en una capa corriente que dejaba entrever un vestido gris anodino. Y, con la máscara cubriéndole el rostro, nadie hubiese adivinado nunca que se trataba de la hija del duque de Bellrose. Aun así...

—¿Se ha jugado su reputación solo por curiosidad? —barbotó él, incrédulo.

—No, solo me he arriesgado a ser víctima de una situación inconveniente por saciar mi sed de conocimiento —replicó ella con suavidad—. Por desgracia, hoy en día la reputación de una dama es tan frágil que no tiene sentido que condicione mi vida intentando protegerla, ¿no cree? Una existencia intachable se puede ver destrozada en cuestión de segundos por una palabra maliciosa en un oído indiscreto.

Connor la miró sorprendido. Sus palabras denotaban mucha madurez... y eran totalmente ridículas.

—No creo que su familia esté de acuerdo con usted.

—Se sorprendería —murmuró ella, esbozando una sonrisilla aviesa.

Connor bufó.

—Puede hacer lo que guste con su reputación, mientras se mantenga alejada de este lugar y de mí —masculló, cogiéndola del brazo, dispuesto a sacarla de allí cuanto antes—. Tengo intereses económicos con su familia y no quiero que una cabeza hueca como usted los estropee —continuó diciendo mientras abría una puerta que daba acceso a la escalera de servicio.

La arrastró hacia abajo sin ningún tipo de miramiento, impaciente por deshacerse de ella y de aquella indeseada atracción que despertaba en él.

—¡Oiga usted, mentecato...!

—No se dicen improperios en presencia de un caballero —cortó él, con una

exagerada mueca de horror, conteniendo la sonrisa al ver que ella entrecerraba los ojos.

—Pero usted no es un caballero. Si lo fuera no me habría besado de esa manera y no habría desabrochado los botones de mi vestido para...

—Si no se puede hablar de intimidades delante de una dama, no tiene sentido que la dama en cuestión hable de ellas, ¿no cree? —atajó él, disfrutando al devolverle sus anteriores reproches.

—¡Maldición, señor MacDunne! —exclamó ella, golpeando el suelo con el pie de pura rabia—. Está usted tergiversando todas mis...

—Una dama no debería maldecir —la reprendió él, chascando la lengua.

—¡Oh! Es usted un patán insufrible —masculló ella, ofuscada.

—Y de vuelta a los improperios —musitó él, fingiendo una mirada reprobatoria—. Me decepciona su comportamiento.

Estaba esbozando una sonrisa, divertido a su pesar por la lidia con aquella dama, cuando sintió un fuerte dolor en el pie que hizo que la soltase. La pequeña víbora le acababa de clavar con saña el tacón de sus botines sobre los dedos.

—Si no fuese quien es... —masculló, apretando los dientes.

—¿Qué? —inquirió ella, bravucona, alzando de nuevo el mentón.

—Le levantaría la falda y acabaría lo que empezamos en el corredor —gruñó él, atrapándola contra la pared, cogiéndola de la barbilla para que no escapase a su mirada—. La haría gemir de placer, gritar mi nombre y suplicar por mis caricias.

Pretendía intimidarla, pero solo consiguió que lo mirara confusa.

—¿Por qué me haría todo eso? Quiero decir... usted no me conoce, ni siquiera me ha visto el rostro. No sabe si soy hermosa o desagradable a la vista.

—Siempre he considerado que la belleza es una virtud sobreestimada. De hecho, las muchachas hermosas no suelen despertar mi interés. Suelen ser aburridas y resultan egoístas como compañeras de lecho —afirmó, convencido en base a sus experiencias pasadas—. Lo interesante de una mujer es que tenga carácter y fuego en las venas. Esos son los mejores alicientes en la cama.

Lady Samantha lo miró con intensidad, ladeando la cabeza de una forma encantadora. Se quedaron un instante en silencio, ella abstraída en sus pensamientos y él luchando con la tentación de volver a besar aquella deliciosa boca.

Sintió el impulso de arrancarle la máscara y ver su rostro, pero se contuvo con firmeza. Cuanto menos supiese de ella mucho mejor. Su instinto le decía que

aquella dama no le traería nada más que problemas. Así que se separó de ella y la condujo hasta la puerta de servicio, donde dos de sus hombres custodiaban la entrada.

—Thomson. Edwards. Acompañen a esta señorita a la residencia de los Richmond, en el número 18 de Kensington Palace Gardens —ordenó, mientras la metía dentro del carruaje que siempre aguardaba allí preparado por si había alguna urgencia—. Responderán ante mí por su seguridad —añadió, con lo que dio a entender que estarían en un gran problema si le sucedía algo a la mujer.

Los hombres asintieron con seriedad y subieron al pescante.

Era un carruaje cerrado de diseño discreto y sin ningún tipo de distintivo, tirado por dos caballos castaños, como muchos otros que se alquilaban en Londres. Ideal para pasar desapercibido entre las calles de la ciudad, algo muy conveniente en su nuevo trabajo.

Lady Samantha Richmond lo miró desde el interior, iluminado sutilmente por la luz de la luna llena que se filtraba a través de las ventanillas, y por un momento, sus ojos refulgieron como la plata a través de la máscara, haciéndole contener el aliento.

Otra vez sintió la necesidad de ver su rostro, pero se contuvo con testarudez.

—Lady Samantha, ha sido un inesperado placer disfrutar de su compañía, pero espero no volver a verla nunca más —susurró, con una inclinación de cabeza cortés.

Ella continuó observándolo en un obstinado silencio.

Connor se encogió de hombros y cerró la portezuela, dispuesto a volver a El Jardín Secreto y continuar con la velada. Abrió la boca para dar la señal a sus hombres de que pusieran en marcha el carruaje pero, en el último momento, la cerró de nuevo y tomó una decisión.

Maldijo su estupidez. Sabía que estaba cometiendo un error pero, aun así, abrió otra vez la portezuela del vehículo, sobresaltando a la mujer del interior, y sin ningún tipo de explicación, entró y le arrancó la máscara.

La visión de su rostro le provocó el mismo efecto que un puñetazo en el estómago: lo dejó sin respiración y con un agudo dolor en las entrañas. Sus cabellos de ébano enmarcaban un rostro en forma de corazón en el que cada una de sus facciones eran de una belleza exquisita, desde los ojos color plata bordeados de espesas pestañas negras, pasando por una nariz recta y elegante, hasta los labios rosados y sensuales. El conjunto resultaba arrebatador.

Una sonrisa sutil sesgó la boca femenina, como si tuviera la certeza de que lo

había impresionado, así que Connor decidió bajarle los humos de manera efectiva.

—Lo que me temía. Es usted la mujer más hermosa que he visto en mi vida — consiguió decir cuando recuperó la voz, adoptando una expresión de desencanto —. ¡Qué decepción! Acaba de perder todo el atractivo que despertaba en mí — mintió, satisfecho al ver que su sonrisa era sustituida por una mirada ofendida—. Pero no desespere, seguro que cualquier caballero de clase alta estaría encantado de tenerla por esposa... hasta que lo mate de aburrimiento en su cama —añadió con fingido desdén, mientras le volvía a poner la máscara en su sitio.

Antes de que ella pudiera reaccionar, salió de allí, cerró la puerta y dio la orden a sus hombres para que emprendieran la marcha, sonriendo al escuchar los gritos femeninos procedentes del interior.

«Para ser una dama de semejante alcurnia, tiene un amplio repertorio de imprecaciones», pensó divertido, viendo cómo el carruaje se alejaba.

Se giró y entró de nuevo en El Jardín Secreto, resuelto a olvidar aquel encuentro y proseguir con su vida. Pero supo en su interior que la visión del rostro de lady Samantha Richmond bajo la luz de la luna lo acompañaría hasta su último aliento de vida.

CAPÍTULO 6

El carruaje se detuvo ante la puerta de servicio de la mansión de los Richmond y Samantha entró como una exhalación, arrancándose la máscara con rabia, todavía presa de la furia que le habían causado las palabras de Connor MacDunne. El eco de la música resonaba en las paredes mientras subía a toda prisa las escaleras, cruzándose con un par de sirvientes que la miraron con curiosidad, pero guardaron un discreto silencio.

Abrió con ímpetu la puerta de su habitación, entró y, por muy impropio de una dama que fuese, cerró dando un violento portazo. Kathy, que dormitaba en el diván que había al lado de la ventana, se enderezó sobresaltada.

—¡Por Dios, qué susto! —rezongó, llevándose la mano al corazón.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Samantha al verla enfundada en una bata rosada y con el cabello platino recogido en una espesa trenza—. Pensé que todavía estarías abajo con los demás invitados.

—No, hemos abandonado el baile en cuanto te has ido. Desde que estoy embarazada me siento muy cansada —bostezó su amiga, con los ojos pesados por el sueño, mientras se acariciaba con ternura el vientre suavemente redondeado. El bebé nacería a finales de octubre y todos los Richmond esperaban ansiosos el momento—. Estaba preocupada por ti y me he escapado de la habitación aprovechando que Nicholas se ha quedado dormido después de... *conversar* —añadió, ruborizándose. Samantha puso los ojos en blanco, sabedora del tipo de conversación que habían estado practicando, pero no dijo nada—. Me debo de haber quedado dormida —prosiguió diciendo Kathleen con una sonrisa de disculpa, pero al percatarse del estado de ánimo de Samantha frunció el ceño—. ¿Has tenido dificultades para entrar en El Jardín Secreto?

—No he tenido ningún problema para entrar y tampoco para salir. De hecho, el propietario en cuestión me ha echado sin miramientos de allí —masculló, indignada, mientras arrojaba sobre la cama la máscara que se había quitado.

—¿Has conocido a Connor?

La contestación de Samantha no fue más que un gruñido inarticulado cuando cogió el camisón que su doncella le había dejado encima de la cama y se metió detrás del biombo a prepararse para ir a dormir. Mientras peleaba con los botones que cerraban por delante el vestido que se había puesto con vistas a poder vestirse y desvestirse sin ningún tipo de ayuda, comenzó a mascullar mil y un adjetivos que describían a la perfección al propietario de El Jardín Secreto, desde arrogante hasta zoquete.

—Ya veo que sí lo has conocido —dedujo Kathleen, divertida, escuchándola insultarlo con todas las letras del abecedario—. Recuerdo que la primera vez que lo vi yo también sentí el impulso de ahogarlo con mis propias manos. Connor no es muy dado a impresionar de forma positiva en los primeros encuentros.

Samantha emitió un bufido poco femenino.

¡Menudo bufón engreído! ¿Cómo se había atrevido a decir que mataría de aburrimiento en la cama a su futuro marido? Lo peor es que, cuando él le quitó la máscara, una parte de ella había esperado que se rindiera a esa belleza que todos los hombres encontraban tan fascinante en ella. Y justo el hombre al que hubiese querido impresionar había declarado que su hermosura era una decepción para él. ¡Inaudito! No lo reconocería ante nadie, pero su desencanto le había dolido. Tal vez demasiado.

—Supongo que no le hizo gracia descubrir que la hija del duque del Bellrose estaba curioseando en sus dominios... Porque le dijiste que eras lady Samantha Richmond, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —afirmó Samantha al instante, aunque como a su amiga no podía mentirle, tuvo que ser del todo sincera—. Bueno, se lo dije al final —aclaró mientras salía de detrás del biombo, ya con el camisón puesto.

—¿Al final de qué? —inquirió Kathleen, observándola con los ojos entornados. Su mirada inquisitiva provocó que un rubor delatador cubriera sus mejillas—. Samantha Evangeline Amber Richmond, ¿se puede saber qué has hecho con Connor MacDunne?

—¡No he hecho nada! Él me besó y yo... yo...

—¿Le diste un rodillazo en la entrepierna como nos enseñó tu primo? ¿Una patada? ¿Una bofetada?

—No. Yo... dejé que lo hiciera —confesó, con un murmullo avergonzado. Y lo había disfrutado más de lo que le gustaría admitir.

Kathleen se la quedó mirando con los ojos muy abiertos, mientras Samantha se

sentaba delante de su tocador. Se deshizo el moño y comenzó a cepillarse el cabello con movimientos enérgicos.

—Anda, déjame hacerlo a mí o te quedarás calva —murmuró su amiga después de unos segundos en silencio, quitándole el cepillo de la mano. Empezó a deslizárselo por el largo cabello oscuro, mientras la miraba de reojo a través del espejo, buscando las palabras para abordar el tema que la preocupaba—. Connor es un hombre muy atractivo.

Samantha no pensaba admitirlo, pero tampoco pudo negarlo. Así que respondió con un encogimiento de hombros.

—Y tiene una personalidad arrolladora —continuó comentando Kathleen—. Es de esos hombres que no tienen problemas en encontrar compañía femenina.

Pensar en Connor con otras mujeres le causó malestar y frunció el ceño sin ser consciente.

—Vamos, Sam, no pongas esa cara. No tienes por qué sentirte avergonzada si el beso de Connor te gustó —comentó su amiga, malinterpretando su expresión—. Es normal, besa muy bien, y eso no significa...

—¿Y tú cómo sabes que besa muy bien?

Esta vez la que se ruborizó fue Kathleen.

—Tiene su explicación: yo estaba buscando una forma de romper mi compromiso con tu hermano y Connor pensó que la mejor forma para hacerlo era que nos encontrara en una situación íntima.

—¿Cómo de íntima? —inquirió Samantha con los ojos entrecerrados, sintiendo una opresión en el pecho.

—Un beso. Solo un beso —se apresuró a decir Kathleen—. Y aunque no me hizo sentir flotando en las nubes como los besos de Nicholas, debo reconocer que sí fue agradable. Y, teniendo en cuenta que él se dedicaba a adiestrar a las chicas de El Jardín cuando era un prostíbulo, es normal que...

—¿Adiestrar?

—Sí, ya sabes, enseñaba a las chicas la mejor forma de complacer a los hombres en... la intimidad.

Las palabras de su amiga cayeron sobre ella como un chorro de agua fría. ¡Qué tonta! Cómo se había podido sentir atraída por un hombre así, que utilizaba a las mujeres como objetos para satisfacer los deseos masculinos. Kathleen le había contado muchas de las historias de las chicas que habían trabajado en El Jardín; ella personalmente había conocido a algunas de ellas en el hogar infantil que su amiga había creado para ayudar a los huérfanos necesitados, donde a muchas

mujeres se les había dado una segunda oportunidad trabajando con los niños que vivían allí. Mujeres cuyas vidas habían sido explotadas por hombres como Connor MacDunne.

Gran parte de la fascinación que había sentido por él se diluyó en aquel momento.

—Tienes razón, no hay nada malo en reconocer que besa muy bien, aunque es el tipo de hombre que desprecio.

—Bueno, no creo que Connor se merezca tal sentimiento. Ciertamente es que no es un dechado de virtudes, pero tiene muy buenas cualidades.

—¿Sí? Dime alguna.

Kathleen detuvo el movimiento del cepillo y se quedó pensativa durante unos segundos.

—Bueno, ahora mismo no se me ocurre ninguna —admitió con un suspiro—. Pero te aseguro que las tiene. Cuando recuerde alguna te la diré. Y cambiando de tema, ¿qué te ha parecido El Jardín Secreto?

—Debo admitir que es mucho más elegante de lo que había esperado. Imaginé que sería un lugar más vulgar donde las mujeres irían medio desnudas y los hombres podían toquetearlas a placer.

—Cuando mi tía Heather lo regentaba era así —confesó, haciendo una mueca amarga—. Pero Connor, la señora Veillard y yo lo transformamos en lo que es ahora.

—Mucho me temo que no sirve para el artículo que tengo en mente.

Samantha estaba intentando hacerse un hueco en el mundo del periodismo, un reto difícil puesto que era un mundo dominado por hombres, pero tenía varias ideas que esperaba pudiesen captar la atención de algún periódico. El problema era que todas estaban fuera de su entorno habitual, habían surgido gracias a las vivencias que había tenido Kathleen desde que heredara El Jardín Secreto.

—Seguro que encuentras material para escribir un artículo de primera y que un periódico te contrate —declaró Kathy, en un voto de fe incondicional hacia ella—. Y, ahora que he podido comprobar que has regresado de tu aventura sana y salva, vuelvo a mi habitación, que mi marqués me espera —añadió con un guiño.

—El señor MacDunne piensa que la belleza es una virtud sobreestimada —acertó a decir Samantha, cuando su amiga estaba a punto de salir de la habitación—. Eso es, a mi entender, una gran virtud —añadió al ver la mirada de incompreensión de Kathleen.

—¿Tú crees?

—Tú también lo creerías si los hombres no viesen de ti más allá de la hermosura de tu rostro.

—Visto así, podría ser una virtud. Aunque estoy segura de que Connor tiene alguna más. Buenas noches, Sam —añadió Kathy, antes de salir de la habitación.

Aquella noche, Samantha se metió en la cama con la determinación de luchar por su sueño... y de borrar de su mente la mirada de jade de Connor MacDunne, el calor de sus besos y la atracción que había despertado en ella.

CAPÍTULO 7

Cuatro días más tarde, Connor salió del prostíbulo de la calle Coke con una sensación agridulce en el estómago. La labor principal de los *Blueguards* era la de paliar la prostitución infantil de las calles del East End londinense, pero el resultado no siempre era satisfactorio. En aquella ocasión les había llegado el soplo de que una *baby farm* del norte había vendido cuatro niñas de entre diez y trece años a un proxeneta sin escrúpulos. Después de varios días de investigación, habían podido localizar a dos de ellas en un prostíbulo de Whitechapel, pero mucho se temía que las otras dos hubiesen sido ya embarcadas rumbo al continente.

Lo bueno de aquello era que habían obtenido pruebas suficientes para que los juzgados de Old Bailey emitieran sentencia: la *baby farm* había sido clausurada y todos los implicados condenados a prisión, incluido el proxeneta.

En el tiempo en que Connor dirigía los *Blueguards*, habían conseguido acabar con seis de aquellas granjas donde se comerciaba con los niños como si de ganado se tratase. Entre ellas, la de los Culpeper. Y el hacerlo había supuesto un pequeño bálsamo para su alma atormentada.

—Habéis hecho un buen trabajo —comentó a los tres hombres que le habían acompañado en aquella misión—. Ahora id a casa y descansad.

Los hombres asintieron en silencio, cabizbajos, y se despidieron. Connor los miró partir calle abajo. Eran jóvenes e idealistas, como muchos de los candidatos que habían solicitado formar parte de los *Blueguards*, y todavía les costaba asimilar el lado más oscuro de la vida en el East End. Con unos cuantos meses más trabajando en las calles, terminarían por curtirse de igual forma que él lo había hecho.

El criterio de selección para convertirse en uno de los *Blueguards* era muy parecido al requerido para ser miembro de Scotland Yard: no tener más de treinta y cinco años, medir más de metro setenta y estar en buena forma física. El

suelo también era el mismo, una guinea semanal, pero, a diferencia de los turnos de doce horas que hacían los policías, los *Blueguards* solo hacían diez. Según veía Connor, un hombre cansado era poco productivo y podía ser más descuidado en sus labores, lo que en ese trabajo significaba que podía poner en riesgo su vida. Además, los trescientos hombres que formaban el cuerpo de los *Blueguards* eran adiestrados de forma concienzuda en el uso de armas y en la defensa cuerpo a cuerpo, debiéndose entrenar a diario, y esa era la mayor diferencia de sus hombres con los de Scotland Yard.

Connor se arrebuja en su chaqueta y empezó a andar en dirección a la sede de los *Blueguards*, situada en Commercial Street. Aunque el trayecto andando solo duraba unos pocos minutos, no era un camino carente de riesgos, sobre todo a aquellas horas, cuando la noche era inminente y toda clase de peligros aguardaban en las sombras. Mientras caminaba, Connor aguzó sus sentidos, siempre atento a cualquier amenaza, y cogió con disimulo el cuchillo que siempre llevaba encima hasta empuñarlo de forma preventiva, escondiendo el filo debajo de la manga de su chaqueta.

Una de las primeras cosas que aprendió cuando llegó a Whitechapel, con nueve años de edad, solo y con el corazón destrozado, fue que la mejor forma de evitar situaciones desagradables era no bajar nunca la guardia, ni siquiera con tus supuestos amigos. Esa lección la entendió cuando aceptó la amabilidad de un chico para pasar la noche a resguardo de una lluvia copiosa bajo un refugio improvisado de su propiedad. Al día siguiente amaneció sin chaqueta ni zapatos.

Fue al girar la esquina cuando divisó, al otro lado de la calle, a tres mujeres conversando. A dos de ellas las conocía de vista, eran prostitutas ocasionales que solían deambular en aquella zona en busca de clientes. A la tercera no la reconoció. A simple vista no tenía nada fuera de lo normal, era de estatura media y de talle fino, pero algo en ella llamó su atención.

Al principio pensó que era una integrante del Ejército de Salvación, una de esas fervientes cristianas que recorrían el East End tratando de salvar las almas de prostitutas, drogadictos y alcohólicos; pero enseguida se dio cuenta de que no era el caso. Vestía de forma sobria y con tonos oscuros, sí, pero había algo en su actitud, en su postura al hablar, que le resultó vagamente familiar. Desde el ángulo en el que estaba no la podía ver bien, pero cuando observó cómo ladeaba la cabeza, de un modo encantador y peculiar, no le cupo duda de la identidad de la joven. Buscó un ángulo mejor para observarla y bufó al confirmar su identidad. La muy inocente había intentado disfrazarse, con un peinado severo y

poniéndose gafas, pero con eso solo conseguía atenuar levemente su extraordinaria belleza, no ocultarla.

Maldijo entre dientes, luchando contra la incredulidad y la furia irracional que se apoderó de él al ver a lady Samantha Richmond paseando sola por las calles de Whitechapel cuando el cielo empezaba a oscurecer.

Se agazapó en un callejón cuando vio cómo se despedía de las mujeres y comenzaba a caminar en su dirección. Esa cabeza hueca no se daba cuenta del peligro que corría en aquel lugar. Pero él se lo iba a hacer comprender de una vez por todas.

Le iba a dar una lección que jamás podría olvidar.

CAPÍTULO 8

Samantha se despidió de las dos mujeres con una sensación de triunfo difícil de contener. Llevaba varias horas deambulando por allí y por fin había conseguido información suficiente para su artículo. Entre lo que esas dos mujeres le habían contado y la entrevista que le había concedido la señora Veillard, ya tenía el material necesario para su reportaje.

Miró el cielo y frunció el ceño con preocupación al ver que estaba oscureciendo. No pretendía entretenerse hasta tan tarde. Como no llegase a tiempo a la mansión para la hora de la cena iba a tener serios problemas. Esta vez, se había escabullido subrepticamente por la ventana de su habitación, descendiendo por la celosía que soportaba las enredaderas que decoraban la fachada, y había alquilado un carruaje que la había llevado hasta el East End. Ni siquiera había informado a Kathleen de sus intenciones, no queriendo preocuparla en su estado.

Apretó el paso, en busca de una de las calles principales donde poder alquilar otro vehículo que la llevase a casa cuando, en un abrir y cerrar de ojos, una garra de acero la atrapó y la arrastró hasta la oscuridad de un sucio callejón. Abrió la boca para gritar, pero una mano se la cubrió al tiempo que la empujaba contra la pared. Forcejeó con energía, pateó, arañó y mordió. Tuvo un instante de satisfacción cuando escuchó a su asaltante mascullar un dolorido «¡Joder!», hasta que la inmovilizó, usando las dos manos y el peso de su cuerpo para aplastarla de cara contra la pared.

Era el momento de gritar. Giró el rostro para coger aire, abrió la boca... y la cerró de golpe al ver el brillo de un cuchillo justo frente a sus ojos.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —Aquel susurró ronco fue tan escalofriante como el filo que se deslizó por su mejilla, dejándola paralizada de terror—. Eres toda una fierecilla a pesar de que tienes el aspecto de una damita dulce. Ahora sé buena y levanta las manos hacia arriba —añadió, en una orden que no admitía

réplica—. Y ni se te ocurra gritar o tendré que cortar esa bonita garganta.

Samantha así lo hizo, con el cuerpo tembloroso, más aún cuando sintió cómo inmovilizaba sus manos por encima de su cabeza con la fuerza de una de las suyas, dominándola por completo. Apoyó la frente contra los fríos ladrillos de la pared, tratando de pensar en una vía de escape, pero en aquella posición no tenía nada que hacer.

Cerró los ojos y ahogó un sollozo cuando el hombre le levantó la falda con la mano libre. Volvió a revolverse cuando sintió que deslizaba los dedos por sus nalgas, tan solo cubiertas por la fina tela de los calzones, explorando su cuerpo con impudicia.

—Quítame las manos de encima, sucia rata —masculló, presa de la impotencia y la rabia, sintiendo como las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¿Es que nadie te ha dicho que una jovencita hermosa no debe andar sola y desprotegida por estas calles al caer la noche? —murmuró el hombre en su oído, con voz sedosa—. Es una clara invitación a que canallas como yo se aprovechen de un cuerpo que parece haber sido creado para el placer masculino. —Mientras lo decía, su mano se deslizó hacia delante, acariciando su cadera, hasta cubrir el vértice entre sus muslos. Y para su horror, la apretó contra él al mismo tiempo que encajaba las caderas en su trasero, comenzando un lento vaivén.

Su madre le había explicado con todo lujo de detalles cómo eran las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer, no queriendo que su hija pasase por la falta de conocimiento que había tenido ella cuando era joven. Así que Samantha sabía qué era la dureza que sentía contra sus glúteos, y también por qué crecía por momentos en cada movimiento. Si no conseguía escapar, aquel ser despreciable la iba a tomar en contra de su voluntad.

Redobló sus intentos por desasirse, culebreó tratando de liberarse, pero él la contuvo de nuevo con el peso de su cuerpo.

—Lo reconozco, me equivoqué —musitó la voz en su oído—. Usted nunca podría matar de aburrimiento a nadie en la cama.

En cuanto el significado de aquellas palabras penetró en su cerebro, dejó de luchar.

—¿MacDunne?

Como única respuesta, él la giró, quedando rostro con rostro, pero no le liberó las manos. Encontrarse sus facciones atractivas, sonriendo con satisfacción, convirtió todo el miedo que había sentido en ira.

—¡Condenado patán! ¡Exijo que me suelte ahora mismo! —farfulló,

arqueando su cuerpo en un intento de que él la soltase.

—Lady Samantha, con esos movimientos lo único que consigue es provocarme más —susurró él con voz ronca. La mano que había estado manoseándola subió por su torso, en una caricia lenta y descarada que la excitó en contra de su voluntad.

Intentó patearle, pero él la inmovilizó de nuevo contra la pared con el peso de su cuerpo. Sentir la dureza de sus músculos contra la blandura de su carne la hizo jadear de impresión. Arqueó su cuerpo de nuevo, tratando de separarse de él, pero lo único que consiguió fue que un crudo deseo brillase en los ojos verdes.

—Si continúa así me veré obligado a besarla —musitó Connor, acariciando su oreja con su cálido aliento.

Ella se detuvo al instante.

—Actúa como si no quisiera que la besase.

—No quiero.

—Mentirosa —musitó Connor contra sus labios, justo antes de tomar posesión de su boca.

Samantha resistió todo lo que le fue posible, apretando sus labios con fuerza, mirándolo con furia, pero cuando él transformó el beso en una suave caricia, el cuerpo de la muchacha empezó a reaccionar. Sintió su voluntad ablandarse por la pericia del hombre, pero su mente todavía conservaba la dignidad suficiente para no dejarse seducir después del susto que le acababa de dar. Justo cuando Connor consiguió deslizar la lengua entre sus labios, Samantha le mordió sin compasión.

—¡Hija de...! —Connor dio un paso atrás, llevándose las manos a la boca, con un gesto de dolor—. ¿Está loca? ¡Casi me arranca la lengua!

Que después del miedo que le había hecho pasar aquel cretino, todavía tuviera el valor de mirarla indignado por tratar de defenderse, fue la gota que colmó el vaso. Antes de ser consciente de ello, le abofeteó con todas sus fuerzas.

—¿Cree que una bofetada detendría a un hombre que quisiera violarla? —inquirió Connor, con una sonrisa burlona.

Como única respuesta, Samantha sacó un pequeño cuchillo del bolsillo de su falda. Era un regalo de su primo Warren, y él se había encargado personalmente de que supiera cómo utilizarlo. Sin pararse a pensarlo, recordó las instrucciones de su primo y dirigió el cuchillo al lugar que más importaba a un hombre. La sonrisa de Connor se borró al instante al sentir el filo presionando su entrepierna.

—Parece que se ha vuelto a equivocar. No voy desprotegida.

—¿En serio sabe cómo usarlo? —inquirió él, con un brillo indescifrable en la mirada.

—Claro que sí, mi primo es un experto en cuchillos y me ha enseñado todo lo necesario sobre ellos.

—Entonces, ¿por qué lo está empuñando al revés?

Samantha miró el cuchillo, confundida.

—No lo estoy empuñando al re... —No le dio tiempo a acabar de decirlo. Connor aprovechó su pequeña distracción para cogerle de la muñeca y apartar el cuchillo de su anatomía.

En un abrir y cerrar de ojos se lo había quitado de las manos y estaba otra vez inmovilizada contra la pared.

—No voy a negar que me ha sorprendido, pero no es suficiente para evitar que cualquier hombre la arrastre a un sucio callejón y la viole sin contemplaciones —expuso con crudeza—. Incluso puede que la secuestrasen si llegan a descubrir su identidad.

—Pero mi disfraz...

—¿Disfraz? No sea absurda. Un cambio de peinado y unas gafas no consiguen ocultar su identidad ante nadie. Va a necesitar mucho más para que eso no ocurra. Y, aun en el caso que nadie la reconociese, no deja de ser una dama. Whitechapel no es lugar para usted —ladró Connor, a escasos centímetros de su rostro—. Esto ha sido solo una advertencia: no vuelva a pisar mi territorio si no quiere sufrir las consecuencias. ¿Ha entendido?

Samantha asintió, amedrentada por la frialdad de su voz. Se dejó arrastrar con docilidad por él, y no volvieron a hablar hasta que Connor la dejó sana y salva dentro del mismo carruaje que la había llevado a casa cuando visitó El Jardín Secreto.

—Recuerde, Whitechapel no es lugar para una dama —masculló a modo de despedida, antes de dar instrucciones a sus hombres para que la llevaran a la mansión de los duques.

«En eso tengo que darle la razón», pensó, todavía temblorosa por la experiencia sufrida, mientras miraba a través de la ventanilla, viendo cómo, calle a calle, la miseria de Whitechapel daba paso a barrios más acomodados.

Si quería hacer las cosas bien, Samantha debía replantearse su estrategia.

CAPÍTULO 9

Tres meses después, Nathaniel Nicholas Ambrose Richmond, séptimo duque de Bellrose, estaba leyendo en voz alta y monocorde un artículo del diario *The Progress* que sujetaba entre las manos, justo cuando su hija Samantha entró en el comedor:

Algo no va bien en la alta sociedad inglesa cuando la mayoría de los lores pasan sus horas buscando nuevos divertimentos para dilapidar sus fortunas. ¡Señores, plantéense trabajar en lugar de llevar una vida disoluta! Y no solo sus fortunas, también están acabando con sus matrimonios. Tal vez deberían comenzar a casarse por amor en lugar de hacerlo por conveniencia, y así se verían más inclinados a pasar las noches con sus esposas en lugar de hacerlo en lugares como El Jardín Secreto.

El siglo XIX está cerrando sus puertas y el nuevo siglo exige cambios de pensamiento. La nobleza de rancio abolengo debería desempolvar sus anticuados ideales y subirse al tren del progreso.

—Dejadme adivinar. ¿Otro artículo del señor Winters? —inquirió Samantha, poniendo los ojos en blanco.

Nathaniel la observó en silencio mientras la muchacha, con su habitual sonrisa, cruzaba el comedor para dar un beso de buenos días a su madre en la mejilla; su presencia siempre era un soplo de aire fresco allá donde iba. Alzó la ceja al ver que se iba a sentar y ella, al notarlo, corrió a besarlo también, arrugando la nariz cuando él le guiñó un ojo con cariño.

Sus tres hijos eran un orgullo para él, pero debía reconocer que Samantha era su debilidad, no solo porque físicamente era muy parecida a su amada, sino por todo lo que guardaba en su interior.

—Ya era hora de que alguien expusiera unas cuantas verdades —afirmó Madeleine Richmond, duquesa de Bellrose, mientras sorbía su té.

—Estoy de acuerdo —convino Nathaniel, dejando a un lado el diario para comenzar su desayuno—. Aunque dudo mucho que la mayoría de los nobles opinen igual que nosotros.

Hacia casi tres meses, el diario *The Progress* había empezado a publicar los artículos de un escritor que firmaba sus artículos como Evan Winters y ya era popularmente conocido en la ciudad como «el azote de la nobleza» y «la voz del East End». Sus artículos de interés humano habían despertado una gran fascinación popular. Sus críticas sociales le habían granjeado un batallón de seguidores en los bajos fondos y la creciente clase media, pero muchos detractores entre la élite de la sociedad.

Estaban terminando de desayunar cuando Nathaniel tanteó un tema que últimamente le había quitado el sueño. En lugar de hacerlo de forma directa, decidió abordarlo de un modo sutil.

—¿Qué planes tienes para esta tarde, Samantha? —inquirió, mientras agradecía con un gesto al criado que le servía huevos revueltos y dos lonchas de jamón.

Su mujer y su hija intercambiaron una rápida mirada y él simuló que no se percataba de ello, mientras empezaba a comer.

—Pues... Voy a ir a... Un concierto —barbotó Samantha, tras unos segundos de indecisión—. ¡Sí, eso es! Me encanta la música, ya sabe, y esta tarde hacen un concierto al aire libre en Hyde Park. Con el calor de principios de agosto se agradece la suave brisa que siempre corre por allí. Imaginad: el atardecer en el parque, la música flotando en el ambiente... Creo que será muy agradable —añadió, parlotando de forma atolondrada.

Nathaniel la observó con intensidad. La conocía a la perfección. Samantha era incapaz de mentir con naturalidad ante una pregunta directa. Cuando lo hacía, hablaba de forma atropellada y caótica. Tal y como acababa de hacer en ese momento.

Su hija le sostuvo la mirada durante unos instantes. Él mantuvo un rostro imperturbable, con la esperanza de que al fin se decidiera a decir la verdad, pero Samantha terminó bajando los ojos.

—Así que un concierto, ¿eh? —Esperó a que Samantha asintiera, confiada, para añadir: —Perfecto, iré contigo.

Su hija levantó el rostro con rapidez, mirándolo con los ojos desorbitados.

—¡No!

El duque levantó una ceja ante su abierta negación.

—Quiero decir, ¿de verdad quiere venir? —se corrigió Samantha al instante—. Habrá mucha gente y... —miró de soslayo a su madre, pidiéndole ayuda en silencio.

—¿Mosquitos? —aventuró la duquesa.

—Sí, eso es. Mosquitos. ¡Muchos mosquitos! ¡Montones de ellos! No sé si se sienten atraídos por el agua del lago, o por las flores, pero el parque siempre está lleno de ellos. Sí, decididamente, creo que no iré al concierto —concluyó Samantha, de forma atropellada—. Si me disculpan —añadió, levantándose de la mesa. Y, haciendo una rápida reverencia, salió como una exhalación.

Nathan hizo un esfuerzo sobrehumano para contener su gesto de disgusto. En cambio, se concentró en mostrar un rostro inexpresivo cuando su atención se centró en su amada esposa, que en esos momentos observaba su plato como si fuese una enrevesada obra de arte en lugar de una simple pieza de vajilla.

—¿Mosquitos? —inquirió, escéptico.

—Son muy peligrosos —musitó ella, sin alzar el rostro, mientras delineaba con el dedo el contorno de su plato—. Leí hace poco un estudio de un médico cubano llamado Carlos Finlay que exponía que los mosquitos podían estar relacionados con la transmisión de algunas enfermedades como la fiebre amarilla.

El duque contuvo un bufido. No dudaba de la veracidad de aquel dato. Su mujer era una apasionada de la biología, sobre todo de la botánica y la entomología, y leía cuantos libros, revistas y tratados caían en sus manos. Pero sabía que aquella explicación no era más que una excusa para encubrir un engaño.

—Nuestra hija no sabe mentir —masculló, enfadado.

Madeleine levantó la cabeza al instante, mirándolo sorprendida.

—Te equivocas, querido, miente de maravilla y manipula a la perfección... pero se le da fatal hacerlo contigo.

—Pero a ti te ha contado la verdad.

—Soy su madre —afirmó Madeleine, como si eso lo aclarara todo.

—Y yo su padre —resopló él.

—Reconócelo, amor mío. Tiendes a ser sobreprotector con las personas que amas y Samantha tiene miedo a que le prohíbas ciertas... aficiones.

—¿Aficiones tales como escribir artículos en un periódico?

La duquesa lo miró asombrada. Alzó una de sus elegantes cejas y lo observó de una forma que, aun después de tantos años, todavía conseguía calentarle la

sangre.

—¿Cómo te has enterado?

—Sabes que me gusta que salga acompañada de una escolta, aunque ella no sea siempre consciente de ello. Mi hombre me informó que va casi todas las tardes a la sede del periódico *The Progress*, así que até cabos. No hace falta ser un genio para deducirlo —añadió ante la mirada escéptica de su mujer, pasando las hojas del periódico hasta llegar al artículo que le interesaba—. «Trucos de belleza para la perfecta rosa inglesa, por Sea Richmond» —leyó—. Es algo obvio teniendo en cuenta que «Sea» está formado por las iniciales de los tres nombres de nuestra hija, que el apellido coincide y que, si no me equivoco, esta es la receta de una de tus mascarillas de belleza. La cuestión es, ¿desde cuándo lo sabes tú? —inquirió, adoptando una expresión hierática para simular lo que le hería la falta de confianza de su mujer y su hija.

Pero Madeleine, leyendo en sus ojos, se levantó con presteza y corrió a abrazarlo.

—Nathan, mi amor, no te sientas mal. Sabes que te amo y que no te ocultaría nada, pero se lo prometí a Samantha —explicó, haciéndose en hueco en el regazo del hombre para estar más cerca de él—. A nuestra hija siempre le ha gustado escribir y tiene talento para hacerlo. Hace tres meses me comentó que estaba escribiendo un artículo para un periódico y me pidió permiso para compartir mis recetas de belleza, alegando que todas las mujeres debían poder aprovecharse de ellas. La verdad, fue muy convincente. Y al parecer, el editor del periódico quedó encantado porque, desde entonces, Samantha ha conseguido un hueco en todas las ediciones.

—¿Y cuándo piensa contármelo?

—Tarde o temprano acabará haciéndolo —aseguró Madeleine, tomándole la cara entre las manos para darle un tierno beso en los labios—. Ten paciencia, mi amor.

—La paciencia no es una de mis virtudes —masculló él, abrazando a su mujer y aspirando su familiar aroma.

—Lo sé. Pero debes entenderla. Escribir para un periódico no es algo habitual para una jovencita, mucho menos de su posición. Teme que puedas prohibirle hacerlo.

—Dudo mucho que pudiera impedirle hacer algo que desee —bufó Nathaniel—. Y respecto a que no sea algo usual, ninguna mujer de esta familia es convencional; no esperaba que nuestra hija lo fuera. Además, no es que estemos

hablando de artículos controvertidos, se trata de algo mucho más inofensivo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Por de pronto, velar por su seguridad —respondió él sin más.

—¿Vas a hacer que la sigan?

—Voy a asegurarme de que está protegida —corrigió él—. Nuestra hija tiene una tendencia innata a meterse en problemas.

Era algo razonable, así que la duquesa no pudo objetar nada al respecto.

Se quedaron abrazados durante unos segundos, disfrutando de la sensación de plenitud que sentían uno en brazos del otro, y que el paso de los años no había hecho si no intensificar, hasta que una tos discreta los interrumpió, haciéndoles separarse con renuencia.

—Excelencia, el señor MacDunne ya ha llegado —anunció el mayordomo, con voz impersonal.

—Perfecto, hágale pasar a la biblioteca —instruyó Nathan—. En seguida iré.

—¿MacDunne? ¿Connor MacDunne? —inquirió Madeleine sorprendida.

—En efecto.

—Si lo que dicen de él es cierto, su reputación es... cuestionable.

—Cuento con ello.

—¿En serio crees que es el mejor candidato para proteger a nuestra hija?

—Querida, en un mundo de lobos, el lobo más feroz es el que mejor podrá protegerla.

CAPÍTULO 10

Connor miró con respeto al hombre que se sentaba tras el escritorio. Era muy parecido a Nicholas salvo por las hebras de plata que salpicaban sus cabellos oscuros y algunas arrugas que marcaban su piel. A sus sesenta años, el duque de Bellrose se encontraba en perfecta forma física.

Era uno de los pocos aristócratas a los que admiraba porque no había limitado su vida a disfrutar de una fortuna y un título heredados. No. Nathaniel Richmond se había convertido en uno de los hombres más ricos de Inglaterra por sus acertadas inversiones. No en balde era conocido como «rey Midas», porque en cualquier sector en el que decidía emprender un negocio, obtenía una fortuna.

Aunque no era ni su título ni su fortuna lo que le hacían sentir nervioso. «Nervioso, no. Intranquilo», le corrigió su orgullo. Era culpa de su mirada acerada que lo observaba como si supiera algo que él había estado luchando por olvidar durante los últimos tres meses.

—Señor MacDunne, tenía muchas ganas de conocerle personalmente —comenzó a decir el duque—. Sus logros dirigiendo los *Blueguards* son muy notables. De hecho, tengo entendido que desde que sus hombres colaboran con Scotland Yard, la resolución de crímenes ha aumentado de forma considerable y que el índice de delincuencia en el East End ha disminuido.

—Vagamente, señor —respondió Connor, sin dejarse impresionar por el halago—. El problema en el East End nace de la desesperación humana. Hasta que no se ataje la miseria que habita en sus calles, nunca será un lugar seguro.

Los ojos del duque brillaron de interés.

—Habla usted como ese exaltado de Evan Winters.

—Gracias, excelencia —se limitó a decir, dando a entender que para él era un halago.

—¿Conoce a ese periodista?

—Personalmente no, pero he leído sus artículos y he de decir que me parecen

muy acertados. ¿A usted no?

—Si dijera que sí, estaría dando la espalda al sistema social inglés —respondió el duque como se esperaba en alguien de su estatus, ya que Evan Winters arremetía sobre todo contra la nobleza y la injusticia de las diferencias entre clases. Por eso le sorprendió cuando Nathaniel Richmond añadió: —Me limitaré a afirmar que el señor Winters despierta mis simpatías y que me encantaría conocerlo.

—Espero que no me haya mandado llamar para que averigüe la identidad de ese hombre —gruñó Connor. Era una falta de respeto replicar a un duque de aquella manera, pero él nunca se había dejado influenciar por ese tipo de formalismos, y no iba a empezar ahora—. Tengo bastantes asuntos que atender como para ir detrás de un periodista que estoy seguro prefiere el anonimato para protegerse de sus detractores.

Su exabrupto fue acogido con un alzamiento de ceja y una mirada altiva y penetrante.

—Pues, ya que lo dice, el trabajo que quiero encomendarle precisamente es el de seguir a un periodista —explicó lord Richmond—. No sé si sabe que tengo una hija pequeña. —Connor no movió ni un músculo—. Samantha es una muchacha un tanto diferente a lo que cabría esperar en una joven dama de dieciocho años —continuó diciendo lord Richmond ante su falta de respuesta—. Tal vez sea por la educación progresista que ha recibido, aunque me temo que también tiene mucho que ver la influencia de mi mujer y mis cuñadas, todas mujeres alejadas de los convencionalismos y con una marcada tendencia feminista. De cualquier forma, Samantha tiene inquietudes intelectuales que la empujan a no conformarse con una vida distendida e insustancial.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere ejercer una profesión —aclaró el duque, tendiéndole un periódico abierto por una página en concreto.

Connor se abstuvo de decir que era algo inconcebible que una joven del estatus de Samantha Richmond tuviera semejante propósito. Se limitó a mirar con detenimiento la página que le había mostrado el duque. Era una sección a todas luces enfocada a mujeres, con anuncios de elixires de belleza, sombrererías y modistas. Y, entre todos, destacaba un artículo titulado «Trucos de belleza para la perfecta rosa inglesa, por Sea Richmond»

—¿Sea Richmond?

—Samantha Evangeline Amber Richmond —aclaró el duque, haciendo

hincapié en las iniciales de cada nombre.

Connor leyó sorprendido el artículo:

A lo largo de la historia, las mujeres han utilizado innumerables trucos para potenciar su belleza exterior, desde cremas para la piel a mascarillas para el cabello. Aquí les dejo una de las recetas que mi bisabuela enseñó a mi madre, y esta, a su vez, me mostró a mí. Contiene dos simples ingredientes al alcance de cualquier bolsillo: harina de cebada y leche. Añadan dos cucharadas de la harina a una taza con leche y remuevan bien hasta que espese. Apliquen la pasta sobre el rostro bien limpio y déjenlo actuar durante al menos diez minutos. Después límpiense la cara con agua caliente. Con esta mascarilla su piel lucirá más tersa y suave.

Pero deben recordar que no hay crema ni mascarilla que impida el paso del tiempo. La belleza exterior es caduca, es el espíritu lo que les debería interesar. A pesar de las desigualdades que vemos a simple vista, todas tenemos el mismo potencial para prosperar. Como decía mi bisabuela, toda mujer, ya sea una dama o una simple lavandera, guarda una rosa en su interior. En su mano está dejarla florecer o marchitar.

¡Florezcan sus mentes, señoras! Progresen. Eso es lo que de verdad importa.

—¿Son imaginaciones mías o este artículo es un llamamiento velado a que las mujeres cultiven su intelecto? —inquirió Connor, divertido.

—Es algo muy propio de mi hija. Siempre tiende una cortina de humo para enmascarar sus verdaderas intenciones.

—¿Una cortina de humo?

—Es una antigua táctica militar. Los ejércitos provocaban una espesa capa de humo para ocultar sus movimientos al enemigo, enmascarar su verdadero objetivo y poder tomarlo por sorpresa —explicó el duque, y Connor pudo detectar cierto orgullo en la voz.

—¿Y cuál cree que es su objetivo?

—Mi hija no se conformaría con hacer un mero artículo de consejos de belleza. Hace unos meses empezó poniendo solo recetas y poco a poco está transformándolos en llamamientos feministas. Por lo pronto, ha consiguiendo despertar el interés de las mujeres por la lectura del periódico. *The Progress* ha aumentado su número de lectoras femeninas desde que esta sección está en marcha.

—Si le preocupa que sus artículos se vuelvan comprometedores, ¿no puede

simplemente prohibirle que desista de sus intenciones?

Le tomó por sorpresa la profunda carcajada del duque.

—Pensé que conocía a las mujeres —consiguió decir lord Richmond, riendo.

—Las conozco bastante bien —masculló Connor, irguiéndose ofendido por su hilaridad.

—Lo dudo mucho si piensa que puede hacer desistir a una mujer de su objetivo solo con una mera prohibición. Al menos a las mujeres de mi familia —declaró el duque haciendo una mueca—. Lo que quiero es que se encargue de su protección. Tengo entendido que Samantha acude de forma asidua a la sede del periódico *The Progress*, en Fleet Street. Quiero que designe a su mejor hombre para que vele por su seguridad.

Algo en sus palabras lo puso en alerta.

—¿Teme que pueda estar en peligro?

—Solo barajo todas las posibilidades y actúo en consecuencia. Mientras exista el riesgo, prefiero estar prevenido y mantener a mi hija bien custodiada.

Teniendo en cuenta su afición por escaparse de casa y colarse en lugares como El Jardín Secreto y Whitechapel, proteger a lady Samantha iba a ser una tarea complicada.

—Yo de usted la encerraría en su habitación —masculló Connor.

—¿A quién deberían encerrar?

Una voz femenina interrumpió su conversación. Connor no se tuvo que girar para saber a quién pertenecía. No había podido olvidarla en los últimos tres meses.

CAPÍTULO 11

No era su intención escuchar la conversación, pero al pasar por la puerta de la biblioteca la encontró entornada y oyó una voz que le había estado persiguiendo en sueños. Samantha no pudo resistir la tentación. Pegó la oreja a la puerta con sigilo y espío.

Al cabo de unos segundos una tosecita discreta la sorprendió. Samantha se giró, azorada, y se encontró con el rostro imperturbable de Andrew, el mayordomo que había trabajado en la casa de Kathleen antes de su boda. A pesar de que sus servicios ya no eran necesarios, puesto que su amiga ahora vivía en la mansión familiar de los Richmond, le había sido imposible dejar sin trabajo al hombre y le habían hecho un hueco como segundo mayordomo.

—Buenos días, lady Samantha.

—Buenos días, Andrew —respondió Samantha, volviendo a acercar la oreja a la puerta para continuar con su labor.

—Algunos dirían que espiar detrás de las puertas es algo impropio de una dama.

—Seguro que son los mismos que aseguran que los criados no deberían tener días de asueto —replicó ella, sin inmutarse.

Como estaba concentrada en escuchar las voces, no pudo ver el brillo de sorpresa que destelló en los ojos del hombre.

—En ese caso, no tiene sentido dar importancia a lo que dicen unos necios, ¿verdad? —murmuró Andrew, antes de hacer una inclinación de cabeza y marcharse para continuar con sus quehaceres.

Samantha vio cómo se alejaba con un poco de pena. Kathleen le tenía en gran estima y le preocupaba que el hombre no se estuviese aclimatando bien a la residencia de los Richmond; estaba acostumbrado a formar parte de un servicio

reducido y a un trato más directo con su patrón. De hecho, con lo estirado que era y su impecable saber estar, tal vez le fuera mejor como *valet* de alguno de sus hermanos o primos. Tomó nota mental de hablarlo con su amiga cuando tuviera ocasión.

Las voces del interior de la biblioteca volvieron a captar su atención. Lo primero que le quedó claro fue que su padre ya había descubierto que era Sea Richmond. Era algo con lo que contaba, así que no le sorprendió demasiado.

Lo segundo que dedujo es que quería que el señor MacDunne fuese el encargado de velar por su seguridad. Menuda ironía. Si él supiera lo cerca que había estado Connor de deshonar a su hija, lo embarcaría en el primer barco rumbo a otro continente.

No pretendía interrumpirlos, pero al escuchar a Connor MacDunne decirle a su padre que la debería encerrar en su habitación, no pudo controlar el impulso de intervenir.

En cuanto entró en la biblioteca, su padre se puso en pie, tal y como se esperaba de un caballero cuando una dama entraba en una habitación, pero era evidente que el señor MacDunne no lo era, porque siguió repantigado en el sillón. Ni siquiera hizo el ademán de girarse para mirarla.

—Samantha, ¿estabas escuchando nuestra conversación? —inquirió el duque, mirándola con censura.

Ella aprovechó la pregunta para acercarse al enorme escritorio de madera de ébano. Miró de reojo a Connor, pero no pudo leer ningún tipo de emoción en él puesto que tenía la vista clavada en un ejemplar de *The Progress* que sostenía en su regazo.

—Lo siento, padre. Oí mi nombre y pensé que me había llamado —se disculpó ella, alegando la primera excusa que se le ocurrió.

Connor comenzó a toser y Samantha abrió los ojos de golpe al escuchar un «mentirosa» mascullado con disimulo entre tos y tos. Aprovechando que su padre bajaba un momento la vista para sentarse de nuevo en su sillón, Samantha le sacó la lengua con saña, pero él ni se inmutó.

—Señor MacDunne, me gustaría presentarle a mi hija lady Samantha —comentó el duque, ajeno a su pequeña contienda.

—Toda una belleza, sin duda —murmuró Connor, mostrando una falta total de interés hacia ella al mantener su atención en el periódico que sujetaba.

Para colmo, Samantha creyó verlo bostezar. Apretó con fuerza los puños, escondiéndolos entre los pliegues de su falda, en un intento por controlar el

impulso de coger uno de los muchos libros que forraban las paredes de la biblioteca y estrellarlo contra la cabeza de MacDunne.

—Señor MacDunne, ya que se toma la molestia de vestir como un caballero, tal vez también debería comenzar a comportarse como tal —amonestó el duque con frialdad, entrecerrando los ojos en una clara advertencia.

En aquel momento Samantha hubiera cubierto de besos el rostro de su padre. El duque de Bellrose no toleraba ningún desaire hacia su familia. Su toque de atención debió de molestar a Connor, porque abandonó al instante su languidez, su cuerpo se tensó y adoptó una expresión inescrutable. Se levantó del sillón y, poniendo el periódico bajo el brazo, hizo una escueta reverencia.

Samantha devolvió el saludo con cortesía, maldiciendo en su interior porque con una simple mirada de aquellos ojos verdes su pulso se había lanzado al galope.

—Siéntate, Samantha. Ya que estás aquí quiero informarte de una decisión que he tomado.

Samantha tomó asiento en el sillón que había al lado de Connor, esforzándose por dominar a sus traicioneros ojos, que se empeñaban en desviarse hacia él. Aunque sus sillones estaban separados por un metro de distancia, su cercanía no tardó en alterar sus nervios, y por el modo en el que él se había vuelto a sentar, con la espalda rígida y sin apartar la mirada del frente, debía sucederle lo mismo. La tensión pronto se hizo palpable entre ellos.

El duque miró a uno y a otro durante unos segundos y luego entrecerró los ojos.

—¿Ya os conocíais?

—No —respondió Connor de forma contundente.

—¿Conocernos? —contestó ella a su vez, y para su horror, comenzó a balbucear—. Claro que no. Si lo hubiese visto lo recordaría, y no lo recuerdo. Tal vez se parezca un poco a lord Paddington, aunque el conde es rubio y con los ojos azules. Pensándolo bien, no se parecen en nada. Así que no, no conocía al señor MacDunne con anterioridad. Seguro que no.

Para cuando terminó de hablar, los dos hombres tenían los ojos clavados en ella. Uno con suspicacia y el otro con una mezcla de incredulidad y fascinación. Sintió que se ruborizaba y para disimularlo bajó la mirada y se concentró en alisar las arrugas de su falda simulando una tranquilidad que no sentía.

Siempre le había sido fácil manipular de forma sutil a los demás, engañando cuando la ocasión lo requería. Era una de las habilidades sociales de la nobleza

que mejor manejaba. Pero cuando se trataba de una pregunta directa, era incapaz de formular una mentira de forma coherente sin empezar a parlotear como una tonta.

Su mente comenzó a trabajar buscando la forma de redirigir la situación.

—Antes de que diga nada, me gustaría ser del todo sincera con usted, padre. Le he mentado —declaró. Pudo ver que Connor se estiraba el cuello de la camisa, como si le faltase el aire, tal vez pensando que ella iba a confesar que sí se conocían; así que distendió la pausa entre sus próximas palabras solo para hacerlo sufrir un poco más—. Verá, antes, en el desayuno, cuando usted me preguntó por mis planes del día, no le dije la verdad —reconoció con aire contrito. Connor expiró el aire de forma audible—. Lo cierto es que he empezado a escribir artículos para el periódico de *The Progress* bajo el seudónimo de Sea Richmond. Así que, por las tardes, acudo al periódico durante unas horas para poder hacer mi trabajo.

—¿Me has estado mintiendo todo este tiempo?

—Sí y lo siento —admitió ella, haciendo un mohín—. Me daba miedo decírselo porque, a pesar de que siempre lo he considerado un hombre de mente abierta, temía que pudiese encontrar escandaloso que ejerciese una profesión remunerada, tal y como hace Joshua —puntualizó como al descuido—. Entiendo que nos medimos por otra vara y, aunque usted siempre presume ante madre de ser defensor de los derechos de las mujeres, que yo pueda tener un trabajo no es algo habitual y puede estar mal visto por el resto de nobles.

—Ciertamente, no es algo común, hija —convino el duque—. Pero sería hipócrita por mi parte que no te dejara volar cuando te he dado las alas para poder hacerlo —añadió en tono benevolente—. Los tiempos están cambiando. Tu educación en la Academia para señoritas de la señora Carlston fue muy completa. La mayoría de muchachas que acaban sus estudios allí terminan yendo a la universidad.

Cierto, muchas de sus compañeras ahora cursaban estudios en la Universidad de Londres con unos resultados brillantes.

—Además, como tú bien has planteado, si me opusiese quedaría como un hombre cerrado de mente, estaría contradiciendo mis propias palabras y tu madre se me echaría al cuello por ello —concluyó, con un suspiro.

Samantha bajó la mirada en fingida humildad para esconder una sonrisilla complacida. Había puesto a su padre entre la espada y la pared y lo sabía. Por el raballo del ojo vio la mirada ceñuda de Connor y la sonrisa se le borró al

instante.

—Debo confesar que ya estaba al tanto de todo —declaró el duque, captando de nuevo su atención—. Por ello quería hablar contigo. No me voy a oponer a que desempeñes tu labor periodística, pero voy a asegurarme de que lo haces con la debida protección. El señor MacDunne tiene la mejor empresa de vigilancia de Londres. A partir de ahora velará por tu seguridad.

—¿Personalmente?

—Soy un hombre muy ocupado, lady Samantha —respondió Connor con altivez, como si el trabajo de protegerla fuera algo irrelevante—. Pero designaré a uno de mis hombres como su escolta.

—Espero que sea el mejor, porque responderá ante mí si no cumple bien su cometido —advirtió el duque, con voz amenazante. Suavizó su expresión al dirigirse de nuevo a ella: —Y ahora, si nos disculpas, el señor MacDunne y yo vamos a concretar unos detalles.

Samantha se levantó con desgana, renuente a salir de allí. Durante los últimos meses, Connor se había colado en su mente más de una vez. Debía odiarle por cómo se había comportado con ella. Pero esa condenada atracción había hecho que no dejase de pensar en sus besos y en la mezcla de emociones que sentía cuando estaba a su lado.

Se despidió de su padre con una pequeña reverencia y dirigió a Connor una sutil inclinación de cabeza a modo de despedida, pero él ya no le prestaba atención, inmerso como estaba en la lectura del periódico que todavía sostenía.

Su ánimo decayó, frustrada porque, al contrario que le pasaba a ella, él parecía inmune a su cercanía. Fue al pasar por su lado cuando lo vio. Un pequeño detalle que provocó una sensación de intensa alegría en su interior... Porque el periódico que Connor parecía leer con tanta concentración estaba boca abajo.

CAPÍTULO 12

Distrito de Whitechapel, Londres, 31 de agosto de 1888

El cuerpo sin vida de una mujer yacía boca arriba, con las piernas extendidas como si estuviera plácidamente dormida, delante de la puerta de un establo en la calle Buck's Row. A pesar de que la noche era cerrada, la tenue luz de una farola evidenciaba que la habían degollado.

Charles Cross, un carretero que trabajaba en el mercado de Spitalfields, encontró el cadáver y avisó a un agente que en esos momentos estaba haciendo su patrulla nocturna. John Neil, miembro de Scotland Yard, hizo sonar su silbato dando la señal de alarma. Un mensajero notificó el hallazgo a la central y también se requirió la presencia de un médico para examinar el cuerpo. El doctor Llewellyn, que tenía su consulta a poca distancia, se presentó con prontitud. Hizo un breve reconocimiento y, tras confirmar su muerte, mandó que la trasladaran en ambulancia hasta la morgue situada en la calle Old Montague, para practicarle una autopsia exhaustiva. El inspector Abberline fue uno de los designados para investigar el caso y, siendo conocido de Connor, no dudó en solicitar su colaboración.

Connor observó el cadáver con una sensación de desasosiego. Los asesinatos en Whitechapel estaban a la orden del día, pero en los últimos meses habían aparecido los cadáveres de varias mujeres mostrando un inusitado grado de violencia.

—Le han cercenado el cuello de oreja a oreja —informó el doctor Llewellyn—. Pero, no solo eso. También le han abierto el abdomen —añadió con disgusto.

—¿Algún indicio de su identidad?

—Su enagua iba marcada con el sello del hospicio Lambeth. Una de las mujeres que se alojan allí la ha identificado como Mary Anne Nichols, también conocida como Polly Nichols —informó el detective, leyendo las anotaciones de

su libreta—. Según parece era una prostituta.

—¿Piensas que ha sido la banda de *High Rip*?

Los *High Rip* era una banda de malhechores procedente de Liverpool que se había extendido por todo el país hasta llegar al East End. Eran especialmente violentos y atacaban con saña a las prostitutas si no les cedían parte de sus ganancias. A principios de abril, una mujer llamada Emma Smith había sido brutalmente agredida, según ella misma había declarado, por una banda de jóvenes. La mujer no había sobrevivido a las heridas infligidas. Todo apuntaba a que habían sido ellos, pero no se había podido esclarecer el asunto. Desde entonces, los *Blueguards* y Scotland Yard habían aunado sus esfuerzos para erradicarlos.

—Es pronto para decirlo, pero... creo que estamos ante algo diferente

Connor aceptó con respeto la opinión del detective. Frederick George Abberline tenía una carrera fulgurante en la policía metropolitana por su buen hacer, y que le hubieran puesto al frente de esa investigación era prueba de ello.

—¿Puede estar relacionado con el asesinato de Martha Tabram? —inquirió Connor.

El día siete de aquel mismo mes, se había encontrado el cuerpo sin vida de la mujer en las escaleras de acceso de un edificio de Gunthorp Street. Le habían asestado treinta y nueve puñaladas, tantas como años tenía. Martha también era prostituta en Whitechapel, algo que tenía en común con las otras víctimas.

—Podría ser —concedió Frederick—. Parece que los agresores se ensañaron con ellas, como si les motivara algún tipo de odio personal, aunque el *modus operandi* es diferente.

—Mantenme informado —pidió Connor—. Por de pronto, organizaré a mis hombres para que refuercen la vigilancia nocturna por Whitechapel.

Salió de allí y tomó la calle Wenworth hasta llegar a Commercial Street, en dirección a la sede de los *Blueguards*.

—Buenos días, señor MacDunne.

Connor saludó con un gesto al hombre apostado en la puerta antes de entrar. Había comprado un amplio edificio de ladrillo rojo de dos plantas de altura en Commercial Street y lo había convertido en su cuartel general, ahora conocido como La Central.

Cuando entró en su despacho, Borys ya le estaba esperando para darle su informe diario. Era uno de sus mejores hombres, un gigante de dos metros de altura, con un cuerpo fornido y musculoso. Su nariz torcida y su rostro lleno de

cicatrices eran evidencias de su pasado de boxeador. Connor lo había conocido cinco años atrás, malherido después de un combate contra cuatro hombres, del que por cierto él no había salido el peor parado, y le había ofrecido cobijo y trabajo, primero como seguridad en El Jardín y después como su mano derecha en los *Blueguards*. Desde el primer momento, Borys le había concedido toda su lealtad.

—¿Novedades?

—La verdad es que no —declaró el gigante—. Su rutina es siempre la misma: un paseo a caballo por Hyde Park después del desayuno, para luego pasar el resto de la mañana con la duquesa y con la marquesa de Dunmore, de compras o en la biblioteca, hasta la hora del almuerzo; después va a la sede del periódico *The Progress* donde trabaja toda la tarde. Como la temporada social ya ha terminado rara vez sale por la noche.

Tradicionalmente, la temporada social londinense coincidía con las sesiones del Parlamento. En siglos anteriores, las familias de la nobleza se trasladaban a Londres en octubre o noviembre, cuando comenzaban los actos parlamentarios, y dado el mal estado de los caminos en invierno, se quedaban en la capital hasta el final de la temporada en mayo o junio. Pero durante el siglo XIX esas fechas se fueron posponiendo poco a poco, gracias sobre todo a la mejora de los caminos y la infraestructura ferroviaria, que facilitaban los traslados del campo a la ciudad, y viceversa. En la actualidad, los actos sociales tenían su máximo apogeo en el periodo que comenzaba después de Pascua y terminaba el doce de agosto, día conocido como el *Glorious Twelfth*, que marcaba el inicio de la temporada de caza de la perdiz roja.

—Lo extraño es que los Richmond no se hayan trasladado todavía a la campiña como el resto de la nobleza.

—Eso pensé yo, pero, según lo que he oído, el marqués está preocupado por el embarazo de su esposa y quiere permanecer cerca de su hermano por si surge alguna emergencia. Y los duques han decidido quedarse en Londres hasta el nacimiento para hacerles compañía.

Lógico. Joshua Richmond, pese a tener solo veinticinco años, era un reconocido médico con una brillante trayectoria. Trabajaba en el *Great Ormon Street Hospital*, por lo que había fijado su residencia en Londres y pocas veces abandonaba la ciudad. Era de esperar que Nicholas quisiera tenerlo próximo en un momento tan delicado. Además, Connor intuía que los padres de lady Samantha no se sentirían muy cómodos teniendo que dejar a su benjamina en la

ciudad.

—La verdad, cuando me encomendaste ser la escolta de lady Samantha Richmond pensé que llevaría una vida un poco más ajetreada —comentó Borys—. Esa damita tiene una existencia bastante monótona y aburrida.

La imagen de Samantha se coló en su mente como venía sucediendo desde que la había conocido. Verla en la biblioteca, tan hermosa a la luz del sol como lo había estado bajo el destello de la luna, lo había dejado con una sensación de vacío de la que no se conseguía deshacer. Ni siquiera su amante del momento, una actriz hermosa y muy apasionada, había conseguido borrar los pocos minutos que tuvo a Samantha Richmond entre sus brazos.

Una cosa tenía clara: la pequeña embaucadora de ninguna manera podía calificarse como «monótona y aburrida». No después de ver cómo se había colado en El Jardín Secreto aun a riesgo de perder su reputación y de verla deambular por Whitechapel jugándose la vida.

Había algo que se les escapaba.

—¿Nunca te separas de ella?

—No, la tengo siempre bajo mi vigilancia cuando sale de casa. —Justo cuando terminó de decirlo, Borys frunció el ceño, pensativo—. Bueno, a decir verdad, siempre no. Cuando va a *The Progress* yo permanezco en la entrada. El periódico tiene una política de no dejar acceder más allá del hall a nadie que no esté en plantilla —añadió a modo de explicación.

—¿Cuántas horas?

—Cuatro o cinco.

Connor maldijo entre dientes. En cuatro o cinco horas esa diablesa tenía tiempo de sobra para hacer cualquier locura que se le ocurriese.

CAPÍTULO 13

Fleet Street era considerada la cuna del periodismo en Londres desde que en marzo de 1702 se publicase allí el primer diario londinense, el *Daily Courant*, seguido por el *Morning Chronicle*. La popularidad de los periódicos bajó considerablemente cuando, a principios del siglo XIX, el gobierno aprobó un impuesto para el papel; pero fue en esa misma calle donde, más tarde, se formó la Sociedad para la abolición de dicho impuesto, que consiguió su objetivo en 1861. Desde entonces, la producción de periódicos experimentó un auge considerable. La «prensa del penique», llamada así porque los ejemplares solo costaban un penique, ganó popularidad a partir de 1880, incrementando de forma exponencial la venta de diarios y la creación de nuevos periódicos, la mayoría ubicados en esa calle.

Pero lo que en verdad hizo posible la producción en masa de periódicos fueron las innovaciones tecnológicas. La aplicación de la electricidad en el día a día, la prensa rotativa y el invento de la linotipia en 1886, que mecanizaba la composición tipográfica, agilizaron muchísimo el proceso de impresión.

The Progress era uno de los muchos periódicos que estaban ubicados en Fleet Street. Fue inaugurado cinco años atrás con una tirada de apenas cien mil copias y con un enfoque conservador. Pero hacía un año había adoptado un cambio de rumbo con un éxito espectacular que había triplicado sus cifras de ventas. Todo gracias a las innovaciones de su nuevo editor jefe, Walter Scott.

Titulares llamativos, imágenes impactantes, entrevistas, artículos de interés humano, concursos y anuncios. Y no solo eso, también dedicaba varias páginas a temas de interés femenino, por lo que había conseguido que muchas mujeres se convirtieran en fieles lectoras. De hecho, *The Progress* era uno de los pocos periódicos que tenían a más de una veintena de mujeres en su plantilla, Samantha entre ellas.

En la planta de arriba estaban las oficinas y el área editorial, donde Walter

Scott tenía su despacho y los periodistas contaban con escritorios propios equipados con máquinas de escribir para plasmar sus historias sobre el papel. También estaba la sala de comunicación internacional, con un telégrafo propio por el que se intercambiaban noticias de interés mundial con otros países.

En la planta baja estaba el área de distribución, con una puerta trasera para carga y descarga, para la recepción de materia prima y la distribución de los diarios. Los periódicos se cargaban en fardos sobre los carros para repartirlos en los puntos acordados, donde posteriormente se distribuirían por las calles.

En el sótano, estaba la prensa rotativa doble último modelo, que imprimía por las dos caras al mismo tiempo, cortaba las hojas y las doblaba; y la sala de composición, donde una docena de operarios de linotipia, la mayoría de ellos elegidos por su sordera, pues el ruido de las máquinas era atronador, trabajaban creando las líneas de texto a partir de los artículos que escribían los periodistas.

Como cada día, Samantha se despidió de Borys en el hall y subió las escaleras que conducían al primer piso, saludando a las personas que se cruzaban en su camino. El periódico siempre era un hervidero de actividad y eso le encantaba. Cada vez que entraba allí era como acceder a un nuevo mundo donde ella se convertía en una persona diferente. Por unas horas, se deshacía de la etiqueta de lady y se convertía en aquello que ansiaba.

—¡Ya era hora! —exclamó una voz femenina, sacándola de sus pensamientos—. Sabe que al señor Scott le gusta la puntualidad.

Samantha miró con paciencia a Regina Crawford, la secretaria de Walter Scott. Era una mujer de cuarenta y cinco años, alta y fornida. Era soltera y, al parecer, no tenía más finalidad en la vida que satisfacer cada uno de los deseos del editor jefe, que no eran pocos. Llevaba siempre el pelo castaño recogido, con la raya en medio, en un moño bajo, enfatizando un rostro de facciones muy afiladas. Su mejor cualidad eran sus ojos, de color azul zafiro, pero se perdían detrás de su mirada severa. Tal vez si hubiera sonreído más...

—Solo me he retrasado cinco minutos, Regina —replicó, un poco molesta porque le hiciera notar su falta.

Ella solía ser muy puntual, pero el tráfico por esa parte de la ciudad a veces jugaba malas pasadas.

—Cinco minutos en los que el señor Scott no ha parado de preguntar por usted —refunfuñó ella, mirándola con censura por encima de sus gafas—. Y llámeme señorita Crawford. Solo consiento que me llamen Regina los que considero mis amigos.

Samantha la ignoró y se encaminó directa al despacho del editor. Llamó a la puerta y entró en cuanto la profunda voz del señor Scott le dio la venia.

—¡Maldición, señorita Richmond! ¡Llevo horas esperándola! —atronó, al verla.

—¡Cinco minutos! ¡Solo me he retrasado cinco minutos! —exclamó Samantha poniendo los ojos en blanco mientras se dejaba caer en la silla enfrente del amplio escritorio repleto de documentos.

—Cinco minutos de su tiempo son cinco horas del mío —espetó el señor Scott.

Viendo su arrogancia y su orgullo, muy similares a los del mismísimo duque de Bellrose, nadie diría que Walter Scott venía del arroyo. Se había criado en un orfanato y había conseguido prosperar en la vida a fuerza de trabajo duro, tesón y una mente despierta, pasando de ser un mero repartidor de periódicos a dirigir uno.

—Y no piense que por ser quien es va a recibir de mí un trato preferente —apostilló, entrecerrando los ojos—. Ya le dije cuando decidí contratarla que el título de lady se quedaría en el hall de entrada.

—Nunca he querido un trato preferente —musitó ella, alzando el mentón.

De hecho, había tomado medidas para que nadie supiera su verdadera identidad: el carruaje que la llevaba hasta allí no tenía ningún distintivo ducal; vestía ropas sencillas, asequibles a cualquier miembro de la clase obrera; no llevaba joyas de ningún tipo; se peinaba de forma diferente, con la raya en medio y un sencillo rodete que le recogía el cabello a la altura de la nuca; usaba trucos de maquillaje para camuflar sus facciones y utilizaba gafas con lentes sin graduación. Era consciente de que tarde o temprano acabaría sabiéndose la verdad, pero quería pasar desapercibida el mayor tiempo posible. Los únicos que sabían su verdadera identidad en *The Progress* eran el señor Scott y su hijo. Para los demás miembros de la plantilla era simplemente la señorita Sea Richmond.

—Lo sé, y eso es una de las muchas cosas que me gustan de ti —declaró, tuteándola, y esbozó una sonrisa que distendió el ambiente al instante—. Eso y lo bien que escribe tu *alter ego* —añadió, guiñándole un ojo—. Pero vayamos al grano. Ha habido otro asesinato en Whitechapel, una mujer llamada Polly Nichols. Tengo a uno de los chicos recabando información sobre ello, pero ya sabes cómo son: escribirá un artículo plagado de datos sobre las heridas que sufrió y los avances en la investigación, como muchos otros periódicos van a hacer.

—Y usted quiere marcar la diferencia.

—Siempre.

—Déjeme adivinar. Quiere que investigue la vida de Polly Nichols, que exponga el lado humano de la víctima, para que la gente que lea el artículo pueda identificarse con ella.

—Exacto, quiero que hagas tu magia. Aquí tienes toda la información que tenemos hasta ahora —dijo, tendiéndoles unos papeles—. Red te acompañará. Tenéis un carruaje esperándoos en la parte de atrás para poder burlar a tu escolta.

Red era su acompañante habitual en sus escapadas y, siendo el hijo de Scott, era de total confianza. Realmente se llamaba Daniel, pero todos lo llamaban Red por su vibrante cabello pelirrojo, herencia de su difunta madre. Era un chico de veinte años, con carácter sensato y tranquilo. Scott pensaba que era el más adecuado para sosegar el torbellino que era ella y la verdad es que habían congeniado a la perfección.

Samantha se levantó de la silla con el corazón acelerado, sintiendo una conocida excitación por el reto que supondría aquel trabajo.

—Y, por el amor de Dios, ten cuidado. Si tu padre se enterase alguna vez de que te obligo a callejear por Whitechapel para escribir tus artículos, soy hombre muerto.

—Usted no me obliga a nada —afirmó Samantha, restándole importancia—. Además, yo no callejeo por Whitechapel, el que lo hace es mi *alter ego* —añadió, guiñándole un ojo, y salió de allí.

CAPÍTULO 14

Connor salió de la morgue a tiempo para ver cómo dos hombres interceptaban al señor Nichols, que había acudido allí para confirmar la identidad de su mujer. O, mejor dicho, su exmujer.

La historia de Polly Nichols no era un cuento de hadas: su alcoholismo había destrozado su matrimonio, había perdido la custodia de sus cinco hijos y había terminado en un hospicio. Tuvo la posibilidad de rehabilitarse cuando consiguió trabajo de doncella en una casa de Wandsworth, en el suroeste de la ciudad, pero lo estropeó todo al robar a sus señores. Era una acción imperdonable para un sirviente y la echaron a la calle sin miramientos. Así que acabó sus días como prostituta en Whitechapel, gastándose lo poco que ganaba en ginebra.

Puede que no fuera un dechado de virtudes, pero nadie se merecía morir así. Y tampoco hacía ningún bien a su familia que aireasen sus trapos sucios en los periódicos; al menos se merecía descansar en paz. Cosa difícil cuando los periodistas estaban explotando los pormenores de su asesinato, incluso publicando imágenes que plasmaban la violencia de sus heridas. Todo por el morbo que ese tipo de crímenes despertaba en los lectores, lo que derivaba en un mayor número de ventas.

Connor miró con disgusto a los dos periodistas. Porque, por la forma en que uno de ellos anotaba lo que el señor Nichols decía, no tenía duda de que lo fueran. Un desfile de esos reporteros había estado pululando por allí durante todo el día, como buitres a la espera de encontrar una carnaza sobre la que arrojarse.

Esos dos formaban una pareja bastante peculiar. Uno era un verdadero gigante, con un vibrante cabello rojizo y el rostro plagado de pecas. No parecía tener más de veinte años pero tenía un aspecto serio y profesional.

El otro era de edad indeterminada. Era más bien bajito, una espesa barba oscura cubría parcialmente su rostro y llevaba un sombrero calado hasta las

cejas. Por la forma en la que interactuaba con el señor Nichols parecía ser él el que dirigía la entrevista. Lo más curioso era que el señor Nichols, que había estado esquivando a los periodistas durante todo el día, parecía más que dispuesto a conversar con él.

Connor se encogió de hombros, haciendo a un lado aquellos pensamientos. Se giró dispuesto a volver a La Central, cuando una figura al otro lado de la calle llamó su atención. Un muchachito delgado y no más alto de metro sesenta estaba apoyado en la pared de forma indolente, como muchos otros chicos que vagabundeaban por Whitechapel. Vestía ropas roídas y una gorra marrón, que había conocido mejores tiempos, le tapaba parte del rostro. Por la inclinación de la cabeza incluso parecía que dormitaba. Como si hubiese notado que lo observaba levantó el rostro y lo miró con unos brillantes ojos de color aguamarina. Connor parpadeó y el muchacho le guiñó un ojo de forma descarada.

Maldijo en silencio cuando lo reconoció y cruzó raudo a su encuentro, esquivando un carruaje que pasaba en ese momento.

—¡Demonios, Ellis! Te dije que ayudarás a Borys a vigilar a lady Samantha Richmond.

Aunque apenas le llegaba al mentón, el muchacho se plantó ante él sin amilanarse y replicó con osadía:

—¡Demonios, MacDunne! Eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Pocos había que se atreviesen a hablar así a Connor y Jack Ellis era uno de ellos. Se conocían desde hacía dos años y entre ellos se había desarrollado cierto grado de amistad. Dirigía una banda de unos treinta rapazuelos que se movían a sus anchas por Whitechapel, protegiéndose unos a otros. Eran una fuente de información perfecta, puesto que había pocas cosas que escapasen a su conocimiento, y por eso Connor solía contratar a Jack y a su banda para que le hicieran algún trabajito cuando había que espionar a alguien de incógnito, porque los niños no llamaban la atención en Whitechapel.

Además, Jack era un espía fantástico. Era ágil, tenía la mente despierta, sabía cómo pasar desapercibido, y no se dejaría manipular por una pequeña embaucadora, o eso había creído. Por esa razón le había pedido que ayudara a Borys con lady Richmond.

—Te dije que no la perdieras de vista —gruñó Connor—. Estoy convencido de que sus visitas a *The Progress* ocultan algo más. Tal vez...

—No lo he hecho.

Connor parpadeó, sin entender.

—No la he perdido de vista, por eso estoy aquí —aclaró Jack.

Él observó alrededor, incrédulo, buscando a Samantha con la mirada, incapaz de asimilar que ella pudiese estar realmente allí, mientras Jack continuaba hablando.

—Para ser la hija de un duque es bastante atrevida. Como me dijiste que Borys custodiaba la puerta de entrada, decidí vigilar en la puerta trasera del periódico. Casi me engaña, ¿sabes? Esperaba ver aparecer a una dama con faldas y me he llevado una sorpresa cuando la he visto salir vestida de hombre. —Connor lo miró con el ceño fruncido mientras su cerebro trataba de procesar el significado de sus palabras—. Entiendo de disfraces masculinos, créeme, y el que ella lleva es bastante convincente —añadió Jack, cabeceando hacia los dos periodistas.

La mirada de Connor se clavó al instante en el periodista de la barba.

«Imposible», pensó desconcertado. Ni siquiera ella se atrevería a hacer semejante locura. Pero algo en la postura altiva de aquella figura le dijo que aquella posibilidad no era tan descabellada. Y cuando le vio ladear la cabeza de forma pensativa, como había visto hacer a la muchacha con anterioridad, no le cupo ninguna duda.

Sintió la furia crecer en su interior mientras observaba cómo daban por terminada la entrevista, se despedían del señor Nichols, y se dirigían hacia un carruaje modesto que aguardaba en un lado de la calle. Sin pensárselo dos veces fue a su encuentro, dio instrucciones al cochero de que les condujera hasta la residencia del duque de Bellrose, y subió al carruaje justo después de ellos, seguido muy de cerca de Jack.

—¿Pero qué...? —empezó a decir el pelirrojo, cerniéndose de forma amenazante hacia ellos.

—No diga una palabra —gruñó Connor, silenciándolo al sacar su pequeña *Derringer*.

—Si lo que quieren es robarnos se equivocan de víctimas —continuó farfullando el joven, dejándose caer con impotencia en el asiento del carruaje—. Solo somos humildes periodistas, no tenemos nada de valor.

—Puede que usted no tenga nada de valor, pero yo no opinaría lo mismo de su compañera —musitó Connor con voz suave, clavando su mirada en la figura que se sentaba en frente.

Para colmo, en lugar de parecer angustiada por haber sido sorprendida, lady Samantha le miraba con fastidio.

—¿Cómo ha dado conmigo?

—No me fiaba de la aparente serenidad de su rutina, así que decidí reforzar su vigilancia.

—¿Lo conoces? —preguntó el pelirrojo, mirándolos con curiosidad.

—Es Connor MacDunne —masculló Samantha, con un bufido.

—¿Connor MacDunne? ¿El fundador de los *Blueguards*?

—El mismo —confirmó Connor con orgullo, guardando su pistola.

—¿Has oído hablar de él? —inquirió Samantha.

—¿Quién no? De propietario de uno de los clubs más notorios de Londres ha pasado a convertirse en uno de los hombres más respetados del East End en tan solo unos meses. Sus hombres son la élite en la investigación, superando incluso a los mejores detectives de Scotland Yard. Fueron los *Blueguards* los que atraparon al Estrangulador de Plaistow y al Carnicero del East Ham. Incluso miembros de la Familia Real han contratado sus servicios como escoltas para algunos viajes porque se sabe que son los mejores.

La abierta devoción del joven fue un bálsamo para el ego de Connor. No pudo evitar que una sonrisilla presumida bailase en sus labios mientras mirada de soslayo a lady Samantha, arrancándole un bufido desdeñoso.

—Si fuesen tan buenos yo no estaría aquí, ¿verdad? —contraatacó ella con inquina.

Eso dolió, porque era cierto. La pequeña arpía había evadido su vigilancia durante semanas, poniéndose en peligro y menoscabando de esa forma el prestigio de Connor.

—Y hablando de eso, ¿qué demonios está haciendo en Whitechapel vestida de esa forma?

—No entiendo por qué se sorprende tanto. Fue usted el que me dio la idea de los disfraces en nuestro último encuentro. «Whitechapel no es lugar para una dama» —le recordó Samantha, enronqueciendo la voz para imitarle.

—Debería estar en la redacción del periódico, trabajando.

—Gran parte de la labor de un periodista se basa en la investigación —respondió Red, solícito.

—No creo que el tipo de artículos que escribe Sea Richmond requiera mucha investigación.

—¿Acaso ha leído mis artículos?

—¿Tengo pinta de querer llegar a ser una perfecta flor inglesa? —inquirió con desdén Connor, aludiendo al artículo que había leído en la biblioteca de los

Richmond.

No pensaba admitir que desde que supiese que ella era Sea Richmond había leído por curiosidad todos sus artículos y reconocía, solo para sí mismo, que la muchacha escribía bien. Pero era cierto que no era el tipo de lectura que le causase admiración.

—No, ya veo que dedica todos sus esfuerzos a convertirse en un asno presuntuoso.

Jack, que hasta entonces había estado sumido en un discreto silencio, prorrumpió en una carcajada que disimuló con una tos cuando Connor le clavó una mirada acerada. Incluso el pelirrojo sonrió ante la ocurrencia de la muchacha antes de que los ojos de Connor cayeran sobre él a modo de advertencia.

Que una chiquilla mimada como lady Samantha le convirtiera en un hazmerreír le puso de tan mal humor que decidió atacarla con aquello que intuía que más daño podía hacerle.

—Parece que escribir unas cuantas palabras triviales en una sección que solo leen algunas mujeres le hace creerse una periodista consumada —escupió Connor, despectivo—. William Stead. Evan Winters —continuó diciendo, nombrando a dos de los periodistas que más le gustaban—. Ellos sí que son dignos de admiración porque sus artículos de interés social son trascendentes y abogaban por cambiar las injusticias que vivimos.

Por un momento, lady Samantha se le quedó mirando sin decir nada, con una expresión indescifrable en el rostro.

—Así que usted es otro seguidor de Evan Winters —musitó ella finalmente con voz suave.

Connor la miró con suspicacia. Tenía la mirada baja y no podía leer con claridad su estado de ánimo. Sus palabras deberían de haberla enfurecido. En cambio, la joven mostraba cierto aire de complacencia.

—Sí —admitió él, titubeando, con la sensación de que estaba cayendo en una trampa que ella le estaba tendiendo.

Quedó desconcertado cuando lady Samantha alzó el rostro y le dedicó una sonrisa de pura satisfacción.

—¿Qué me he perdido? —preguntó, desconcertado.

—¡Que me cuelguen! —exclamó Jack de repente, mirándola con los ojos desorbitados—. ¿Usted es Evan Winters?

—No seas ridículo —bufó Connor—. Ella nunca podría... —Interrumpió sus palabras al ver cómo el pelirrojo desviaba la mirada mientras lady Samantha

levantaba la ceja y lo miraba con regocijo—. No. Ni usted se atrevería a tanto.

—A estas alturas debería haber aprendido que conmigo no puede dar nada por sentado —replicó ella, condescendiente.

—Yo no me mostraría tan altanera —musitó Connor con voz ominosa—. Cuando su padre se entere de esto, estoy seguro de que le prohibirá volver a ese maldito periódico.

CAPÍTULO 15

Su estúpido ego la había metido en un lío y Samantha era consciente de ello, pero cuando Connor menospreció su trabajo como Sea Richmond y, en cambio, ensalzó la labor periodística de Evan Winters, no pudo controlar el impulso de hacerle ver que ella era la verdadera destinataria de su admiración.

Conocía a su padre, sabía que no le podría ocultar por mucho tiempo que trabajaba en un periódico, por eso había decidido crear la tapadera de Sea Richmond para enmascarar su verdadera labor como Evan Winters. Con lo que no contaba es con que Connor la descubriría tan pronto.

Había sido una sensación muy satisfactoria ver su rostro de incredulidad. Incluso en ese momento, mientras la arrastraba dentro de la biblioteca del duque de Bellrose, tomándola por el brazo con un agarre férreo, todavía la miraba con una mezcla de desconcierto y otro sentimiento que no pudo identificar.

—¡MacDunne! ¿Cómo osa irrumpir de esta forma en mi hogar? —bramó el duque, poniéndose de pie tras el escritorio, al ver que sus dominios estaban siendo invadidos por unos desconocidos.

—Lo siento, Excelencia, no los he podido detener —musitó el mayordomo, turbado por el revuelo que no había logrado impedir.

—Tranquilo, James, yo me encargo —gruñó el duque, ordenándole con un gesto que los dejara a solas—. ¿Quién es toda esta gente?

La duquesa de Bellrose, que estaba leyendo un libro en un sofá cercano, se acercó con presteza a su marido, mirándolos desconcertada.

—El gigante pelirrojo es Daniel Scott, también conocido como Red, el hijo de Walter Scott, el editor jefe de *The Progress* —presentó Connor, mientras el bueno de Red hacía una torpe reverencia—. El de la gorra es mi socio, Jack Ellis —continuó diciendo MacDunne, cabeceando hacia el muchacho que lo acompañaba—. Y este de aquí, es el afamado Evan Winters —añadió, empujándola enfrente del escritorio de su padre—. Lo he encontrado callejeando

por Whitechapel, investigando para su próximo artículo. Tal vez les resulte vagamente familiar —concluyó, lanzándole una mirada ominosa mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

Samantha, todavía conservando intacto su disfraz masculino, agachó los ojos, temerosa de encontrarse con la mirada de sus padres.

—¡Por Dios, MacDunne! Cuando le comenté que me gustaría conocer al señor Winters no pretendía que lo arrastrara hasta aquí de esta forma. —Ella se encogió ante la voz de su padre, notando cómo sus pasos se acercaban sobre la mullida alfombra—. A pesar de ello, reconozco que me satisface poder poner rostro a un hombre al que admiro de veras.

Dio un respingo cuando el duque, todavía ajeno a su verdadera identidad, le cogió la mano con la intención de estrechársela en un amistoso saludo.

—Es todo un honor conocerle, señor Winters. Sus artículos son realmente evocadores. Debo admitir que...

El repentino silencio de su padre le indicó que el temido momento había llegado. Sintió que le quitaba el sombrero de un tirón, mostrando el apretado moño que mantenía cautivo su cabello. Con un suspiro derrotado, Samantha se quitó con suavidad la falsa barba que había pegado cuidadosamente a su mentón con goma arábica, dejando al descubierto su rostro.

La exclamación ahogada de su madre llegó hasta sus oídos, hundiendo todavía más sus hombros. El duque le tomó de la barbilla, le alzó el mentón y, en ese momento, Samantha reunió todo el valor que tenía para levantar los ojos y mirarlo. Era hora de poner las cartas sobre la mesa.

Nada. Nada le habría podido preparar para lo que leyó en su mirada cuando por fin la reconoció. Incredulidad. Amargura. Dolor. Pero, sobre todo, decepción. Una decepción tan grande que la garganta de Samantha se cerró en un sollozo. Su mirada se cruzó con la de su madre y pudo ver en sus ojos el reflejo de su abatimiento.

—¿Lo sabías? —gruñó el duque, clavando en su mujer una mirada acerada.

—¡No! —exclamó la duquesa, negando con la cabeza.

—Os he mentado a los dos y lo siento, pero dejadme que os explique —rogó ella, avanzando precipitadamente hacia ellos, en el mismo instante en el que su padre alzaba la mano para hacerla callar con un gesto.

Como resultado, Samantha recibió un involuntario golpe en la mejilla.

El tiempo pareció detenerse. Padre e hija se miraron azorados, en completo silencio. Y, de repente, Samantha se vio arrastrada detrás de una ancha espalda y

franqueada por un gigante pelirrojo y un muchachito de su misma estatura.

¿Qué estaba sucediendo? ¿En serio trataban de protegerla de su propio padre? ¿Acaso no comprendían que le había pegado por accidente?

—Por muy duque que sea, no voy a consentir que maltrate a su hija en mi presencia —gruñó el odioso Connor de forma adorable, mientras Red y Jack cabeceaban en señal de apoyo—. Puede que merezca un castigo por engañarles, pero que me aspen si dejo que le vuelva a poner una mano encima.

El duque de Bellrose se alzó en toda su estatura y con una voz que condensaba todo su rancio abolengo, ordenó con voz implacable:

—Salgan ahora mismo de mi biblioteca y déjenos a solas.

Ella había escuchado ese tono en muy contadas ocasiones. Su padre solo lo usaba cuando perdía la paciencia y, al utilizarlo, siempre obtenía obediencia absoluta. Pero para asombro de los Richmond, nadie se movió.

El duque apretó tanto los dientes que un músculo de la mandíbula le empezó a vibrar de forma alarmante. Samantha, temerosa de que pudiese hacer algo impropio de un duque, como echarlos a patadas de su casa, decidió intervenir.

—Por favor, dejadme a solas con mis padres. Estaré bien, de verdad —aseguró a sus inesperados defensores.

Connor se giró en ese momento, clavando en ella sus ojos verdes, que en esos momentos brillaban tormentosos. Con un gesto de la cabeza, ordenó a Jack y Red que saliesen de la biblioteca, cosa que hicieron sin dudar, cerrando la puerta tras de sí.

—Ellos se van, pero yo me quedo —musitó, tomándole con suavidad de la barbilla para escrutar su rostro.

El corazón de Samantha comenzó a latir desbocado ante su cercanía.

¿Cómo podía mostrarse tan protector cuando siempre había sido tan insufrible con ella? ¿Por qué su tacto era ahora tan delicado? Y lo más importante, ¿cuándo desaparecería esa estúpida atracción que sentía por él y que no la dejaba respirar con normalidad?

Los ojos del hombre se nublaron al ver la mejilla enrojecida por el golpe

—Mi padre no pretendía pegarme. Ha sido un accidente —explicó Samantha y, olvidándose de lo inadecuado de su conducta y de que sus padres no perdían detalle de su conversación, posó su mano sobre la de Connor y la apretó, en un mudo gesto de agradecimiento.

El tiempo pareció detenerse mientras cada uno se perdía en la mirada del otro, hasta que un suave carraspeo les trajo de vuelta a la realidad.

—Creo que no nos han presentado. Soy lady Madeleine Richmond, duquesa de Bellrose —irrumpió su madre, interponiéndose entre ellos de forma efectiva—. Y, por lo que tengo entendido, usted es Connor MacDunne. Veo que se toma muy en serio su tarea de proteger a mi hija —añadió, mientras se acercaba a Samantha y estudiaba su mejilla.

Samantha pudo ver en la mirada de su madre el dolor que le había provocado aquella situación y que se esforzaba por disimular. Más tarde tendrían una conversación madre e hija como era debido. Ahora la duquesa le pidió con los ojos que diera paz al sufrimiento del duque.

No queriendo postergarlo más, Samantha se acercó a su padre buscando la reconciliación.

—Padre, yo...

—Fue un accidente —barbotó el duque, mirando con pesar su mejilla enrojecida.

—Lo sé.

—Sabes que yo nunca... —La voz de su padre se quebró y Samantha sintió que se ahogaba con su dolor.

—Lo sé.

—Lo siento —musitó el duque, y Samantha se lanzó en sus brazos con un sollozo—. Lo siento, lo siento, lo siento —repitió, en una suave letanía mientras la estrechaba contra él.

Padre e hija se separaron cuando sus emociones estuvieron otra vez bajo control. Por mucho que Samantha pidiera perdón, sabía que esta vez había ido demasiado lejos en su engaño, y que las consecuencias no le iban a gustar. Por eso contuvo el aliento cuando su padre por fin habló.

—El señor MacDunne tiene razón. Tu comportamiento sin duda merece un castigo y lo tendrás. Hemos estado postergando nuestro regreso a Bellrose House por Kathleen y porque nos sentíamos renuentes a dejarte en la ciudad, pese a que tus hermanos estuviesen aquí para cuidarte. Pero esto cambia las cosas. Ve a tu habitación y recoge tus cosas, mañana partiremos a primera hora. Tus correrías por Londres han terminado —sentenció el duque.

CAPÍTULO 16

Samantha sintió que el mundo giraba a sus pies mientras caía en un abismo infinito. Bueno, tal vez estaba siendo un poco melodramática, pero la sensación de desesperación sin duda era la misma. No había peor castigo para ella que estar confinada en la casa familiar, y su padre lo sabía.

Los duques disfrutaban de la exuberante campiña inglesa, de la tranquilidad de sus paisajes, del esplendor de sus bosques y de la belleza del sol reflejada en sus lagos. Pero Samantha no era como ellos. Ella era una apasionada del bullicio de Londres, del ajetreo de sus calles y de la diversidad de sus gentes.

Miró a su madre en busca de ayuda, pero esta vez no la encontró. Había llegado demasiado lejos con sus mentiras.

—Entonces, no tengo alternativa —susurró Samantha, descorazonada.

—No. Mañana partiremos hacia Bellrose House —confirmó el duque—. Y ahora que está todo aclarado...

—No. No me habéis entendido. No voy a ir con vosotros a Bellrose House. Si no me dejáis otra opción... me independizaré.

La declaración de Samantha, aunque dicha con voz muy suave, retumbó en la biblioteca como un cañonazo. Esperaba no tener que llegar a ese punto, pero estaba dispuesta a todo. No era una ilusa. Sin la protección de su familia su futuro sería precario. Tenía una amiga a la que su familia había repudiado porque había cometido el pecado de la no obediencia, negándose a casarse con el joven que habían elegido para ella, y, en cambio, había optado por ejercer la medicina, viviendo de lo que ganaba en su profesión. La mujer había pasado verdaderas penurias para alcanzar su objetivo.

Samantha contaba con que sus padres la quisieran lo suficiente como para que terminara apoyándola en su sueño, por muy descabellado que fuera.

—¡No seas insensata! —bramó el duque—. ¿Estás dispuesta a dejar de lado la vida que tienes por esa tontería?

—¡No es ninguna tontería! —protestó ella, indignada—. Hace unas semanas, en esta misma biblioteca, presumió de ser un hombre abierto. Usted mismo me dio permiso para trabajar en el periódico —le recordó ella, herida—. «Sería hipócrita por mi parte que no te dejara volar cuando te he dado las alas para poder hacerlo» —citó, enronqueciendo la voz en un intento por imitarlo—. ¿Es que acaso ya lo ha olvidado?

—Como Sea Richmond, sí; pero como Evan Winters...

—Ahora lo entiendo. Tengo su permiso para escribir artículos insustanciales, pero no para trabajar en algo realmente comprometido —cortó ella, en un intento de que comprendiera lo injusto de la situación.

—¡Abre los ojos! Lo que pides es absurdo. ¿Sabes lo que pasará cuando se descubra que eres Evan Winters? Serás rechazada por tus amigos y por toda la sociedad que ahora te acoge con los brazos abiertos. Estarás condenada al ostracismo, ¿es eso lo que quieres?

— Lo que quiero es tener libertad para dedicarme a lo que me gusta. ¿Tan difícil es de entender? Además, tal vez nadie lo descubra. Dios sabe que los Richmond guardamos secretos como para sepultar en el escándalo a todas las generaciones futuras.

—¡Silencio! —advirtió su padre, mirando de soslayo a MacDunne.

Connor. Por un momento Samantha se había olvidado de que estaba allí. Su atención se desvió hacia él y quedó atrapada por su intensa mirada. No pudo identificar la emoción que refulgía en sus ojos, pero lo que fuera le dio fuerzas para continuar enfrentándose a sus padres.

—Sé que os he mentado y entiendo que está mal, no debería haberlo hecho. Pero si os hubiese dicho la verdad ninguno de los dos me hubieseis apoyado en esto —explicó alzando el mentón—. Soy una mujer, una dama y la hija de un duque. Sé que el rol de mi vida es casarme con alguien de mi estatus y tener hijos. Tal vez dedicarme a algún pasatiempo sin importancia, como escribir sobre recetas de belleza bajo el seudónimo de Sea Richmond para entretenimiento de algunas mujeres. Nadie espera más de mí —declaró, con los ojos anegados por las lágrimas—. Pero ¿y si yo espero más de mí misma? ¿Por qué no puedo hacer algo que sea en verdad relevante para la sociedad? ¿Por qué no puedo dedicarme a algo que me apasiona simplemente por el hecho de ser lady Samantha Richmond? ¿Por qué si lo hace Evan Winters es admirable y si lo hago yo es decepcionante? ¿Por qué un nombre, una etiqueta, puede determinar la vida de una persona?

—Porque pones en riesgo tu vida cuando callejeas por los bajos fondos— replicó su padre, alterado como nunca antes lo había visto—. Porque te creas enemigos cuando publicas artículos incendiarios arremetiendo contra una sociedad bajo la que estás condicionada —continuó diciendo, mientras paseaba por la habitación como un león enjaulado—. Porque esa sociedad puede aceptar que seas Sea Richmond, pero nunca aceptará que seas Evan Winters. Porque este tipo de escándalos tarde o temprano saldrá a la luz y tu reputación quedará arruinada cuando se sepa la verdad. Porque te queremos y no queremos verte sufrir —concluyó el duque, después de sacar a relucir todos sus temores.

—¿Y creéis que voy a sufrir menos si me alejáis de una vida que me apasiona y me condenáis a ver mis días pasar sin contratiempos en el campo? —replicó ella, abatida—. Os aseguro que prefiero vivir con la reputación arruinada que dejar de escribir en el periódico.

—¿Qué hay de tu seguridad? —intervino la duquesa—. ¿Crees que podríamos vivir tranquilos en Bellrose House sabiendo que estás poniendo en riesgo tu vida mientras investigas para tus artículos? Todos hemos leído lo que has escrito como Evan Winters y solo de pensar a lo que has estado expuesta para documentarte sobre ello se me encoge el estómago.

Samantha bajó los ojos, derrotada. Eso no lo podía negar. Como Evan Winters había investigado sobre la prostitución, la explotación laboral, los abusos del opio, y muchos otros temas que ella consideraba de interés social. Había entrevistado a dueños de fumadores de opio, prostitutas, alcahuetas, sindicalistas... Gente que había tenido una existencia muy diferente a la suya propia, y que le había abierto la mente en muchos aspectos de la vida.

Entendía que sus padres se sintiesen preocupados por ello porque, pese a ocultarse bajo una fachada masculina y estar acompañada siempre por Red, en alguna ocasión debía admitir que se había sentido intranquila.

Cuando pensaba que ya estaba todo perdido, Connor MacDunne volvió a intervenir de forma inesperada.

—Tal vez yo pueda ayudar en eso.

CAPÍTULO 17

Connor sabía que era una verdadera locura apoyar la causa de Samantha, pero los últimos minutos habían sido toda una revelación que había cambiado por completo la opinión que tenía de ella.

La había tomado por una chiquilla mimada, consentida, y despreocupada. Una cabeza hueca empeñada en hacer realidad sus caprichos aunque estos pudiesen perjudicarla. ¡Qué equivocado había estado! El pequeño discurso que había escuchado de sus labios había sido valeroso, apasionado y comprometido.

«¿Por qué un nombre, una etiqueta, puede determinar la vida de una persona?».

Aquellas palabras se le habían clavado en la mente, porque le pesaban en el corazón. No le había costado nada identificarse con ellas ya que él también había crecido con una etiqueta a costas de la que pensó que no podría librarse jamás, porque ni siquiera sabía que tenía la posibilidad de hacerlo.

Pensar en el hogar de los Culpeper empezó a provocarle un sudar frío y luchó por bloquear los recuerdos, centrándose en el presente. Y el presente era lady Samantha Richmond.

¡Demonios! Ella era el mismísimo Evan Winters, hecho que todavía no conseguía asimilar. ¿Cuántas veces había leído sus artículos cautivado por sus palabras reivindicativas, sintiéndose identificado con su forma de ver las cosas?

Evan Winters era digno de admiración.

Ella era digna de admiración.

Recordó las palabras que había intercambiado con el duque de Bellrose en aquella misma biblioteca, cuando le habló sobre la tendencia de su hija a crear cortinas de humo para enmascarar sus intenciones reales. El duque se había mostrado benevolente al dejar trabajar a su hija en el periódico porque los artículos de Sea Richmond, al fin y al cabo, eran inofensivos. Pero Sea Richmond no había sido más que una cortina de humo para enmascarar al verdadero *alter ego* de Samantha. Ella había jugado sus cartas de una forma

magistral. A saber el tiempo que podría haberlos estado engañando si Jack no la hubiese descubierto.

Viendo su figura esbelta en medio de aquella biblioteca, defendiendo con arrojo su libertad ante sus padres, algo en su interior lo empujó a intervenir.

—Tal vez yo pueda ayudar en eso —declaró, captando todas las miradas—. Si me encargo de velar por su seguridad...

—Se suponía que ya lo estaba haciendo —gruñó el duque, levantando una ceja.

—Debo admitir que lady Samantha burló nuestra vigilancia. Pero le aseguro que no lo volverá a hacer.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —inquirió, desconfiado—. Usted mismo admite que mi hija ha estado eludiendo a su hombre durante semanas.

—Porque esta vez me encargaré de ello personalmente.

Notó la mirada de Samantha sobre él, con una intensidad que le contrajo las entrañas, y maldijo en su interior. Otra vez se estaba comportando como un verdadero estúpido. No entendía qué tenían las mujeres como ella, con valor para defender sus ideales, pero siempre conseguían que hiciese tonterías como aquella.

Primero Kathleen y su utópica cruzada para salvar a huérfanos y mujeres de la calle. Su bondad, tan ajena a él, lo había conmovido y él había acabado ayudándola en su locura. Ahora Samantha y sus aspiraciones a cambiar la sociedad con palabras, demostrando un coraje como jamás había visto.

La gran diferencia entre ellas era que, así como Kathleen solo había despertado en él un sentimiento fraternal, Samantha le hacía hervir la sangre de deseo.

—Sabiedo a lo que atenernos, la escolta continuará igual —explicó, tratando de convencer al duque—; con el añadido de que, cada vez que lady Samantha necesite hacer sus pesquisas en el East End, yo la acompañaré personalmente.

Sintió el peso de tres miradas muy diferentes sobre él. Samantha lo miraba agradecida, la duquesa parecía pensativa y en cuanto al duque... continuaba desconfiando.

—Valoro su oferta, señor MacDunne, pero...

—Llegados a este punto —cortó la duquesa a su esposo—, el duque y yo tenemos que debatir un par de cosas antes de tomar una decisión. Por favor, dejadnos a solas un momento.

Que una mujer impusiera de esa forma su voluntad, incluso cortando las palabras de su marido, era algo atípico en el seno de una familia aristocrática.

Aunque el único que pareció sorprenderse fue él. Asintió y salió de la biblioteca precedido por Samantha que, con un brillo de esperanza en la mirada, anduvo silenciosa. En cuanto cerraron la puerta, la muchacha lanzó un suspiro audible, como si hubiese estado conteniendo el aliento todo ese tiempo, y se dejó caer en el suelo hasta quedar sentada con la espalda apoyada en la pared. Connor parpadeó ante su desfachatez. No es que él supiera mucho de conducta y protocolo de las jóvenes damas, pero tenía claro que esa no era la forma adecuada de comportarse. Miró hacia uno y otro lado del pasillo y lo vio desierto. Dudó y luego la imitó, acomodándose a su lado.

—Creo que debo darte las gracias —musitó ella después de unos segundos en silencio, tuteándolo por primera vez.

—No hay porqué.

—¡Oh, sí! Sí que lo hay. Has salido en mi defensa dos veces esta tarde.

La muchacha se quedó pensativa otra vez y luego lo miró con intensidad. Connor sintió como si un puño se le clavase en el estómago cuando aquellos impresionantes ojos del color de un cielo de tormenta se clavaron en él. ¡Demonios, esa chica era demasiado hermosa para la cordura de cualquier hombre!

—¿En serio estarías dispuesto a escoltarme en persona durante mis investigaciones?

Estaba tan perdido en su mirada que tardó en darse cuenta de que ella esperaba una respuesta.

—Sí, claro —balbució, carraspeando.

—Pensé que tu tiempo era demasiado valioso para ir detrás de mí —señaló ella, con una sonrisa ladeada—. Ya sabes, aquella vez, en la biblioteca...

Samantha continuó hablando, pero él perdió el hilo de la conversación al ver cómo un seductor hoyuelo aparecía en su mejilla. Era la última pincelada juguetona a una obra maestra. La guinda de un succulento pastel que él se moría por volver a degustar. La...

Dio un respingo cuando la muchacha movió la mano delante de sus ojos, rompiendo el hechizo en el que había caído al contemplarla.

—¿Ayudaría si me vuelvo a poner la barba? —inquirió ella entre divertida y exasperada.

—¡Diantres, sí! —admitió él, y se le escapó una risilla de burla hacia sí mismo.

Era un hecho, estaba deslumbrado por su belleza y ella se había dado cuenta. Pero tenía una excusa. Aunque habían hablado otras veces, era la primera vez

que mantenían una conversación cara a cara, sin máscaras, gafas, maquillaje ni barbas de por medio.

—Tranquilo, es la primera impresión, con el tiempo te acostumbrarás —murmuró Samantha, y su tono era más humilde que presumido.

—¿Te pasa esto con frecuencia? Quiero decir, ¿los hombres se quedan absortos contemplándote?

—Desde siempre. Es bastante frustrante, ¿sabes? —confesó ella, ruborizándose ligeramente—. Cuando me presentan a un caballero por primera vez sé que puedo hablar de cualquier tema, por muy escandaloso que sea, porque él no va a escuchar una palabra. Muchas veces parece que hablo sola.

—Cualquier mujer vendería su alma por tener tu belleza.

—¿Y de qué le serviría? La belleza solo me convierte en el trofeo más bonito de la temporada —musitó ella con amargura.

—Y tú no quieres ser ningún trofeo. Tú esperas más de ti misma —concluyo él, recordando las palabras que ella había dicho a sus padres.

Ella asintió, esbozando una sonrisa triste. Por un momento, sus ojos se clavaron en su corbata y el hoyuelo de su mejilla volvió a hacer su aparición.

—Tu corbata es un desastre.

—Nunca se me ha dado bien anudarla —admitió el, devolviéndole la sonrisa.

—¿No tienes ayuda de cámara?

—El infierno se helará el día que necesite la ayuda de un hombre para vestirme —gruñó, orgulloso.

Ella lo volvió a mirar con intensidad, ladeando ligeramente el rostro, como si estuviese concentrada en resolver un enigma.

—¿Por qué, Connor? ¿Por qué estás dispuesto a ayudarme?

Oír su nombre de los labios de Samantha le provocó una sensación cálida, como si le hubiese acariciado el alma.

—Porque admiro a Evan Winters —respondió él, encogiéndose de hombros.

—Yo soy Evan Winters —le recordó ella.

—Entonces es porque te admiro a ti, lady Samantha Evangeline Amber Richmond.

Había intentado decirlo con tono ligero pero, solos en el pasillo, sentados hombro con hombro, mirándose a los ojos, sonó como una confesión arrancada del corazón.

El silencio volvió a caer sobre ellos pero, esta vez, enmascarando una tensión que para él era familiar pero, a la vez, parecía diferente a todo lo que había

sentido con anterioridad. Deseo. Puro, descarnado, pero, a la vez, tierno.

Sus rostros se fueron acercando con lentitud, cada uno perdido en la mirada del otro, atraídos por algo que iba más allá de sus voluntades. Sintió la calidez del aliento de Samantha sobre los labios. Tan cerca, tanto...

Las puertas de la biblioteca se abrieron de golpe, haciéndoles trastabillar en su prisa por levantarse del suelo. El duque de Bellrose se alzó frente a ellos, mirándolos alternativamente, con los ojos entrecerrados. Era imposible que hubiese visto algo. De hecho, no había llegado a pasar nada. Pero, aun así, Connor se sintió pillado con las manos en la masa y, por el rubor que cubría el rostro de Samantha, ella se sentía igual.

—Pasad —ordenó sin más, girando sobre sí mismo y entrando en la habitación, seguro de que ellos obedecerían.

Nathaniel tomó asiento al lado de su mujer en el sofá y con un ademán, indicó a Connor y a Samantha que hicieran lo propio en el sofá de enfrente. Por unos segundos, la habitación quedó en silencio. Connor miró de reojo a Samantha. Parecía tan nerviosa, retorciéndose las manos sin parar, que Connor, en un impulso irracional, puso su mano sobre las de ella, intentando tranquilizarla. Samantha dio un brinco ante su contacto, pero no le apartó; se le quedó mirando completamente paralizada, como si no tuviera claro cómo reaccionar.

Connor no se dio cuenta de lo inapropiado del gesto hasta que el duque carraspeó, observando sus manos unidas con una mirada ominosa. Rompió el contacto al instante, dándose una patada mental por aquella falta de tacto ante los duques. ¿Qué demonios le pasaba? Era incapaz de quitarle las manos de encima a la muchacha, ni siquiera delante de sus padres.

CAPÍTULO 18

Nathaniel observó a los dos jóvenes con intensidad. Por mucho que le pesase, iba a tener que transigir y llegar a un acuerdo con su hija si quería conservar su cariño. Así al menos se lo había hecho entender Madeleine cuando se habían quedado a solas en la biblioteca.

—Conoces a Samantha tan bien como yo. Está decidida a hacerlo y nada la detendrá. Así que tenemos dos opciones: convertirnos en un obstáculo para sus sueños, con lo que sin duda acabará volviéndose contra nosotros; o apoyarla en su decisión, haciendo todo lo posible por protegerla —expuso la duquesa, mirándolo con seriedad—. No quiero perder a mi hija y si le privamos de su libertad, eso es lo que va a pasar. Así que, soluciónalo —añadió, entrecerrando los ojos mientras le clavaba el dedo en el pecho.

Nathaniel asintió en silencio. Los arranques de genio de su esposa siempre lo dejaban mudo y excitado. Madeleine tenía un carácter muy dulce, pero cuando se trataba de defender a aquellos que amaba, se convertía en toda una tigresa que resultaba de lo más sensual.

—Por cierto, no sé si te habrás dado cuenta, pero el señor MacDunne se siente atraído hacia nuestra hija.

—¿Conoces a algún hombre que no lo esté? —bufó él, restándole importancia con un ademán de la mano.

—Cierto —concedió ella—. El problema es que nuestra hija también se siente atraída hacia él. ¿Acaso no te has dado cuenta de cómo lo mira? —inquirió, al ver su mirada de incredulidad.

—Mi amor, eso es absurdo. Nuestra hija tiene mejor criterio que ese.

—Claro, ¿qué podría ver una jovencita como Samantha en un bribón joven y atractivo, con una reputación cuestionable y un claro instinto protector hacia ella?

Nathan entrecerró los ojos ante la ironía que destilaba la pregunta.

Sin añadir una palabra más había abierto la biblioteca para hacerlos pasar. Encontrárselos sentados en el suelo, hombro con hombro, había empeorado todavía más su humor. ¿Eran imaginaciones suyas o los había interrumpido justo cuando iban a besarse?

Y luego ese zoquete había tenido la osadía de coger la mano de su hija, delante de sus propias narices. ¡Inaudito!

Estaba dudando si no sería mejor embarcarlo rumbo al continente cuando el suave carraspeo de su esposa le sacó de sus reflexiones.

—Samantha, esto solo puede funcionar si nos prometes que las mentiras se van a acabar —empezó diciendo Nathan.

—Lo prometo —convino ella sin dudar, asintiendo con un enérgico movimiento de la cabeza.

—En vista de que Evan Winters es tan importante para ti, hemos decidido dejar que continúes con tu trabajo en el periódico siempre y cuando te comprometas a cumplir una serie de normas para velar por tu seguridad.

—Lo que tu padre quiere decir es que te queremos y te vamos a apoyar en esto —puntualizó la duquesa, mirando de soslayo a su marido—, pero tendrás que transigir en ciertos detalles.

—Continuarás tomando las medidas necesarias para mantener tu labor de incógnito como Evan Winters y permitiendo que el señor MacDunne te acompañe cada vez que salgas del periódico.

—Sí, sí. Por supuesto —accedió Samantha al instante.

—Eres consciente de que tu vida puede cambiar por completo si la verdad sale a la luz y, llegado a ese punto, ni toda la fortuna de los Richmond podrá impedir el escándalo —advirtió Nathan, mirándola con seriedad.

—Lo sé —respondió Samantha sin más, bajando la mirada.

—Pues, si estás dispuesta a atenerte a las consecuencias, no hay nada más que decir. Ve a tu habitación y cámbiate de ropa para la cena. Señor MacDunne, usted quédese un momento más —añadió, al ver cómo el hombre se levantaba del sofá al mismo tiempo que su hija.

Fue testigo de un intercambio de miradas entre los jóvenes, y luego Samantha se despidió con una sonrisa vacilante. Pero justo cuando llegaba a la puerta se giró de repente y, volviendo sobre sus pasos, se detuvo ante MacDunne y tomó su mano entre las suyas.

—Gracias... de verdad —murmuró, con emoción contenida, y para asombro de todos, le dio un rápido beso en la mejilla antes de irse.

Nathan sintió un discreto codazo en las costillas antes de que su mujer le regara los oídos con un «ya te lo dije» susurrado en voz baja. Miró a MacDunne, que observaba la puerta por donde había desaparecido Samantha con una sonrisa embobada, y sintió la urgencia de borrarle ese gesto de un puñetazo.

Debió de emitir algún tipo de sonido, tal vez un gruñido rabioso, porque el joven se giró para mirarlo. En cuanto vio su gesto ceñudo la sonrisa de MacDunne desapareció al instante.

—¿Qué razón puede tener para tomarse la protección de mi hija de forma tan personal? —ladró Nathan, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Teniendo en cuenta que está en juego mi reputación laboral y que trabajar para los Richmond aportará a mi negocio notoriedad y un sustancioso beneficio económico, mis razones son evidentes, ¿no cree?

—Quiero su palabra de que mantendrá las distancias con mi hija mientras la escolta.

—Con el debido respeto, es imposible proteger a una persona si tengo que guardar las distancias con ella.

—Usted ya me entiende —gruñó Nathan.

—Perfectamente. Quiere que la proteja con mi vida pero que no le ponga mis sucias manos de *cockney* encima —replicó MacDunne, con una sonrisilla irónica que no se reflejaba en la dureza de su mirada—. Quédese tranquilo, le doy mi palabra de que no voy a seducir a su polluela. Y ahora, si me disculpan, voy a *The Progress* para asegurarme de que Walter Scott continuará manteniendo en secreto la identidad de Evan Winters —añadió, y con una pequeña inclinación de cabeza hacia la duquesa, se marchó.

—¿Sabes? Me gusta ese muchacho.

Nathan se giró hacia su esposa, mirándola como si le hubiesen salido dos cabezas.

—No pongas esa cara. Ha sido impresionante cómo ha protegido a nuestra hija cuando pensaba que la habías pegado. Has de reconocer que muy pocos se atreven a enfrentarse a ti de esa manera, sobre todo uno que tiene tanto que perder.

Madeleine tenía razón, ese gesto le había impresionado. Pero no lo pensaba reconocer. Sin decir una palabra, fue hacia su escritorio, tomó su pluma estilográfica, y comenzó a escribir una nota a su hombre de confianza.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero que Frederick averigüe todo lo posible sobre Connor MacDunne.

CAPÍTULO 19

Al salir de la biblioteca, Samantha fue en busca de Kathleen. Sabía dónde encontrarla: en el saloncito que había en la primera planta, leyendo un libro hasta que Nicholas fuera en su busca para bajar a cenar. Era una rutina que habían establecido desde que se trasladaran a Londres, cuando supieron que ella estaba embarazada.

La primera intención de la pareja había sido comprar una residencia propia. Pero Nicholas, siempre atento a las necesidades de su esposa, pensó que en su estado era mejor que Kathleen estuviera acompañada de la que era ahora su familia durante los meses de gestación, así que decidieron establecerse por el momento en la mansión de los Richmond. De esa forma, Nicholas podía atender sus responsabilidades en los negocios familiares con la tranquilidad de que la dejaba en buenas manos.

La encontró sentada en una mecedora, mirando por la ventana que daba al jardín mientras se acariciaba con ternura el cada vez más abultado vientre, gesto que se había convertido en un hábito para la muchacha.

—Lo saben.

No tuvo que decir nada más para que Kathleen supiera de qué estaba hablando. Después de todo, ella era su mejor amiga, su confidente de espíritu y su hermana de corazón.

—Sabías que, tarde o temprano, este momento llegaría. Fue una buena idea despistarles con tu fachada de Sea Richmond, pero no les podías engañar eternamente. ¿Cómo lo han descubierto?

—Fue MacDunne el que me descubrió y me arrastró ante ellos.

—Pues no entiendo cómo lo hizo. Tu disfraz es brillante.

De hecho, ella misma la había ayudado a elaborarlo con la colaboración de una de las chicas que había rescatado del East End. La joven había trabajado en un teatro y le había conseguido la barba postiza y las gafas. También le había

enseñado trucos de maquillaje que le habían sido de mucha utilidad para su disfraz de Sea.

Samantha se dejó caer en una de las sillas que había al lado, con un suspiro nervioso, todavía recuperándose de las emociones vividas en los últimos minutos.

—¿Ha sido duro? —inquirió Kathleen, mirándola con compasión.

—Más de lo que imaginé —reconoció ella, hundiendo los hombros—. Pero ahora que por fin lo saben me he quitado un peso de encima. Nunca me ha gustado mentirles.

—Hay veces que tenemos que hacer cosas que no nos gustan para defender aquello en lo que creemos —suspiró Kathleen, recordando todo por lo que ella había pasado—. ¿Y el veredicto?

—Continuaré como hasta ahora, trabajando en el periódico acompañada por una escolta. Pero cuando salga a realizar mis pesquisas me acompañará el señor MacDunne en persona.

—¿Y cómo ha conseguido tu padre que Connor se preste a ello?

—Lo curioso es que fue el mismo Connor el que lo propuso.

—Qué... detalle.

—¿Verdad que sí?

—No parece un gesto propio de él.

—¿Sabes? Creo que tenías razón. Tal vez me precipité al juzgarlo y no es un hombre tan horrible —reconoció Samantha, después de unos segundos en silencio—. Será mejor que vaya a cambiarme para la cena.

Dio un abrazo a Kathleen y se encaminó hacia la puerta. Se detuvo justo cuando iba a abrirla.

—Protector.

—¿Perdón?

—Otra de las virtudes del señor MacDunne —explicó Samantha con voz suave—. Es protector.

—Y no olvides que también besa bien —señaló Kathleen con picardía—. Esa es sin duda otra buena cualidad.

¿Olvidarlo? El problema radicaba en que le era imposible hacerlo. Pensar en Connor le hizo recordar que tenía un asunto pendiente.

—Kathy, ¿crees que Andrew es feliz aquí?

Su amiga parpadeó, descolocada por el cambio de tema.

—Él nunca lo admitirá, pero no creo que esté demasiado cómodo en la

mansión de los Richmond. Por lo que he visto, el personal de servicio está muy bien organizado, no necesitan otro trabajador. Además, como ya habrás percibido, Andrew tiene un carácter un tanto especial y no ha hecho buenas migas con el mayordomo de tus padres —explicó Kathleen—. Pero, aunque sus servicios aquí no sean necesarios, ¿qué puedo hacer? Echarlo a la calle no es una opción, es un hombre leal y no lo merece.

—¿Crees que estaría interesado en una propuesta laboral?

—¿Qué se te ha ocurrido?

—**M**aldita sabandija, tu periodo de gracia ya ha expirado.

Connor despertó de su sueño sobresaltado por el vocerío. Abrió los ojos como platos al ver al señor Culpeper en el vano de la puerta de su habitación, mirándolo enfurecido.

—¿No me has oído? Levanta tu sucio culo de ahí —rugió el hombre, arrancando de un tirón la manta que lo cubría—. Esa embustera de tu tía no ha vuelto a aparecer por aquí y los tres meses que nos pagó por adelantado cumplieron ayer. ¿Sabes eso lo que significa? —inquirió el señor Culpeper, agarrándolo por el brazo con un doloroso apretón—. Que has pasado a ser de mi propiedad. A partir de ahora vivirás en el establo con los otros y trabajarás si quieres comer. ¿Entiendes?

Connor asintió con énfasis cuando el hombre lo zarandeó de forma violenta. De un empujón, lo sacó de la habitación. El niño trastabilló, tratando de mantener el equilibrio.

—Rata, enséñale lo que se espera de él a partir de ahora.

Al escuchar esa orden, Connor fue consciente de que su amigo había presenciado la escena desde un rincón y lo miraba con cara de pena. Sintió el impulso de defenderse, y se enfrentó al hombre.

—Pero yo...

El bofetón lo tomó desprevenido, cortando su réplica de golpe.

—No se preocupe, señor, yo me encargaré de él —declaró Rata, poniéndose entre él y el señor Culpeper, protegiéndole con su escuálido cuerpo, mientras con un ademán le instaba a que permaneciera en silencio.

Connor se dejó arrastrar por su amigo fuera de la casa, tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir.

—Te dije lo que pasaría si dejaban de pagar por ti —le recordó su amigo, con un susurro quedo—. Has perdido tu derecho a hablar y a defenderte. Ahora solo

eres una rata más.

Connor se despertó de su sueño bañado en sudor, como siempre le sucedía cuando rememoraba alguna escena de su niñez en el hogar de los Culpeper, y ya no pudo volverse a dormir.

Estaba tratando de hacer pasar por su garganta el desayuno poco apetitoso que le sirvió una de las criadas, cuando uno de los sirvientes le anunció que un hombre había traído una nota y que el portador en cuestión lo esperaba en la puerta.

Connor leyó dos veces la misiva y aun así no la entendió.

Tal vez el infierno se hiele antes de lo que piensas.

Un cordial saludo,

Lady Samantha

P. D.: Tómatelo como un gesto de agradecimiento por tu ayuda.

Se levantó de la mesa con presteza y se dirigió al hall de entrada, intrigado, donde un hombre de unos sesenta años le esperaba, tan inmóvil como una estatua. Lo reconoció al instante. Era Andrew, el mayordomo que había llevado la casa de Heather y, más tarde, había pasado al servicio de Kathleen. Lo último que sabía de él es que ahora trabajaba en la mansión de los Richmond.

—¿Qué es esto? —inquirió, agitando la nota que sostenía.

—Un papel.

—Ya sé que es un papel. Lo que no entiendo es lo que está escrito en él.

—Con el debido respeto, señor, no soy adivino. Desconozco lo que se notifica en esa misiva.

—Andrew, no ponga a prueba mi paciencia —gruñó Connor, pasándose la mano por la cara—. ¿Qué hace aquí?

—Lady Samantha Richmond me informó de que necesitaba un *valet* y que ella misma me pagaría el estipendio de un año por adelantado si me interesaba el puesto.

Connor lo miró de hito en hito.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Dice que lady Samantha Richmond le ha pagado el sueldo de un año para que sea mi ayuda de cámara?

—Exacto, señor. Dijo que mis servicios eran más necesarios aquí que en la residencia de los Richmond... y ahora entiendo el porqué —añadió el hombre,

observándole detenidamente, en un murmullo tan bajito que Connor dudó si lo había oído bien.

Se estudió a sí mismo, frunciendo el ceño. Su ropa era de la mejor calidad, no entendía la mirada de censura de Andrew.

—¿Algo que objetar a mi vestimenta?

—No señor, su ropa es de un corte y tejido excelentes.

—Bien, entonces no veo por qué...

—El problema no es la calidad, si no el cuidado —señaló Andrew, sin cambiar la expresión hierática de su rostro.

—Por favor, ilústreme —suspiró Connor, viendo que el hombre no iba a añadir nada más.

—Lleva la corbata torcida, la camisa poco almidonada, los pantalones mal planchados y los zapatos con poco lustre.

—¿Algo más? —inquirió Connor, levantando una ceja.

—Además del cabello demasiado largo, no tengo nada más que objetar de su aspecto —musitó Andrew. Y, mientras lo decía, pasó un dedo por el mueble que había en el recibidor y observó su propia yema con gesto de disgusto.

Connor maldijo en voz baja y reprimió el impulso de echarlo de allí a patadas. Ciertamente era que la casa estaba hecha un desastre. Hasta hacía poco había vivido en El Jardín Secreto, donde la señora Veillard dirigía todo con eficacia. Era tan buena su labor que Connor le había encomendado dirigir el lugar. Salvo que hubiese algún problema, él no iba allí nada más que un par de veces al mes para asegurarse de que todo funcionaba según sus directrices. Es por ello que decidió comprar una casa para fijar su residencia habitual.

No le había costado mucho encontrar su nueva morada. Era una amplia casa de tres plantas en Brook Street, en el exclusivo barrio de Mayfair. Tal vez demasiado grande para un soltero, pero había sido una oportunidad inmobiliaria que no podía dejar escapar.

Había pertenecido a uno de tantos nobles idiotas que dilapidaban su herencia jugando a las cartas, y aquella casa, junto con sus sirvientes, había sido parte del pago de su deuda.

Lo irónico es que el mayordomo y el ama de llaves, que eran matrimonio, decidieron dejar el empleo al enterarse que el nuevo propietario era él, no queriendo denigrarse a trabajar para alguien sin título. Así que solo habían quedado algunas criadas para llevar la casa. Debía haber contratado a dos personas que supliesen dichos cargos para que organizaran al personal, pero

había estado trabajando tanto que lo había ido postergando. Después de todo, pasaba la mayor parte del tiempo en La Central; muchas veces incluso dormía allí. Por lo que la dirección de su casa era algo intrascendente... hasta que lady Samantha le había hecho notar su falta de aseo personal.

—¿Prefiere trabajar aquí que en la residencia de los Richmond? Según he podido comprobar, los mayordomos son bastante selectivos a la hora de elegir patrón. ¿No considera que su estatus va a disminuir si trabaja en mi casa que si lo hiciese para un duque?

—Quiero servir en un lugar donde en verdad se me necesite.

—Perfecto, entonces será bienvenido. Dios sabe que esta casa necesita la supervisión de un mayordomo.

—Ayuda de cámara.

—Mayordomo.

—Pero lady Samantha me ha contratado como ayuda de cámara.

—Pero yo necesito un mayordomo.

—Puedo hacer las labores propias del ayuda de cámara y del mayordomo.

—Solo mayordomo —insistió Connor.

—Como desee, señor —aceptó Andrew, con una inclinación de cabeza.

—Estupendo, dejo en sus manos entonces la organización de la casa —dijo, poniéndose la chaqueta para salir.

—¿Vendrá a la hora de la comida?

Connor se quedó paralizado. Era la primera vez que alguien le hacía semejante pregunta. Nunca informaba de sus intenciones a ningún miembro del personal de la casa porque rara vez sabía lo que le iba a deparar el día. Además, tampoco le había importado a nadie hasta entonces.

—Espéreme para la cena —musitó, un poco descolocado.

Se quedó completamente tenso cuando Andrew se le acercó con paso resuelto y, sin decir una palabra, procedió a ajustarle la corbata con dedos expertos.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —inquirió Connor, soportando el ataque con gesto estoico.

—La destreza de un ayuda de cámara se refleja en la elegancia de su señor.

—Mayordomo.

—Como prefiera, señor —concedió Andrew, mientras intentaba alisar las arrugas de la chaqueta con los movimientos de las manos.

—Andrew.

—¿Sí, señor?

—Quíteme las manos de encima —gruñó, incómodo por sus atenciones.
—Como desee, señor. —Le tendió el sombrero y los guantes que había encima del recibidor, solícito, no sin antes agitarlos suavemente para deshacerse de la capa de polvo que tenían acumulado por la falta de uso.
—Acabamos de empezar septiembre, por Dios. No los necesito.
—Los caballeros deben llevar siempre sombrero y guantes, señor.
—Eso le dará una pista de la clase de hombre para el que va a trabajar —musitó, antes de salir sin ellos.

CAPÍTULO 21

Samantha se miró al espejo mientras se ponía las gafas, ladeando la cabeza a uno y otro lado para comprobar que todo estuviese en su sitio. Debía admitir que aquel día había cuidado más de la cuenta su aspecto y, por mucho que le costara reconocerlo, la causa no era otra que Connor MacDunne. Esa mañana le había entregado una nota avisándole de que él mismo la acompañaría a la redacción del periódico.

Cuando el mayordomo le comunicó que el carruaje había llegado, reprimió el impulso de correr hasta él y se concentró en andar de forma pausada, como se esperaba de una dama.

En el momento en que la portezuela se abrió y Connor bajó, el corazón de Samantha dio un brinco de bienvenida. ¡Maldición! ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? ¿Y qué demonios hacía la luz del sol con sus ojos que refulgían como esmeraldas?

—Recibí su nota, señor MacDunne —informó, retomando las formalidades—. Pensé que Borys seguiría siendo mi escolta y que usted solo me acompañaría si tenía que salir de la redacción para hacer mis investigaciones. Y hoy no es el caso —puntualizó, por si no lo tenía claro.

—Quería agradecerle en persona su original «regalo».

—¿Le ha gustado?

—No. Posiblemente acabe matando a ese viejo snob y caiga sobre usted la culpabilidad por ello.

Samantha abrió los ojos de forma desmesurada, no sabiendo si tomarse su declaración en broma o lo decía de verdad. Iba a preguntarle por ellos cuando Connor la distrajo.

—¿Qué se ha hecho? —inquirió él, observándola con el ceño fruncido—. No parece la misma

—¿Verdad que no? —replicó Samantha ilusionada—. Tenía razón. Solo con las

gafas y el cambio de peinado no era suficiente, así que utilizo toques de maquillaje para enfatizar las ojeras, la nariz y los pómulos. Parezco un adefesio, ¿verdad? —concluyó con orgullo.

—Yo no diría tanto —suspiró él, mientras subían al carruaje—. Ha pasado de ser una belleza arrebatadora, a simplemente bonita. Al menos ahora la puedo mirar a la cara sin perder el hilo de la conversación.

Samantha sonrió ante aquella declaración y Connor la miró con disgusto.

—¡Por Dios, no haga eso! No hay maquillaje que disimule esa condenada sonrisa.

—¿Qué tiene de malo mi sonrisa? —inquirió, indignada.

—No me gusta —gruñó Connor, apartando la mirada como si en verdad le desagradase.

Samantha intentó disimular el dolor que le habían provocado sus palabras. El día anterior, en la biblioteca, pensó que habían llegado a algún tipo de entendimiento. Él la había defendido, le había confesado que la admiraba; incluso diría que, si no llega a interrumpirles su padre, la habría besado cuando estaban sentados en el pasillo. ¿Por qué entonces se acababa de mostrar tan odioso con ella? ¿Y qué tenía de malo su sonrisa? Todos pensaban que era adorable. Con disimulo se pasó la lengua por los dientes, por si había quedado entre ellos algún trocito de la manzana que se había comido antes de salir. Pero no halló nada.

—¿Le han dicho alguna vez que es detestable?

—Acostúmbrase. Si se empeña en escapar de la jaula de oro donde debería estar tiene que atenerse a las consecuencias.

Aquel comentario la impactó. Muchas personas pensaban que Samantha tenía una vida privilegiada, pero pocas entendían que su posición también implicaba una serie de restricciones difíciles de tolerar para un espíritu como el suyo. «Jaula de oro» definía a la perfección el tipo de vida que tenían la mayoría de mujeres de la élite. Nunca hubiese pensado que Connor sería una de esas pocas personas que lo comprendiesen.

¿Cómo era posible que un hombre que era tan desagradable con ella la mayor parte del tiempo, la entendiese tan bien?

Tenía que encontrar un tema que les permitiera conversar de forma cordial, así que optó por centrarse en su trabajo.

—Dígame una cosa, ¿qué hacía ayer en la morgue?

—Henry Matthews me ha pedido que colabore con Scotland Yard en la

resolución de los asesinatos de Whitechapel.

—¿El Ministro de interior?

—El mismo.

—Vaya, debe de estar muy satisfecho.

—Me sentiré más satisfecho cuando atrapemos al indeseable que está matando a todas esas mujeres.

—Entonces, ¿cree que es el mismo individuo? —inquirió Samantha, como al descuido.

—¿Por qué eligió el nombre de Evan Winters? —preguntó Connor en un evidente cambio de tema.

—Evan por mi segundo nombre, Evangeline; y Winters era el apellido de soltera de mi madre. Entonces, ¿cree que el que está matando a esas mujeres es la misma persona? —volvió a interrogar Samantha, sin darse por vencida.

—Todavía es pronto para saberlo. Cualquier cosa que le pueda decir ahora son simples especulaciones. No tenemos pruebas; no tenemos pistas; no tenemos sospechosos; no tenemos nada—respondió Connor, con sinceridad—. ¿Por qué decidió arriesgar su vida por ser Evan Winters?

Acababa de devolvérsela. Había respondido a su pregunta, pero le había planteado otra diferente. Los dos se miraron a los ojos y sonrieron de mutuo entendimiento.

—*Do ut des*.

—¿Qué significa eso?

—Es una expresión latina que significa literalmente «doy para que me des» —aclaró Samantha—. ¿No estudió latín en la escuela?

—No fui a la escuela —murmuró Connor, pero antes de que ella pudiera indagar al respecto él la apremió: —*Do ut des*, recuerde. No me ha contestado: ¿Qué la impulsó a convertirte en Evan Winters?

—¿Recuerda el caso de Eliza Armstrong?

—¿Quién no?

En 1885, William Stead, editor del periódico *Pall Mall Gazette*, hizo una campaña en contra de la prostitución infantil mediante varios artículos publicados bajo el título: «El tributo de las doncellas de la moderna Babilonia». En su investigación, él mismo organizó la compra de una niña, Eliza Armstrong, de trece años de edad, virgen, a la que su propia madre vendió por cinco libras a una alcahueta. Su denuncia tuvo tanta repercusión social que consiguió que se aprobase la Ley de 1885 que modificaba el Código Penal, logrando así que se

retrasase la edad de consentimiento sexual de trece a dieciséis años y consiguiendo más protección para mujeres y niños.

—William Stead me abrió los ojos. Gracias a él me di cuenta de que el periodismo es una forma muy efectiva de influir sobre la opinión social y de luchar contra las injusticias. Admiro muchísimo su trabajo.

—«La pluma es más poderosa que la espada» —citó Connor con voz suave.

Samantha lo miró con intensidad. Otra vez la había sorprendido. Era curioso, casi no lo conocía pero sentía que él comprendía todo lo que bullía en su interior como solo su amiga Kathy lo había hecho hasta entonces.

—Pensé que no había ido a la escuela.

—Y no lo hice, pero eso no significa que no me guste leer. ¿Sabe que Stead fue a la cárcel por aquello?

—¿No cree que valió la pena pagar ese precio por todo lo que consiguió?

—Tal vez, pero para usted las consecuencias serán más desagradables todavía.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr —declaró Samantha, encogiéndose de hombros—. ¿Dónde nació?

Su inesperada pregunta tensó a Connor de forma evidente, demudándole la expresión del rostro.

—*Do ut des* —recordó Samantha, sin clemencia, demasiado interesada en saber más de aquel hombre como para darle una tregua.

—No lo sé —musitó él, manteniendo el rostro inexpresivo.

—Al menos, dígame dónde ha crecido —insistió ella.

El silencio los envolvió mientras los dos se medían con la mirada hasta que Connor rompió el contacto visual y concentró su atención en mirar por la ventanilla del carruaje, dando por finalizada la conversación.

Continuaron así hasta que el vehículo se detuvo ante la puerta de *The Progress*. Connor abrió la portezuela, descendió y tendió la mano para ayudarla a bajar. Una mano desprovista de guante; morena, grande y fuerte. Tan desnuda como ella se sentía frente a él. Tan desnuda como su propia mano.

Lady Samantha Richmond siempre llevaba guantes, pero en su disfraz de Sea, nunca se los ponía. Posó su temblorosa mano sobre la de él y sintió un estremecimiento al notar el calor de su piel.

Si él lo percibió, no dijo nada al respecto, aunque su voz sonó más ronca de lo normal cuando por fin habló.

—Borys está en el hall de entrada. Si hay algún cambio y necesita salir, dígame que me mande un aviso y vendré a por usted. Si no, él la acompañará luego a

casa.

Samantha asintió en silencio y se encaminó hacia la entrada, escondiendo la mano entre los pliegues de su falda para que no se viera que la tenía cerrada con fuerza en un tonto intento por conservar la calidez de Connor en su piel.

Se detuvo cuando lo oyó murmurar su nombre en voz baja. Se giró y lo miró expectante, mientras veía como las sombras tornaban sus ojos del color de las hojas secas.

—Crecí en el infierno.

CAPÍTULO 22

—¿Y bien?

Samantha levantó la mirada de la hoja de papel que reflejaba el esfuerzo de Red en plasmar las impresiones obtenidas tras la entrevista que les había concedido el exmarido de la difunta Polly Nichols. Siendo generosa, podía decir que la redacción era correcta. Ciertamente que carecía de faltas de ortografía, pero tenía una forma de escribir demasiado enrevesada, lo que hacía difícil entender su mensaje.

—Es horrible, ¿verdad?

—Yo no diría tanto, pero debes encontrar la forma de captar la atención del lector con frases concisas y coherentes, das demasiados ambages para llegar a lo importante.

Red se pasó la mano por el pelo y miró alrededor, pensativo. La redacción estaba bastante tranquila esa tarde, casi desierta. El último crimen de Whitechapel traía a los periodistas de cabeza y muchos estaban en la calle. Como el asesinato estaba en boga, todos corrían tras alguna información relevante que les concediese un titular en primera página. Samantha, como no tenía especial interés en ello, había decidido quedarse para redactar su próximo artículo sobre Polly Nichols, y ayudar a Red a mejorar en el estilo de su redacción.

Él pareció tomar una decisión, porque cogió una silla vacía de uno de los escritorios y se sentó frente a ella.

—No quiero ser periodista —murmuró, en confidencia.

Samantha lo miró con sorpresa.

—No lo entiendo. Cada vez que te digo que me acompañes a hacer una investigación o una entrevista, lo haces encantado.

—Esa es la única parte de este trabajo que me gusta. Pero, seamos claros, no tengo tu don con las palabras.

—Solo necesitas un poco más de práctica.

—Es que no me interesa practicar, lo que en verdad me gustaría es ser detective.

—¿En Scotland Yard?

—Tal vez; aunque después de hablar ayer con el señor MacDunne, creo que me decanto más por los *Blueguards*.

—Entonces, ¿por qué trabajas aquí?

—Mi padre siempre quiso que yo formara parte de este mundo, y yo siempre he pensado que no había más opción —explicó Red, encogiéndose de hombros—. Pero ayer, viendo cómo te enfrentabas a tu familia, me di cuenta de que no tenía por qué conformarme con esta vida.

—A veces debes salirte del camino que los demás han elegido para ti y buscar el camino que te lleve a donde realmente quieres llegar.

—¡Exacto! —exclamó él, alzando la voz de forma que captó la atención de Regina Crawford, que lanzó a Samantha una mirada admonitoria, como si ella hubiese tenido la culpa del grito de Red.

—Esa mujer es una amargada, y creo que me tiene manía.

—Vamos, tía Regina no es tan mala. Aunque estás en lo cierto, te tiene manía.

—¿Has dicho «tía» Regina?

—Sí, es la hermana de mi madre —confesó Red, bajando la voz—. Cuando ella murió hace diez años, mi padre se sintió desbordado, trabajando y teniéndose que hacer cargo de un niño de once años. Tía Regina, que era soltera, se vino a vivir con nosotros para ayudarnos. Se le da muy bien la organización, por eso mi padre le ofreció trabajo de secretaria cuando se puso al mando del periódico. —Acercó la cara hacia ella y añadió: —¿Sabes? Siempre he pensado que está enamorada de mi padre.

Samantha la miró de reojo, mientras la mujer ordenaba unos documentos en la pequeña mesa que ocupaba al lado de la puerta del despacho de Walter Scott.

—¿Nunca se ha casado?

—No. —Red miró hacia la puerta del despacho de su padre y tomó aire—. Le voy a decir que lo dejo. No tiene sentido postergarlo más.

Se levantó con decisión, llegó hasta la puerta, golpeó con los nudillos y entró, cerrando tras de sí. La voz airada de Walter Scott se dejó oír al cabo de unos minutos. Samantha hizo una mueca, sobre todo al ver que la señorita Crawford clavaba en ella una mirada furiosa.

—Estará contenta, ¿verdad? —empezó a decir, acercándose hacia ella, con un

brillo de desprecio en la mirada—. En cuanto la vi supe que causaría problemas, pero nunca imaginé cuántos. Tanto misterio en torno a usted, tantas reuniones a solas con el señor Scott, sus frecuentes escapadas en horas de trabajo al tiempo que desaparecía Daniel. Ya sabría yo que tarde o temprano ocurriría esto.

—¿El qué? —inquirió Samantha, sin comprender lo que insinuaba.

—Ha conseguido enfrentar a padre e hijo por sus atenciones. Se están peleando por usted, ¿verdad?

—¡No! —protestó Samantha, poniéndose de pie—. Sus conclusiones son del todo erróneas. ¡Por Dios, el señor Scott podría ser mi padre! Y en cuanto a Red... No tengo ningún interés sentimental por él en absoluto —explicó. La voz del joven pelirrojo llegó hasta ellas, enfadada—. Lo que pasa ahí dentro es que Red ha decidido tomar las riendas de su vida y decirle a su padre que no quiere ser periodista.

La señorita Crawford la miró con asombro, abriendo los ojos de forma desmesurada.

—¿Daniel no quiere ser periodista? ¡Oh! Ahora entiendo esos gritos. —La mujer se dejó caer en la silla que antes había ocupado Red, lanzando un suspiro audible—. El señor Scott siempre quiso que Daniel siguiese sus pasos; será una decepción, pero acabará comprendiendo. —Miró a Samantha de reojo y añadió: —Entonces, usted y el señor Scott...

—No hay nada más allá de lo profesional en nuestra relación, se lo aseguro.

Por la expresión aliviada de su rostro, Samantha dedujo que Red estaba en lo cierto en sus sospechas de que su tía sentía algo por el señor Scott. Durante unos segundos, la mujer dejó entrever una expresión vulnerable, otorgando a sus facciones afiladas una dulzura más agradable.

—¿Ha probado alguna vez a cambiar su estilo de peinado?

—No diga tonterías —farfulló la señorita Crawford, ruborizada. Se alzó de la silla y se estiró la chaqueta que llevaba, volviéndose a poner su máscara profesional—. Llevo el mismo peinado desde hace veinte años, y estoy muy cómoda con él —añadió, volviendo a su escritorio.

Un aroma dulzón anunció la presencia de una visita que, en los últimos días, estaba siendo demasiado frecuente.

—Maravillosas tardes a todos.

La voz cantarina de la señora Rogers inundó la sala de redacción, provocando que el cuerpo de la señorita Crawford se envarara de forma visible.

—Tengo una cita con Wally —anunció, parándose delante de la secretaria.

—El señor Scott está reunido —masculló la señorita Crawford, mirándola con censura.

Las dos mujeres eran el día y la noche. La señora Rogers, una atractiva mujer que había quedado viuda recientemente, era de lo más llamativa. Sombreros grandes y extravagantes, vestidos provocativos, risa estridente, voz chillona y un carácter tan extrovertido que rayaba en la vulgaridad. La señorita Crawford, en cambio, era discreta, tanto en forma de ser como en su vestimenta, introvertida y sensata.

—Usted dígame que su Lily está aquí, ya verá como me recibe.

—Señora Rogers, le repito que el señor Scott está reunido, y no se le puede interrumpir —replicó la señorita Crawford, enrojeciendo de enfado.

Justo en ese momento, la puerta del despacho se abrió y salió Red con paso airado, captando las miradas curiosas de todos.

—¡Estás cometiendo un error! —gruñó Walter Scott, saliendo tras de él.

—El error sería continuar trabajando aquí —contraatacó Red, con valor—. No todos amamos el tacto del papel y el olor a tinta, padre. Además, ya está decidido: mañana presentaré al señor MacDunne mi solicitud para entrar en los *Blueguards* —anunció, justo antes de salir de allí, no sin antes lanzarle una mirada de agradecimiento a Samantha.

Scott se percató de que tenía una visita porque su mirada se ablandó ligeramente.

—Disculpa la escena, querida. En seguida estoy contigo. Primero tengo que encargarme de un pequeño asunto —musitó, besando la mano a la mujer rubia. Luego miró alrededor con el ceño fruncido, hasta fijar su mirada en Samantha—. ¡Tú! —rugió, señalándola—. Ven ahora mismo a mi despacho.

Todas las miradas en la redacción cayeron de golpe sobre ella. Samantha tragó saliva y lo siguió a su despacho, cerrando la puerta tras de sí. Se sentó frente al escritorio bajo el peso del ceño del editor.

—Deduzco que has tenido algo que ver en esto —afirmó el hombre, con voz suave y una mirada inescrutable.

—Bueno, sí y no —balbució ella—. Yo solo le dije a Red que tenía que seguir el camino que le hiciera más feliz y él tomó la decisión de...

—Gracias.

La palabra fue tan inesperada que Samantha tardó unos segundos en comprender su significado. Parpadeó, confusa.

—¿Me lo agradece? ¡Pero si parece furioso por ello!

—Todos aquí tenemos un rol, y yo debo mantener mi imagen de editor con mal carácter —explicó, con una sonrisa ladeada—. Pero eso no implica que pierda mi identidad como padre de Daniel —añadió, suspirando—. Sé que mi hijo no tiene ni interés ni pasión por esta profesión, pero no quería decírselo porque el chico estaba haciendo un verdadero esfuerzo por encajar. Solo estaba esperando el momento en que se diera cuenta de que este no era su verdadero camino, y me complace ver que ha tenido el valor para enfrentarse a mí por ello.

—Pues lo ha disimulado muy bien.

—No eres la única que sabe actuar. Y ahora, si me disculpas, he de atender a una visita.

—¿En serio le gusta esa mujer? —inquirió Samantha antes de salir del despacho.

—Para lo que tengo en mente, sí. —Cerró la boca de golpe y la miró un poco avergonzado al ver cómo Samantha se había ruborizado por su comentario—. Por Dios, a veces se me olvida con quién estoy hablando —musitó, palmeándose la frente—. Métete en tus asuntos y ponte a escribir de una vez, que para eso te pago —bramó, de forma audible, cuando la puerta se abrió, recuperando así su rol de editor malhumorado. Para, acto seguido, esbozar una sonrisa de bienvenida al ver a la mujer rubia que lo esperaba—. Lily, querida, siento haberte hecho esperar. Entra, por favor.

—Wally, me encanta cuando... —La voz de la señora Rogers se dejó de oír cuando la puerta del despacho se volvió a cerrar, dándoles intimidad.

—Lily y Wally, ¿no es encantador? —masculló la señorita Crawford, rezumando ironía en cada sílaba.

Samantha la miró con simpatía. La pobre mujer se moría de celos y no le resultaba fácil disimularlo. Debía ser una pesadilla vivir y trabajar con un hombre del que estaba enamorada y ser ignorada por él, viendo además cómo sus amoríos desfilaban frente a sus narices.

Una carcajada cantarina se dejó oír a través de la puerta, haciendo que la espalada de la señorita Crawford se irguiese todavía más.

—Señorita Richmond, ¿en serio cree que mi peinado no es favorecedor?

—Siendo sincera, no. Hace que sus facciones se vean demasiado austeras.

—Esos consejos de belleza que escribe en sus artículos, ¿cree que me servirían a mí para dar un cambio a mi imagen?

—Por supuesto. Estaría encantada de ayudarla en ello. Y por favor, llámeme Sea.

—Gracias, Sea. Entonces, puede llamarme Regina.

CAPÍTULO 23

—Llega tarde.

—Llego a tiempo.

Aunque Samantha llevaba casi una hora esperando, se mordió la lengua para contener una réplica. Sabía que él había acudido tan pronto como le había sido posible y que había tenido que posponer sus quehaceres para atender su llamada. Era consciente de que estaba pagando su mal humor con Connor, pero no lo podía remediar. Odiaba tener que depender de un escolta para que la acompañase en sus investigaciones, como si fuese una niña pequeña que precisase de los cuidados de una niñera. Era indignante, frustrante... y el precio a pagar para poder hacer su trabajo.

—Está bien, pongámonos en marcha —musitó, sin ánimos de discutir, mientras se ponía la chaqueta que completaba su disfraz de Evan Winters.

El señor Scott le había cedido el uso de un cuartucho en la parte trasera de la redacción, con acceso restringido al resto de personal, en el que poder cambiarse de ropa siempre que fuera necesario. Ahí era donde, aprovechando el ajetreo que solía haber en aquel lugar, se escabullía cada vez que necesitaba hacer uso de su *alter ego*, que solía ser una vez a la semana, dos como mucho.

—¿Con qué pérfido malhechor quiere entrevistarse hoy? —inquirió Connor, irónico, ya en el interior del carruaje, camino del East End.

—Con el honorable Eustachian Wiston.

—¡Dios, sin duda es pérfido ponerle un nombre así a alguien!

—Es un ilustre miembro del Ejército de Salvación con el que he contactado a través de Kathleen —explicó—. Ha tenido la bondad de dejarme acompañarlo en una de sus misiones por Whitechapel.

Connor bufó.

—¿Tiene algo contra el Ejército de Salvación?

—Son una panda de charlatanes que usan el evangelio para sermonear sobre

buena conducta, pero lo irónico es que la mayoría de ellos han pecado de aquello de lo que predicaban como negativo.

El Ejército de Salvación estaba formado por voluntarios de creyentes protestantes que se dedicaban a evangelizar las zonas más pobres de la ciudad, puesto que pensaban que era su deber dar a conocer el mensaje del Evangelio de Jesucristo a los más desfavorecidos. Se dedicaban, sobre todo, a adoctrinar a las prostitutas, alcohólicos y drogadictos, concienciándoles de que la abstinencia era el mejor camino para llegar a Dios. Por ello, sus adeptos renunciaban por completo a la bebida, las drogas, el alcohol y los juegos de azar. El movimiento se estaba haciendo cada vez más popular y muchos de sus integrantes eran pecadores conversos.

—¿No cree que la gente pueda rehabilitarse?

—Por supuesto, pero no creo que el llevar una vida exenta de vicios pueda convertirte en mejor persona.

—¿Cree que los vicios son buenos?

—Algunos, en su justa medida, pueden llegar a ser muy satisfactorios: fumar un buen cigarro, jugar una partida de póker, degustar una copa de whisky o retozar con una moza predispuesta —añadió Connor, esbozando una sonrisa diabólica al verla ruborizarse—. ¿Acaso cree que abstenerse de esos placeres me convertiría en mejor persona?

—No lo sé. ¿Lo haría?

—Le aseguro que no. —La miró de forma intensa, con esa mirada verde que le hacía temblar las rodillas—. ¿Y qué me dice de usted? ¿Tiene algún vicio o adicción oculta, o es una damita perfecta?

—¿Vestirse de hombre cuenta?

Connor estalló en una profunda carcajada que hizo que el corazón de Samantha latiera con más fuerza. Le sería muy fácil hacerse adicta a su risa, pensó. Era natural y cálida, pero tan escasa que a veces parecía más fruto de la imaginación que de la realidad.

—Creo que soy adicta al dulce —respondió al fin—. En especial a las galletas de chocolate que hace mi abuela. ¿Sirve como vicio?

—Bueno, por algo hay que empezar —musitó Connor, haciendo una mueca divertida.

A los pocos minutos llegaron a Spelman Street, en Whitechapel, donde un grupo de miembros del Ejército de Salvación, encabezado por el honorable Eustachian Wiston, les aguardaba.

El rostro del hombre se iluminó al verlos. Parecía joven, no tendría más de treinta años, con ojos castaños y un bigote rubio bien cuidado.

—¿Señor Winters? —Al ver que Samantha asentía, se acercó con paso enérgico para saludar, acompañado de una mujer entrada en la veintena, con unos bonitos ojos azules y una cálida sonrisa—. Es todo un honor que haya decidido acompañarnos hoy —aseguró, estrechándole la mano con entusiasmo—. Puede llamarme señor Wiston. —Se giró hacia la mujer que lo acompañaba, mirándola con devoción—. Le presento a mi prometida, la señorita Prudence Barry.

Samantha los miró con curiosidad. Él era bajito, casi de su misma altura, y delgado como un junco. Ella, en cambio, rondaría el metro ochenta y de constitución corpulenta sin ser gorda. Lo único que tenían en común, a simple vista, era la calidez de su sonrisa.

—Es un placer conocerle, señor Winters. La verdad es que es mucho más joven de lo que había imaginado —comentó la mujer. Al instante, abrió los ojos de forma desmesurada y se sonrojó—. Discúlpeme, tiendo a exteriorizar mis pensamientos.

—No hay porqué disculparse —aseguró Samantha, encantada por esa muestra de sinceridad—. Espero que no les importe, pero el señor MacDunne estaba muy interesado en acompañarme para conocer mejor su labor.

—Interesadísimo —musitó Connor, poniendo los ojos en blanco, lo que le valió un codazo de Samantha.

—¿Ha dicho MacDunne? —inquirió el señor Wiston con el ceño fruncido—. No será Connor MacDunne, ¿verdad?

—El mismo —respondió el, haciendo una burlona reverencia.

Samantha esperaba que la pareja se escandalizase al descubrir la identidad de Connor. Después de tono, él todavía era el propietario de El Jardín Secreto, aunque ahora ya no lo dirigiese. Pero, para su asombro, los dos parecieron encantados de conocerle.

—Es usted un ejemplo de bondad humana —aseguró el hombre, estrechándole la mano con efusividad—. Gracias.

—Gracias, gracias, gracias —reiteró la mujer, llevándose las manos al pecho mientras lo miraba con adoración.

La actitud de Connor pasó de burlona a visiblemente incómoda.

—No sé de lo que están hablando —masculló, con el ceño fruncido.

—¡Oh! Disculpe si le ha incomodado nuestro arrebató, pero...

—¿Qué se supone que van a hacer hoy aquí? —inquirió Connor, cortando las palabras del hombre, sin duda en un intento por cambiar de tema.

—Vamos a hacer un piquete en la puerta de esta taberna para tratar de convencer a los parroquianos de que el alcohol es perjudicial para sus vidas.

—Será mejor que avise a algunos de los *Blueguard* que están haciendo ronda por aquí para que tomen medidas por si el Ejército Esquelético decide hacer acto de presencia para boicotear su honroso propósito —gruñó Connor, destilando ironía en las dos últimas palabras.

—Le estaríamos muy agradecidos —respondió el señor Wiston, encantado—. Informaré a mis compañeros de su noble gesto —añadió, alzando la voz, cuando Connor comenzó a alejarse.

Samantha sonrió al escuchar el gruñido del hombre en respuesta.

—¿A qué se refería cuando ha dicho que MacDunne era un ejemplo de bondad humana? —quiso saber Samantha, intrigada, en cuanto quedaron a solas.

—Como supongo sabrá, lady Kathleen ha sido una de nuestras mejores benefactoras en los últimos meses. —Samantha asintió. De hecho, su amiga era la que le había sugerido hacer ese artículo—. Pues bien, los marqueses de Dunmore han aprobado el proyecto de una escuela, dos comedores sociales y de un edificio de viviendas dignas a precio muy económico para alojar a familias necesitadas. —Se acercó a ella y le confesó en un susurro confidente: —Sé de buena tinta que la iniciativa fue idea del señor MacDunne, aunque al parecer prefiere ser un benefactor en la sombra.

Aquel dato impactó a Samantha. Al parecer el infame MacDunne tenía un lado bondadoso que prefería mantener oculto.

Minutos después, observaba la labor del grupo mientras hacía una pequeña entrevista a la señorita Barry.

—¿Hace mucho que pertenece al Ejército de Salvación?

—Desde que tengo uso de razón. Mi padre es amigo de William Both, el fundador de este movimiento, y he crecido bajo sus premisas —explicó la señorita Barry.

—¿Su prometido también?

—¡Oh, no! Aunque ahora no lo parezca, mi querido Eustachian es uno de nuestros conversos más recientes —confesó la señorita Barry—. De hecho, soy yo la que lo ayuda a evitar la tentación, aunque no siempre tengo éxito. Pero no pierdo la esperanza, tan solo tomo medidas para que no vuelva a suceder. Después de todo, no somos perfectos. Todos escondemos algún pecadillo debajo

de la alfombra, ¿verdad?

La voz del señor Wiston las interrumpió cuando Samantha estaba a punto de formularle otra pregunta.

—Parece que esta tarde tendremos problemas —murmuró, señalando a un grupo de hombres que aparecieron por un callejón al otro lado de la calle—. Creo que el Ejército Esquelético va a hacer de las suyas.

—¿Qué es el Ejército Esquelético?

—Son nuestros antagonistas, un grupo de indeseables reclutados por proxenetas y taberneros que intentan siempre obstaculizar nuestra labor —explicó la señorita Barry—. Han llegado a agredirnos físicamente, aunque normalmente se conforman con arrojarnos piedras, ratas o incluso excrementos. Para cumplir los propósitos en los que uno cree a veces hay que pagar un precio, ¿no está de acuerdo? —añadió, al ver la mirada horrorizada de Samantha.

Ella no pudo estar más de acuerdo.

Justo en ese momento, uno de aquellos hombres, más bien un muchacho a juzgar por su aspecto, lanzó algo en dirección a Samantha. Fue un acto tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar. Tan solo cerró los ojos y esperó con resignación a recibir el impacto del proyectil.

CAPÍTULO 24

Connor cerró los ojos y contó hasta tres, tratando de serenarse. Aquello no podía ser real. Sin duda era una pesadilla. Pero el olor que azotó su nariz era una prueba evidente de lo contrario. Era un hecho: estaba cubierto de estiércol de caballo.

Abrió los ojos justo para ver que dos de sus hombres cogían al desventurado que había osado lanzarle ese apestoso proyectil, mientras sus otros compinches se escabullían por el callejón. Una temporadita en la cárcel de La Central le inculcaría mejores modales a ese cretino.

—¿Se encuentra usted bien?

Connor se giró hacia Samantha como única respuesta. La muchacha se llevó las manos a la boca, abriendo los ojos de forma desmesurada.

—Yo...

—No diga una palabra —cortó él, con un gruñido—. Nos vamos.

Connor respondió a las muestras de agradecimiento del señor Wiston y la señorita Barry con una mirada hosca y arrastró a Samantha hasta el carruaje. Ella debió intuir su estado de ánimo y se dejó llevar con docilidad, sin emitir una sola protesta. Chica lista.

Minutos después, mientras el vehículo recorría las calles atestadas de tráfico, Connor se quitó la chaqueta con cuidado, haciendo una involuntaria mueca de asco. Lo peor era que podía visualizar el rostro de censura de Andrew cuando viera el estado de su ropa. Para ser un mayordomo, prestaba demasiada atención a su vestimenta. Desde que él había empezado a formar parte de su vida, Connor se había convertido en la elegancia personificada. A excepción del pelo, claro. Le gustaba como lo tenía, rozando casi sus hombros, y no pensaba cortárselo por más que el hombre insistiera.

Un sonido sospechoso le hizo levantar la mirada. Samantha parecía distraída observando por la ventanilla, pero estaba mordiéndose el labio en un inútil

intento de contener la sonrisa que pugnaba en sus labios. Si no hubiese llevado ningún disfraz el gesto sería adorable, pero disfrazada de Evan Winters resultaba desconcertante, porque a pesar de ir vestida de hombre era toda una tentación para él.

—Ni se le ocurra reírse.

—No, claro que no —replicó, seria—. ¿Le he dado ya las gracias por lo que ha hecho?

—Como una decena de veces.

—Pues voy a tener que dárselas una vez más. Ha sido un gesto de lo más caballeroso, una completa heroicidad, un...

—¿Se está burlando de mí?

—Por supuesto que no —farfulló ella, pero al segundo siguiente se le escapó una risilla que disimuló con una tos.

—Maldición, no tiene ninguna gracia.

—No, ninguna —aseveró la muchacha, mirándolo circunspecta.

Sus ojos grises quedaron atrapados en algún punto del rostro de Connor, porque se fijaron en él con una mezcla de perplejidad y turbación.

—Tiene un poco de estiércol en la mejilla.

Connor se pasó el dorso de la mano por esa zona, tratando de quitárselo. Los ojos de la muchacha se abrieron como platos.

—¿Qué?

—Ahora se lo ha extendido. Tal vez si usa mi pañuelo —añadió, tendiéndole un delicado trozo de tela blanca, ribeteada de un primoroso encaje.

Connor se lo arrebató de las manos al instante y, justo cuando estaba a punto de llevárselo al rostro, algo lo detuvo. De él emanaba el suave olor a magnolias que parecía envolver siempre a la muchacha. Le pareció un sacrilegio contaminar ese delicado aroma con el del estiércol y, aprovechando un segundo en que ella no lo miraba, se lo metió en el bolsillo y sacó el suyo propio.

—No cualquier hombre hubiese sido capaz de un acto como el suyo —afirmó Samantha, retomando la conversación, mientras él se limpiaba—. Ha sido admirable como se ha puesto delante de mí en un intento por proteger mi vida de una bola de estiér... —Sus palabras se cortaron cuando una carcajada irrumpió en su garganta, ganando por fin la batalla—. ¡Por Dios, tenía que haber visto su cara!

La mejor de las músicas que se hubiese compuesto jamás, así era la risa de lady Samantha Richmond. Un sonido fresco y natural que deleitaba sus oídos,

acariciaba su corazón y le hacía desear...

—¡Basta! —exclamó, poniendo final a aquel dulce tormento—. Me alegro que le resulte tan hilarante lo que ha sucedido, pero le recuerdo que si está aquí, cumpliendo su sueño, es porque yo decidí aceptar la responsabilidad de protegerla. ¿Se ha parado a pensar lo que hubiese pasado si en lugar de estiércol nos hubiesen arrojado piedras? No sé si su honorable Eustachian Wiston le ha dicho que algunos integrantes del Ejército de Salvación resultan heridos, alguno incluso muerto, cuando predicán toda esa basura sobre el amor de Dios.

Sus palabras acabaron con cualquier rastro de diversión.

—No es basura —replicó Samantha—. Aportan un poco de luz a las almas que están perdidas, no creo que eso sea malo.

—Sería mejor si en lugar de luz les diesen educación, cobijo o alimento, o incluso les proporcionasen un empleo. Siempre he pensado que valen más los hechos que las palabras. El Ejército de Salvación predica mucho de boca, pero no lleva a cabo ninguna obra para mejorar el bienestar social. Los niños se beneficiarían más de una escuela que de conocerse de memoria los evangelios.

—¿Es por eso que ha decidido invertir en obras sociales?

Connor maldijo entre dientes.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Vamos, no lo niegue. ¿Es que acaso no quiere que nadie sepa que usted es un hombre bondadoso porque teme que eso arruine su reputación de bribón?

—No se equivoque conmigo, princesa. Igual que algunos vicios no convierten a un hombre en malo, un par de buenas acciones no significa que sea virtuoso.

Y eso era cierto. Dios sabía que, aunque pasase todo el resto de su vida comportándose como un santo, nunca podría compensar los pecados cometidos en su juventud.

Después de que Connor dejara de nuevo a Samantha en el periódico, fue a la mansión a cambiarse. La cara de Andrew al abrirle la puerta fue de lo más expresiva, lo que para él equivalía a levantar la ceja levemente en señal de desaprobación.

—¿Ahora nos dedicamos a jugar con estiércol en horas de trabajo?

Connor lo fulminó con la mirada. Fue directo a su habitación a cambiarse de ropa, teniendo que soportar la estoica ayuda del mayordomo, que, demostrando su inteligencia, permaneció en silencio mientras le anudaba la corbata de forma impecable.

Cuando salió de allí, en vista de su estado de ánimo, en lugar de ir

directamente a La Central hizo una pequeña parada en Covent Garden.

Rachel Gibson, su amante, vivía en un apartamento de un bonito edificio de dos plantas. Pese a que había ido sin avisar, lo recibió con una sonrisa de bienvenida en cuanto abrió la puerta.

—Querido, no te esperaba —murmuró, atusándose el cabello, como si se disculpase por su desarreglo.

A Connor le daba lo mismo que no llevase puesto su maquillaje habitual, ni que en lugar de un primoroso camisón luciese un sencillo vestido. Había ido allí con una única finalidad. Antes de que pudiera reaccionar, la arrastró al interior besándola con desesperación. Al cabo de unos segundos, se separó frustrado, puesto que aquella boca no alimentaba su sed.

Determinado a no pensar en aquello que no podía tener, hizo girar a Rachel y la instó a que inclinase su torso sobre la mesa que había en la habitación. No se anduvo con delicadezas, sabía que con ella no hacían falta porque también sabía disfrutar de un encuentro sin preámbulos, así que levantó su falda, se desabrochó el pantalón y, haciendo a un lado su ropa interior, la penetró sin miramientos.

La muchacha jadeó de sorpresa por la dura embestida, pero después de la tercera comenzó a gemir pidiendo más. Connor no la defraudó. La penetró una y otra vez, pero aquel cuerpo no conseguía saciar su hambre. Observó la espalda femenina que se arqueaba de placer y su deseo empezó a decaer. Frustrado, cerró los ojos e imaginó que el pelo rubio que se derraba sobre aquel torso era azabache, que la cintura era más estrecha y que las caderas que sujetaba con fuerza para recibir sus embestidas eran más redondeadas y firmes. Eso valió para que su miembro recobrara el ímpetu. Después de varios empujones más, oyó que Rachel alcanzaba el orgasmo y sintió las contracciones de su cuerpo. Solo entonces se metió la mano en el bolsillo y sacó el pañuelo de Samantha. En cuanto su aroma inundó sus fosas nasales, el orgasmo lo arrasó.

CAPÍTULO 25

Distrito de Whitechapel, Londres, 8 de septiembre de 1888

Eran las seis de la mañana cuando John Davis salió de la habitación que tenía alquilada en el número 29 de la calle Hanbury para ir a trabajar. Al salir del portal, un bulto en el suelo, al lado de la valla del patio trasero, llamó su atención. Tuvo que acercarse un poco para discernir qué era y su hallazgo lo dejó horrorizado: una mujer cruelmente mutilada y cubierta de sangre.

Las náuseas lo atenazaron mientras corría a la comisaría de Scotland Yard en Commercial Street para informar de su hallazgo. El inspector Joseph Chandler se presentó hasta allí y, al comprobar la naturaleza del crimen, mandó llamar al forense que trabajaba aquella noche: el doctor George Bagster Phillips. El cuerpo no tardó en ser trasladado a la morgue de la calle Old Montague para que se le realizase la autopsia.

Connor acudió en cuanto recibió el aviso.

—Se llama Ann Eliza Chapman, conocida como Annie Chapman. Cuarenta y siete años de edad. Prostituta. Fue hallada en el patio trasero de un edificio, con la garganta cercenada de forma tan profunda que casi la decapitan. El asesino también le ha abierto el abdomen —informó el detective—. Parece que estamos ante el mismo *modus operandi* que el asesinato de Polly Nichols.

—Salvo que esta vez no se ha contentado con eso. Le extrajo los intestinos y se los tendió sobre el hombro. También presentaba laceraciones en varios órganos internos —puntualizó el médico.

—Tres asesinatos en un mes y no tenemos ninguna pista —murmuró Connor, pasándose los dedos por el pelo, preocupado—. La prensa se nos va a echar encima.

—Esta vez tenemos un testigo. Una tal Elizabeth Long ha declarado que vio a la víctima hablar con un hombre minutos antes de que fuera hallado su cadáver,

justo delante del edificio donde se encontró.

—¿Tenemos descripción del sospechoso?

—Bastante vaga. Alto, sombrero de copa y capa oscura.

—Eso no ayuda demasiado —musitó Connor, pasándose la mano por el cabello.

—Al menos tenemos varias pistas que podemos seguir.

Connor dudaba de que Scotland Yard fuera a conseguir algo esclarecedor, así que reunió toda la información que pudo y, al día siguiente, fue a La Central a organizar a cinco de sus mejores detectives para que investigasen por su cuenta.

Estaba repasando varios documentos en su oficina cuando oyó que llamaban a la puerta. Dio un respingo cuando vio aparecer a Borys ante él con una mirada de disculpa.

—¿Qué haces aquí? Se supone que no debes separarte de... —Se le fue la voz cuando atisbó detrás del gigante una figura delgada y con una barba oscura cubriéndole el rostro.

—Antes de que diga nada, debe saber que Borys ha hecho todo lo posible para que no viniese —declaró la muchacha—. Pero le he hecho entender que es una tontería mandarle un aviso, esperar a que usted llegue al periódico y tener que venir luego los dos hasta aquí, cuando es mucho más fácil que yo acuda a La Central directamente, ¿no cree?

—¡No, maldita sea! —exclamó Connor, golpeando la mesa con el puño. Ni siquiera ver que Borys y Samantha se sobresaltaban por su rugido le templó el enfado—. Hicimos un trato —gruñó, olvidándose de las formalidades por el enfado—. No vendrías a Whitechapel bajo ninguna circunstancia si yo no te acompañaba.

—Pero he venido directa a verte, no es que esté vagando por las calles ni...

—¡Silencio! —bramó, perdiendo la paciencia. Se giró hacia Borys y lo miró con dureza—. En cuanto a ti...

Los dos hombres se quedaron sorprendidos cuando Samantha se puso delante de Borys para defenderlo de la ira de Connor.

—Ya te lo he dicho, él no ha podido detenerme.

Aquella afirmación era tan absurda como que ahora estuviese protegiendo a un hombre de dos metros de altura con su propio cuerpo. Borys le lanzó una mirada que hablaba por sí sola y entonces Connor lo comprendió. La única forma de detener la voluntad de aquella muchacha era mediante el uso de la fuerza, y el hombretón nunca podría ponerle una mano encima. Tal vez, después de todo,

Borys no fuese el más indicado como escolta para ella. Era algo en lo que tendría que pensar.

—Déjanos solos y cierra la puerta tras de ti —ordenó Connor a su hombre, dejándose caer en su sillón con un suspiro cansado.

—¿Se te ha pasado el enfado? —preguntó Samantha, mirándolo dubitativa mientras se sentaba en la silla enfrente de su escritorio.

«No», quiso decirle. «Sí», reconoció para sí al verla sentada frente a él con su disfraz masculino, observándolo con desconfianza. Estar al lado de aquella muchacha, en cualquiera de sus facetas, era siempre un carrusel de emociones para él. La rebelde lady Samantha, la voluntariosa Sea, o el controvertido Evan Winters. Todas y cada una de sus máscaras despertaban algo en él, porque cada una de ellas reflejaba una parte de lo que ella escondía en su interior.

—¿Por qué necesitabas verme con tanta urgencia?

—Annie Chapman.

—¿Me vas a interrogar para uno de tus artículos?

—¿Es que sabes algo que no haya publicado ya la prensa?

—Lo único que consiguen los periodistas es dar palos de ciego, aferrándose a cualquier habladoría y sembrando el miedo y la confusión entre la población —bufó Connor—. ¿Sabes que incluso se ha llegado a decir que el asesino es un fantasma que deambula por Whitechapel?

—Hay periodistas que solo buscan crear morbo para vender más periódicos.

—Pero tú no eres uno de ellos —afirmó Connor, convencido—. Lo que no entiendo es por qué has pasado de escribir artículos de interés social a interesarte por un asesino.

—¿Sabes quiénes son William Burke y William Hare?

—¡Claro! Se dedicaban a matar a pobre infelices para vender sus cuerpos a un médico de Edimburgo que los compraba para enseñar anatomía.

—¿Y te suenan los nombres de Jamie Wilson o Mary Doherty?

—No, no sé quiénes son —reconoció Connor, tras meditarlo unos segundos.

—Fueron dos de sus víctimas —aclaró Samantha—. ¿Y qué me dices de Mary Ann Cotton?

—Mató a veintiuna personas envenenándolas con arsénico para cobrar los seguros.

—¿Puedes decirme el nombre de una sola de sus víctimas?

—No —admitió Connor, con sinceridad.

—¿No crees que es triste que los asesinos sean más recordados que sus

víctimas? No me interesa en lo más mínimo dar publicidad a ese maldito asesino —declaró Samantha con disgusto—. Lo que quiero es conseguir que nadie olvide los nombres de las mujeres a las que ha matado.

—¿Quieres los detalles de sus muertes?

—No, eso es lo que están publicando todos los periódicos. Yo estoy más interesada en saber cómo esas mujeres acabaron trabajando de prostitutas en Whitechapel.

—Puede que llegues a descubrir todos los datos que conforman sus vidas hasta el final, pero nunca entenderás cómo llegaron hasta allí.

—¿Por qué?

—Porque siempre has vivido entre algodones, porque nunca has caído presa de la desesperación. ¿De verdad quieres entender un poco mejor cómo era la vida de esas mujeres? —inquirió, mirándola con detenimiento.

—Sí.

Lo que le iba a proponer era una verdadera locura, el duque de Bellrose le estrangularía con sus propias manos si se enteraba, pero Connor sintió la necesidad de mostrarle una parte de la vida que era ajena para ella y, por desgracia, muy familiar para él.

—¿Te resultaría posible salir de tu casa mañana por la noche?

—Sabes que sí —respondió ella sin dudar, con un brillo de interés en la mirada—. Soy buena eludiendo la vigilancia. ¿Dónde me vas a llevar?

—A conocer las sombras de Whitechapel.

CAPÍTULO 26

Era noche cerrada cuando Samantha se deslizó con sigilo por la ventana de su habitación, situada en el primer piso de la mansión de los Richmond, descendiendo con desenvoltura por la celosía que cubría la pared.

—¡Demonios! Deduzco que no es la primera vez que haces esto —gruñó una voz entre las sombras.

Samantha bajó el último tramo con un ágil salto y se encontró con la oscura figura de Connor. Reprimió con determinación la sonrisa que intentó desbordar sus labios al verle allí y el entusiasmo que le provocaba aquella nueva aventura y, en cambio, adoptó una actitud templada.

—Solo un par de veces, y mejor hacerlo con mi disfraz de Evan Winters —dijo, señalando el atuendo masculino que llevaba en esos momentos—. La noche que me encontraste en Whitechapel bajé con vestido, pero se me quedó enredado entre las espinas. La celosía es más endeble por los bordes, y por el centro está el rosal trepador, lo que dificulta la escalada. Casi me rompo la crisma —concluyó con una sonrisa.

Connor no le devolvió el gesto. Todo lo contrario, frunció el ceño y Samantha hubiese jurado que lo oyó gruñir. Eso hizo que sus ojos se fijasen en su boca, y en ella quedaron atrapados sin remedio. ¿Cómo podía un hombre tener unos labios tan sensuales? Le encantaba cuando sonreía, cuando sonreía de veras, porque era un suceso tan fortuito como ver una estrella fugaz en el cielo, lo que hacía de cada una un gesto muy especial que siempre la calentaba por dentro. Por el contrario, casi siempre esbozaban un gesto irónico que no llegaba a los ojos.

Su mirada continuó bajando y se sorprendió al verle sin corbata. De hecho, llevaba un aspecto bastante informal, con los primeros botones de la camisa desabrochados. Su mirada se clavó sin remedio en el espacio que quedaba al descubierto justo en la base del cuello, y Samantha se mordió el labio inferior en

un intento de no hacer algo fuera de lugar, como deslizar la lengua por aquel tentador trozo de piel.

Un exabrupto de lo más vulgar la sacó de su ensoñación.

—Lo extraño es que hayas permanecido viva hasta ahora y con tu reputación sin mácula —masculló Connor, mientras se giraba y echaba a andar—. Sígueme, tengo un carruaje aguardando a la vuelta de la esquina.

No volvieron a hablar hasta que no estuvieron dentro del vehículo, rumbo a su misterioso destino.

—Debe de ser difícil para ti.

—¿El qué? —inquirió Samantha, sin comprender.

—Tener que esconderte siempre bajo un disfraz.

Y otra vez lo había vuelto a hacer. Parecía que ese hombre podía leer en su interior como un libro abierto, intuyendo todos sus miedos, frustraciones y deseos. Que la comprendiese de una forma tan intuitiva despertaba en ella un vínculo de unión muy intenso.

—¿Sabes con lo que sueñan las chicas de mi edad en mi mundo? Con disfrutar de fiestas y bailes, con casarse con uno de los solteros de oro y formar una familia, con llevar una vida apacible en un ambiente de lujo.

—¿Y con qué sueñas tú?

—Con poder ejercer mi profesión sin tener que esconderme bajo un seudónimo; con entrar en *The Progress* sin disfraces; con poder vivir de lo que gano en el periódico...

—¿No quieres casarte? ¿Formar una familia?

—Por supuesto que sí, me encantaría. Pero no si por ello debo renunciar a mi vida —declaró, con una sonrisa triste porque sabía que quería algo improbable—. Para poder hacerlo debería encontrar un hombre que me permitiera alcanzar mis sueños, que me ayudara a conseguirlos. Y dudo que un hombre así exista.

Esperaba algún comentario jocoso de Connor al respecto, pero el permaneció en silencio, observándola con fijeza, con una mirada tan intensa que Samantha tuvo que romper el contacto visual para poder volver a respirar.

—¿Dónde estamos? —inquirió Samantha, pasados unos minutos, cuando el carruaje se detuvo.

—Bienvenida al corazón de Withechapel: *The Ten Bells* —anunció Connor, descendiendo delante de ella. Esa vez no la ayudó a bajar, pues hubiese quedado incongruente esa muestra de caballerosidad entre dos supuestos hombres.

—¿El corazón de Whitechapel es una taberna? —inquirió ella con

escepticismo.

—Una de tantas.

Samantha absorbió con la mirada todo lo que la rodeaba. El oscuro manto nocturno transformaba las calles del East End, convirtiendo la miseria que saqueaba cada rincón en algo todavía más lúgubre. La luz de las farolas se reflejaba en los charcos que salpicaba el empedrado de la calle, recuerdo de la lluvia que había caído una hora atrás. La humedad todavía se podía olfatear, junto con otros olores más desagradables. La taberna ofrecía una acogedora bienvenida con la solidez de las columnas de su fachada y sus grandes ventanales, proporcionando un simulado refugio a los pobres infelices que caían en su trampa.

Una pareja discutía a pocos metros de la puerta, hasta que el hombre, con una bofetada, dio por terminada la contienda y, cogiendo del brazo a la mujer, la arrastró calle abajo. Agazapados en las sombras, Samantha atisbó a dos individuos de aspecto siniestro en actitud expectante, posiblemente ladrones a la espera de caer sobre algún incauto con la bolsa llena. Dio un respingo cuando la puerta de la taberna se abrió con violencia, dando paso a una pareja que salía a trompicones de allí. La risa ebria de la mujer quebró el silencio de la noche, un sonido oxidado que derivó en una tos cascada mientras desaparecían en la oscuridad, seguramente en busca de un lugar íntimo.

«¿Cómo una carcajada puede sonar tan vacía?», pensó Samantha, con un estremecimiento.

—Entremos.

Samantha miró a Connor con sorpresa. Incluso ella admitía para sí misma que había fronteras que no debería cruzar, y las puertas de *The Ten Bells* eran una de ellas.

Él debió reconocer el temor en su expresión porque la miró con una ceja arqueada mientras preguntaba:

—¿Tienes miedo?

—Sí —reconoció ella.

—Perfecto. Ahora empiezas a comprender lo que sienten muchas de las mujeres que están condenadas a vivir aquí —declaró Connor sin compasión—. Tú decides: te acompaño a tu casa o te muestro cómo era la vida de Martha Tabram, Polly Nichols y Annie Chapman.

—Entremos —decidió Samantha, alzando el mentón.

—No mires fijamente ni hables con nadie. Si haces lo que te digo en cada

momento y no te separas de mí, todo irá bien.

Samantha asintió con énfasis.

—Y, por el amor de Dios, pase lo que pase, no sonrías —añadió Connor justo antes de entrar.

Samantha no tuvo oportunidad de indignarse con aquel último comentario porque, al traspasar la puerta, el bullicio del interior le asestó una bofetada sensorial. Primero el olor a sudor, rancio, como si los allí reunidos no se hubiesen lavado en semanas, tal vez meses. Luego el ruido: el tintineo de las jarras al chocar entre ellas por una celebración, el sonido de cristales rotos cuando un vaso cayó, las voces fuera de tono, las risas estridentes. Sus ojos volaron sobre los allí reunidos: hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Una variopinta reunión de parroquianos claro reflejo del tipo de población de la zona. Miradas turbias; rostros ajados, algunos con las mejillas marcadas por la viruela; sonrisas podridas, incluso desdentadas; ropas raídas, pocas limpias...

—Al fondo hay una mesa libre—indicó Connor, sacándola de su escrutinio—. Vamos.

Samantha siguió con docilidad a Connor, esquivando a dos hombres que habían empezado a empujarse antes de que el tabernero, a gritos, les advirtiese de que se irían fuera si no se detenían. Connor se sentó con naturalidad y pidió un par de cervezas a una de las mozas que trabajaban en el local. Ella trató de imitar su desenvoltura, acomodándose en el duro taburete con lo que esperaba fuese una postura masculina. Apoyó una mano sobre la superficie de la mesa y la retiró al instante cuando su piel entró en contacto con algo pegajoso. Se miró la palma de la mano con cara de asco.

—¿Demasiado para ti? —inquirió Connor, en tono burlón.

Samantha lo miró con los ojos entrecerrados. El muy sinvergüenza parecía estar disfrutando con su incomodidad.

—No voy a negar que estoy impresionada —admitió ella, alzando el mentón—. Pero todavía no me has mostrado nada que me haga salir corriendo de aquí.

El brillo de admiración que apareció en la mirada de Connor dio alas a su corazón. No sabía por qué caprichosa razón lo que él opinase de ella era tan relevante para su ánimo, pero así era.

—¿Qué hacemos aquí, Connor?

—Observa a las mujeres que te rodean... porque cualquiera de ellas puede ser la siguiente víctima de nuestro asesino.

Aquella declaración la conmocionó.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque todas ellas eran prostitutas y frecuentaban tabernas como esta en busca de clientes.

Samantha miró a su alrededor. Las mujeres se mostraban relajadas, bebiendo y conversando animadamente. Algunas parecían mayores, o tal vez las inclemencias las habían envejecido de forma prematura. Otras eran muy jóvenes, tal vez demasiado.

—Lo que no entiendo es por qué están aquí cuando la policía aconseja a las mujeres que eviten salir a la calle de noche por este barrio.

—Abre los ojos. Están asustadas pero lo disimulan porque tienen que conseguir dinero para comer y para pagar un techo sobre el que pasar la noche.

—Si tan necesitadas están de dinero, ¿por qué gastan el que tienen bebiendo en este local? —inquirió Samantha con dureza, pues en su mente no tenía explicación para ese comportamiento tan absurdo.

—Tú no las puedes juzgar porque nunca has estado en su piel. Algunas han llegado aquí guiadas por decisiones erróneas o mala suerte, pero a otras no se les ha dado la oportunidad de vivir de otro modo —explicó Connor, y por su tono parecía que se había puesto a la defensiva—. No sabes lo que es despertarse cada mañana deseando que sea la última para liberarte de la degradación a la que ha llegado tu vida. Hay mujeres que llegan a cortarse su propia garganta en un intento por escapar de esa pesadilla —murmuró, y las sombras se adueñaron de sus ojos—. ¿Sabes lo único que consigue que escapen por unas horas de su miserable vida?

Samantha negó con la cabeza sin emitir ninguna palabra.

—La ginebra. Es un círculo vicioso, ¿entiendes? Bebes para evadirte, pero el alcohol cuesta dinero. Así que haces cosas denigrantes por conseguir el dinero que te permita esa pseudo libertad. Y, poco a poco, vas cayendo a un abismo sin fondo del que solo puedes salir cuando estás muerto.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Acaso lo has experimentado en carne propia? —preguntó Samantha con voz suave, intuyendo su respuesta.

—Lo hice.

CAPÍTULO 27

Las cosas no estaban saliendo como Connor había planeado. Otra vez esa muchacha lo había vuelto a sorprender. Nunca imaginó que tendría suficiente valor como para entrar en aquella taberna. Pensó que, en cuanto viera el ambiente nocturno de Whitechapel, volvería impresionada a su casa.

Le constaba que sí la había impresionado. Pero ahí estaba, sentada frente a él, tratando de ocultar su miedo y demostrando un temple que era admirable. En ese momento le instaba con la mirada a que compartiera con ella una parte de su vida que se esforzaba por olvidar. Y, por primera vez, Connor se vio tentado a hacerlo, a confesar sus pecados a una persona, pero no a cualquiera. A ella. Solo a ella. Tal vez así la asustase lo suficiente para que dejara de sentirse atraída por él.

Todavía podía sentir el calor de la mirada que le había acariciado cuando había ido a recogerla a su casa. ¡Demonios, ella lo deseaba! Lo había leído en el brillo de sus ojos al mirarle. Y saberlo había inflamado su pasión de una forma desmedida. Debía conseguir que ella dejase de tener ese tipo de sentimientos hacia él. Solo así él podría tener una posibilidad de controlarse. Y solo había una forma de hacerlo: revelando una parte de sí de la que no estaba muy orgulloso.

—Llegué a Whitechapel cuando tenía nueve años —comenzó a decir, con voz monocorde, después de dar un trago largo a su pinta—. ¡Imagínate! Un niño de esa edad, completamente solo, pisando por primera vez una ciudad. No te puedes hacer una idea de lo asustado que estaba. —Su boca esbozó una sonrisa triste al decirlo—. Estuve varios días mendigando por las calles, uno de tantos críos desesperados que suplican por un mendrugo; pero el hambre me acuciaba, así que empecé a robar para poder comprar un poco de comida. De esa forma pude mantenerme con vida durante un par de meses, pero de una forma muy precaria. La ginebra ayudaba, ¿sabes? Me mantenía caliente por las noches y hacía que el tiempo pasase más rápido. Entonces conocí a un chico, no mucho mayor que yo,

que parecía vivir bien. Al menos, siempre llevaba algo de dinero encima y, de vez en cuando, se apiadaba de mí y me compraba algo de comer. Más tarde me confesó que era el protegido de un hombre con dinero.

—¿Protegido?

—Obtenía protección y dinero a cambio de favores sexuales —puntualizó Connor.

—Pero eso, eso... ¡es inmoral! —exclamó Samantha, indignada—. Sé que existe la prostitución infantil. William Stead habló de ello en sus artículos, Kathleen también me contó sobre las *baby farms*, incluso yo he investigado sobre esas pobres niñas que son vendidas a prostíbulos de toda Europa. Pero un hombre con un niño...

—Te sorprendería saber la cantidad de chicos jóvenes, muchos niños, que tienen prácticas sexuales con hombres adultos a cambio de protección. Lo único es que se lleva más en secreto porque las prácticas sexuales entre varones están penadas por la ley —comentó Connor, con tanta amargura en su voz que la muchacha se le quedó mirando con fijeza.

—¿Tú...? —Samantha no pudo acabar la pregunta.

—Me lo planteé, ¿sabes? Estaba tan desesperado que me dije: «¿por qué no?». Viviría mejor a cambio de unos minutos de... —No terminó la frase, no hizo falta—. Había un hombre interesado en mí. Era el dueño de una taberna y tenía un par de prostíbulos en la zona. Un tipo importante del East End —continuó contando—. Una noche acepté su proposición. Me llevó a la habitación que tenía encima de la taberna y empezó a toquetearme.

Sintió cómo un escalofrío recorría su cuerpo solo al recordarlo. Samantha tuvo que percibirlo, porque le apretó el muslo por debajo de la mesa en señal de apoyo.

—No tienes por qué contármelo, Connor —musitó ella con un susurro ronco—. ¡Por Dios, eras un niño! Si lo hiciste fue por...

—No pude hacerlo. Algo en mí se rebeló aquella noche y le atacé antes de que empezara. Le golpeé con saña; con tanta fuerza que no pudo defenderse contra mí. Y luego escapé. Durante días tuve que esconderme porque sabía que si ese hombre me encontraba me mataría. Pero uno no puede esconderse eternamente. Era él o yo.

—¿Qué pasó?

Connor la miró con intensidad, sin decir nada, hasta que los ojos de Samantha se llenaron de entendimiento. Esperaba alguna expresión horrorizada, alguna

muestra de turbación. Algo. Pero ella no dijo nada, mantuvo el rostro inexpresivo mientras daba un trago a su bebida.

—Esta cerveza es fuerte —comentó con una mueca desagradable, después de tragar.

Aquella falta de respuesta lo crispó.

—¿No te escandalizas? ¿No vas a juzgarme? Te acabo de confesar que maté a un hombre y no dices nada —susurró Connor con violencia contenida.

—Tú mismo lo has dicho: era tu vida o la suya —dijo Samantha sin más, con una mirada tan límpida que él comprendió que nunca lo culparía por ello—. ¿Algo más que quieras contarme?

Connor bufó. Si ella pensaba que no podía escuchar nada que la hiciese pensar mal de él se iba a llevar una sorpresa.

—Después de aquello me di cuenta de que la solución no estaba en buscar protección de alguien. Si quería sobrevivir a Whitechapel, debía hacerme fuerte. Aprendí a defenderme con los puños y a utilizar el cuchillo. Se me dio tan bien que, con el tiempo, algunos chicos vinieron a mí en busca de amparo, y sus enemigos se convirtieron en los míos. Un día me acorralaron cinco tipos de una banda que me tenían en el punto de mira. Casi no salgo con vida. Quedé muy mal herido, tirado en un sucio callejón. Perdí el conocimiento y cuando desperté, estaba en El Jardín, al cuidado de Heather Lovejoy.

—Fue una suerte que la tía de Kathleen te sacara de Whitechapel.

—Toda una suerte. —Al decirlo no pudo evitar la ironía que inundó su voz—. Al principio me utilizó como chico para todo, pero cuando crecí un poco más dejó claro lo que se esperaba de mí. —Como Samantha lo miraba sin comprender, Connor le dio una explicación—. Verás, no solo los hombres recurren a prostíbulos en busca de compañía. La diferencia es que las mujeres lo hacen de forma más discreta y menos asidua.

Esta vez sí que obtuvo reacción. Samantha lo miró con los ojos desorbitados

—¿Tú fuiste...? Quiero decir, ¿trabajaste como...?

—Puto, prostituto... Llámalo como quieras. Me gustaba el sexo, así que pensé, ¿por qué no cobrar por ello? Heather se aseguró de que hubiese mujeres dispuestas a pagarme por un revolcón. Viudas ricas; casadas que se sentían aburridas y abandonadas. Todas damas. Seguro que te has cruzado con alguna de ellas en esos aburridos bailes de la clase alta —añadió, solo para escandalizarla más.

No le sorprendió que la muchacha lo mirara como si fuese el insecto más

despreciable del mundo. Lo que no esperaba es lo que hizo después: se bebió la pinta de un trago, se levantó y caminó hacia la salida con paso digno, sin dirigirle la palabra. Fue tras ella de inmediato. Estaba a punto de alcanzarla cuando la puerta se abrió de repente y una figura muy familiar llenó el quicio: el joven y respetado doctor Joshua Richmond, el hermano de Samantha.

Connor vio con horror cómo los dos hermanos se chocaron de frente. Contuvo el aliento, temiendo que Joshua reconociese a la muchacha detrás de su disfraz masculino, pero él solo se disculpó y se hizo a un lado para que ella pudiese salir. Entonces el médico se percató de la presencia de Connor. Pudo leer la sorpresa y la consternación antes de que su mirada se velara.

—MacDunne, no esperaba encontrarte por aquí.

—Créeme, yo estoy más sorprendido que tú de verte en este lugar —comentó Connor, manteniendo la puerta abierta para asegurarse con la mirada de que Samantha subía sana y salva al carruaje en el que habían llegado y que los aguardaba al otro lado de la calle—. ¿Qué haces aquí, Doc? Este lugar está bastante alejado de tu coto habitual.

—Sí, bueno, de vez en cuando apetece un cambio de aires —musitó Joshua, evasivo—. Pero no te quiero entretener, está claro que te ibas ya.

¿Eran imaginaciones suyas o Joshua le instaba sutilmente a que lo dejara solo? Connor frunció el ceño. Desde que se conocieran habían desarrollado cierto grado de intimidad. ¡Diablos! Hasta se podía decir que eran amigos. Y su actitud esa noche era extraña. Se le veía nervioso e incómodo. Incluso su rostro de adonis que hacía suspirar a las mujeres de todas las edades lucía cansado y ojeroso.

Connor se hubiese querido quedar con él para averiguar qué le pasaba, pero debía acompañar a Samantha a su casa antes de que se hiciera más tarde. Así que se despidió de él y fue hasta el carruaje, impaciente por continuar la lidia con su pequeña aventurera.

Porque sí, no lo podía negar, aquella muchacha se le estaba metiendo en la sangre y no tenía ni idea de cómo evitarlo. Esperaba que todo lo que había confesado esta noche fuera suficiente para hacer que ella lo detestase. Eso le facilitaría las cosas. Y, teniendo en cuenta cómo había salido de la taberna, creía haberlo conseguido.

Por eso se quedó de piedra cuando, al subir al carruaje, ella le susurró «Te deseo» justo antes de lanzarse sobre él. Su vestimenta masculina hizo posible que se pusiera a horcajadas encima de él, aplastándolo contra el asiento del

carruaje, y antes de que pudiera reaccionar, Samantha tomó su rostro entre las manos y lo besó.

Sabía que la debía apartar, estaba en juego su reputación profesional, incluso puede que su vida si el duque se enteraba de que le había puesto las manos encima a su hija, pero cuando ella lo tocó, nada en el mundo hubiese podido evitar que Connor le devolviese el beso con toda la pasión que guardaba en su alma.

CAPÍTULO 28

Encontrarse cara a cara con su hermano la había conmocionado. El miedo a que la hubiese podido reconocer quedó relegado a una pregunta mucho más acuciante: «¿Qué hacía Joshua allí?». Pero todo quedó arrinconado en algún lugar de su mente por un sentimiento ajeno a su control que parecía haberla invadido por completo.

Era un hecho: había enloquecido. ¿Por qué si no, aun después de todo lo que le había confesado Connor aquella noche, continuaba deseándolo? Samantha no sabía cómo lidiar con todo lo que bullía en su interior en aquel momento: lástima por el niño que fue, un enfado irracional por el joven que había decidido prostituirse a cambio de dinero, y una irremediable atracción por el hombre en el que se había convertido. Y si esa mezcla la aderezabas con alcohol, el resultado era explosivo.

Estaba rumiando todo aquello en el interior del carruaje cuando la portezuela se abrió de repente y Connor entró. Se sentó en el asiento de enfrente suyo, mirándola en un silencio expectante, mientras el carruaje se ponía en marcha.

Verlo allí, enfrente suyo, tan atractivo, tan prohibido, tan accesible... tan tentador. No supo qué se apoderó de su voluntad, pero, antes de ser consciente de ello, se lanzó encima de él. Era como si su cuerpo se moviera por cuenta propia, guiado por los instintos más básicos.

—Te deseo —susurró, poniéndose a horcajadas encima de sus muslos.

«Te deseo, te deseo, te deseo», entonó su alma haciendo eco de sus palabras, mientras tomaba su rostro entre las manos y lo besaba tal y como llevaba tiempo soñando. Llevó la iniciativa durante cinco segundos, hasta que Connor, con un gemido quedo, tomó posesión del beso.

Una de las manos masculinas se deslizó hasta su nuca, sosteniéndola con determinación para que no pudiera escapar de su asalto, mientras la otra se posó en su cadera, apretándola contra él, preparándola para lo que venía a

continuación. Connor saqueó su boca casi con salvajismo, como si él también hubiese llegado al límite de su autocontrol, y todo pareció desbordarse entre los dos.

¡Dios! La lengua del hombre estaba haciendo estragos en el interior de su boca, explorando y acariciando con pericia, azuzando un fuego que parecía brotar en su interior, concentrándose en su vientre.

Samantha sintió cómo Connor alzaba las caderas y presionaba entre sus muslos. Repitió el movimiento una y otra vez, en un vaivén pausado, tan placentero, que la hizo abrir más las piernas para intensificar el roce. Su movimiento provocó un murmullo de aprobación en el hombre, antes de que la mano que estaba en su cadera se deslizase con determinación hasta su trasero, atrayéndola con más fuerza contra él.

Sintió crecer el miembro de Connor contra sus piernas, tornándose más rígido en cada movimiento, y saber que ella lo estaba excitando de esa manera hizo que su deseo aumentara.

Los labios de Connor abandonaron su boca de repente. Ella lo miró confusa, mientras el hombre boqueaba en busca de aire. El pecho masculino se movía como un fuelle y los ojos del Samantha se fijaron sin remedio en el triángulo de piel que dejaba al descubierto el cuello de la camisa. Su boca se posó allí, como había deseado hacerlo desde que se habían encontrado en el jardín.

—Vamos, princesa. No hagas eso —musitó Connor, desesperado.

Pero ella no lo escuchó, enfrascada como estaba en su fantasía. Incluso fue más allá y lamió con sensualidad la base de su cuello. La reacción no tardó en llegar: de la garganta de Connor brotó un gemido torturado; su cuerpo tembló de la cabeza a los pies con solo una caricia; y, de repente, se encontró tumbada en el asiento con él encima, afanándose en desabrocharle los botones de su camisa.

El rápido movimiento hizo que le diera vueltas la cabeza. ¿O eran sus besos? La verdad es que sí estaba un poco mareada. ¿Los besos de un hombre podían causar esa sensación de ingravidez?

«Los besos no, la cerveza sí», dijo una vocecita en su interior.

—¡No estoy borracha! —exclamó, indignada, sin darse cuenta de que lo decía en voz alta.

—Yo no he dicho que estés borracha —aclaró Connor, frunciendo el ceño, extrañado.

—Perfecto, porque no lo estoy. Las damas nunca se emborrachan y yo soy una dama. Bueno, técnicamente ahora llevo el disfraz de Evan Winters, pero es un

reputado periodista y tampoco se emborracharía, ¿verdad? —reflexionó bajo su propia lógica—. Sería hipócrita si pretendo hacer un artículo que hable sobre los efectos adversos del abuso del alcohol en la sociedad. Aunque pensándolo bien, flaco favor hago a la reputación del señor Winters si alguien nos ve, porque parecemos dos hombres besándonos. ¡Dios, estás besando a un hombre! —acusó, contrariada, señalándolo con el dedo, para luego mirarlo con suspicacia—. ¿Te gustan los hombres?

—No, pero «Aunque la mona se vista de seda, ¡en simple mona se queda!».

—¿También lees a Esopo? —preguntó, desconcertada al reconocer la cita—. Un momento, ¿me estás comparando con una mona? —inquirió, pues su cerebro adormilado se quedó con las palabras y no con su significado.

—Lo que quiero decir es que, aunque vayas disfrazada, sigues siendo una mujer muy atractiva.

—Pensé que las mujeres hermosas... —*hip*— no te resultaban atractivas.

Un repentino hipo cortó sus palabras, para después atacarla sin control. No supo la razón, pero le resultó gracioso y comenzó a reír.

—Mi amor, estás borracha —confirmó Connor, con una mueca divertida.

—¿Eso significa que me vas a dejar de besar? —inquirió Samantha haciendo un seductor mohín.

La mirada del hombre se clavó al instante en su boca. Algo llameó en sus ojos justo antes de lanzarse voraz sobre sus labios para al segundo siguiente apartarse de ella con un «joder» mascullado entre dientes.

—¿Qué...?

—Nunca pensé que pudiese decir esto, pero... no podemos continuar —musitó Connor, pasándose la mano por el pelo de forma nerviosa.

—¿Porque parezco una mona? —preguntó, confusa.

—Porque estás borracha —explicó él, mirándola con paciencia, mientras la ayudaba a incorporarse—. Créeme, en otra época no me hubiese importado ni un ápice, pero mucho me temo que estoy desarrollando ciertos escrúpulos bastante molestos.

—No estoy borracha —protestó Samantha—. Solo que... no me encuentro muy bien —reconoció, cuando sintió que su estómago se empezaba a revolver.

—Ha sido culpa mía por pedir cerveza —murmuró Connor—, aunque en mi defensa he de decir que no se me ocurrió que te la beberías de un trago con la misma naturalidad que lo puede hacer un estibador del puerto. No irás a vomitar, ¿verdad? —añadió, con una sonrisa tensa al ver que el rostro de ella

empalidecía.

—Claro que no, las damas no vomitan delante de...

No pudo terminar de decirlo porque sintió cómo una saliva caliente espesaba su boca, para el segundo siguiente arrojar con violencia todo el contenido de su estómago justo en los pies de su acompañante.

CAPÍTULO 29

Después de aquella noche a Connor deberían de ponerle un monumento. Pero, como casi todas las acciones que merecían recompensa, nadie había sido testigo de ello. Al menos nadie consciente, porque Samantha había caído en un profundo sueño antes incluso de llegar hasta la mansión de los duques.

—Venga, princesa, despierta —susurró, intentando despertarla con unas palmaditas en la cara.

—No estoy borracha —farfulló la muchacha, entreabriendo los ojos, justo antes de volver a perder el conocimiento.

Cuando un suave ronquido brotó de sus labios, fue evidente que no podría despertarla. La tomó en brazos, acunándola con delicadeza, y bajó del carruaje, rezando para que nadie los descubriera.

Colarse en el jardín de los Richmond por la puerta trasera fue relativamente fácil. Lo que resultó un infierno fue subir por la celosía hasta llegar a la ventana de la habitación de Samantha, con ella cargada al hombro. Como tenía miedo a que la madera del borde no aguantase su peso, subió por el tramo donde estaba el rosal, lleno de pequeñas espinas puntiagudas y afiladas.

Cuando la depositó sobre la cama, sana y salva, el cuerpo le temblaba por el esfuerzo, las manos le sangraban y la ropa se le había desgarrado por varios sitios. Bufó cuando ella se acomodó en la almohada con una sonrisa plácida, inconsciente de todo. Era bien sabido, Dios protegía a los borrachos, a los tontos y a los niños.

Se dio la vuelta, dispuesto a salir de allí antes de que alguien lo descubriera, pero lo pensó mejor. La muchacha se metería en un lío si la descubrían durmiendo con su ropa de hombre, con restos de vómito y oliendo a alcohol.

No debería importarle, pero como él había sido el instigador de esa última escapada, se sentía responsable de ella. No podía consentir que la hallaran en semejante guisa. Sí, debía desnudarla, tratar de asearla y ponerle el camisón.

Pero dos minutos después todavía estaba parado al lado de la cama, observándola indeciso. El cuerpo le temblaba, y esta vez no tenía nada que ver con el esfuerzo físico realizado. Era la anticipación por lo que tenía que hacer. Contuvo el aliento, y comenzó a desvestirla, intentando controlar el estremecimiento de sus manos cada vez que rozaba su piel, dando gracias porque la habitación estuviese en semi penumbra y facilitase la ardua tarea que estaba realizando. Porque si hubiese contemplado su cuerpo desnudo, dudaba que hubiese podido resistir la tentación. Aun así, cuando minutos después, ya con el camisón colocado, la arrojó con la colcha, su respiración salía en jadeos desacompañados y un sudor frío recorría su espalda.

El siguiente paso era quitarle la barba, lo sabía, pero su cuerpo había llegado a tal punto de excitación que supo que aquel simple gesto podía acabar con su autocontrol, así que se la dejó puesta.

«¡Maldición, que solo es una mujer! Has desnudado a cientos», gruñó una vocecita en su mente. Pero su corazón, que hasta entonces había permanecido mudo, no tardó en replicar: «El problema es que no es cualquier mujer». Y fue en aquel momento, contemplándola dormida, cuando Connor se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, estaba enamorado. De una muchacha tan hermosa que quitaba el aliento, pero con un espíritu tan carismático que eclipsaba cualquier rasgo exterior.

Se escabulló por la ventana con el talante ensombrecido por aquel indeseado descubrimiento y su ánimo no mejoró por la mañana, cuando Andrew entró en su habitación para despertarlo a la hora acordada.

—Buenos días, señor —saludó el hombre, descorriendo las cortinas.

Por la timidez con la que entró la luz, parecía que el cielo estaba tan nublado como su humor. Miró con desinterés cómo Andrew recogía la ropa que él había depositado en una silla la noche anterior, antes de asearse en su baño privado e irse a dormir.

—Ya le dije que no necesitaba un ayuda de cámara.

—Lo dijo, señor —convino el hombre.

—¿Debo entender que es tarea del mayordomo recoger mi ropa? —inquirió, escéptico.

—Mi función es servirle en todo lo que necesite, señor —adujo Andrew, impertérrito—. Parece que tuvo una noche... entretenida —añadió, al ver el estado de sus prendas.

—Ni lo imagina —gruñó Connor.

Se levantó de la cama y se paró delante del *secretaire* que adornaba ahora sus aposentos. Cuando se mudó a aquella casa había mandado que lo trasladasen allí y, de vez en cuando, se entretenía inspeccionándolo en busca del relicario.

Por el rabillo del ojo vio a Andrew hacer una mueca de desagrado al coger los zapatos cubiertos de vómito.

—¿Demasiado para usted?

—No, señor —respondió Andrew, con dignidad, pero Connor pudo ver que lo observaba con censura.

—¿Algún problema?

—Dejé un camisón preparado encima de su cama, señor.

Connor cayó en la cuenta de lo que estaba molestando al mayordomo y contuvo una sonrisa. No solía ponerse nada para dormir y no iba a empezar a hacerlo solo porque ese hombre insistía en colarse en su habitación para toquetearlo todo.

—¿Le turba mi desnudez?

—En absoluto, señor —respondió Andrew al instante—. Pero los caballeros deben vestirse adecuadamente para dormir.

—¿Con un ridículo vestido?

—Es un camisón, señor.

Connor bufó con su atención centrada otra vez en el *secretaire*. Le había cogido cariño, tal vez porque le recordaba a Samantha. Era exquisito por fuera, pero lo especial en él es que era tan endiabladamente complejo por dentro que un hombre podría pasarse la vida explorando sus secretos sin descubrirlos todos.

—Es una curiosa pieza de arte de estilo *Neuwied*.

—¿Conoce este tipo de mobiliario?

—Ciertamente, señor —respondió Andrew, mientras sacaba ropa limpia del armario—. Hace muchos años trabajé para un comerciante alemán que tenía un *secretaire* similar y me mostró cómo funcionaban los compartimentos secretos. ¿Me permite asistirle mientras se viste?

—¡Demonios, no! Soy capaz de hacerlo solito —gruñó Connor mientras se colocaba la ropa que Andrew le tendía. Aun así, cuando llegó el momento de anudarse la corbata, dejó la tarea en manos del mayordomo—. Hagamos un trato. Estoy seguro de que en algún rincón de este mueble hay un relicario que tiene un gran valor sentimental para mí. Si lo encuentra, usará uno de esos condenados vestidos para dormir. Hasta entonces, tendrá que acostumbrarse a verme desnudo por mi habitación.

Andrew aceptó el trato con una escueta inclinación de cabeza.

Como los sucesos de la noche anterior le habían dejado con el cuerpo tenso, dudó entre hacer una visita a su amante o ir a Hansson's, un club de boxeo que frecuentaba, para quemar un poco de energía. Descartó al instante la primera opción pues sabía que, estar con otra mujer en esos momentos, solo conseguiría aumentar la sensación de vacío que le agobiaba, y al final se decantó por la segunda alternativa.

Encontrarse en el club a Nicholas Richmond no le sorprendió, gracias a él lo habían aceptado como miembro; lo que sí le asombró es ver la saña con la que el marqués estaba peleando en el cuadrilátero.

Erik Hansson, el propietario del local, le saludo con afabilidad al verlo.

—¡MacDunne, qué alegría verte por aquí! Parece que nuestro amigo está pasando por otra mala época.

Connor no pudo estar más conforme al ver la energía con la que Nicholas castigaba a su oponente. La última vez que lo vio así fue cuando pensó que Kathleen lo había engañado con él.

—Siempre he pensado que el marqués hubiese sido un boxeador de primera —comentó Hansson, admirado por cómo manejaba los puños—. Conserva la cabeza fría, aunque por dentro tenga fuego en las venas. La única vez que lo he visto perder los nervios fue cuando se enfrentó a ti el año pasado.

En ese mismo momento, Nicholas derribó al pobre diablo que se enfrentaba a él con un derechazo demoledor. Miró alrededor, en busca de otro oponente, y sonrió maliciosamente al ver a Connor.

—MacDunne, no sabes lo que me alegra verte por aquí en estos momentos. ¿Te atreves a subir?

En otra ocasión hubiese dicho que no, la última vez que se enfrentó a él tuvo el cuerpo entumecido durante más de una semana, pero en esos momentos era justo lo que necesitaba.

—¿Cómo va la compañía de ferrocarril? —inquirió Connor, al subir al cuadrilátero.

Nicholas le había ofrecido la posibilidad de invertir en varias empresas y Connor no había dudado en participar, sabedor de la buena mano que tenían los Richmond para los negocios.

—Te alegrará saber que va mejor de lo que esperábamos. Y, si a eso le sumas las ganancias de la compañía petrolífera y la acerera, pronto serás un hombre muy, muy rico —informó mientras bailaban sobre la lona—. Ahora tal vez estés

interesado en buscarte una buena mujer para formar una familia y sentar la cabeza —añadió, lanzándole un puñetazo que Connor esquivó con agilidad.

Aunque Nicholas no le tocó, sus palabras le golpearon con contundencia.

—Pues, por la expresión de tu rostro, cualquiera diría que el matrimonio no te satisface —señaló, a la defensiva—. ¿Qué te ocurre? ¿Has descubierto que la vida de casado no es lo que esperabas?

—Al contrario, soy inmensamente feliz —masculló Nicholas, asestándole un puñetazo en el estómago con una mueca de satisfacción.

—Si eso es cierto, ¿por qué estás quemando tu energía aquí y no en la cama con tu mujer? —gruñó Connor, devolviéndole el golpe.

Nicholas se detuvo de repente y una mirada atormentada cruzó su rostro.

—El bebé nacerá el mes que viene y temo hacer daño a Kathleen si... ya sabes —musitó.

—¡Oh! —exclamó Connor al comprender y, solo para fastidiarle, añadió: — Pues búscate una amante mientras tanto.

El puñetazo que recibió en la mandíbula fue bienvenido.

—¡Demonios, MacDunne! Pareces deseoso de que te atice. ¿Qué es lo que te atormenta?

—Me he enamorado de tu hermana —admitió, con una sonrisa ladeada.

Estaba preparado para todo tipo de reacciones, desde la incredulidad al disgusto, pero la carcajada de Nicholas se le clavó en el alma.

—Esa broma sí que es buena —jadeó el marqués, entre risas.

Connor sintió cómo la rabia se apoderaba de cada partícula de su ser y, antes de pensarlo, estrelló el puño contra el rostro de Nicholas en un intento de acabar con su hilaridad.

Sí, enamorarse de Samantha era una broma cruel del destino. La quería en su vida con la misma certeza que sabía que nunca podría tenerla. Porque, en el mundo real, un hombre como él nunca podría aspirar a una mujer como ella.

Su cabeza lo entendía.

El problema era que su corazón no.

CAPÍTULO 30

—¿Sam?

Samantha salió de la nebulosa de sueño en la que estaba sumergida al escuchar una voz familiar. Abrió los ojos, desorientada, y los volvió a cerrar de golpe cuando la luz del sol incidió sin piedad sobre ellos.

—Sam, ¿te encuentras bien?

—Por Dios, no es necesario que grites —musitó Samantha, llevándose una mano a la cabeza, donde un martillo invisible parecía estar ensañándose sobre sus sienes.

—¿Se puede saber dónde estuviste anoche?

—¿Dónde estuve anoche? —repitió, desconcertada—. Pues...

Cerró la boca de golpe cuando los recuerdos de la noche anterior se sucedieron en su mente: Connor esperándola al pie de su ventana, la taberna *The Ten Bells*, los besos compartidos en el coche, ella vomitando a sus pies...

Abrió los ojos y se incorporó de golpe, agudizando el martilleo de su cabeza, mientras nuevas imágenes aparecían en su memoria: Connor sujetándole la frente con suavidad, acunando su cuerpo desmadejado por las náuseas, arrullándola en su malestar con palabras tiernas, y luego... nada. No recordaba nada más.

Miró a su alrededor, azorada. ¿Cómo había llegado a su habitación? Y lo más importante, ¿quién la había ayudado a ponerse el camisón?, pensó, al darse cuenta de que su disfraz de Evan Winters estaba tendido sobre uno de los sillones. Su doncella no había sido, Lizzy nunca entraba en su cuarto cuando ella estaba dormida. Así pues, solo podía haber sido... Pensar en Connor llevándola hasta su alcoba y desvestiéndola para ponerle el camisón hizo que un violento sonrojo acudiera a sus mejillas.

Miró a Kathleen, que la observaba expectante, y trató de disimular su agitación.

—¿Qué te hace pensar que anoche fui a algún sitio?

—Porque no creo que te hayas puesto la barba para irte a dormir —respondió su amiga con voz seca.

Las manos de Samantha volaron a sus mejillas, solo para comprobar que, en efecto, la barba postiza estaba sobre ellas. Corrió al espejo de su tocador y se la quitó, maldiciendo a Connor en silencio. Ya puestos a desnudarla, también podía habérsela quitado.

—¿Y bien? ¿Me vas a contestar o no? —insistió Kathleen.

—Te vas a enfadar. O, peor aún, te preocuparás; y en tu estado...

—¿Tú también? ¡Por favor, que soy una mujer embarazada, no una pompa de jabón que si la tocas revienta!

Samantha dio un respingo ante la declaración subida de tono de su amiga. Sobre todo cuando Kathleen se dejó caer en la cama y se puso a llorar. La miró por unos segundos, azorada, para luego correr a consolarla.

—¡Estoy harta! Todo el mundo me trata como si fuera una inválida, no me dejan hacer nada salvo sentarme a leer o mirar por la ventana. Ya no puedo ir a ver a los niños al orfanato y los echo de menos. Y cada vez que salgo de casa a pasear, la gente me mira como si fuese un monstruo de feria —se quejó, entre sollozos—. Es cierto que los primeros meses de gestación me encontraba mal, pero ahora me siento mucho mejor, aunque haya engordado un montón. ¿Ves mis pies? —No esperó a que Samantha contestara para continuar hablando—. Yo no. Si estoy de pie no me veo los pies, la barriga me los tapa. Mi vientre parece un globo y mi ombligo se ha convertido en una protuberancia en medio de mi tripa, como si fuese un botón. ¿Sabías que los ombligos hacen eso?

Samantha negó con la cabeza, perpleja.

—No, la verdad es que no. Pero supongo que es normal. ¿Lo has hablado con mi madre? Tal vez ella pueda...

—Me da vergüenza —reconoció Kathleen, comenzando a hipar—. Joshua me dijo que todo iba bien, que todos los cambios que notaba en mi cuerpo eran normales, y que todo volvería a su sitio después. Pero... —Su voz se quebró—. ¿Y si no es así? ¿Y si mi cuerpo queda deforme?

—¿Qué es lo que te preocupa, Kathy? —preguntó, intuyendo que había algo más detrás de su tristeza.

—Nicholas lleva casi un mes sin conversar conmigo.

—Pero si ayer os oí hablar en el desayuno y en la cena.

—No quiero decir ese tipo de conversación. Hablo de *conversar* por la noche.

Samantha parpadeó.

—¿Te refieres a hacer el amor?

—Shhhh —siseó Kathleen, ruborizada, como si alguien las pudiese oír.

—¡Oh, vamos, Kathy! Que estamos solas. Se supone que las amigas pueden hablar de este tipo de cosas sin avergonzarse.

—Te conozco, si te contase lo que tu hermano y yo hacemos en la cama no podrías volver a mirarle a la cara sin ruborizarte —declaró Kathy, y una sonrisa iluminó su rostro por un momento—. Incluso a mí me cuesta mirarle a los ojos por la mañana después de una noche *conversando* sin parar.

—¿Podéis pasar una noche entera *conversando*? —inquirió Samantha curiosa, sintiendo cómo se ruborizaba a su pesar.

—Céntrate, ¿quieres? Antes, tu hermano siempre provocaba las *conversaciones*, no importaba la hora ni el lugar, pero ahora... nada —musitó, antes de que nuevos sollozos sacudieran su cuerpo mientras enterraba el rostro entre las manos.

—¿Y por qué no tomas tú la iniciativa?

—Porque tengo miedo a que me rechace, mi cuerpo ha cambiado demasiado, lo sé —explicó Kathleen, acongojada—. Creo que Nicholas ha perdido el deseo que sentía por mí.

—No estarás insinuando que mi hermano se puede haber buscado una amante, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —negó Kathleen, levantando la cabeza de golpe—. Él me ama, jamás haría eso.

—¿Entonces?

—Creo que ya no le resulto atractiva y me quiere demasiado para decírmelo.

—Eso es absurdo, Kathy. Solo hay que ver cómo te mira. Ayer, durante el desayuno, reíste ante un comentario de mi madre y pensé que Nicholas saltaría sobre la mesa y te comería a besos.

—¿En serio? —preguntó Kathleen, con una sonrisa trémula en los labios.

—Te aseguro que sí —declaró, y su seguridad pareció animar a su amiga.

—Entonces, ¿por qué ya no me toca?

—Tal vez deberías hablar con él.

—Para eso tendría que verlo y, últimamente, nunca estamos a solas.

—Me voy a vestir rápido y bajaremos a desayunar, ¿quieres? Si te sientes con fuerzas podemos dar un paseo por el parque.

—Tal vez luego. Ahora creo que volveré a la cama, he pasado mala noche y

necesito descansar un poco más —musitó Kathleen, desanimada.

A Samantha le dolía verla así. Estaba claro que Nicholas la amaba, así que alguna razón de peso debía tener para comportarse como un asno insensible con ella. De hecho, estaba empezando a pensar que la mayoría de los hombres sufrían de ese mal, aunque luego tuviesen cualidades que los redimiesen.

—No me coarta —dijo de repente, haciendo que Kathleen se detuviese en la puerta. Ante la mirada interrogante de su amiga, explicó: —Connor conoce mis sueños y no se ríe de ellos; incluso está haciendo lo posible por ayudarme a conseguirlos.

—Eso es, sin duda, una gran cualidad —convino Kathy—. Entonces, ¿estuviste con él anoche?

Samantha asintió. Sabía que su amiga nunca la juzgaría.

—Ten cuidado, Sam. Connor es diferente a los hombres a los que estás acostumbrada a tratar, no se rige por convencionalismos.

—Lo sé —admitió, y ese era su mayor atractivo.

Samantha bajó al comedor después de arreglarse y se sorprendió al ver a Joshua todavía desayunando, luciendo en su rostro las secuelas de una mala noche. Eso, unido a que parecía haber perdido peso, le daba un aspecto muy desmejorado. Lo que para él significaba pasar de ser divino a simplemente apuesto.

Ver a su hermano allí le trajo a la memoria su encontronazo de la noche pasada, y mil preguntas acudieron a su mente. Le hubiese gustado interrogarle al respecto, el problema era que no estaba solo.

—Buenos días, querida —saludó su abuela Sophia, levantando la vista por un momento del periódico que estaba leyendo—. ¿A ti también se te han pegado las sábanas hoy?

Adoraba a su abuela, la duquesa viuda. Era una mujer de mentalidad abierta, dulce y muy bondadosa; de esas personas que desprendían un aura tan cálida que estar con ella siempre era sinónimo de hogar.

—No he dormido bien —musitó Samantha, sentándose con ellos. Agradeció con una sonrisa a la criada que le sirvió su desayuno habitual y centró su atención en Joshua—. Tienes mala cara, ¿tú también has pasado mala noche?

—Sí, tuve una noche ajetreada en el hospital —murmuró Joshua, evitando su mirada.

—Joshua me ha estado contando que anoche estuvo operando de urgencia y por eso regresó tan tarde —comentó Sophia, para luego devolver su mirada al

periódico.

Esa era una flagrante mentira, aunque ella no era la más indicada para acusar a su hermano de mentiroso, puesto que tampoco decía la verdad. La cuestión era, ¿por qué mentía? Samantha tenía sus razones: ni su familia ni la sociedad aceptaban que una dama se escabullera sola de noche en compañía de un hombre para visitar antros del East End.

Pero Joshua se medía por otra vara, era un hombre joven y soltero. Nadie le miraría mal por decir que había pasado la noche de juerga en una taberna. De hecho, no era la primera vez que lo hacía. Entonces, ¿por qué en esta ocasión mentía sobre ello?

Iba a preguntarle cuando vio aparecer a Nicholas en el comedor. Dio un respingo cuando se percató de que llevaba un ojo hinchado, la mejilla enrojecida y el labio partido.

CAPÍTULO 31

—¡P or Dios, Nicholas! ¿Qué te ha pasado?

—Querido, ¿estás bien?

—Estoy perfectamente —aseguró Nicholas a Samantha y a la abuela—. Solo tuve un pequeño encontronazo con MacDunne en Hansson's.

Escuchar que hacía referencia a Connor tensó el cuerpo de la muchacha.

—¿Tienes alguna herida que necesite mi atención? —inquirió Joshua, observando con ojo crítico sus hematomas.

—Creo que no, solo fue una pelea amistosa.

—En la última pelea amistosa que tuviste con él casi lo dejas sin dientes — señaló Joshua, con una sonrisa ladeada, recuperando por un momento el talante que lo caracterizaba.

Pero su declaración no hizo más que aumentar la preocupación de Samantha.

—Espero que no le hayas hecho daño al señor MacDunne —comentó, como al descuido.

—Tranquila, ese hombre tiene la cabeza demasiado dura.

—Pues será mejor que te asees un poco antes de ir a ver a Kathy —gruñó Samantha—. Ya está bastante disgustada contigo como para que encima la asustes con...

No se dio cuenta de que había hablado de más hasta que vio la mirada atenta de Nicholas sobre ella.

—Disgustada, ¿por qué?

—Tal vez deberías hablarlo con ella —farfulló Samantha enrojeciendo de forma violenta.

—Desembucha, enana —instigó Nicholas, entrecerrando los ojos, utilizando el apodo con el que la llamaban sus hermanos cuando eran niños.

—Kathy y tú... uhmmm... ya no conversáis como antes.

Su balbuceo avergonzado hizo que tres pares de ojos se clavasen en ella con

curiosidad.

—Pero si hablamos todos los días —se extrañó Nicholas, frunciendo el ceño.

—Lo que quiero decir es que ya no *conversáis* como antes... por la noche, ya sabes —puntualizó Samantha en un murmullo, haciendo hincapié en la palabra «conversar» mientras sentía cómo su rubor aumentaba.

Cuando Nicholas captó el doble significado de sus palabras, se atragantó con el café que estaba bebiendo, y comenzó a toser, más aún cuando la duquesa viuda lo regañó:

—Eso está muy mal, muchacho —amonestó, chascando la lengua—. Las conversaciones son muy importantes para el buen funcionamiento de un matrimonio —añadió, regresando a la lectura de su periódico.

Samantha tuvo que morderse el labio para reprimir una carcajada ante el comentario de la anciana.

—Me niego a hablar con mi hermana pequeña sobre las *conversaciones* que tengo con mi esposa por las noches —farfulló Nicholas, cuando por fin pudo hablar, con las mejillas teñidas de rojo.

Su comentario hizo que los ojos de Joshua brillaran de entendimiento y la mirada ausente que había mostrado hasta entonces se llenó de picardía.

—Si necesitas que te aconseje algún remedio para mejorar tus ganas de *conversar*, solo tienes que pedirlo —ofreció, con una sonrisa maliciosa.

—Los Richmond tienen fama de ser grandes conversadores —señaló de repente la abuela.

Su declaración hizo que, por un momento, los dos hombres esbozasen una sonrisa de puro orgullo masculino, hinchando pecho con una mirada cómplice. Samantha puso los ojos en blanco al verlos.

—No es nada de eso —gruñó Nicholas, recuperando la seriedad—. De hecho, tengo más ganas que nunca —confesó en un susurro quedo hacia su hermano—. El problema es que, en su estado, me da miedo... —Miró de reojo a Samantha al añadir: —*Conversar* con ella.

—Bueno, hay conversaciones y conversaciones —comentó Joshua, circunspecto al ver que era un tema delicado para su hermano—. En mi opinión profesional, una *conversación* tranquila no tiene por qué ser peligrosa para Kathleen ni para el bebé. Es más, si eres habilidoso, el comedimiento puede dar resultados muy placenteros. Todo es cuestión de mantener bajo control tu pasión por *conversar*.

—Todavía recuerdo las conversaciones que vuestro abuelo y yo manteníamos,

a veces durante toda la noche —declaró la abuela de improviso, sin levantar la mirada del periódico—. Algunas conversaciones eran tranquilas; otras, en cambio, apasionadas. Pero todas, siempre, muy placenteras.

Los tres hermanos la observaron de reojo, con los ojos desorbitados, y luego cruzaron miradas entre ellos, haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantener la seriedad.

Nicholas se levantó de la silla de pronto.

—¿A dónde vas?

—Necesito tener una *conversación* con Kathleen de forma urgente —anunció, dejando su servilleta sobre la mesa—. Si me disculpáis.

Cuando iba a salir del comedor, casi arrolla a la duquesa, que entraba en esos momentos en el comedor después de su paseo matinal por Hyde Park.

—¿Dónde va Nicholas con tanta prisa?

—Intuyo que a cumplir con sus deberes maritales —respondió la duquesa viuda para asombro de todos.

—¡Abuela! —exclamaron Samantha y Joshua al unísono, consternados, pues los anteriores comentarios de la anciana cobraron verdadero significado.

—¡Oh, vamos! Los jóvenes os creéis muy ingeniosos, pero los ancianos ya *conversábamos* antes de que vosotros nacierais —declaró Sophia, mirando a sus nietos.

—¿Se puede saber de qué estabais hablando? —inquirió Madeleine, observándolos con curiosidad.

—De nada relevante, querida —contestó la abuela, restando importancia con un ademán de la mano—. Pero, dime, ¿por qué traes esa expresión tan seria?

—En Hyde Park me he encontrado con los Stuart. —La mirada de la duquesa se desvió hacia Joshua, y sus ojos brillaron de pesar—. Al parecer, su hija Emily ha accedido a casarse con el duque de Morton. El compromiso se anunciará mañana en todos los periódicos.

El rostro de Joshua se tornó pétreo, pero ningún signo de sorpresa apareció en sus rasgos.

—Lo sabías.

Samantha no lo preguntó. Era una certeza que intuía y que confirmó el breve gesto de asentimiento de su hermano. Comprendió entonces la razón de que luciera el rostro demacrado la noche anterior, tal vez incluso la depresión lo había llevado a alejarse de su ámbito habitual. Por primera vez en su vida, Joshua se había enamorado y su amor, aunque posiblemente fuese

correspondido, había sido vencido por la ambición.

—Lo siento —susurró Samantha.

—No hay nada que sentir —gruñó Joshua, poniéndose de pie acompañado del estruendo de la silla al ser arrastrada con la violencia de su movimiento—. Ella me ama, lo sé. Conseguiré que cambie de opinión.

—Pero... —comenzó a decir la duquesa.

—Se supone que el verdadero amor sale victorioso ante los impedimentos, ¿verdad? —declaró Joshua, cortando las palabras de su madre—. Tú siempre lo has dicho.

—Hay veces que el amor no garantiza un final feliz —admitió Madeleine.

—Lo lograré —afirmó con determinación—. Soy Joshua Richmond, vizconde Ayden y médico de prestigio. Siempre consigo todo lo que me propongo —añadió, con la arrogancia característica de los Richmond. Y se marchó de allí.

—No sé lo que ha visto el muchacho en esa chica —musitó la abuela.

—Es bonita —señaló Samantha.

—Es codiciosa. Además, dudo que sea amor.

—A ella solo le mueve la avaricia y, en cuanto a Joshua, mucho me temo que su motivación por conquistar a la muchacha tiene más que ver con el orgullo que con el amor —apuntó la duquesa, dando la razón a su suegra—. Solo el verdadero amor puede salir victorioso ante los impedimentos.

Samantha meditó durante unos segundos esas palabras.

—Entonces, si dos personas se aman, ¿crees que pueden llegar a tener un final feliz, aunque tengan todo en su contra?

Madeleine y Sophia intercambiaron una mirada cómplice antes de que la duquesa respondiera:

—Si no lo creyera, tus hermanos y tú no habrías nacido.

El corazón de Samantha se llenó de esperanza. Todavía no estaba preparada para admitirlo ante nadie, pero no podía continuar engañándose a sí misma. Había empezado a sentir afecto por Connor MacDunne. Un sentimiento que se fortalecía cada vez que lo veía.

Algo debió de notársele en la expresión, porque su madre la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Hay algo de deba saber?

—Tranquila, madre. Cuando yo esté segura, tú lo sabrás.

CAPÍTULO 32

Kathleen estaba recostada en medio de la enorme cama con dosel que presidía su habitación, con la espalda apoyada en una almohada contra el cabecero, mientras se acariciaba el vientre en un intento por calmar al diablillo que se movía en su interior.

Para ella, que perdió a su madre de niña y creciendo bajo la tutela de su tía Heather, formar parte del clan de los Richmond era todo un sueño. La perspectiva de que su hijo fuera a nacer en el seno de una familia numerosa, amorosa y unida, con perspectivas de ir en aumento, la llenaba de felicidad.

—Sobre ti va a caer una gran responsabilidad, Brose —musitó a su futuro hijo, pues estaba segura de que era un niño—. Vas a ser el primero de un batallón de pequeños Richmond, entre hermanos y primos, y tendrás que cuidarlos a todos.

—¿Brose?

La voz de Nicholas le hizo dar un respingo.

—Me parece un poco pomposo que un ser tan diminuto lleve un nombre de tanto peso —comentó Kathleen, recibiendo con una sonrisa involuntaria a su marido. Pero su sonrisa se borró al instante al ver las magulladuras en su rostro—. ¿Qué te ha pasado?

—Ese ser tan diminuto va a ser el futuro marqués de Dunmore y algún día se convertirá en duque de Bellrose —declaró Nicholas, ignorando su pregunta, mientras se adentraba en la habitación—. ¿No crees que llamarle «Brose» le restará autoridad?

—Ya sabes que el nombre de Ambrose no me termina de convencer.

—Era el nombre de mi abuelo —le recordó, quitándose la chaqueta y lanzándola sobre un sillón—. Nuestro hijo se llamará Ambrose Nicholas Joshua Richmond.

—¿En serio pretendes ponerle a nuestro hijo tres nombres?

—Ya sabes que es una tradición familiar —explicó Nicholas mientras se

deshacía el nudo de la corbata—. Todos los Richmond tenemos tres nombres.

—Y en todos suena igual de pomposo y arrogante. —Kathleen miró con atención a su marido, que en esos momentos se acababa de quitar la camisa y se estaba desabrochando los pantalones. Sus ojos recorrieron con gula el cuerpo musculoso y sintió cómo su interior vibraba de deseo—. ¿Qué estás haciendo?

—Tengo ganas de conversar contigo.

—¿Y para hablar tienes que desnudarte?

—No tengo ganas de hablar, lo que quiero es *conversar*.

—¡Oh! —exclamó Kathleen, al ver cómo los pantalones de su marido caían hasta los tobillos, seguidos poco después por sus calzones—. ¡Ohhh! —emitió un pequeño chillido al ver la exuberante prueba de excitación de Nicholas. Sus palabras cobraron entonces significado—. Mataré a tu hermana —prometió, sintiendo cómo las mejillas le ardían ante la mirada divertida de su esposo—. ¿Cómo ha podido contártelo? —protestó, llevándose un almohadón a la cara, avergonzada.

—¿Cómo has podido no hacerlo tú? —inquirió Nicholas, quitándole el almohadón—. Mírame, Kathy. Soy tu esposo, soy tu compañero, soy tu amante y soy tu amigo. Quiero que tengas la suficiente confianza en mí como para contarme todo lo que se te pase por la cabeza, como lo harías con Samantha. Si algo te aflige o te disgusta, quiero ser el primero en saberlo —musitó, tomando con su pulgar una lágrima que había comenzado a rodar por la mejilla de la muchacha.

—¿Como haces tú conmigo?

—*Touché*. —La miró con fascinación y mucho, mucho amor—. Es una de las cosas que más me gustan de ti. Pese a sentirte vulnerable, siempre muestras una fortaleza y un valor admirables. ¿Qué te parece si yo te cuento mis miedos y tú me cuentas los tuyos? —propuso, sentándose a su lado en la cama.

Kathleen asintió, tratando de mantener la mirada alejada del tentador cuerpo de su esposo.

—Estoy asustado —comenzó diciendo Nicholas, captando toda su atención—. Tengo pánico de que algo pueda salir mal y os pierda a ti y al bebé. Ahora que has entrado en mi vida, no concibo mi existencia sin ti y, cualquier cosa que te ponga en peligro, me aterra.

—Todo irá bien. Tú lo has dicho, soy fuerte y mi cuerpo también lo es —aseguró ella, poniendo una mano sobre la mejilla de su esposo—. Además, Joshua es un magnífico médico, nunca dejaría que nos ocurriese nada malo.

—Entonces, si no estás preocupada por eso, ¿qué te aflige?

—Que ya no te resulte atractiva —admitió ella, en un murmullo quedo, bajando la mirada.

Nicholas soltó un taco y, antes de que Kathleen pudiese reaccionar, cogió su mano y la llevó hacia su erección.

—Desde que estamos juntos, creo que has aprendido lo suficiente sobre el sexo como para saber que «esto» —enfaticó, apretando la mano de Kathy sobre su carne endurecida— no se pone así a no ser que esté motivado y te aseguro que tú eres mi única motivación. Me miras y me excito; me sonríes y necesito de todo mi control para no saltar sobre ti; respiras y te deseo. Y ese es mi problema. Mi pasión por ti no disminuye, no importa las veces que te haga mía, cada vez va a más. Parezco un animal en celo cuando estoy a tu lado y me da miedo que pueda hacerte daño, a ti o al bebé, ahora que tu embarazo está tan avanzado. Por eso, estos últimos días he tenido que distanciarme un poco de ti, porque he llegado a un punto que mi cuerpo se pone a temblar de anhelo solo con oír tu voz.

—¿Qué es lo que ha cambiado para que ahora estés dispuesto a *conversar*?

—Mi hermano, el célebre médico y experto en mujeres, me ha informado de que no hay peligro para el embarazo siempre que consiga controlar mi pasión.

—Y, ¿cómo piensas hacerlo? —inquirió Kathy, escéptica, pues Nicholas siempre le hacía el amor de forma muy intensa.

—Pues con tu ayuda —respondió él, dejando en sus manos la corbata que se había quitado—. Tendrás que atarme a la cama.

Kathleen se mordió el labio, excitada por la perspectiva de tener a su marido a su merced. Pero miró hacia la ventana, indecisa al ver la luz que se filtraba a través de ella.

—Está bien, pero cierra las cortinas.

—¿Por qué?

—Porque me da vergüenza que veas mi cuerpo deforme —admitió Kathy, esquivando su mirada.

Al segundo siguiente estaba tendida sobre la cama mientras su esposo se afanaba en deshacerse de su camisón bajo la luz matinal.

—¡Nicholas! —exclamó, tratando de inmovilizar sus manos.

—Continúas sin comprenderlo, pero tranquila —gruñó él, implacable, sin detenerse—. Cuando acabe contigo hoy, no vas a tener duda de que mi deseo por ti va más allá de tu cuerpo.

Sonrió con satisfacción cuando la tuvo por fin desnuda y la arrastró, pese a las

protestas de la muchacha, hasta situarla delante del espejo que había a un lado de la habitación, abrazándola por detrás para que no pudiera escapar.

—Por Dios, Kathy. ¡Mírate! Eres y serás el espectáculo más hermoso que mis ojos puedan contemplar, y que aquí lleves a mi hijo —añadió, poniendo una mano sobre su vientre—, te hace doblemente deseable.

Ella pudo leer la cruda sinceridad en los ojos de Nicholas y, solo entonces, sus inseguridades y miedos quedaron relegados al olvido.

—Y ahora que está todo aclarado —musitó él, dándole la vuelta entre sus brazos para besarla con suavidad—. Por favor, átame a la cama y hazme tuyo antes de que pierda la cabeza.

Kathleen así lo hizo, y la experiencia de tener el musculoso cuerpo de su marido, indefenso y bajo su merced, retorciéndose de deseo por sus caricias, mientras ella lo montaba con suavidad, quedaría en su recuerdo hasta el final de sus días, junto a una infinidad más de momentos que atesorar. Porque, después de todo, en eso consistía la verdadera felicidad, en los instantes compartidos y disfrutados junto con las personas que amabas.

Tiempo después, con sus pasiones satisfechas por el momento y yaciendo uno en brazos del otro, Kathleen repitió la pregunta que Nicholas había ignorado al entrar.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Me encontré con Connor en Hansson's, y por lo visto estaba de peor talante que yo —explicó Nicholas, mientras dibujaba con pereza una línea imaginaria sobre el vientre de su esposa—. Casi me rompe la nariz cuando me he reído de una de sus bromas.

—¿Qué broma era?

—El muy bribón me ha dicho que estaba enamorado de Samantha. ¿No es de risa? —añadió, soltando una carcajada.

Pero Kathleen no rio.

CAPÍTULO 33

—MacDunne, querido, es un placer que hayas decidido honrarnos con tu presencia esta noche.

La condesa de Stampton, una singular viuda al que el paso del tiempo no había hecho más que acentuar sus excentricidades y su belleza, lo recibió con una cálida sonrisa. Connor la apreciaba. Pese a rondar los cincuenta años conservaba un entusiasmo por la vida que resultaba encantador. Era una rareza de la alta sociedad: original, sincera, y a la que no le importaba el «qué dirán».

Los eventos que organizaba la condesa siempre estaban plagados de polémica, hecho que los convertía en los más atractivos para muchas personas. Los invitados eran personajes de lo más variopinto: nobles, artistas, comerciantes, políticos, filósofos... Todo aquel que despertase las simpatías de la condesa podía recibir una invitación, fuera cual fuese su origen. Razón esta última por la que un hombre como él había sido invitado a una fiesta donde se podía codear con algunos de los más distinguidos caballeros de Inglaterra.

Connor no había pensado acudir. La investigación de los asesinatos en Whitechapel lo tenía completamente absorbido, pero al enterarse por casualidad de que Samantha había sido invitada y se esperaba su presencia, cambió de opinión. No la veía desde hacía tres días, concretamente desde su escapada a la taberna *The Ten Bells*, y debía admitir que echaba de menos a la muchacha.

Estar enamorado de Samantha era una completa agonía, sobre todo sabiendo que no la podía tocar. Porque en verdad no la podía volver a tocar, o al menos eso se había repetido una y otra vez aquella noche.

En cuanto la localizó en la pista de baile, sus ojos quedaron atrapados sin remedio por ella.

—Acabas de llegar y veo que ya has caído bajo el embrujo de lady Samantha Richmond —comentó la condesa, divertida por su embeleso—. Sin duda tiene una belleza deslumbrante, pero además te diré que es una jovencita realmente

encantadora. Ha venido con sus padres. Los duques son una pareja de lo más inusual dentro de la nobleza, tal vez por eso les he cogido tanto cariño

Verla ataviada con sus mejores galas había sido como recibir un rodillazo en la entrepierna, un dolor agudo que se extendió por todo su cuerpo con intensidad; eso lo esperaba. Con lo que no había contado es con el sentimiento de desesperación que lo asoló al ver que otro la tocaba. La palabra «celos» era demasiado templada para describir la furia irracional que se apoderó de él al observarla en los brazos de otro hombre, riendo con calidez.

—¿Quién es el petimetre con el que baila?

—Es el heredero del conde de Wolverton —respondió la condesa, divertida por sus mal disimulados celos—. Y, desde luego, dista mucho de ser un petimetre. Es un joven realmente apuesto y de lo más interesante. Acaba de llegar de un viaje...

Connor dejó de prestar atención a la diatriba de la condesa al ver cómo Samantha y su acompañante, recién acabado el baile, se escabullían en la oscuridad por la puerta acristalada que daba al jardín. Por el rabillo del ojo vio a los duques de Bellrose, conversando animadamente con otra pareja, sin percatarse de que su hija estaba poniendo en riesgo su reputación.

Sin pensarlo ni un instante, salió detrás de ellos. Después de todo, para eso lo había contratado el duque, ¿no? Para velar por la seguridad de su hija. No importaba que en esos momentos no se requiriese de sus servicios, puesto que Samantha estaba bajo la custodia de sus padres.

Lo hacía simplemente porque se tomaba muy en serio sus responsabilidades como escolta, se dijo mientras los seguía por un camino bordeado por setos de rosas. Lo hacía porque era su trabajo, se repitió, al verlos sentarse en un banco de piedra resguardado por un sauce llorón. Lo hacía porque aquella descerebrada se estaba poniendo en una situación comprometida con un apuesto caballero de cabellos rubios y ojos azules, maldito fuera; y que le condenasen en el infierno si iba a permitir que otro la besase, cuando él había sido incapaz de volver a besar a otra mujer porque quería conservar el calor de los labios de Samantha en su piel.

Por todo aquello, cuando vio que la pareja se fundía en un estrecho abrazo, se lanzó sobre ellos cegado por el instinto de posesión que sentía por la muchacha. La apartó sin miramientos y le asestó un puñetazo certero a su acompañante.

—¡Connor, por Dios! ¿Se puede saber por qué has pegado a mi primo? —inquirió Samantha, con una mezcla de asombro y consternación al reconocerlo.

Connor la miró perplejo, durante unos segundos, antes de ser derribado por el primo en cuestión, dando de bruces contra el suelo.

—Déjame adivinar, el experto en cuchillos —masculló, segundos después, cuando sintió un filo frío sobre su garganta mientras el hombre lo inmovilizaba con el peso de su cuerpo.

—El mismo —gruñó el rubio, esbozando una sonrisa orgullosa—. Lord Warren Richmond, a su servicio.

—Warren, guarda eso y haz el favor de quitarte de encima de MacDunne —ordenó Samantha, enfadada. Esperó a que los dos hombres se pusieran en pie para volver a hablar—. En cuanto a ti —gruñó, clavando el dedo en el pecho de Connor—. ¿Quién te crees que eres para comportarte así?

—¿Tu escolta? —aventuró, alzando una ceja.

—Pues tus servicios esta noche no son necesarios. Por si no te has dado cuenta, estaba hablando con Warren de...

—¿Hablando? ¡Ja! Lo que yo he visto es cómo os abrazabais. ¿Es que acaso tus padres no te han enseñado que debes comportarte con los hombres con decoro?

—¿Decoro? Pero si es mi primo. Desde pequeños hemos pasado largas temporadas juntos en Bellrose House. Fue él el que me enseñó a trepar a los árboles, a tirar con el arco y a utilizar el cuchillo. Lo quiero como a un hermano.

—Bueno, pues no es tu hermano —gruñó Connor, molesto de forma irracional. Samantha lo miró por un momento con intensidad.

—¿Estás celoso? —preguntó, incrédula.

Connor cerró la boca de golpe, reprimiendo la réplica defensiva que iba a decir. No tenía sentido negar lo que era evidente, visto cómo se estaba comportando, así que optó por el silencio.

—Warren, ¿puedes dejarnos a solas durante unos minutos? —pidió Samantha, sorprendiéndolo. Al ver que su primo no se decidía la joven añadió—. ¿Debo recordarte las veces que he propiciado tus encuentros furtivos en los jardines de Bellrose House?

El hombre dudó, pero terminó cediendo a la petición de su prima, no sin antes lanzarle a Connor una mirada de advertencia. Luego, se alejó unos metros para darles intimidad, pero sin perderlos de vista.

Sin decir una palabra, Samantha se acomodó en el banco y, con un ademán, invitó a Connor a que la acompañara. Él así lo hizo, sentándose a su lado con el cuerpo tenso ante el atento escrutinio de la muchacha.

—¿Cómo te has hecho la marca del labio?

—Ha sido cortesía de tu hermano Nicholas.

—A este paso, vas a pegarte con todos los hombres de mi familia —musitó Samantha con una mueca, mientras se quitaba uno de sus guantes.

Connor observó hipnotizado los movimientos de la muchacha mientras se deshacía de aquella sencilla prenda con lentitud, un gesto inocente que tuvo más efecto sobre su libido que el mejor espectáculo erótico de El Jardín Secreto. Antes de que supiera lo que se proponía hacer, ella alzó la mano para tocarle la herida, pero Connor la detuvo antes de que pudiera hacerlo, temeroso de perder el autocontrol si ella le acariciaba el labio.

Sus manos quedaron por un momento entrelazadas y entonces ella dio un respingo y observó la palma de su mano con el ceño fruncido. Connor la dejó hacer, conteniendo el aliento, mientras ella tomaba su otra mano y la sometía a la misma inspección. Sabía qué era lo que le había llamado la atención: sus palmas todavía estaban marcadas con los arañazos que le había provocado el rosal cuando subió con ella por la celosía, algunos tan profundos que posiblemente le dejaran cicatriz.

—¿Cómo te has hecho todos estos cortes? —No le dejó contestar, ella dedujo la respuesta antes de que pudiera hacerlo—. Fue con la enredadera, ¿verdad? Te heriste para poder dejarme sana y salva en mi cama. —Sus ojos escrutaron su rostro durante unos segundos, tratando de leer su expresión mientras Connor se esforzaba por no mostrar ninguno de los sentimientos que hervían en su interior—. ¿Por qué, Connor?

—Porque eres mi responsabilidad.

—¿Solo por eso?

—No —reconoció él, con un gruñido.

La garganta se le cerró y no pudo decir nada más. Maldición. ¿Cómo explicarle lo que ella le hacía sentir? El amor siempre había sido ajeno a su vida. Además, no terminaba de agradaarle aquel tumulto de emociones y la sensación de vulnerabilidad que le asolaba cuando estaba con ella. Aunque, estando ahí, a su lado, ¿cómo resistirse a su mirada de plata cuando reflejaba un espíritu tan vivaz, rebelde y apasionado que lo tenía completamente enamorado?

Su expresión debió revelar alguno de sus sentimientos porque la muchacha comenzó a esbozar una sonrisa.

—Por favor, no lo hagas, no sonrías —rogó Connor, deteniendo el gesto al posar los dedos sobre sus labios.

—¿Qué tiene de malo mi sonrisa? —inquirió Samantha, herida.

—Nada, salvo que cada vez que sonrías me entran ganas de lamer tus labios para probar un poco de esa felicidad que parece iluminarte por dentro —musitó él, mirando su boca con intensidad—. Todo, porque tu sonrisa me hace desear aquello que nunca podré tener.

Samantha lo miró en silencio y sus ojos reflejaron la vorágine de emociones que habían causado sus palabras. La muchacha abrió la boca para decir algo, pero sus palabras fueron acalladas por el murmullo apremiante de Warren al acercarse.

—Será mejor que os separéis, tenemos compañía.

CAPÍTULO 34

El corazón de Samantha latía desbocado cuando se levantó con premura del banco y se separó de Connor. Era un hecho: él sentía algo por ella. Lo había visto en los arañazos que recorrían sus palmas; lo había intuido en sus palabras y también en sus silencios; lo había leído detrás de su mirada: hambre, deseo, ternura, pasión, amor... mil sentimientos contenidos en el brillo de sus ojos. Allí, bajo la luz de la luna, en la humedad del jardín con aroma a rosas, Connor la había mirado como siempre soñó que la miraría el hombre de sus sueños.

Porque sí, Connor MacDunne, con sus virtudes y sus defectos, sin duda era el hombre con el que siempre había soñado. Tan solo tenía que encontrar la forma de hacer que sus sueños se hiciesen realidad. Pero ¿cómo?

En silencio, maldijo la interrupción, sobre todo al ver que él volvía a esconderse tras el escudo que, un momento atrás, había dejado a un lado, desnudando por un instante sus emociones.

—Samantha, querida, te estábamos buscando.

La voz de su madre la trajo de vuelta a la realidad. Rompió el contacto visual con Connor, a tiempo para ver cómo sus padres se acercaban, seguidos muy de cerca por la anfitriona y un caballero rubio que le era familiar: el conde de Paddington. El joven había hecho honor a su promesa y había acudido a visitarla un par de veces a la mansión familiar.

—Lord Paddington asegura que le debes un baile. Le hemos dicho que habías salido un momento con tu primo Warren a tomar el aire, pero ha insistido en venir a buscarte —comentó el duque, antes de percatarse de la presencia de Connor—. MacDunne, ¿qué hace usted aquí? —inquirió, frunciendo el ceño.

—Está aquí por tu culpa —declaró Samantha con presteza—. El señor MacDunne se toma tan en serio sus responsabilidades de escolta que me ha seguido hasta aquí creyendo que podía peligrar mi reputación. Al parecer, nadie le había informado que mi acompañante no era otro que mi primo.

—¿Ha contratado a este hombre como escolta de lady Samantha, su Excelencia? —inquirió el conde, sorprendido.

—MacDunne dirige la mejor empresa de seguridad de la ciudad y quiero que mi hija tenga la debida protección —explicó el duque—. Lo que no sabía es que esta noche estaba de guardia.

—De hecho, no lo está. Es uno de mis invitados —aseguró la condesa de Stampton, acercándose a él y entrelazando su brazo con familiaridad—. El señor MacDunne es un buen amigo que me ayudó en momentos difíciles. Siempre lo invito a mis fiestas, aunque este bribón pocas veces acude a ellas —explicó la mujer, acariciándole el brazo con cariño.

A Samantha le agradaba la condesa, pero en ese momento deseó cogerle del cabello y estirar hasta que apartase sus manos del cuerpo de Connor. Bueno, eso era un poco exagerado, con un empujoncito valdría, lo suficiente para que quedara despatarrada sobre los rosales.

Nunca había sentido celos por nadie, pero reconoció el sentimiento al instante, sobre todo al oír lo «buen amigo» que era. Supo al instante que ella una de esas damas a las que Connor había vendido sus favores tiempo atrás, sobre todo al ver como él había evitado su mirada cuando lo mencionó. Y el muy canalla, lejos de sentirse incómodo por las atenciones de la condesa, parecía estar disfrutando de ellas, ¿por qué si no estaba sonriendo mientras ella le cuchicheaba algo al oído?

Guiada por la furia sin sentido que la embargó, tomó el brazo del conde de Paddington y le sonrió con coquetería.

—Cuánto siento que haya tenido que salir a buscarme, lord Paddington —murmuró, haciendo un mohín—. Para compensarle, el próximo vals será todo suyo.

Su comentario le valió una sonrisa radiante por parte del conde y una mirada ominosa por parte de Connor, y fue esta última la que le aceleró el pulso de verdad.

El grupo entró de nuevo en el salón, a tiempo para unirse a los acordes del vals que empezaba a sonar, y segundos después Samantha giraba entre los brazos de lord Paddington al ritmo de la música. Por el rabillo del ojo vio cómo Connor bailaba con la condesa, y otra punzada de celos la azotó sin piedad.

Decidió ignorarlos y centrarse en su acompañante. Debía reconocer que el joven era un experto bailarín. Era muy atractivo y de trato agradable. ¿Por qué le resultaba imposible enamorarse de él?

Entre giro y giro, sus ojos se posaron durante un segundo en las figuras de dos hombres que conversaban junto a una columna, y casi da un traspié al reconocer a uno de ellos.

—¿Ese es William Stead?

Sin perder el compás, lord Paddington echó un vistazo al hombre y asintió, con una expresión de disgusto en el rostro.

—Es lo malo de las fiestas de la condesa de Stampton, que acude gente que no está en nuestro nivel social, como Stead y ese MacDunne. Pero, fuera de temporada, no se organizan demasiadas veladas privadas en Londres, así que hay que ser un poco transigente, ¿no cree?

Samantha tuvo que morderse la lengua para no decir lo que pensaba de un comentario tan elitista.

—¿Lo conoce?

—Sí, le concedí una entrevista hace un tiempo por un tema de política, pero no la quiero aburrir con ese tema.

Ella apretó los dientes y, en cambio, sonrió.

—¿Me lo presentaría?

Lord Paddington quedó unos segundos hipnotizado por su sonrisa, mirándola embobado y sin decir nada, hasta que Samantha le dio un pisotón que le hizo reaccionar. Y cuando sus palabras incidieron en la mente del conde, dio un respingo y la miró, azorado.

—¿Está loca? Ese hombre ha estado en la cárcel, ni siquiera debería estar aquí. Ha escrito artículos de lo más desagradables de los que no entraré en detalles para no herir una sensibilidad tan delicada como la suya. Es de la calaña de periodistas como Evan Winters, que intentan denigrar la forma de vida de la nobleza.

Y esa era la razón, ni más ni menos, por la que le resultaba imposible enamorarse de lord Paddington o de cualquiera como él. Porque eran totalmente contrarios a su forma de pensar. Porque nunca, jamás, entenderían y aceptarían a la verdadera Samantha, porque simplemente la consideraban un florero bonito al que admirar y del que presumir. Para él, ella tenía el mismo valor que una hermosa yegua de cría con la única finalidad en la vida de perpetuar un sistema de clases obsoleto.

Con unas pocas palabras, la personalidad del joven había salido a la luz de forma esclarecedora. Lo miró con desilusión, no porque se hubiese forjado alguna esperanza romántica respecto a él, sino porque, en las veces que habían

hablado, no parecía que fuese así. Pero claro, un baile y un par de visitas consistentes en una conversación intrascendente bajo la atenta mirada de un acompañante, mientras tomaban el té, no es que diesen pie a conocer a alguien en profundidad.

Agradeció en silencio que el baile acabara y que lord Paddington la escoltase hasta donde estaban sus padres; no le apetecía continuar hablando con él. Que los duques estuviesen situados al lado de la mesa de los dulces no fue más que un aliciente. El dulce era una de sus debilidades, sobre todo el chocolate, y las delicias que se servían en aquel tipo de fiestas siempre eran una tentación a su paladar.

Acababa de dar un bocado a un *fairy cake* de chocolate mientras planeaba la forma de acercarse a William Stead y conseguir que alguien los presentase cuando un suave carraspeo a su espalda llamó su atención.

Antes de girarse, supo que era Connor.

—Lady Samantha, ¿me concede el honor de ser su acompañante en el próximo baile?

Era un atrevimiento que alguien de su posición le solicitase un baile. En la mirada de su padre vio la negativa, pero antes de que pudiera plasmarla en palabras ella se adelantó.

—Por supuesto que sí —farfulló, con la boca llena.

Tragando de forma sonora, aceptó el brazo que Connor le ofrecía y con una sonrisa, dejó que la condujera a la pista de baile, ignorando la mirada ceñuda del duque. Cuando acabase la velada seguro que la sermonearía sobre su conducta, pero valía la pena por experimentar la sensación de bailar con él.

Los acordes de otro vals empezaron a sonar y Samantha frunció el ceño, extrañada.

—Es curioso, en los bailes se suelen intercalar los bailes. No es usual que se repitan dos vales seguidos. ¿Qué habrá llevado a la condesa a cometer semejante falta de protocolo?

—Tal vez lo hizo cediendo a la petición de un amigo —murmuró Connor, con una sonrisa maliciosa, antes de tomarla de la cintura, acercarla a su cuerpo y comenzar a girar—. ¿Qué esperabas? —añadió, ante su mirada reprobatoria—. Ya sabes que no soy un caballero y no me importa incumplir las normas con tal de tener una excusa para tenerte de nuevo entre mis brazos.

Aquella declaración la acalló. Su corazón latió desbocado mientras el mundo giraba entre los brazos de su acompañante. Se dejó llevar, perdiéndose en sus

ojos verdes, en los diestros movimientos de su cuerpo, en la suave música que flotaba a su alrededor, hasta que Connor rompió el contacto visual y clavó su mirada en sus labios. Y allí se detuvo.

—Tienes un poco de chocolate en la comisura de la boca —musitó, con la voz ronca.

Samantha actuó de inmediato, limpiando la mancha con la punta de la lengua. Oyó un gruñido y sintió cómo Connor perdía el paso por un momento.

—Vas a acabar conmigo —protestó él, con una sonrisa tensa.

—¿Por qué?

—Porque seduces con cada uno de tus movimientos sin siquiera ser consciente de ello —declaró él, atrayéndola más contra su cuerpo—. Porque tienes un aire de inocencia que invita a la perversión.

—No deberías decirme ese tipo de cosas —le reprochó, cuando estuvo segura de que podía hablar sin que la voz le temblase.

—Entonces no deberías mirarme como lo haces —replicó él.

—¿Y cómo te miro?

—Como si estuvieses deseando que te pervirtiera.

La música cesó y los dos quedaron jadeantes en medio del salón, más por la excitación que había provocado el intercambio de palabras que por el esfuerzo físico de la danza.

El temor a atraer miradas curiosas y despertar cuchicheos fue lo que impulsó a Samantha a tomar el control de la situación.

—Ahora deberías acompañarme hasta donde están mis padres —le indicó, en un susurro quedo.

—Pensé que preferirías que te presentase a William Stead.

Eso captó toda su atención.

—¿Lo harías?

—Claro, es lo bueno de las fiestas de la condesa. Que puedes encontrarte con personas de lo más interesantes que se mueven fuera de tu círculo social. Además, sé lo mucho que lo admiras —añadió, guiñándole un ojo.

Samantha lo miró, emocionada, y cualquier duda que pudiese tener sobre si estaba o no enamorada de él se evaporó en ese instante. ¿Cómo no amarle después de aquello?

CAPÍTULO 35

—¿Qué hay entre ese MacDunne y tú?

Samantha miró con sorpresa al señor Scott. Ciertamente era que Connor, en las últimas semanas, había ido allí con frecuencia, pero desde la fiesta de la condesa Stimpson su relación se había vuelto estrictamente profesional, manteniendo una actitud distante e impersonal con ella, como se esperaba de un buen escolta. Ese cambio en su conducta la tenía perpleja. Echaba de menos la calidez de sus miradas, sus comentarios subidos de tono y sus conversaciones íntimas. ¿A qué se debería su nueva actitud hacia ella?

Samantha estaba tratando de darle tiempo para asimilar lo que ella ya intuía: que estaban hechos el uno para el otro. Pero su paciencia estaba llegando al límite.

—No sé de lo que habla.

—Vamos, no me vengas con esas —bufó el hombre. Justo en ese momento, Regina apareció llevando la bandeja con el té que el señor Scott solía tomar por las tardes—. Una de mis virtudes es que enseguida me percato de todo lo que sucede a mi alrededor, viendo más allá de lo que otros no ven.

Regina y ella intercambiaron una rápida mirada y las dos pusieron los ojos en blanco. Desde la tarde en que establecieron una tregua, la secretaria había seguido los consejos de Samantha para hacer un cambio de estilo: había prescindido del moño apretado y optado por un recogido más desenfadado, dejando alrededor de su rostro algunos mechones de cabello que dulcificaban sus facciones; su piel se veía más radiante gracias a las mascarillas de belleza que había empezado a utilizar; y se había comprado varios vestidos de colores y corte más favorecedores.

Había sido una transformación progresiva, pero los resultados eran más que visibles. Como consecuencia de ello, uno de los periodistas, Oliver Lawrence, un viudo de mediana edad, atractivo y agradable, había comenzado a mirarla de otra

manera. Pero en cuanto al señor Scott... nada. Ni siquiera parecía haberse dado cuenta de los cambios obrados en ella.

—Ya sabe que el señor MacDunne es el escolta que ha contratado mi padre para acompañarme cuando salgo del periódico —susurró cuando Regina abandonó la habitación—. No hay nada más allá de eso —mintió.

—Si tú lo dices —masculló, escéptico—. Por cierto, ¿tienes planes para esta noche?

Samantha parpadeó ante el cambio de tema.

—No, no pensaba salir.

—Hoy reabre sus puertas el *New Court Theatre* y, para la ocasión, se estrenará la obra *Mamma*, una adaptación que ha hecho Sidney Grundy de la aclamada comedia francesa *Les surprises du divorce* —explicó Scott—. Iba a ir Collins, nuestro crítico teatral, pero me acaba de enviar una nota diciendo que está enfermo, si es que el exceso de whisky se puede considerar una enfermedad —añadió, con un murmullo de disgusto—. Tú eres la única en este periódico con el suficiente nivel cultural como para poder sustituirle. ¿Te interesa?

«¿Por qué no?», se dijo. Su familia había adquirido un palco en aquel teatro y siempre sería mejor plan que dar vueltas y vueltas a su relación con Connor. Además, su primo Derrick se encontraba en la ciudad y le debía un favor, algo que tenía que ver con cierta señorita de origen español por la que su primo había perdido la cabeza y, tal vez, el corazón.

—Es la más hermosa que he visto en mi vida. Se mueve con una gracia y una elegancia exquisita; podría estar horas y horas contemplándola —explicaba Derrick, aquella misma noche, mientras subían la escalinata de acceso a los palcos—. Te lo digo en serio, creo que me he enamorado —añadió, con un suspiro dramático.

—¡Cómo sois los jóvenes! ¡Vivís el amor con una ilusión envidiable! —exclamó lady Grauff, una matrona propensa a los cotilleos, que se encontraba cerca de ellos y que, sin duda, había escuchado la conversación—. Y dígame, lord Derrick, ¿quién es la afortunada mujer que ha conquistado el corazón del heredero del conde de Maidstone?

—¿Mujer? ¿Quién ha dicho nada de una mujer? —preguntó Derrick, confuso.

—Pero...

—Mi primo habla de una yegua —aclaró Samantha, y contuvo una sonrisa al ver que los ojos de la matrona se habrían como platos, azorados—. Y, si nos disculpa, creo que él y yo continuaremos hablando en nuestro palco. Ya sabe

cómo les gusta a las personas curiosear en conversaciones ajenas con tal de conseguir combustible para las habladurías —añadió Samantha, en un susurro confidente.

Lady Grauff asintió, sin captar la ironía subyacente en las palabras de Samantha.

—De verdad, Sam, no sé cómo aguantas vivir en la ciudad y codearte con esta gente —gruñó Derrick, frunciendo el ceño, mientras se acomodaban en sus asientos.

Su primo Derrick era otro de los Richmond que disfrutaban con la vida campestre, siempre que esta viniera acompañada de caballos. Los adoraba, más incluso que a las mujeres. Eso era algo que traía de cabeza a sus padres, que estaban deseosos por verle formar una familia. Al parecer, el matrimonio de Nicholas con Kathleen y su inminente paternidad había abierto la veda para que los jóvenes y casaderos Richmond siguieran su ejemplo, o al menos eso esperaban sus progenitores.

—Pues ignorando a esa gente y disfrutando de todo lo que esta maravillosa ciudad te puede ofrecer.

—¿Sífilis?

—¡Derrick! —amonestó Samantha, aunque se le escapó la risa.

Adoraba a todos sus primos, pero Derrick era su debilidad, tal vez por su peculiar forma de ser: no le gustaba la gente; siempre se mostraba hosco con las personas. Y, por el contrario, era muy tierno con los animales, en especial con sus adorados caballos.

Enseguida sintió decenas de ojos fijos en ella y trató de actuar con naturalidad. Ese era el inconveniente de aquellos eventos, que los palcos se convertían en un escaparate, llegando a robar a veces el protagonismo de la obra que se iba a presenciar. Miradas, cuchicheos, susurros y alguna risa. Samantha era consciente que cada detalle de su persona estaba siendo analizado y se había preparado para ello: vestía de forma elegante pero no ostentosa. Cuando no encontrasen nada digno de especulación, los curiosos pasarían al palco siguiente, en busca de cualquier cosa fuera de lugar que pudiera presentar carnaza para los chismorreos.

Cuando las luces se apagaron y el telón se abrió, dando comienzo al espectáculo, Samantha por fin se relajó, aunque una sensación extraña la embargó. Cogió sus binoculares y, desde la protección de las sombras de su palco, se dedicó a estudiar a los asistentes sentados en el patio de butacas, buscando al único hombre del mundo capaz de alterarla con su mera presencia.

No tardó en encontrarlo: Connor MacDunne. Y no estaba solo, una preciosa rubia se enroscaba en su brazo.

—Maldita serpiente rastrera —musitó entre dientes.

—Te recuerdo que estamos aquí para ver el espectáculo —murmuró Derrick, a su lado.

Los binoculares de Samantha regresaron de inmediato al escenario pero, segundos después, se fueron desviando poco a poco hasta regresar al causante de sus desvelos, justo para ver como la rubia en cuestión cuchicheaba en el oído de Connor, tan cerca de su oreja que parecía que hubiese posado los labios en ella. Y por la cara que ponía el muy desgraciado, disfrutaba de ello.

—Canalla —gruñó, rabiosa.

—Samantha.

Los binoculares volvieron al escenario... al menos durante unos minutos. Esta vez, fue testigo de cómo la rubia posaba la mano sobre el pecho de Connor, aprovechando el movimiento para acercarse más a él.

—Furcia desvergonzada.

—Samantha.

La amonestación de Derrick consiguió que los binoculares enfocaran de nuevo el escenario, para volver a desviarse minutos después, justo para ver cómo la rubia deslizaba la mano hacia abajo, en una caricia lenta por el torso de Connor, llegando hasta...

—¡No!

Se dio cuenta de que lo había dicho en voz demasiado alta cuando varias personas se giraron hacia el palco, dando paso a los murmullos. Trató de disimular, centrando toda su atención en la obra, actuando como si estuviese absorbida por ella y no fuera consciente de nada más. Tarea difícil cuando lo único que quería era abofetear a ese sinvergüenza de Connor MacDunne.

Gracias a Dios, la representación era realmente buena y consiguió distraerla por unos minutos, pero agradeció en silencio cuando llegó el momento del intermedio.

—Necesito estirar un poco las piernas —musitó Derrick, mientras se ponía de pie—. ¿Me acompañas?

—La verdad es que prefiero quedarme aquí.

—Como quieras, pero no salgas del palco —advirtió, antes de dejarla sola.

En cuanto se fue, los ojos de Samantha volaron al lugar donde estaba sentado Connor, pero no lo encontró allí, ni a su acompañante tampoco. Recorrió con la

mirada el patio de butacas, buscándole entre los allí reunidos, pero no lo vio por ninguna parte. El muy cretino estaría con la hermosa rubia. Solo de pensarlo sintió una mezcla de rabia y congoja.

Estaba pensando en salir a ver si los encontraba cuando oyó que la puerta se abría tras de sí.

—Mantén la mirada al frente y disimula —musitó una voz conocida justo a su espalda.

CAPÍTULO 36

Connor no quería ir al teatro aquella noche, tenía demasiado trabajo, pero ante la insistencia de Rachel no pudo negarse. Después de todo, la había ignorado durante varias semanas. ¿Qué menos que concederle aquel capricho?

La inauguración del *New Court Theatre* era el evento de la semana. Después de que fuera demolido un año atrás, volvía a abrir sus puertas en la parte este de Sloane Square. Se trataba de un elegante edificio de ladrillo rojo diseñado por el prestigioso arquitecto Walter Emden, y equipado con las últimas innovaciones en cuanto a construcción: materiales ignífugos, extintores, electricidad, calefacción por medio de agua caliente... A Connor todo aquello le era indiferente, pero sabía que a Rachel le hacía mucha ilusión asistir, así que terminó por ceder.

Rachel Gibson era una actriz del montón, pero una amante de primera. Era creativa y desinhibida en la cama, tenía un cuerpo sensual y un carácter complaciente. ¿Qué más podía desear en una mujer?

«Un espíritu rebelde, valiente y apasionado adornado con cabellos de azabache, ojos de plata y piel de marfil», respondió una vocecita en su interior.

Desde que conociera a Samantha, todas las mujeres habían deslucido a su lado, perdiendo su interés. Ella era diferente, única, especial... y estaba fuera de su alcance, cosa que, por un capricho de la naturaleza humana, la tornaba todavía más deseable.

El problema era que el duque parecía haberse dado cuenta de la mutua atracción que estaba creciendo entre ellos. Justo cuando el baile de la condesa de Stampton estaba a punto de acabar, mientras Connor observaba impotente cómo Samantha bailaba con otro de sus innumerables admiradores, Nathaniel Richmond se le había acercado.

—Es una muchacha excepcional.

Connor asintió en silencio.

—Está fuera de tu alcance, ¿lo sabes?

Él lo sabía, aun así...

—No la mereces —sentenció el duque, mirándolo con dureza—. Es demasiado buena para ti. Nunca podrás tenerla.

Aquellas tres frases concisas habían aplastado cualquier esperanza que Connor pudiera tener porque, en su fuero interno, sabía que eran ciertas. Desde entonces había intentado mantener una actitud estrictamente profesional con la muchacha, por mucho que le costase.

—Me sorprende que me hayas traído al teatro —susurró Rachel en su oído, trayéndolo de vuelta a la realidad—. Después de tanto tiempo sin vernos, pensé que preferirías otro tipo de velada —añadió con voz sugerente, mientras su cálido aliento acariciaba su oreja.

Antes aquel simple gesto le hubiese excitado por completo, pero ahora solo sintió incomodidad. Rachel debió percatarse de su falta de respuesta porque lo miró con el ceño fruncido. No fue hasta minutos después cuando volvió al ataque.

—Te he echado de menos —declaró Rachel, apretando sus pechos contra su brazo de forma incitadora. La mano femenina se apoyó en su pecho con familiaridad—. Tal vez pueda lograr que cambies de opinión y nos escapemos en el intermedio —murmuró, deslizando su mano lentamente hacia abajo, hacia un destino más que evidente.

¿Por qué no aceptar la invitación de su amante y olvidarse de aquello que jamás podría tener? Tal vez lo que necesitaba era perderse en la calidez de una mujer para olvidar a Samantha.

El cuerpo de Connor estaba empezando a reaccionar con anticipación justo cuando escuchó una indignada exclamación desde un palco no muy lejano. No tuvo que alzar la mirada para saber quién había cometido aquella falta de tacto y la excitación por su pareja se evaporó al instante, como si hubiese sido un mero espejismo de la realidad.

Porque sí, la verdadera destinataria de su deseo se encontraba en uno de los palcos, tan hermosa como siempre, acompañada por otro de los petimetres que la solían rondar y sin carabina que la acompañase.

¿Es que los duques habían perdido la cabeza? ¿O tal vez el caballero fuese un familiar? Lo observó sin disimulo, tratando de encontrar un parecido con los Richmond, pero no lo halló. El joven tenía el pelo castaño rojizo y la tez muy bronceada, cualidad inusual entre los aristócratas. ¿Quién sería?

En cuanto se cerró el telón dando paso al intermedio, Connor se disculpó con

Rachel y se fue en busca de Samantha. Justo cuando subía por la escalera que daba paso a los palcos se cruzó con el acompañante de la muchacha. Viéndolo de cerca se percató de algunos detalles que en la distancia no había podido percibir: era alto y fornido, tenía unos intensos ojos oscuros y era irritablemente apuesto. Aquello le molestó tanto que estuvo tentado a ponerle la zancadilla. Al final se conformó con darle un empujón en el hombro justo cuando se cruzaron, con la esperanza de que se iniciara una pelea que le diera la excusa para encajarle un par de puñetazos por acercarse a Samantha. Pero para su frustración, el joven solo gruñó y siguió su camino sin inmutarse.

Lo dejó pasar. Después de todo, el idiota le había dado vía libre hacia su verdadero objetivo. Asegurándose de que nadie lo veía, se adentró en el palco de Samantha, cerrando la puerta tras de sí, y ocultándose entre los cortinajes que adornaban las paredes.

—Mantén la mirada al frente y disimula.

La muchacha se encontraba a la vista de todos y, si alguien se percataba de la presencia de Connor allí, daría pie a habladurías indeseadas.

—¿Estás loco? ¿Qué haces aquí? —susurró ella, irguiendo la espalda.

—¿Quién es el hombre que te acompaña?

—¡Ah, no! No puedes insinuar que estás celoso cuando llevas días comportándote como si fueras solo mi escolta.

—Es que solo soy tu escolta.

—Puedes mentirme todo lo que quieras al respecto, pero no puedes engañarme a mí. Los dos sabemos que entre tú y yo hay algo más que eso. Además, has venido acompañado por una mujer que no para de toquetearte, así que tus celos rondan la hipocresía —masculló ella con los dientes apretados—. Esa mujer, ¿es tu amante?

Connor maldijo entre dientes. Al parecer, los dos se encontraban en la misma tesitura y no sabían cómo gestionar sus sentimientos. Le constaba que ella se sentía atraída por él y los celos que traslucían sus palabras fueron un bálsamo para su orgullo; pero eso no cambiaba las cosas.

—Samantha, ¿qué quieres de mí?

—No me gusta verte con otras mujeres —confesó ella con un murmullo.

—No soporto verte con otros hombres —admitió él.

—Derrick es mi primo.

—¡Por Dios! ¿Cuántos primos tienes?

—Los justos y necesarios —respondió ella, sonriendo ante su tono

quejumbroso. Pero el humor desapareció en su siguiente pregunta—. ¿Qué va a pasar con nosotros, Connor?

Recordando la advertencia del duque, cogió aire y se dispuso a decir las palabras que desgarrarían su corazón letra a letra.

—Te diré lo que va a pasar: tú continuarás trabajando de periodista hasta que encuentres un buen hombre con el que quieras pasar el resto de tu vida, uno que de verdad te merezca. Un joven caballero de trato agradable que te permita disfrutar de tu pasión y con el que puedas formar una familia.

Su cuerpo y su espíritu protestaron con vehemencia ante aquella posibilidad, y supo que solo había podido decirlo porque no la estaba mirando a los ojos.

—¿Y qué harás tú? —musitó ella con voz apagada.

—Velaré por tu seguridad el tiempo que sea necesario... y, mientras, continuaré disfrutando de la compañía de Rachel.

—¿La amas?

Su pregunta destilaba tanto dolor que no le pudo mentir.

—No, solo follo con ella —admitió, con crudeza—. Ella no es nadie, Samantha. Nunca podría amarla... —«Porque ella no es tú», completó en su interior.

Se fue antes de que pudiese replicar. No había nada más que decir. Así era la realidad.

CAPÍTULO 37

Distrito de Whitechapel, Londres, 30 de septiembre de 1888

—¿**D**os mujeres?

—Sí, señor. Una fue encontrada en Dutfield's Yard, a eso de la una de la madrugada —informó Borys, revisando sus notas—. El cadáver de la otra apareció en la Plaza Mitre cuarenta y cinco minutos después. No hay la menor duda de que ha sido Jack el Destripador.

Connor maldijo en silencio. Desde la muerte de Annie Chapman, la prensa había bautizado al asesino de diferentes maneras, según los sospechosos que eran detenidos.

John Pizzer, un judío de condición humilde, fue detenido el 10 de septiembre como sospechoso. Su trabajo de zapatero le había valido el apodo por parte de la prensa de «Mandil de cuero», porque utilizaba uno para trabajar. Había declarado en la encuesta judicial instruida con motivo del asesinato de Annie Chapman y fue puesto en libertad cuatro días después al constatarse que, mientras se producía el asesinato de Annie Chapman, él había estado a varios kilómetros, contemplando el gran incendio desatado en Ratcliffe Highway.

Joseph Insenschmind era el último sospechoso. Se le detuvo el 13 de septiembre por enajenación mental, denunciado por varias personas por tener un comportamiento extraño y violento. Era carnicero y siempre llevaba encima un montón de cuchillos. Por todo ello, los periódicos lo habían bautizado como «El charcutero loco». Con su detención y después de varias semanas sin asesinatos, Connor esperaba que por fin hubiesen dado con el culpable. Pero esos dos crímenes eran la confirmación de que se habían equivocado de sospechoso.

El nuevo mote, «Jack el Destripador», correspondía a la firma de una carta que fue enviada a la Agencia Central de Noticias tres días atrás. Cuando llegó a sus manos, Connor la había leído con suspicacia porque, desde que comenzaran los

asesinatos, tanto la prensa como la policía habían recibido innumerables misivas presuntamente escritas por el asesino. Pero cuando empezó a leer, el texto enseguida captó su atención. Era espeluznante, desde el encabezado «Querido jefe», hasta la rúbrica final «Jack el Destripador». Estaba escrita con tinta roja y, en ella, el asesino se burlaba de los esfuerzos ineficaces de Scotland Yard por atraparlo. Sin duda, parecían los desvaríos de un hombre enfermizo y sin escrúpulos. Lo más estremecedor es que el autor anunciaba que la próxima vez que actuase dejaría dos víctimas. Y así había sido.

—¿Se las ha identificado ya?

—Sí, señor. Elisabeth Stride y Catherine Eddowes. Las dos eran prostitutas ocasionales.

—¿El mismo *modus operandi*?

—Eso parece, señor. Aunque con una salvedad. Al parecer, el asesino solo degolló a la primera. Todo indica que fue sorprendido antes de que pudiese hacer algo más.

—¿Hay un testigo? —inquirió Connor, interesado.

—Sí, aunque no es demasiado fiable y la descripción que ha dado es bastante vaga: joven, moreno y bien vestido.

Con lo cual seguían sin tener nada.

—¿Qué hay de la segunda víctima? ¿Tienes copia del informe forense?

—Todavía no. Me iba a acercar ahora a la morgue de Golden Lane a por él.

—Perfecto, te acompaño. Y nos llevaremos también a Red.

Daniel Scott había sido una buena adquisición. Era un muchacho despierto y sabía desenvolverse en la calle. Además, a pesar de que solo tenía veinte años, tenía un físico imponente. Había pasado la semana de prueba sin problema y ahora acompañaba a Borys en todas sus salidas para completar su entrenamiento y aprender los entresijos del oficio.

Cuando llegaron a la morgue, la lúgubre atmósfera que se respiraba era un claro reflejo de la atrocidad de los crímenes. El cirujano Frederick Gordon Brown fue el encargado de realizar la autopsia de Catherine Eddowes, y por la expresión de su rostro, había sido una tarea escabrosa.

—En todos mis años de profesión no me había encontrado nunca con nada igual —empezó a decir el doctor mientras los conducía hasta la mesa donde yacía el cuerpo de la víctima. Antes de que intuyeran sus intenciones, el médico quitó la sábana que cubría el cadáver.

—¡Joder! —gruñó Connor, al ver la violencia con la que habían mutilado a la

mujer—. Será mejor que esperéis fuera —añadió, girándose hacia sus hombres.

—No se preocupe por mí —declaró Red, alzando el mentón—. No soy de estómago delicado, puedo enfrentarme a esto.

—No lo decía por ti. Lo decía por...

Justo en ese momento, el cuerpo de dos metros de altura de Borys cayó desplomado al suelo.

—Borys —concluyó Connor, haciendo una mueca, mientras varios hombres acudían en ayuda del gigante—. Suele marearse cuando ve sangre. Red, por favor, sácalo de aquí para que tome un poco de aire —indicó, cuando Borys comenzó a recuperar el conocimiento—. ¿Por dónde íbamos? —preguntó, acercándose de nuevo al doctor—. ¡Maldición, ese desgraciado le ha destrozado la cara!

A Connor se le revolvió el estómago al ver los cortes de los párpados inferiores; la forma en que le había cercenado la nariz, incidiendo hasta llegar a la mandíbula; los tajos en las mejillas y en la boca; y sí, una de las orejas había sido mutilada, tal y como indicaba el asesino en la carta que recibieron días atrás. La sombra de Jack el Destripador de pronto se hizo real.

Pero había una cosa que no terminaba de encajar. En los anteriores crímenes, las víctimas no estaban tan castigadas. ¿Por qué tanta violencia contra esta mujer? Y entonces lo entendió. Con Elizabeth Stride, la primera víctima de aquella noche, el asesino no había podido hacer nada más que cortarle la garganta. Al ser sorprendido, le habían privado del evidente placer que encontraba en mutilar después el cuerpo de sus víctimas. Lo más probable era que hubiese descargado su furia y frustración por aquella interrupción en la pobre Catherine Eddowes.

—El rostro de la mujer no es lo preocupante —musitó el doctor Brown—. Al igual que con Polly Nichols y Annie Chapman, el asesino le ha abierto el abdomen y ha mutilado los órganos internos. Pero esta vez ha ido más allá: le ha extraído el riñón izquierdo con precisión quirúrgica.

—Entonces, ¿le falta un riñón?

—No lo ha comprendido. Que le falte un órgano no es lo preocupante —murmuró el médico, negando con la cabeza—. Estuve en el lugar de crimen. A la hora en la que se produjo, la luz era escasa; y ni qué decir tiene que las condiciones no eran las más idóneas para extraer un órgano de forma tan minuciosa. Que pudiera hacerlo con tanto cuidado, cortando la arteria renal de forma limpia, me hace pensar que nuestro asesino posee conocimientos

avanzados de anatomía.

—¿Está insinuando que el asesino es un cirujano? —inquirió Connor, sorprendido.

—Es muy posible, sí —concluyó el doctor.

Connor salió de la morgue cavilando sobre todo la información que el doctor Brown le había proporcionado.

—Siento lo de ahí dentro, jefe —musitó Borys. El color de su piel había adquirido su color sonrosado habitual, más rojizo aun si cabe por la vergüenza a la que sin duda le había sometido Red.

—No lo entiendo. ¡Fuiste boxeador, por Dios! —rio el joven—. ¿Cómo hacías para ganar una pelea sin desmayarte antes?

—Noqueando a mi contrincante en el primer golpe y cerrando los ojos para no ver la sangre —gruñó Borys, molesto por la pulla—. ¿Quieres que te enseñe cómo? —añadió, y para enfatizar sus palabras golpeó su puño contra su palma, en una clara advertencia.

Al instante, Red levantó las manos, con las palmas abiertas, en señal de rendición.

—¿Ha sacado algo en claro, jefe? —inquirió Borys, reconduciendo la conversación hacia la investigación.

—Sí, que ese malnacido de Jack el Destripador es un maldito carnicero.

—¿Realmente cree que se dedica a esa profesión? —preguntó Red, tomando el comentario en sentido literal.

—No, mucho me temo que nuestro hombre pueda ser un médico.

—Bueno, eso reduce bastante nuestra búsqueda. Nuestro sospechoso es un hombre joven, moreno, bien vestido y doctor. ¿Cuántos hombres conoce que se ajusten a la descripción?

El rostro de Joshua Richmond irrumpió en la mente de Connor, pero lo descartó al instante. Lo conocía desde hacía un año y no había nada en su conducta que le hiciera sospechar de una naturaleza violenta. Aunque era cierto que la maldad se podía ocultar detrás de la persona de aspecto más inocente. Uno nunca podía fiarse de las apariencias. Además, la última vez que lo vio, en la taberna *The Ten Bells*, el comportamiento del joven doctor había sido bastante inusual y sospechoso.

«No», se dijo para sí mismo. Era imposible. Joshua Richmond no podía ser el asesino que estaban buscando... ¿O sí?

CAPÍTULO 38

—Kathy, ¿cómo sedujiste a Nicholas?

La pregunta de Samantha era fruto de la desesperación. Desde su encuentro en el teatro, Connor había cumplido su palabra y cada vez se mostraba más distante, minando sus esperanzas de un futuro juntos. Incluso se lo había encontrado un par de veces paseando del brazo de su amante con total descaro. Tal era el caso, que había tomado una decisión: iba a seducirle.

El problema era que no sabía cómo hacerlo.

Su amiga, sentada en el sofá de la biblioteca leyendo un libro, dio un respingo de sorpresa. Una reacción mucho más contenida que la de Derrick cuando, aquella noche en el teatro, tras volver al palco después de que Connor se fuera, Samantha le soltó a bocajarro: «¿Qué significa “follar”?». Su primo, que en ese momento estaba a punto de sentarse en su asiento, terminó cayendo de culo en el suelo.

—¿A qué viene esa pregunta? —inquirió Kathleen, suspicaz.

—Es simple curiosidad.

—La verdad es que nunca tuve que hacer nada especial —confesó su amiga al final—. Nicholas siempre dice que no tengo más que respirar para seducirle; gestos sencillos, como el aleteo de mis pestañas, o la forma en que me aparto algún rizo del rostro, le cautivan; le atrae el movimiento de mis caderas al andar o la manera en que le miro, o incluso le sonrío. Pero siempre ha dicho que lo que más le fascina de mí es que no me dejo amilanar por su ceño fruncido —explicó, esbozando una sonrisa traviesa—. Pero dime, ¿qué estás maquinando? Y no me digas que es solo curiosidad porque no te creo —advirtió con un ademán de la mano—. ¿Esta pregunta tiene algo que ver con Connor?

—No, claro que no —respondió al instante, para luego empezar a parlotear sin control—. Detesto al señor MacDunne. Lo odio. No tiene sentido buscarle cualidades buenas cuando las malas salen a la menor oportunidad —musitó con

rencor—. Ha hecho cosas despreciables y continúa haciéndolas.

—¿Te ha hecho daño de algún modo?

—Por supuesto que sí. ¿Te puedes creer que se pasea por ahí con su amante? Y no solo eso, también me ha confesado que mantiene relaciones sexuales con ella.

Su amiga la observó de hito en hito, como si le hubiesen salido dos cabezas.

—Bueno, que yo sepa, esa es la finalidad de una amante —comentó Kathleen con tono razonable.

Aunque el comentario era de lo más sensato, los sentimientos convulsos de Samantha hicieron que lo tomase como una abyecta traición.

—Si te vas a poner de su parte... —farfulló, indignada, y se fue con paso airado, mientras su amiga la miraba incrédula.

En vista de que no había sacado nada en claro de la conversación con Kathy, Samantha fue en busca de una opinión más experta. Encontró a su madre en el invernadero, podando con minuciosidad los rosales que allí crecían.

—Madre, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, querida —respondió, distraída, mientras eliminaba con unas tijeras las hojitas secas de una exuberante rosa.

—¿Qué es lo que hizo para seducir a padre?

Su madre se incorporó de golpe, mientras la rosa que había estado cuidando con tanto mimo caía al suelo, cortada de cuajo con las tijeras.

—¡Por Dios, hija! Hay preguntas que no se pueden hacer así, de sopetón —protestó la duquesa, con las mejillas arreboladas—. La verdad es que no hice nada para seducirle. Creo que lo más le fascinó de mí, más incluso que mi belleza, fueron mis conocimientos de botánica —respondió al fin, pasada la sorpresa, mientras recogía la rosa del suelo con una mirada de pesar—. Luego todo siguió su cauce: paseos a la luz de la luna, palabras tiernas, flores... pero no hubo ninguna intimidad física hasta después del matrimonio, por supuesto —se apresuró a añadir, aunque por cómo se intensificó su rubor, Samantha tuvo claro que mentía—. ¿Es que acaso pretendes seducir a algún caballero? —inquirió, con tono jocoso, aunque su mirada era intensa.

—No, claro que no —musitó Samantha, enrojeciendo. Para después comenzar a farfullar—. Sería estúpido pretender seducir a un hombre, ¿verdad? Se supone que son ellos los que nos deben conquistar a nosotras y no al contrario. Flores, poemas, paseos... Eso es lo que haría un verdadero caballero... y no pasearse por ahí del brazo de su amante, a la vista de todos —masculló, rabiosa.

—¿Puedo saber de quién hablas?

—Todavía no —musitó, y salió de allí antes de que la duquesa pudiese indagar más sobre el asunto.

Lo que su madre le había contado era lo lógico: que el caballero agasajase a la dama para llegar a su corazón y pedir su mano. El problema era que Connor no era un caballero y, al parecer, nadie le había informado de lo que se esperaba en esos casos. Él sentía algo por ella, estaba segura, pero, Dios sabía por qué, el muy canalla no estaba haciendo nada por conquistarla. Todo lo contrario, había declarado que desistía de cualquier posibilidad de hacerlo, y que esperaba que ella encontrase a otro mejor.

Estúpido.

Puesto que ni Kathy ni su madre le habían podido esclarecer cuál era la mejor forma de seducir a un hombre, Samantha decidió acudir a una verdadera experta en la materia.

Cuando salió de casa, su nueva escolta ya la estaba aguardando. Tras la inesperada visita de Samantha a La Central, Connor había decidido sustituir a Borys por otra persona «más capacitada para tratar con una dama demasiado atrevida para su propio bien», como así se lo había hecho notar.

Su nuevo protector no era otro que el misterioso Jack Ellis, un bribonzuelo que no aparentaba más de quince años pero que tenía una madurez propia de un hombre adulto. A diferencia de Borys, Jack se las había ingeniado para ser admitido en la redacción como su nuevo ayudante y no se separaba de ella en toda la tarde. Incluso se había ganado el cariño de Regina en ese poco tiempo, cosa que a ella le había costado meses.

—Buenas tardes, lady Samantha —saludó el muchacho al verla—. ¿Preparada para ir al periódico?

—Sí, pero antes tengo que hacer una pequeña visita —respondió ella, evasiva.

—Como sea otra estratagema para ir al East End... —advirtió Jack, mirándola con desconfianza.

Samantha lo miró con fastidio. Había intentado visitar a Connor en una ocasión en La Central pero, así como Borys se había dejado manipular por sus palabras y había cedido en acompañarla, Jack la había encerrado en el carruaje y la había enviado a casa mientras la sermoneaba por el camino. Había sido de lo más humillante, pero aprendió la lección.

—Te prometo que no vamos al East End.

El carruaje se detuvo minutos después, entre Mayfair y el Soho, delante de una mansión de dos plantas, de ladrillo rojo, con un bonito jardín franqueando la

entrada. Bajó del carruaje seguida de Jack, que lo miraba todo con curiosidad. Tras cruzar el jardín, subió por la escalinata de mármol blanco hasta la impresionante puerta adornada un dintel neoclásico sujetado por cuatro columnas jónicas.

Samantha llamó a la aldaba de bronce y esperó.

—¿Dónde estamos? —inquirió Jack a sus espaldas.

—En El Jardín Secreto —contestó Samantha, justo cuando la puerta se abrió.

Una conocida figura femenina llenó el umbral y los miró de arriba abajo, con desconfianza.

—¿Qué desean?

—Señora Veillard, soy lady Samantha Richmond —respondió ella, distraída, viendo cómo Jack comenzaba a golpearse la frente con la palma de la mano mientras murmuraba «MacDunne me va a matar».

La señora Veillard aguzó la mirada y pareció reconocerla bajo su disfraz de Sea Richmond, porque les hizo entrar con un ademán rápido.

—*¡Allons, allons, mademoiselle!* —urgió—. No la había reconocido. Parece... *différent* —musitó, contemplándola, después de cerrar la puerta.

—Es una especie de disfraz —susurró ella, con tono conspirativo—. Siento no haberla avisado con antelación, pero hay un tema delicado que me gustaría hablar con usted.

—*Bien sûr*. Acompañenme hasta la biblioteca, *s'il vous plait* —indicó, guiándoles a través del lugar.

En ese momento, cuando la tarde acababa de empezar, El Jardín Secreto ya bullía de actividad, preparándose para cuando abriera sus puertas al público. Se veían empleados limpiando y chicas ensayando sus actuaciones, mientras los músicos afinaban sus instrumentos dejando que algunos acordes sueltos flotaran en el ambiente. La mujer les condujo a través de un pasillo hasta llegar a una amplia y elegante biblioteca.

Samantha conocía la habitación. La señora Veillard había tenido la amabilidad de concederle una entrevista hacía unos meses en aquel mismo lugar, cuando todavía no existían ni Sea Richmond ni Evan Winters. Tan solo ella y su ambición por convertirse en periodista. Aquella entrevista había formado parte de su primer artículo, un trabajo de investigación sobre la situación de las mujeres en Whitechapel por el que Walter Scott la había contratado.

—¿En qué la puedo ayudar? —preguntó la señora Veillard cuando entraron, invitándoles con un gesto a acomodarse en un sofá.

Samantha miró a Jack de forma significativa.

—Ni hablar —bufó él, cruzando los brazos sobre su enjuto pecho—. No la voy a perder de vista ni un segundo. Lo que tengan que hablar, tendrá que ser delante de mí.

—Está bien —concedió Samantha sin dejarse amilanar—. Señora Veillard, me gustaría que me aconsejara la mejor forma para seducir a un hombre.

—¡Maldición! —masculló Jack, enrojeciendo—. Pensándolo mejor, creo que esperaré en la puerta.

Las dos mujeres contuvieron la sonrisa al ver cómo el muchacho salía de la habitación refunfuñando sobre la locura de algunas damas.

—*Eh bien, ma chère*, deberá decirme cómo es el hombre al que quiere seducir para que pueda aconsejarla bien.

—¿Es necesario?

—Cada hombre es diferente, por lo que sus deseos también lo son —explicó la señora Veillard—. Hay hombres que buscan jovencitas inocentes, a otros les atrae más la experiencia de la edad, algunos buscan espíritus dóciles, también los hay que prefieren mujeres con carácter que tomen las riendas en la intimidad...

—Viendo la indecisión en el rostro de Samantha y el rubor que cubría su rostro, la mujer esbozó una sonrisa cariñosa—. No se apure, *petite*. Tal vez si me dice su nombre, yo sepa más de él. Por aquí pasan muchos jóvenes lores.

Samantha la miró con indecisión.

—¿Me promete que esta conversación quedará entre nosotras?

La señora Veillard asintió, intrigada.

—No me interesa ningún lord —confesó Samantha—. Lo que quiero es seducir a Connor MacDunne. Y espero que usted me ayude a conseguirlo.

CAPÍTULO 39

—Señor, una dama insiste en verlo —anunció Andrew mientras Connor terminaba de saborear su comida.

Desde que Andrew se hiciera cargo de la casa debía reconocer que cada vez pasaba más tiempo allí. La nueva cocinera que el mayordomo había contratado con su permiso preparaba unos platos deliciosos, todo lucía resplandeciente y ordenado, su ropa siempre estaba impecable... Poco a poco, se estaba convirtiendo en el hogar que siempre imaginó y nunca pensó que tendría.

Levantó la cabeza a desgana del periódico que estaba leyendo, concretamente, del emotivo artículo que Evan Winters había escrito sobre la vida de Elizabeth Stride y Catherine Eddowes. Samantha las había descrito de una forma tan humana, con sus defectos y sus virtudes, que muchas de las mujeres que lo leyeran se sentirían identificadas con ellas, y algunos hombres tendrían en lo que pensar. Con artículos como ese, Samantha estaba cumpliendo su palabra de no permitir que las víctimas de aquel asesino quedasen en el anonimato.

Miró la hora y maldijo en silencio. Rachel había insistido tanto en ver su casa que, al final, Connor había claudicado y le había dejado hacerlo. Aunque, al parecer, llegaba más pronto de lo esperado.

—Haga pasar a la señorita Gibson al salón y dígame que en unos minutos estaré con ella.

—No es la señorita Gibson, señor.

—Pues entonces diga a esa mujer que hoy no atiendo visitas —gruñó, retomando su lectura.

—Como desee, señor. Aunque algunos dirían que no se debe ser descortés con una dama en estado de buena esperanza —murmuró Andrew, antes de salir del comedor.

—¡Por Dios, Andrew! —exclamó Connor, levantándose con premura de la silla—. Haga pasar a Kathleen de inmediato.

Corrió tras él y se paró en seco al ver a Lady Dunmore en medio del hall de su casa. Estaba tan hermosa como siempre, pero con una gran diferencia que se evidenciaba en su abultado vientre.

—Estás...

—Gorda, lo sé. Parezco una patata —se quejó, palmeándose suavemente la tripa, aunque no podía disimular su sonrisa de felicidad.

—En todo caso, una bonita patata —convino, riendo—. Lo que me extraña es que te hayan dejado salir de la mansión de los Bellrose en tu estado. Que yo sepa, el embarazo es vergonzoso para las damas de la alta sociedad y la mayoría no se deja ver en público durante los meses de gestación.

—¡Oh! La duquesa de Bellrose me dijo que ella no estaba de acuerdo con esas costumbres y que siempre lució orgullosa sus embarazos, así que decidí seguir su ejemplo; si bien es cierto que he recibido más de una mirada de censura. Pero Nicholas asegura que así hago honor al lema familiar de los Richmond.

—¿Y cuál es?

—«Audeo» —respondió ella—. Significa: «Me atrevo».

«Me atrevo». Sin duda, esas dos palabras reflejaban el espíritu de Samantha a la perfección.

—Entonces, ¿los Richmond saben que estás aquí?

—¿Estás loco? —bufó Kathleen—. Nunca me permitirían venir a tu casa sola.

—Yo no diría que has venido precisamente sola —apuntó Connor, mirando a la doncella y a los dos lacayos que aguardaban discretamente en un rincón del hall.

—Ya sabes lo protector que es Nicholas. Como no quería preocuparle, he aprovechado que no estaba en la mansión para venir a verte.

—¿Es que quieres que me mate? Si se entera de tu visita me hará pedazos.

—¡Oh, vamos! No exageres. —Al decir esa última palabra, la muchacha hizo una mueca, llevándose una mano al vientre.

—¿Qué sucede? —preguntó él, preocupado.

—Últimamente tengo dolores, pero Joshua me ha dicho que es algo normal, señal de que el bebé nacerá pronto.

Connor empalideció.

—Espero que no se te ocurra ponerte de parto en mi casa.

—Tranquilo, aún faltan dos semanas.

—Tal vez lady Dunmore estaría más cómoda en el salón —ofreció Andrew, con una mirada de devoción hacia la muchacha.

—Gracias, Andrew. Menos mal que tú sí sabes tratar a las mujeres —expresó

la muchacha, sonriendo con cariño al hombre y consiguiendo que su pecho se hinchara de orgullo de forma visible.

Connor bufó, mientras veía cómo Andrew guiaba a Kathleen hasta el salón, reservado solo para impresionar a las visitas. Muebles de estilo francés, cortinajes adamascados y una impresionante alfombra que había oído decir que era de Persia. Esa habitación todavía conservaba la opulencia de la familia que había vivido allí.

Andrew ayudó a la muchacha a acomodarse en uno de los sillones y luego anunció que les iba a servir un refrigerio, no sin antes lanzar a Connor una de sus miradas de «será mejor que se comporte como un caballero».

—Tienes una casa realmente preciosa, Connor.

—Tendrías que haberla visto antes de que llegase Andrew, era un verdadero desastre —confesó, tomando asiento enfrente de Kathleen—. Pero que no se entere que te lo he dicho, no quiero darle más motivos de satisfacción. Créeme, ya tiene bastantes —añadió, con un gruñido.

Contra todo pronóstico, dos días atrás, al entrar en su habitación después de una larga jornada de trabajo, había encontrado su preciado relicario sobre la cama... justo encima de uno de esos horribles vestidos para dormir.

Por fin, Connor volvía a llevar el relicario alrededor del cuello. Pero el precio a pagar no había sido ponerse un camisón para ir a la cama desde entonces, no. Era ver la cara de complacencia de Andrew por ello.

—Supongo que no habrás venido hasta aquí para ver mi casa por dentro, ¿verdad?

—No —convino ella—. Estoy aquí para hablar de Samantha. Más concretamente, de ti y de ella.

—¿Samantha te ha contado algo?

—No es lo que dice, es cómo lo dice. La conozco desde que éramos unas niñas, Connor. Durante los diez años que estuvimos en la Academia de tía Charlotte, no solo dormíamos en la misma habitación. También compartimos nuestros miedos y sueños —explicó Kathleen—. Es la hermana que siempre deseé tener, mi mejor amiga, y no voy a consentir que nadie le haga daño. No quiero que te acerques a ella...

—Qué pronto olvidas tus orígenes —cortó Connor, mientras se ponía de pie, enfadado—. Si tú, viniendo del arroyo como yo, pudiste pescar a Dunmore, ¿por qué yo no puedo...?

—No me has dejado terminar —interrumpió Kathleen a su vez, entrecerrando

los ojos—. No quiero que te acerques a ella a no ser que, en realidad, la ames.

El enojo de Connor se disolvió de golpe en forma de un suspiro audible. Todavía estaba asimilando la inmensidad de lo que sentía por Samantha. No estaba preparado para contárselo a nadie, ni siquiera a Kathleen, que era lo más parecido a una amiga que había llegado a tener. Demasiados años en soledad, sin poder confiar en alguien, dejaban barreras difíciles de derribar.

—La razón por la que yo «pesqué», como tú dices, a mi marido, fue porque lo amaba con todo mi ser —continuó diciendo Kathleen, indignada, poniéndose de pie con fatiga para encararlo mejor—. ¿Puedes decir tú lo mismo? ¿Estarías dispuesto a casarte con ella?

—Por si no te has dado cuenta, no estamos hablando de la misma situación. El estatus de Nicholas no ha salido perjudicado por vuestro matrimonio. Él es el marqués de Dunmore, se case con una dama o con una plebeya —murmuró Connor, tratando de hacerse entender—. Pero Samantha es la hija de un duque. ¿Imaginas lo que le pasará si se casa conmigo? Es demasiado buena para mí, me lo dijo el duque de Bellrose, y tiene toda la razón.

La carcajada de Kathleen le cogió desprevenido.

—¡Cielos, Connor! Para un padre, ningún hombre será nunca demasiado bueno para su hija. Nicholas me contó que eso mismo se lo dijo al mismísimo príncipe Alberto cuando mostró cierto interés por ella hace unos meses. —Kathleen se lo quedó mirando con intensidad, pero su rostro no dejaba adivinar lo que se cocía en su mente—. Míralo de esta forma —dijo, después de unos segundos—. ¿Crees que Samantha podrá ser feliz con alguno de los jóvenes lores que la pretenden? ¿Piensas que sabrán apreciar todo lo que ella guarda en su interior? ¿Crees que podrás vivir sabiéndola en brazos de otro?

«No. Nunca. Jamás», respondió Connor, en su interior, a cada una de aquellas preguntas, mientras se paseaba por la costosa alfombra persa como un león enjaulado.

—Entonces...

—¿Por qué no pruebas a proponerle matrimonio?

Connor dejó de respirar. Aquella opción era tan descabellada que nunca pensó que fuera una posibilidad. Un atisbo de esperanza hizo que su corazón volviera a latir como no lo había hecho en semanas.

—¿Crees que me aceptaría?

—¡Por Dios, no! —exclamó la muchacha, poniendo una expresión de horror.

—¡Maldición, Kathleen! Me estás volviendo loco. Primero me das a entender

que ella siente algo por mí, que no será feliz con nadie más, que no es descabellado que...

Dejó de hablar al darse cuenta de que ella, en lugar de prestarle atención, miraba el suelo, concretamente a un pequeño charco de líquido que se estaba formando a sus pies.

—¿Te acabas de orinar en mi alfombra? —inquirió, azorado.

—No seas burro. Creo que he roto aguas. Joshua me dijo que esto pasaría cuando llegase el momento.

—¿Qué momento?

—Por lo que parece, creo que sí voy a dar a luz aquí —declaró Kathleen, con una sonrisa tensa, antes de que el rostro se le contrajera de dolor.

CAPÍTULO 40

Los marqueses de Dunmore recordarían aquel día como uno de los más especiales de su vida: el nacimiento de su primogénito. Pero, para Connor, fue una auténtica pesadilla por unas horas, empezando justo cuando Kathleen dobló su cuerpo acuciada por un agudo ramalazo de dolor.

—¡Demonios, Kathleen! Siéntate antes de que te caigas al suelo —gruñó Connor, preocupado, sujetándola—. Y por el amor de Dios, junta las piernas. Te llevaré con los Richmond en un momento.

—¿En serio piensas que... juntando las piernas... evitaré que el niño nazca? —inquirió Kathleen entre jadeos, mirándolo escéptica.

—¿Y qué sé yo? —gruñó Connor—. Lo único seguro es que tu hijo no puede nacer aquí —farfulló, nervioso, viendo cómo ella empalidecía por el dolor—. Si te esperas un momento, llamaré a tus lacayos para que acerquen el carruaje y...

Dejó de hablar al ver que una nueva contracción tensó el cuerpo de la joven, y la cogió en brazos cuando las piernas de la muchacha se doblaron por el dolor.

Andrew entró en ese momento, sujetando una bandeja con té y pastas, y se detuvo sorprendido al observar la escena.

—Menos mal que está aquí —suspiró Connor—. Lady Dunmore se ha puesto de parto y... ¡Andrew! —gritó, al ver cómo el mayordomo se daba media vuelta y huía de la habitación—. Maldita sea, no me deje aquí solo con este muerto.

No bien lo dijo sintió la mirada indignada de Kathleen sobre él.

—¿Qué? ¡Tengo derecho a quejarme! Nadie te ha pedido que vinieras a mi casa a dar a luz.

En un arranque de genio inusual, Kathleen le agarró de las solapas de la chaqueta y masculló entre dientes:

—Si piensas que estoy en condiciones de subirme a un carruaje y cruzar medio Londres, estás muy equivocado. Métete en la cabeza que mi hijo nacerá aquí y ahora. Así que, haz algo útil y manda a alguien para que busque a mi marido y a

Joshua. Y, por Dios, llévame a una cama.

—¡Andrew! ¡Que preparen una habitación para lady Dunmore de inmediato! —bramó, dándose por vencido—. Vosotros dos. —Señaló a los dos lacayos, que miraban con preocupación cómo su señora se retorció de dolor—. Que uno vaya a por el doctor Richmond y que otro busque a lord Dunmore y a los duques.

Connor subió las escaleras, minutos después, con la muchacha en brazos y la depositó con cuidado sobre la cama de una de las habitaciones con baño propio, seguidos de cerca por la doncella de Kathleen.

—Ayuda a tu señora a ponerse cómoda —indicó a la joven, que se retorció las manos con nerviosismo—. Yo voy a preparar la llegada de los Richmond —añadió con tono lúgubre.

Por suerte, Joshua no tardó en llegar. No preguntó por qué estaba Kathleen allí. Simplemente le pidió que le indicase en qué habitación estaba, la frecuencia de sus dolores y si había roto aguas. Luego se metió en la habitación con su maletín y cerró la puerta tras de sí, asegurándole que le avisaría en caso de necesitar algo.

Cuando los duques llegaron, minutos después, Connor había empezado a desgastar la alfombra del pasillo. La puerta de la habitación solo se había abierto para que la criada de Kathleen fuera a por toallas limpias y a por una jofaina para poder poner agua. Después de aquello, nada. Tan solo algún lamento de la parturienta reclamando la presencia de su esposo.

Tras un saludo escueto, la duquesa entró en la habitación, dejando al duque a solas con Connor. Y ahí fue donde las cosas empezaron a ponerse mal.

La mirada del Nathaniel Richmond se clavó en él con intensidad, durante varios segundos, en completo silencio.

—¿Se puede saber qué hace mi nuera aquí estando usted a medio vestir? —inquirió al fin, con voz muy suave.

—No estoy a medio vestir, llevo camisa y pantalón —observó Connor, divertido por aquella muestra de recato tan típica de la nobleza. Como los ánimos ya estaban bastante caldeados, se abstuvo de decir que en su casa podía vestir como le viniera en gana—. En cuanto a Lady Dunmore, vino a hablar conmigo.

—¿Sobre qué?

—Con el debido respeto, Excelencia, eso no es de su incumbencia.

El duque de Bellrose entrecerró los ojos. Connor también. Aunque aquel hombre tuviese una presencia imponente, no le impresionaba. Se había

enfrentado a demasiadas cosas en la vida para dejarse intimidar fácilmente.

—Tal vez su Excelencia desearía tomar algo de beber. —La voz de Andrew puso fin al duelo de miradas entre los dos hombres.

—Buena idea —concedió el duque, distendiendo el ambiente.

Pasaron a la biblioteca y se acomodaron en los sillones, uno enfrente del otro. Aquella habitación era la parte de la casa que más le gustaba. La había decorado de acuerdo con su criterio, con maderas oscuras y tonos verdes, sencilla y muy masculina.

—Tiene una casa muy elegante —comentó Nathaniel, mientras Andrew les servía las bebidas.

—Gracias, Excelencia.

—Conocía al dueño. Un hombre de pocas luces. Es una vergüenza que alguien pueda dejar en la miseria a su familia por la adicción al juego. —Sus ojos grises lo observaron con intensidad—. ¿Usted juega?

—No.

—Pero sí que permite que los hombres pierdan su fortuna en su local.

—Cada cual es libre de hacer lo que quiera con su dinero. No tengo ningún remordimiento de conciencia por ello —replicó Connor, encogiéndose de hombros—. Si tienes una fortuna, es tu deber conservarla y acrecentarla; no dilapidarla sin sentido.

—Comparto su opinión. ¿Tampoco bebe?

—No suelo. Ya no —añadió, con sinceridad.

—Debo reconocer que ha prosperado de forma admirable —elogió el duque después de un pequeño silencio—. De un simple trabajador en el burdel de la señora Lovejoy ha pasado a convertirse en un empresario de éxito en muy poco tiempo. Los *Blueguards* son continuamente elogiados por todas partes por su magnífica labor. Sus padres deben estar muy orgullosos de usted —comentó el duque, estudiándolo con la mirada.

—No tengo padres —musitó, sintiendo cómo su cuerpo se ponía en tensión ante el cariz personal que estaba tomando la conversación.

—Muchacho, todo el mundo tiene padres, aunque no los recuerde.

—He dicho que no tengo padres —reiteró Connor, gruñendo las palabras.

—Dígame, ¿siempre ha vivido en Londres?

La pregunta lo cogió desprevenido. Entrecerró los ojos, notando cómo un sudor perlaba su frente, como siempre le sucedía cuando alguien quería indagar en su pasado. Sin ser consciente de ello, su mano buscó el relicario y sus dedos

lo acariciaron, un gesto que de alguna extraña manera le calmaba los nervios.

—¿A qué viene este interrogatorio?

—Solo intento determinar la clase de hombre que es usted.

—¿Y cree que con unas cuantas preguntas va a saber cómo soy?

—Por algo hay que empezar —replicó el duque—. Seamos claros, no puede negar que ha desarrollado cierto afecto por mi hija.

—¿Teme que pueda fugarme con ella o algo por el estilo?

—Solo estoy tratando de averiguar si va a poder cumplir con su palabra de no seducirla.

El duque se percató del relicario que tenía entre los dedos porque se lo quedó mirando con atención.

—Es una joya curiosa esa que lleva al cuello —observó, entrecerrando los ojos.

Connor lo miró con desconfianza, apretando su amuleto con un gesto protector.

—¿Me permite verlo? Me encantaría regalarle a mi esposa uno igual —explicó el duque al ver su reticencia a mostrarlo.

Connor dudó, pero terminó cediendo a su petición. El duque lo abrió y contuvo la respiración al ver el retrato que había en él. Hubiese jurado que un destello de reconocimiento brilló en su mirada.

—¿Dónde lo consiguió?

—Es una joya familiar —respondió Connor, evasivo.

—Ese retrato...

El timbre de la puerta puso fin al sondeo del duque. A los poco segundos, Andrew apareció con una expresión extraña en el rostro.

—Señor, hay una dama en la puerta que insiste en verlo.

Connor maldijo entre dientes. Lo que le faltaba. Rachel ya había llegado y su casa estaba invadida por los Richmond. Para una tarde libre que había decidido tomarse desde que comenzó a trabajar, y todo se estaba torciendo de forma que hubiese preferido enfrentarse a la banda de los High Rip desarmado antes que pasar otro minuto más en compañía del duque.

—Por favor, Andrew, dígame a la dama que ha surgido un imprevisto y que ahora no puedo atenderla.

—Señor, con el debido respeto, la dama...

—Por Dios, Andrew, no tengo ningún interés en ver a esa mujer en estos momentos —masculló Connor, bajando la voz para que el duque no pudiera oírle—. Deshágase de ella como crea conveniente, pero que se vaya de aquí antes de

que el duque la vea.

—Pero, señor...

—Dele esto y dígame que vaya a comprarse algo bonito —susurró, sacando de su bolsillo varias monedas, sabedor de que así aplacaría el posible enfado de Rachel por el desplante.

Andrew tomó las monedas con una mirada indescifrable y salió de la biblioteca cerrando la puerta tras de sí.

—Disculpe la interrupción, Excelencia —dijo, girándose hacia el duque, que lo miraba con los ojos entrecerrados—, pero me temo que este pequeño imprevisto ha desbaratado mis planes de...

Un grito indignado procedente del otro lado de la puerta interrumpió sus palabras. Connor se excusó con el duque, y salió de la biblioteca, dispuesto a enfrentarse a Rachel antes de que montara un escándalo con los Richmond allí. Pero se detuvo de golpe al ver que la mujer que estaba en el hall de su casa no era Rachel, si no una indignada Samantha que lo fulminó con la mirada al verlo aparecer.

CAPÍTULO 41

Samantha se arrebujo en su capa y se puso la capucha antes de salir del carruaje que se detuvo ante la residencia de Connor. Subió la elegante escalinata y se paró ante la puerta. Tomó aire y... se giró, volviendo sobre sus pasos.

Era una locura. No lo podía hacer.

Bajó la escalinata y se detuvo.

Sí, era una locura. Pero, otra más ¿qué importaba?

Volvió a subir y llamó al timbre, antes de que el valor la abandonara o el sentido común hiciera acto de presencia. Estaba decidida a cumplir con su objetivo aquella misma tarde: iba a seducir a Connor costara lo que costase.

Andrew no tardó en abrir la puerta. Se la quedó mirando con sorpresa y la hizo pasar con un ademán de la mano.

—He venido a ver al señor MacDunne.

—Lady Samantha, ¿acaso sabe que su familia...

—Andrew, no quiero ser descortés, pero en este momento no quiero hablar de mi familia, esta es una visita discreta —cortó Samantha, impaciente—. Por favor, diga al señor MacDunne que necesito verle con urgencia.

El mayordomo hizo una inclinación educada de cabeza y fue a cumplir con su cometido. Minutos después volvió a aparecer en el hall. Samantha lo miró con curiosidad, pues Andrew, lejos de su habitual inexpresividad, parecía... ¿intranquilo? ¿avergonzado? No supo muy bien cómo interpretar la expresión de su rostro mientras el hombre se acercaba hacia ella.

—El señor MacDunne no puede atenderla en estos momentos —anunció. Se aclaró la garganta antes de continuar hablando—. Me ha ordenado que le dé esto.

Samantha parpadeó al ver cómo Andrew ponía unas monedas en la palma de su mano.

—¿Y qué se supone que debo hacer con esto? —inquirió, sin entender.

—El señor MacDunne ha dicho que es para que... se compre algo bonito —

explicó, ruborizado.

Una mezcla de incredulidad, ira e indignación hicieron presa de ella. No se dio cuenta de que había gritado hasta que vio a Andrew palidecer.

—Si me permitiera explicarle...

Pero Samantha no le escuchó, porque justo en ese momento Connor apareció frente a ella, con el ceño fruncido. Actuó sin pensar.

—¡Maldito canalla! —rugió Samantha, ofendida—. ¿Cómo te atreves a intentar deshacerte de mí con unas sucias monedas? —Le lanzó las monedas sin miramientos, pero él las esquivó con facilidad.

—¡Samantha, por Dios, baja la voz! —urgió Connor—. No sabía que eras tú.

—¿Y quién pensabas que era? ¿Tu amante? —farfulló ella, dolida—. Y pensar que había venido hasta aquí para seducirte...

Se giró, dispuesta a salir de allí antes de hacer más el ridículo, como echarse a llorar delante de él, cuando Connor la detuvo.

—Repite eso.

La piel de Samantha se erizó, no solo por el tacto de la mano del hombre sobre su brazo al girarla, si no por la ferocidad contenida en sus palabras.

—¿Qué quieres oír? ¿Que estoy cansada de que me trates con una frialdad que me hiela el corazón? ¿Que añoro la calidez de tu mirada? No es tu culpa que me haya enamorado de ti como una tonta y que esté dispuesta a cualquier locura para captar tu atención —murmuró, sintiendo a su pesar cómo las lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas—, como venir hasta aquí a seducirte —admitió, secándose las mejillas con los dedos.

—Tú... ¿me amas?

La incredulidad en la voz de Connor la sorprendió.

—Sí, Connor. Te amo. Y pensé que tú también sentías algo por mí.

Contuvo el aliento, esperando a que él dijera que sí. Incluso que no. Pero que dijera algo, cualquier cosa que disolviera la incertidumbre en la que estaba sumida. Pero él permaneció mirándola en silencio.

—Si me sueltas, me iré y ya no te molestaré más —musitó al fin, dándose por vencida.

—No.

La negativa de Connor la sorprendió cuando trataba de zafarse de su agarre.

—No te voy a dejar ir. Nunca —añadió, cogiéndola por los hombros y acercándola hacia sí. Su mirada era intensa, una mezcla de luz y sombras difícil de descifrar—. Has dicho que me amas, así que atente a las consecuencias.

Entonces la besó. La besó como nunca antes la había besado. Una caricia llena de pasión, ternura y posesividad; una declaración abierta de sentimientos que expresaba más que mil palabras. Y los dos se fundieron en un estrecho abrazo olvidándose del resto del mundo.

Pero el mundo volvió a inmiscuirse entre ellos cuando sonó el timbre de la puerta. Con un improperio mascullado entre dientes, Connor puso fin al beso, separándose de ella a desgana.

La puerta tembló, aporreada con impaciencia mientras una voz masculina se dejaba oír airada desde el otro lado.

—¡Maldición, MacDunne! Abre esta maldita puerta.

—¿Ese es Nicholas? —inquirió Samantha, sorprendida, al reconocer la voz de su hermano.

—Samantha, no tengo tiempo para explicarte, pero necesito saber algo con urgencia: sé que no soy nadie, que no te merezco, pero... ¿estarías dispuesta a casarte conmigo?

Sintió que su corazón dejaba de latir, conmocionaba por cómo se estaba desarrollando la situación. No entendía el nerviosismo de Connor ni su cambio de actitud. Pero solo había una respuesta válida a esa pregunta.

—Sí —respondió, sin comprender, pero sin dudar.

Un brillo de satisfacción indescriptible destelló en los ojos de Connor. Su contestación le valió un beso, pero él se separó antes de que ella pudiese reaccionar. Solo entonces, Connor hizo un gesto a Andrew para que abriera la puerta al marqués de Dunmore.

Contuvo la respiración, temerosa de la reacción que pudiese tener su hermano al verla sola allí en casa de Connor, pero Nicholas, más alterado de lo que nunca lo había visto en su vida, casi no reparó en su presencia.

—¿Dónde está Kathleen?

—Arriba, en la habitación de invitados —informó Connor, solícito—. Andrew te acompañará hasta allí.

Samantha observó, perpleja, cómo su hermano subía de dos en dos la escalinata que conducía al primer piso, mientras llamaba a gritos a Kathleen, seguido de un apurado Andrew que se esforzaba por seguirle el ritmo.

—¿Se puede saber qué está pasando?

—Kathleen se ha puesto de parto.

—¿Aquí? ¿En tu casa?

—Es una historia larga de contar.

Samantha, llena de preocupación, hizo ademán de ir en busca de su amiga, pero Connor la detuvo cogiéndola por la cintura.

—No te preocupes, mi amor. Joshua y tu madre ya están con ella, y ahora que Nicholas ya ha llegado, solo nos queda esperar.

—¿Mi madre también está aquí? —inquirió Samantha, tratando de asimilar toda la información. Pero, al caer en la cuenta de lo que Connor acababa de decir, su atención se volvió a desviar—. Un momento, ¿acabas de llamarme «mi amor»?

—Sí.

—No entiendo nada. ¿A qué se debe este cambio en ti? Llevas días comportándote de forma distante e impersonal. Estaba desesperada, por eso decidí venir hoy hasta aquí con la intención de seducirte...

—Y me has seducido.

—¡Pero si no he hecho nada más que llamar a la puerta y entrar!

—¿Y te parece poco? No lo entiendes —afirmó Connor, al ver su mirada de incompreensión—. ¿Cuántas mujeres conoces de tu entorno que tendrían el valor para ir a la casa de un hombre como yo a tratar de seducirle? Ninguna —respondió él mismo, acercándola a él—. Tu cuerpo es muy deseable, Samantha; pero tu coraje... Eso es lo que te hace irresistible. Ese valor que te impulsa a luchar por lo que deseas, por lo que crees, sin importarte incumplir las normas. No tienes más que ser tú misma para seducirme por completo —añadió, justo antes de besarla.

Estaban tan inmersos en su pasión que no escucharon el llanto de un niño en la distancia, ni los pasos de un hombre al acercarse por el corredor.

—Parece que vamos a tener doble celebración —dijo la voz del duque, ominosa, sorprendiéndolos en mitad del beso—. Un nacimiento... y un funeral.

—¡Padre! —jadeó Samantha en protesta.

—Eres hombre muerto, MacDunne —gruñó el duque, para que quedase claro de quién iba a ser el entierro.

—Nada de funerales, padre —contradijo Samantha, poniéndose entre los dos hombres—. En todo caso, una boda, porque Connor y yo nos vamos a casar.

CAPÍTULO 42

La boda se celebró el 10 de octubre, una semana después de que naciera Ambrose Nicholas Joshua Richmond, heredero del marqués de Dunmore. Fue una ceremonia discreta, en la mansión londinense de los duques, a la que solo invitaron a los familiares más cercanos. Y, en vista de que Connor carecía de familia propia, todos los asistentes llevaban el apellido Richmond.

Connor recordaría aquel día como uno de los más felices de su vida, a pesar de que perdió la cuenta de las amenazas de muerte que recibió después de la ceremonia, cuando se suponía que los invitados expresaban sus mejores deseos hacia la pareja.

—No me cansaré de decirte lo hermosa que estás —afirmó el duque, emocionado, mientras engullía a Samantha en un abrazo de oso.

«Hazla sufrir y desearás estar muerto», murmuró, en cambio, en el oído de Connor, justo antes de palmearle el hombro, con tanta fuerza que al día siguiente lo tendría amoratado.

—Te mereces toda la felicidad del mundo —declaró Nicholas, besando la mejilla de su hermana.

«Más te vale hacerla feliz o te destrozaré todos los huesos del cuerpo», musitó el marqués, entre dientes, mientras le estrechaba la mano con tanta fuerza que pensó que se la rompería.

—Estás preciosa, hermanita —alabó Joshua, abrazándola con cariño.

«No hace falta que te recuerde lo bien que se me da el bisturí. Como mires a otra mujer practicaré incisiones en tu anatomía», amenazó el doctor, simulando una sonrisa jovial, mientras posaba la mano en su clavícula y la apretaba con saña.

Uno tras otro, todos los Richmond desfilaron ante él, augurándole toda clase de males si no se portaba bien con Samantha. Incluso Sarah, la hermanastra de Samantha, fruto del primer matrimonio del duque, que vino adrede con su

familia desde su hogar en Escocia, le dejó caer su propia advertencia.

—Hazla infeliz y la furia de las Highlands caerá sobre ti —susurró en su oído, mientras hacía un gesto hacia su marido, dando a entender que él era esa «furia de las Highlands», un gigante de más de dos metros de puro músculo que clavó sobre él un ceño digno de un verdadero ogro.

Lejos de amedrentarse por las palabras de los Richmond, Connor suspiró exasperado. No comprendían nada. No se daban cuenta de que, para él, Samantha era el mayor de los tesoros y que preferiría morir antes que verla sufrir. Tan solo la duquesa se percató de ello.

—¿Eres consciente de lo afortunado que eres por ser el destinatario de su amor?

—Sí.

—Bien. Nunca lo olvides.

Y no lo pensaba olvidar. El amor de Samantha era un regalo con el que nunca se hubiese atrevido a soñar, e iba a hacer todo lo que estuviese en su mano para hacerla feliz. Empezando por su noche de bodas.

—Ha sido un día extenuante, ¿no crees? —comentó Samantha, cuando por fin se quedaron a solas en el carruaje rumbo a casa—. Espero que mi familia no te haya apabullado demasiado. Pueden llegar a ser bastante avasalladores, desde mis tíos...

Connor la observó en silencio. Algo la preocupaba y trataba de disimularlo, pero su parloteo incesante la delataba. Había llegado a conocerla muy bien. Solo hablaba de esa forma descontrolada cuando mentía o cuando estaba nerviosa.

¡Dios! Cómo deseaba poner sus manos sobre ella, descubrir cada valle y cada colina, aspirar el olor de su piel desnuda y probar el sabor de su deseo. Solo había una cosa que le impedía tomarla allí, en aquel carruaje, justo en aquel momento: su virginidad.

Él no sabía nada de damiselas virginales, su experiencia se limitaba a mujeres muy experimentadas, así que no podía poseerla como un energúmeno, aunque en aquellos momentos era lo que su cuerpo le pedía que hiciese.

«Debo ser paciente», se dijo, mientras observaba el movimiento de sus labios al hablar. Unos labios diseñados para dar placer a un hombre, carnosos, sensuales, dulces.

«Debo ser considerado», se recordó, admirando la blancura de la piel de su escote, donde el nacimiento de los senos socavaba su autocontrol con cada respiración.

«Debo ser delicado», se repitió, cuando sus ojos cayeron hipnotizados por el movimiento de los dedos de la muchacha mientras jugueteaba con un rizo oscuro que se había soltado de su peinado.

—Connor, ¿me estás escuchando?

La voz de Samantha le sacó de su embrujo.

—Recuerdo que dijiste que la hermosura era una virtud sobreestimada — señaló ella, mientras esbozaba una sonrisa burlona, sin duda consciente de su embeleso.

Cuando vio aparecer el hoyuelo en su mejilla Connor supo que estaba perdido.

—Si solo fueras hermosa no tendría ningún problema de autocontrol — aseguró, cogiéndola de la mano y atrayéndola de un suave tirón hasta dejarla sentada en su regazo—. Pero eres más, mucho más... ¡Maldición! No puedo esperar. Necesito probar un poco de ti ahora —gruñó, sobre sus labios, justo antes de apoderarse de su boca.

No fue paciente, considerado ni delicado. La deseaba desde hacía demasiado tiempo, de una forma tan intensa, que el saber que por fin era suya le hizo perder la cordura. Saqueó su cuerpo como un despiadado pirata en busca de un botín. Su botín. Bebió de su boca mientras sus manos exploraban con codicia sus curvas.

Estaban tan perdidos el uno en el otro que no fueron conscientes de que el carruaje se había detenido hasta que escucharon que el lacayo daba unos golpecitos discretos en la puerta. Connor maldijo entre dientes por la interrupción, más aún al ver el rostro arbolado de Samantha, sus suaves labios enrojecidos y su mirada turbia cargada de deseo. No queriendo romper el contacto, bajó del carruaje con ella en brazos y la condujo así cargada hasta el interior de la casa.

—Señor MacDunne, lady Samantha MacDunne —saludó Andrew al abrirles la puerta—, me gustaría felicitarles por...

—Mañana —gruñó Connor, sin detener el paso, demasiado ansioso por quedarse a solas con ella.

—¡Connor! —reprendió Samantha—. No puedes ser tan descortés con el pobre Andrew.

—Déjame decírtelo de esta manera: necesito tenerte desnuda entre mis brazos ya —masculló Connor, mientras subía las escaleras de dos en dos—. No puedo esperar ningún minuto más.

Solo la bajó cuando llegaron a la intimidad de su habitación, dejando que el

cuerpo de la muchacha se deslizara lentamente contra el suyo hasta poner los pies en el suelo. Estaba impaciente por descubrir los tesoros que escondía debajo de las capas y capas de tela que la cubrían, comenzando por volver a probar la dulzura de sus senos, cuyo sabor todavía recordaba de su primer encuentro en El Jardín Secreto.

Mientras mordisqueaba el lóbulo de su oreja, aspirando el delicioso olor a magnolias que la rodeaba, atacó las cintas que enlazaban el corsé por detrás.

—Sería mejor que me dieras unos minutos, para que mi doncella me ayude a desvestir —murmuró Samantha con voz trémula—. El corsé es muy difícil de desatar y... ¡Oh! —exclamó, al sentir cómo la presión se liberaba de su torso.

Connor escondió una sonrisa. Seguro que su doncella no tenía tanta experiencia como él en desnudar a mujeres, aunque no era algo de lo que jactarse ante ella. La ayudó a quitarse el vestido, entre beso y beso, hasta dejarla solo con la ropa interior. Estuvo tentado a arrancarle la fina camisola de un tirón, hasta tal punto de excitación había llegado, pero se contuvo al ver la expresión que arrugó el ceño de Samantha.

—¿Qué te aflige? —inquirió, tomando su barbilla para que no rehuyera su mirada.

—Se nota que tienes mucha experiencia y yo... no quiero decepcionarte.

Era una afirmación tan absurda que estuvo a punto de soltar una carcajada, pero la reprimió porque era un tema serio para ella.

—Eres capaz de emocionarme de mil maneras diferentes —afirmó Connor, cogiendo su rostro entre las manos—; puedo perder la paciencia; me puedes hacer maldecir, rabiar y enfadar; incluso tienes una facilidad pasmosa para hacerme reír —admitió, sonriéndole con ternura mientras apoyaba la frente contra la suya—. Pero no concibo ningún caso en el que me puedas decepcionar. Eres y serás más de lo que podría haber soñado jamás.

—Tal vez...

—¿Qué? —instó él, al ver que ella dudaba.

—Kathleen me dijo que enseñabas a las chicas de El Jardín a dar placer a los hombres —murmuró ella, ruborizada—. Tal vez podrías enseñarme a mí cómo complacerte —añadió, mirándolo entre las pestañas de una forma tan seductora, que Connor sintió cómo su miembro tensaba la tela de los pantalones hasta causarle dolor.

Con aquellas pocas palabras, aquella chiquilla virginal lo había dejado mudo y tembloroso. La miró hambriento, y, después de unos segundos en silencio, por

fin encontró la voz para decir:
—Desnúdame.

CAPÍTULO 43

Samantha sintió que el corazón se le detenía en aquel momento, para, al segundo siguiente, emprender un atolondrado galope.

«Ánimo, tú puedes. Demuéstrale que puedes satisfacerlo tanto como esa actriz rubia que era su amante», dijo una vocecita en su interior.

El problema era que no sabía por dónde empezar. El consejo de la señora Veillard tan solo le había creado más confusión. «Sé tú misma», le dijo la mujer, sonriendo, «intuyo que no te hará falta nada más para conquistarlo».

Siguiendo su instinto, tomó aire y, sin apartar la mirada de los ojos de Connor, puso las manos abiertas sobre su pecho. A pesar de las capas de ropa que separaban sus pieles, la intimidad del movimiento la hizo sonrojar. Su evidente turbación arrancó una sonrisa tierna en los labios de su esposo.

El gesto y el deseo que destellaba en los ojos del hombre le dieron valor para continuar. Deslizó sus manos hacia los lados, deshaciéndose de la chaqueta que lo cubría, para atacar después el nudo de la corbata. Cuando comenzó a desabrocharle los botones de la camisa, descubrió un pequeño relicario colgado de su cuello.

Era una pieza exquisita, cuya delicadeza hablaba de una influencia femenina. Lo miró intrigada, puesto que era el tipo de joya que atesoraba alguna imagen que se quisiera recordar.

—¿Puedo?

Connor dudó, pero terminó asintiendo.

Samantha abrió el relicario con cuidado y se encontró con el retrato de una hermosa joven de cabellos oscuros y ojos verdes. El parecido entre ellos era evidente.

—Tu madre.

—Es el pasado. Prefiero no hablar de ello. Ahora no —añadió, al ver en su mirada la intención de continuar indagando.

Samantha capituló ante la súplica de sus ojos y olvidó el tema, al menos por el momento. Después de todo, tenía algo mucho más interesante entre manos. Retomando su labor, terminó de desabrochar los botones de su camisa y enseguida su atención fue secuestrada por la piel que descubrió.

Tenía un torso magnífico, musculado y ligeramente cubierto de vello oscuro en los pectorales. Se mordió el labio, indecisa, cuando una duda irrumpió en su mente al observarle. ¿Sería apropiado acariciarle y besarle los pezones como él había hecho con ella en varias ocasiones?

—¿Puedo? —inquirió, vacilante.

—Por favor —suplicó Connor, con voz estrangulada.

Sus manos exploraron el torso desnudo con curiosidad, sintiendo cómo el cuerpo del hombre se volvía cada vez más rígido segundo a segundo. Vio la cicatriz que tenía en el hombro. Era redonda, de tacto rugoso y ligeramente rosada, pero decidió ignorarla por el momento, no queriendo estropear aquel instante trayendo a colación un mal recuerdo.

Sus dedos acariciando las tetillas masculinas, tan parecidas a las suyas y, a la vez, tan diferentes, observando con sorpresa cómo se contraían ante su tacto. Por un momento se preguntó qué sabor tendrían. Recordaba la vez que él posó la boca sobre sus pezones y el placer había sido intenso. ¿El sentiría el mismo gozo si ella lo hacía?

Algo debió transmitir su mirada porque Connor musitó, bajito: «Hazlo».

La curiosidad venció a la vergüenza y desparpajo, sin apartar la mirada de la de él, acercó la boca y deslizó la lengua por la pequeña protuberancia. La reacción de Connor no se hizo esperar: cerró los ojos y jadeó. La tensión que invadió su cuerpo perló sus músculos de un brillo húmedo.

¿En serio aquel pequeño gesto le había afectado tanto? Ganando confianza, Samantha atacó el otro pezón al mismo tiempo que sus manos acariciaban los costados de su marido. Lo sintió temblar y gemir, y eso hizo que por fin sus miedos desaparecieran al constatar que ella le estaba dando placer.

Su naturaleza inquisitiva pronto salió a la luz, queriendo probar algo más. Humedeció con la lengua el pezón para luego soplar sobre él con delicadeza. Cuando escuchó que mascullaba un sorprendido «joder» supo que iba por buen camino. ¿Qué pasaría si...?

—Esto no va a funcionar —masculló Connor, dando un respingo cuando Samantha le mordisqueó el pezón.

—Perdón, pensé que lo estaba haciendo bien —musitó ella, avergonzada,

tomando su reacción como un síntoma de rechazo.

—Mi amor, el problema es que lo estás haciendo condenadamente bien —gruñó Connor mientras la tomaba entre sus brazos—. Me estás excitando más de lo que soy capaz de aguantar en estos momentos y, si quieres tener una noche de bodas como Dios manda, será mejor que mantengas las manos quietas a partir de ahora.

—¿La lengua también?

Connor lanzó un sonido inarticulado, mezcla de risa y gemido, y con manos presurosas procedió a quitarle la ropa interior. Lo escuchó contener el aliento al verla desnuda y sintió sobre su piel la calidez de la mirada de jade mientras exploraba con los ojos cada rincón.

A pesar de que todos admiraban su belleza, aquella era la primera vez que se mostraba desnuda ante un hombre. Y no ante cualquiera: su marido, el hombre al que amaba. El pequeño brote de inseguridad que guardaban todas las mujeres en su interior afloró en aquel momento.

—¿De verdad te parezco hermosa?

—No importa cómo te presentes ante mí, con ropa o desnuda; ya seas lady Richmond, Sea o Evan Winters; son solo fachadas de la mujer que hay en tu interior. Eres lo más bello que he visto en mi vida —aseguró, mientras la tomaba en brazos y la depositaba con delicadeza sobre la cama—. ¿Te ha contado tu madre lo que va a pasar esta noche?

—Sí, me instruyó al respecto.

—Déjame adivinar: debes cumplir con tus deberes de esposa pero, a la vez, conservar la virtud, reprimiendo tus pasiones y tratando de no alentar las de tu marido para que el acto sexual sea comedido.

Samantha contuvo la sonrisa. Eso era lo que se solía decir a las jóvenes damas sobre las relaciones íntimas. Era algo que había que hacer para consagrar el matrimonio y, al mismo tiempo, no estaba bien visto que la mujer lo disfrutase, porque era signo de lujuria.

Pero su madre no era una dama convencional.

—Todo lo contrario: me dijo que debo hacerlo solo cuando lo desee, que es natural que sienta pasión por mi marido y que lo disfrutaré mucho si eres habilidoso. —Le lanzó una mirada que esperaba fuera provocativa y añadió con voz sugerente: —¿Eres habilidoso, Connor?

Una sonrisa canalla sesgó los labios del hombre mientras se tendía sobre ella.

—Cielo, puedo hacerte gritar de placer de mil y una formas diferentes, y esta

noche estoy tentado a practicar unas cuantas de ellas.

Le gustó la palabra cariñosa. Connor estaba mostrando una personalidad muy tierna en la intimidad, y eso le maravillaba viniendo de un hombre tan duro en apariencia. Respondía a sus muestras de cariño con cautela, pero luego se las devolvía sin reserva. Era como si fuera ajeno a los gestos de amor, pero, al mismo tiempo, estuviese hambriento de ellos y deseoso por ofrecerlos. Y por lo poco que sabía de su pasado, tal vez fuese así.

Connor estuvo en lo cierto: perdió la cuenta de las diferentes formas en las que la hizo disfrutar. Se estremeció cuando sintió por primera vez el cuerpo del hombre sobre ella, piel con piel. Jadeó cuando se deleitó con sus pechos, lamiendo y mordisqueando las cumbres rosadas que los coronaban. Gimió cuando los dedos masculinos incursionaron en la oquedad entre sus muslos, despacio pero con determinación, entrando y saliendo de una forma deliciosa. Y gritó cuando su marido, con una sonrisa perversa, enterró el rostro entre sus muslos y encontró con la lengua un pequeño punto que la hizo estallar de placer.

—¿He sido lo bastante habilidoso para ti? —inquirió Connor, trayéndola de vuelta a la realidad mientras cogía su rostro entre las manos y besaba su frente con ternura.

Samantha solo atinó a asentir mientras disfrutaba de la sensación del cuerpo masculino contra ella, esta vez sin la barrera de los pantalones de por medio. Ni siquiera se había dado cuenta de en qué punto se los había quitado, tan absorta había estado en disfrutar de las caricias de su esposo. Sintió una gran curiosidad por explorar aquella parte de su anatomía, pero Connor no le dio opción.

—Ha llegado el momento —musitó, situándose entre sus piernas—. Te dolerá un poco al principio pero, si confías en mí, lo disfrutarás —aseguró, acariciándole el labio con el pulgar—. ¿Confías en mí?

Samantha asintió sin dudar. Su plena confianza hizo que los ojos de Connor destellaran con un sentimiento intenso antes de que se apropiara de su boca con un beso voraz. Lo sintió tantear entre sus piernas con la dureza de su miembro, hasta comenzar a introducirse centímetro a centímetro. Dolió, pero fue solo un segundo. Con cada movimiento, la incomodidad dio paso a una sensación de plenitud, volviéndose más placentera cada vez que su esposo la penetraba. Sintió la necesidad de retenerlo en su interior y enlazó las piernas en su cintura, arrancándole un gemido.

—Eso es, Sammy. Apriétame contra ti —susurró, apasionado, mientras comenzaba a acelerar sus embestidas.

No fue un acto comedido ni delicado, fue natural y apasionado. Samantha le clavó las uñas mientras Connor la penetraba con fiereza. Dos cuerpos enredados tratando de satisfacerse mutuamente, en un intercambio de miradas ardientes y palabras desgarradas. Dos gemidos que hicieron eco en la habitación mientras el placer los desbordaba.

Tiempo después, yaciendo abrazados, Samantha trajo a la luz la cicatriz que Connor llevaba en el hombro.

—Kathleen me contó que te hirieron por intentar protegerla —susurró, con el corazón encogido, mientras la besaba con delicadeza—. Parece que me he casado con un bribón con alma de héroe.

—No soy un héroe, Sammy.

—También aseguras que no eres un caballero —señaló ella, delineando sus labios con el dedo—. Entonces ¿qué eres, Connor? —inquirió, mirándole a los ojos.

—Soy tuyo.

CAPÍTULO 44

—Todavía no puedo creer que seas la hija del duque de Bellrose.

Samantha sonrió distraída a Regina mientras repasaba el artículo en el que estaba trabajando.

—No ha cambiado nada, soy la misma de siempre.

Bueno, eso no era del todo cierto. Desde su boda con Connor, hacía ya dos semanas, todo había cambiado. Para empezar, había abandonado el hogar familiar para instalarse en casa de su esposo. Al principio se había sentido inquieta por ello, estando tan unida a su familia, pero Connor le había dejado claro que podía visitarlos cuando quisiera y ellos serían siempre bien recibidos en el hogar de los MacDunne, a poder ser en pequeñas dosis.

El hogar de los MacDunne. Eso era lo que ella era ahora, lady Samantha MacDunne. Se le hacía muy extraño no llevar ya el apellido Richmond pero, a la vez, le encantaba su nuevo nombre porque eso la unía más a Connor. Ahora él era su hogar.

Pero lo que más le agradaba de su nueva vida era la libertad que le daba Connor para ser ella misma.

—¿Por qué no dejas de escribir como Sea y lo haces directamente como lady Samantha MacDunne? —le propuso su marido unos días atrás—. Tu nombre ya está en boca de todos, un poco más de carnaza para esos buitres no se notará. Por mí, incluso puedes mandar al infierno a Evan Winters si eso te hace feliz.

Su matrimonio era el último de los cotilleos de la sociedad. Samantha era consciente que, a partir de ese momento, las puertas de la nobleza más elitista se le cerrarían a pesar de la influencia de su familia, pero le traía sin cuidado. Curiosamente, había recibido muchas felicitaciones e invitaciones de damas pertenecientes a la alta burguesía, que estaba en apogeo. A pesar de su dudoso origen, Connor se había convertido en una figura respetada y admirada por muchos, y eran continuamente requeridos en fiestas y reuniones.

Con todo, Samantha no se decidía a dejar de lado a su alter ego. Escribir bajo un seudónimo le daba completa libertad de expresión, sin ningún tipo de presión por cómo reaccionaría la gente de su entorno hacia sus opiniones. Así que, tras mucho meditarlo, desechó a Sea y comenzó a firmar sus artículos como lady Samantha MacDunne. Pero continuó publicando los más controvertidos como Evan Winters, con la esperanza de que, algún día, se sintiera con el valor suficiente para darse a conocer.

—Regina, le pedí un café hace media hora.

La voz de Walter Scott se dejó oír desde su despacho, impaciente.

—Soy su secretaria, no su criada —replicó ella, con el mismo tono—. Si quiere un café, sírvase usted mismo.

Según lo visto, ella no era la única que había cambiado mucho en aquellas dos semanas. Samantha contuvo la sonrisa. La paciencia de Regina había llegado al límite con Peggy, la nueva «amiga» de Scott, una versión pelirroja de su antecesora, y que, al parecer, había pasado ya un par de noches durmiendo en su casa. Si a eso le sumabas que había enviado al señor Lawrence, el periodista que la pretendía, a cubrir una noticia al continente que le retendría allí por varios meses, era comprensible que toda la idolatría que sentía por el redactor se hubiese convertido en una abierta hostilidad.

—¿Qué es lo que ha dicho? —inquirió Walter, saliendo de su despacho.

Toda la sala quedó sumida en un silencio sepulcral. Lejos de amedrentarse por el ceño fruncido del editor, Regina explotó sin importarle que tuviera espectadores.

—Que estoy harta. ¡Harta! ¿Me oye? Hace ya diez años que vivo con usted, que trabajo para usted, atendiendo cada uno de sus deseos, y en todo ese tiempo no me ha dirigido un simple «gracias». Es la persona más egocéntrica, egoísta y autócrata que he conocido en mi vida. Por no hablar del pésimo gusto en mujeres que parece haber desarrollado desde la muerte de mi hermana —añadió, con un bufido. Cuando se dio cuenta de todo lo que había dicho, su ira se desinfló, sustituida por una calma melancólica—. Te amé desde el primer instante en que te conocí, Walter —confesó con voz queda—; te he dedicado muchos años de mi vida en un tonto intento de que me vieras; pero ya no más. Estoy cansada de ser invisible y menospreciada por ti.

—¿Qué quieres decir?

—Que renuncio. Buscaré otro lugar para vivir y un nuevo trabajo —anunció, cogiendo su abrigo y su bolso, y salió de allí con paso airado.

Samantha fue testigo de la sucesión de emociones que cruzaron el rostro de Scott: asombro, ira y miedo. Miró a su alrededor, perdido, pero al ver que era el objeto de atención de todas las miradas de la redacción se recuperó al instante.

—¿Qué están mirando? —rugió, con su temple habitual—. Dejen de holgazanear y vuelvan al trabajo. Las noticias no se escriben solas —añadió, antes de encerrarse en un despacho con un fuerte portazo.

Samantha dejó pasar un par de minutos para que los ánimos se relajaran y, dando unos golpecitos en la puerta, entró sin esperar respuesta.

Walter Scott estaba sentado, con los codos apoyados sobre la mesa del escritorio y el rostro oculto entre sus manos. Una botella de whisky y un vaso medio vacío daban muestras de que había intentado mitigar su pena con alcohol.

—¿Se encuentra bien?

Aunque no pudo verle la cara parecía inmerso en una gran emoción porque su cuerpo comenzó a temblar de forma visible, como si estuviera llorando... o riendo, constató confusa, al escuchar que prorrumpía en una profunda carcajada.

El editor descubrió su rostro al fin y sí, reía, más aún al ver la cara de confusión de Samantha.

—¿Le han dicho alguna vez que sus reacciones son del todo inesperadas?

—Sí, mi Abby me lo decía continuamente —admitió, conteniendo su hilaridad con el recuerdo de su esposa. Se secó las lágrimas que de las comisuras de los ojos mientras hablaba—. También afirmaba que la volvía loca con mis cambios de humor y que tenía el temperamento de un ogro. Pero me amó hasta su último aliento de vida —añadió con una sonrisa triste.

—Debió ser una gran mujer.

—Era dulce y buena, y tenía más paciencia que el mismísimo Job. Quedé desolado cuando murió, más aún con Daniel siendo pequeño. Yo podía llevar un periódico con los ojos cerrados, pero no sabía nada sobre cómo cuidar a un niño, Abby era la que se encargaba de él. —Hizo una mueca y negó con la cabeza—. ¡Demonios! Por aquel entonces estaba tan abatido que ni siquiera podía cuidarme yo mismo. Cuando Regina se ofreció a ayudarme... fue mi salvación —reconoció, con un susurro. Se quedó unos segundos en silencio, mirando al vacío—. Tiene razón, nunca se lo agradecí. Simplemente dejé que ella tomara las riendas de todo, haciendo que mi vida fuese más cómoda y posibilitando que pudiera volver a concentrarme en mi trabajo. Eran el día y la noche, ¿sabes? Abby era inquieta, olvidadiza y desorganizada. Regina en cambio, es la mujer más seria y competente que he conocido en mi vida. Aun así...

Por un momento, los ojos de Scott destellaron con un brillo revelador.

—Usted la ama. —Al ver que el redactor no lo negaba, abrió los ojos como platos—. Ahora lo entiendo: por eso envió al pobre Lawrence al continente, quería alejarlo de ella.

—Ese hombre se estaba volviendo un incordio —admitió Scott, frunciendo el ceño—. Y todo por tu culpa. Ya era atractiva con su forma habitual, no hacía falta que la hicieses deseable a los ojos de los demás. Además, no era bueno para Regina, Lawrence es un mujeriego empedernido.

—Pues no se puede decir que usted lleve una vida monástica.

—Son solo pasatiempos —comentó, restándole importancia—. Era la hermana de mi mujer, maldición, no la podía seducir sin más —añadió, a la defensiva, al ver la mirada de censura de Samantha—. Además, Regina ha sido condenadamente discreta en sus sentimientos. No sabía lo que sentía por mí hasta hace unos minutos, cuando lo ha soltado así, de sopetón, delante de toda la redacción. —Clavó una mirada especulativa en Samantha—. Vosotras dos habéis hecho buenas migas últimamente. ¿Podrías ayudarme a recuperar su afecto?

—Tal vez, pero tendrá que cambiar varias cosas en su conducta, empezando por deshacerse de sus «amigas».

—Hecho —afirmó, sin dudar.

—Y lo más importante: pídamelo como nunca me ha pedido nada antes.

Walter Scott entendió al instante lo que quería decir. Maldijo entre dientes, se irguió en su silla, tomó aire y farfulló:

—Por favor.

CAPÍTULO 45

—¿De verdad es usual hacer el amor en los carruajes?

Connor deslizó los labios por el cuello de Samantha. No había sido su intención llegar a aquello, pero le había sido imposible no sacar provecho de la situación al saber que Andrew y Lizzie, la doncella de Samantha, viajaban en otro carruaje junto con el equipaje. Estaba visto que estar a solas con su esposa en un lugar íntimo, aunque fuese el interior de un carruaje, inflamaba su deseo de un modo incontrolable. Y, después de todo, ¿por qué controlare? Era una de las ventajas de estar casados, que podía hacerle el amor siempre que quisiera.

—¿Eso que oigo es una protesta?

—No, solo digo que... —La voz de Samantha se perdió en un gemido cuando los dedos de Connor encontraron la humedad entre sus muslos—. Te des prisa.

Contuvo una sonrisa. Para su deleite, la muchacha siempre respondía a sus caricias con ardor. Su naturaleza curiosa, apasionada y generosa había borrado de un plumazo el recuerdo de cualquier otra mujer. Samantha era incomparable en todos los sentidos.

—¿Y si quiero hacerlo despacio? —musitó él, ralentizando el movimiento de sus caricias.

—Entonces tendré que tomar la iniciativa —declaró Samantha, revolviéndose de entre sus brazos.

Antes de darse cuenta de sus intenciones, la muchacha estaba arrodillada entre sus piernas, con un brillo de determinación en la mirada.

—No tienes por qué hacerlo —farfulló, completamente excitado, al sentir cómo las manos femeninas se deslizaban sobre sus muslos en una caricia lenta hasta llegar a su entrepierna.

—Es mi deber como esposa.

—Y una mierda —masculló, fuera de control—. No quiero que te sientas obligada a nada por... —Un gemido ahogó sus palabras cuando ella dejó libre su

erección y lo acarició.

—Me encanta darte placer, Connor —murmuró ella, comenzando un lento movimiento con su mano—. Adoro que tiembles por mi contacto y que te retuerzas de gozo por mis besos —añadió, mientras deslizaba la lengua por su miembro como la más experta de las cortesanas—. Siempre me demuestras tu amor con generosidad. Déjame corresponderte.

—¿Por deber?

—Por deseo.

Viendo la sinceridad en su mirada, Connor cerró los ojos y se abandonó al placer de sus caricias... Durante dos minutos. No soportó aquel dulce tormento por más tiempo. La necesidad de penetrar en ella lo cegó.

La alzó y la puso a horcajadas sobre él, rasgando su ropa interior en su prisa por llegar a ella, ignorando la suave protesta de la muchacha. No volvió a respirar hasta que estuvo enterrado por completo en su humedad.

—Demuéstrame cuánto me deseas, Sammy —susurró, poniendo las manos en sus caderas e instándola a que se moviera.

Samantha no le defraudó, nunca lo hacía. Se alzó sobre él para al segundo siguiente dejarse caer con suavidad. Connor se mordió el labio, conteniendo un jadeo. Los ojos de la muchacha se llenaron de malicia al verlo y comenzó a moverse muy despacio sobre él, torturándolo con sensualidad... Durante dos minutos más. Tiempo en el que Connor volvió a perder el control y tomó el mando de la situación.

Puso una mano en su nuca para tomar posesión de su boca con ardor mientras su otra mano la cogía de los glúteos para apretarla contra él, y comenzó a arquearse para embestirla con ferocidad. Una y otra vez, sin descanso. Bebió sus gemidos, pero no paró hasta que la sintió temblar, hasta que las paredes de su vagina presionaron su miembro de una forma tan deliciosa que lo lanzó de lleno al paraíso.

Se quedaron abrazados mientras recuperaban el aliento y su corazón volvía a latir a un ritmo normal.

—Nunca me dejas jugar contigo más de dos minutos —protestó ella, con un mohín, restregando su rostro contra su pecho como una gatita mimosa.

—Mi amor, si supieras el esfuerzo que supone controlar mis impulsos durante esos dos minutos te sentirías muy halagada —replicó él mientras aspiraba el dulce aroma de su cabello.

Su declaración le arrancó una sonrisa satisfecha. Durante unos minutos se

dejaron acunar por el traqueteo del carruaje, saciados y somnolientos. Pero, tiempo después, con las ropas ya recompuestas, cualquier síntoma de relajación había abandonado el cuerpo de Connor mientras veía acercarse el temido momento.

—Parece que estás a punto de traspasar las puertas del infierno.

Connor miró a su esposa de reojo. Samantha estaba haciendo un esfuerzo por mostrarse seria, pero el hoyuelo de su mejilla delataba su regocijo.

—Esto es mucho peor.

—¡Oh, vamos! Bellrose House no tiene nada que ver con el averno.

—Pero no me negarás que los Richmond tienen algo de diabólico —replicó, alzando una ceja.

—Será solo una semana. Además, no hemos tenido luna de miel.

Samantha tenía razón. Desde la boda no habían tenido ni un minuto de respiro. Ella habituándose a su nuevo rol de esposa al mismo tiempo que continuaba con sus quehaceres en el periódico; y él, persiguiendo al asesino más escurridizo al que se había enfrentado jamás.

Desde el doble asesinato, Jack el Destripador, como ya era mundialmente conocido, no había vuelto a actuar. Por el contrario, tanto Scotland Yard como los *Blueguards* estaban más atareados que nunca siguiendo su estela: pistas que llegaban a un punto muerto; videntes y charlatanes que aseguraban poderles ayudar con los crímenes; falsas acusaciones de indeseables que solo buscaban hacerse con una de las muchas recompensas que se habían ofrecido a quien brindara una pista que esclareciera la identidad del asesino.

A esto había que añadir las decenas de misivas, supuestamente escritas por el asesino, que llegaban sin cesar a los periódicos y a la policía. Una en particular, enviada a George Lusk, presidente del Comité de Vigilancia de Whitechapel, un grupo de apoyo a la policía organizado por los empresarios de la zona, había sido de lo más turbadora. La carta en cuestión comenzaba por un inquietante «Desde el infierno» e iba acompañada por medio riñón que, según explicaba el autor, pertenecía a una de las víctimas. Puesto que a Catherine Eddowes le faltaba ese órgano, todos llegaron a la conclusión de que era suyo.

Con todo, las investigaciones habían vuelto a llegar a un punto muerto.

—Hubiese preferido llevarte a París en nuestra luna de miel —musitó Connor, tomándole la mano y besando la tierna piel de su muñeca. Era un sencillo gesto que había descubierto que excitaba a la muchacha.

—Y me llevarás —aseguró ella, con una sonrisa—. Pero una cosa no quita la

otra. Ya te conté que es una tradición de los Richmond reunirnos por la primera semana de noviembre en Bellrose House con los amigos de la familia. Además, este año tenemos más cosas que festejar: nuestro matrimonio y el nacimiento del pequeño Brose. Serán unos días muy entretenidos: paseos a caballo, música, bailes, juegos, e incluso una cacería.

—¿Y dices que no es el infierno? —masculló, mirando por la ventanilla.

El lugar le impresionó más de lo que hubiese esperado. Ya no solo la inmensidad de la mansión en sí, un impresionante edificio de piedra gris mezcla de estilos isabelino y tudor, si no por la exuberancia de los jardines que había a su alrededor.

—No te dejes apabullar, solo es una casa.

—Eso que tú llamas casa no tiene nada que envidiar al palacio de Buckingham —gruñó Connor, notando una ira irracional—. ¿Cuándo terreno ocupa?

—Contando los jardines, el bosque y el lago, poco más de mil acres.

—¡Por Dios, Whitechapel entero cabe aquí!

—¿Por qué estás enfadado? —preguntó Samantha, confundida ante su hostilidad.

El carruaje se detuvo, salvándole de responder. Un lacayo abrió la portezuela con presteza, invitándoles a bajar con un elegante ademán, dando comienzo a siete días que no olvidaría jamás.

CAPÍTULO 46

—¿Recuerdas a mis tíos, lord Jason y lady Evangeline, condes de Maidstone?

Connor saludó con cortesía a la elegante pareja. Él, siguiendo el corte de los Richmond, era alto y atlético, pero su cabello era castaño en lugar de azabache y sus ojos eran más azules que grises. Ella era una belleza de cabellos rojizos y ojos negros. Se veía a todas luces que eran los padres del joven que había estado con Samantha en el teatro.

—Lord Patrick y Lady Amber, condes de Wolverton.

«Los padres del experto en cuchillos», pensó Connor, mientras hacía una escueta reverencia. Lord Patrick era una viva imagen de su hermano mayor, el duque, a excepción de las gafas de montura metálica, particularidad que compartía con su esposa, una bonita dama de pelo rubio y ojos azules.

Los había conocido en la boda, pero no había podido más que intercambiar las acostumbradas cortesías. Aun así, ellas le habían parecido encantadoras y ellos... soportables, al igual que sus vástagos, todos hombres.

—Esta es mi querida tía, lady Elizabeth, y su marido, el señor Melvin Sanders —anunció Samantha, continuando con las presentaciones—. Viven en Estados Unidos pero nos visitan al menos una vez al año y siempre cuando hay una ocasión especial, como es el caso.

—¡Oh, olvide eso de lady! Ahora soy americana y allí no hacemos esos distintivos —comentó Elizabeth, con una cariñosa sonrisa.

La cercanía de la mujer le gustó, pero, sin duda, el que le causó más impresión fue Duncan MacKay, el marido de Sarah, la medio hermana de Samantha, y no porque tuviera la altura y complejión de un gigante, ni porque fuese un *laird* de las Highlands, si no porque el duque y los tíos de Samantha le miraban con animadversión y él parecía sentirse satisfecho por ello.

—A Duncan no le gustan los ingleses —aclaró Samantha, con un murmullo discreto.

—Pues a tu familia tampoco parece gustarle él.

—Oh, eso es porque secuestró a Sarah en tres ocasiones y todavía le guardan rencor. Baste decir que si ella no estuviese felizmente enamorada de su marido, él ya estaría muerto —confesó Samantha, y sonrió al ver la cara de asombro de Connor—. Los Richmond tienen muchos secretos, algún día te los contaré —añadió, guiñándole un ojo con coquetería.

Aquella fue la última vez que pudo hablar con su esposa a solas en varias horas. Aquella primera velada estaba reservada solo para la familia. Los invitados llegarían al día siguiente, así que se suponía que esa noche el ambiente iba a ser más distendido, pero Connor no conseguía relajarse.

Aunque Samantha le había dicho que iba a ser una cena informal, se sorprendió al ver que era una de las más elegantes a las que había asistido jamás. Centros de flores frescas adornando la mesa, cubiertos de plata y una sucesión de platos que eran una delicia para el paladar.

—Nos alegramos mucho de que Samantha por fin haya podido casarse con el hombre de sus sueños —comentó lady Amber con una sonrisa encantadora.

—Sí, estamos eufóricos —musitó su marido, contradiciendo sus palabras con su mirada hosca.

—Temíamos que Nathaniel espantase a todos sus pretendientes con su ceño —continuó diciendo la mujer, ignorando el comentario de su marido—. Siempre ha sido muy protector con ella, más aún después de que Sarah se fuera a vivir a las Highlands.

—¿Le ha contado Samantha que el príncipe Alberto quedó prendado de ella cuando la conoció? —inquirió lady Evangeline.

—Algo he oído.

—El enamoramiento le duró dos días, hasta que mi hermano tuvo un pequeño intercambio de palabras con él —terció lord Jason.

«No la mereces. Es demasiado buena para ti». Sí, las palabras del duque todavía le aguijoneaban por dentro.

—A mí el que me impresionó fue aquel multimillonario americano —declaró Elizabeth.

—Yo también te he regalado flores —protestó Melvin.

—Sí, pero él le regaló un ramo de rosas, cada hora, durante una semana.

—Hasta que Nathaniel le dijo que si veía otra rosa más se la metería por... —El codazo de su mujer cortó sus palabras—. La boca, por supuesto —completó, con inocencia—. Quería decir que se la haría tragar.

—Pues yo no aguantaba a aquel diplomático alemán que...

Connor escuchó las anécdotas que contaron los Richmond sobre algunos de los pretendientes que había tenido Samantha el último año. Supuso que su intención era hacerle saber lo afortunado que era porque ella le hubiese elegido entre todos los demás. Pero una duda se le planteó insidiosa en la mente: ¿Por qué?

¿Qué era lo que había visto en él para hacerlo diferente a sus otros pretendientes rechazados? ¿Qué pasaría si un día llegaba a saber toda la verdad sobre él? ¿Lo amaría igual?

—He oído que colabora con Scotland Yard para atrapar a ese asesino... ¿Cómo lo llamaba la prensa?

—Jack el Destripador —respondió Connor a MacKay, agradeciendo el cambio de tema.

—¿Y bien? ¿Hay algún avance en el caso? ¿Algún sospechoso?

Sus ojos desviaron hacia Joshua sin poder evitarlo. Tenía un aspecto taciturno mientras mantenía la mirada perdida en su plato, ajeno a lo que le rodeaba. Connor no podía decir ante su familia que el joven doctor había pasado a formar parte de su investigación. Ni siquiera Samantha sabía de sus sospechas. Después de todo, no tenía ninguna prueba de su implicación en los asesinatos. Solo sabía que Joshua últimamente se mostraba nervioso e irascible, que había estado en Whitechapel y que tenía los conocimientos médicos necesarios para cometer los asesinatos.

—Muchos sospechosos, pero ninguna prueba condenatoria —musitó al final.

—Estaba pensando, ¿su familia no estará emparentada por un casual con Andrew MacDunne? Era amigo de mi padre y vivía en Glencoe.

La pregunta casual de MacKay hizo que el corazón se le detuviera de golpe. Más aún al ver que atraía a varias miradas, incluida la de su esposa, a la espera de su contestación.

—No, lo siento. No me suena el nombre.

—¿Tal vez con los MacDunne de Glenuig? —insistió MacKay, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—No lo creo —respondió, cortante.

—¿Pero usted es escocés?

Comenzaba a entender por qué los Richmond detestaban a aquel maldito hombre. Estaba resultando ser un entrometido.

—Es gracioso que los escoceses siempre piensen que dos personas tengan que estar emparentadas solo por llevar el mismo apellido —comentó el duque,

saliendo en su ayuda de forma inesperada.

—O que todo el que tenga un apellido de origen escocés debe ser por fuerza escocés —terció lord Jason.

—Bueno, siempre puede haber alguna rara excepción —aceptó MacKay, no muy convencido—. Pero también pensamos que los escoceses somos mejores que los ingleses, y eso no hay quien lo discuta —añadió, con una sonrisa descarada.

Aquella declaración dio comienzo a una lucha dialéctica. Primero todos la emprendieron contra el escocés, luego jóvenes contra mayores, más tarde mujeres contra hombres. Se lanzaban pullas unos a otros entre risas y miradas cómplices.

Viendo el ambiente distendido en el que cenaban, conversando y bromeando entre ellos, Connor pudo hacerse una idea de la clase de infancia que había tenido Samantha. Había sido muy afortunada, no por su riqueza sino por formar parte de una familia así, por el evidente cariño que se profesaban todos.

Esa, después de todo, era la mayor diferencia entre ellos dos: ella sabía de dónde venía y quién era, y él... no era nadie.

CAPÍTULO 47

—¿Qué te parece Jason?

—No me gusta.

—¿Jocelyn?

—¿Bromeas? Eso es un nombre de chica.

La mueca de desagrado de Rata hizo reír a Connor.

—¿Y Patrick?

La sonrisa que estaba esbozando Rata se borró al oír aquel nombre.

—Hace tres años trajeron a un niño que se llamaba así —explicó, en un murmullo.

—¿Qué le pasó?

—Murió.

Los dos niños quedaron en silencio, sumidos en sus pensamientos. Dormían acurrucados en un sucio jergón, uno al lado del otro, en un inútil intento por combatir el frío. De vez en cuando se entretenían buscando un hombre para Rata, pero hasta ahora no habían encontrado ninguno que quisiera llevar.

—Voy a escapar de aquí —anunció de pronto Connor, con voz queda.

Habían pasado ya dos años desde que perdiera sus privilegios. Dos años de maltratos, palizas y vejaciones, y ya no aguantaba más.

Apretó el relicario en su puño para darse valor antes de proseguir:

—Me iré mañana, al caer la noche —susurró con determinación—, y quiero que vengas conmigo.

—Nunca he salido de la granja —musitó Rata, con voz trémula—. ¿En serio crees que lo que hay fuera es mejor que esto?

—Cualquier cosa es mejor que esto —respondió el niño sin dudar—. Si no nos vamos de aquí, acabaremos muriendo. Y, puestos a morir, al menos que sea tratando de escapar, ¿no crees?

Rata lo pensó durante unos segundos antes de asentir, para al instante negar

con pesar.

—Es una locura. En cuanto se den cuenta de que no estamos nos perseguirán con los perros.

—Entonces tendremos que ser más rápidos que ellos.

Connor se incorporó de golpe y miró alrededor, desorientado, con el cuerpo cubierto de sudor y la respiración jadeante. La luz del amanecer se filtraba de forma tenue entre las cortinas de la elegante habitación. Estaba sentado en la cama y Samantha dormía plácidamente a su lado. Solo había sido un sueño.

Pensó en despertarla y perderse en su cuerpo por unos minutos para olvidar los malos recuerdos, pero descartó la idea. No quería empañar su acto de amor con las pesadillas que lo rondaban. Además, estaba tan alterado que no toleraría bien el contacto físico, ni si quiera el de su esposa.

Se vistió de un modo informal y salió de la habitación sin hacer ruido. Necesitaba un café que le despejara la mente. Su primera intención fue pedirlo a alguna criada, pero luego lo pensó mejor y marchó en busca de la cocina.

No fue tarea fácil, aquella mansión era un verdadero laberinto. La suntuosidad de aquel lugar lo apabullaba, una mansión que había pertenecido durante generaciones a los Richmond, con retratos familiares salpicando las paredes, hablando de un linaje que se remontaba siglos atrás.

Después de varios minutos recorriendo pasillos, algunos incluso dos veces, y abriendo y cerrando puertas, por fin dio con su objetivo.

Pese a lo temprano que era, la cocina ya rebosaba actividad. Hombres y mujeres trajinando de aquí para allá, cacerolas humeantes, tintineo de vajilla, conversaciones y risas... Entró con sigilo, pero su presencia no pasó desapercibida. El tiempo pareció congelarse y, por un segundo, sintió decenas de ojos sobre él, todos mirándole con asombro.

Maldijo en silencio. Seguro que era una falta total de etiqueta que uno de los invitados acudiera allí. Tenía que haber llamado a alguna criada y pedirle lo que fuera, como hubiese hecho cualquier caballero, o incluso despertar a Andrew. Pero él no quería molestar, tan solo quería un condenado café sin crear un escándalo por ello.

—Me gusta la gente madrugadora. Acércate, muchacho.

La voz le detuvo justo cuando estaba a punto de dar media vuelta y salir huyendo de allí. Connor se giró, buscando a la persona que había hablado, y se sorprendió al ver a la duquesa viuda vestida con un sencillo vestido y un delantal, y con las manos en la masa... literalmente.

—Excelencia, disculpe, no la había reconocido.

—No estoy aquí para que me reconozcan, vengo aquí para trabajar. Y por favor, llámame lady Sophia —añadió, mientras amasaba un mazacote blancuzco dispuesto sobre la mesa espolvoreada de harina—. Dime, ¿qué te trae por mi cocina?

—¿Su cocina?

—Antes de duquesa, fui cocinera. De hecho, crecí entre los fogones de esta misma cocina —declaró la anciana, mientras utilizaba el rodillo para extender la masa.

Lo dijo con tanta naturalidad que Connor al principio no la creyó. Pero al ver su mirada desafiante, supo que decía la verdad.

—No pongas esa cara de asombro. Es bien sabido que los Richmond siempre han tenido predilección por los plebeyos. El único de mis hijos que se ha casado con alguien de la nobleza ha sido Nathaniel, pero teniendo en cuenta que cuando se enamoró de Madeleine pensaba que era una simple criada, no sé si cuenta como excepción —explicó lady Sophia—. Y ahora, ¿me dirás qué te ha traído aquí?

—No podía dormir y vine en busca de un café.

—Hacemos un trato. Te ofrezco café a cambio de que me ayudes. Aunque no sé si eres un hombre de los que temen ensuciarse las manos.

Como única respuesta, Connor se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa.

—Sabía que Samantha elegiría bien —musitó la anciana, mirándolo con aprobación.

—Todavía no comprendo por qué me escogió a mí, pudiendo haber elegido a cualquier hombre de los muchos que la cortejaban. Pertenece a una de las familias más ricas del país, es inteligente, hermosa, perfecta. Y yo no soy nadie —gruñó Connor, sacando a la luz su mayor miedo—. Me asusta que estando aquí, rodeada de los suyos, viendo lo diferente que soy de los nobles con los que ha crecido, se dé cuenta de que ha cometido una gran equivocación al casarse conmigo.

—¿Sabes hacer galletas?

El cambio de tema fue tan repentino que Connor parpadeó, aturdido, para después negar. Lady Sophia le dio las instrucciones para que cortara la masa a trozos, los mezclara con trocitos de chocolate y los pusiera en una bandeja.

—A Samatha le encanta el dulce, ¿sabes? —Él asintió—. Ya de pequeña encandilaba con su sonrisa y le era fácil ganarse el cariño de todos. Deducirás

con acierto que era la niña mimada de la casa.

Connor la pudo imaginar correteando por la mansión, metiéndose en un lío tras otro guiada por su inagotable curiosidad, y rodeada y protegida por el amor de su numerosa familia.

—Había dos cocineras que la adoraban y siempre competían por prepararle los dulces más extravagantes y sofisticados —continuó explicando la anciana—. Ella siempre los probaba y agradecía su esfuerzo con sinceridad. Y no me cabe duda de que los disfrutaba. Pero, si le daban a elegir, siempre prefería mis galletas con chocolate.

—No entiendo a dónde quiere llegar a parar.

—El corazón es caprichoso, igual que el paladar —concluyó la anciana—. No busques razones lógicas para el amor: ella te ha elegido a ti. Tú eres su galleta de chocolate, querido muchacho. Acéptalo.

CAPÍTULO 48

Connor dejó que Andrew le pusiera la chaqueta como toque final a su traje de etiqueta. Una vez más, había transigido y había dejado que su mayordomo hiciera las funciones de ayuda de cámara y lo ayudara a vestirse. Después de todo, para eso le había acompañado hasta Bellrose House. Según Samantha, aunque los duques ofrecían personal de servicio para cubrir las necesidades de sus invitados, muchos nobles preferían viajar con sus asistentes de confianza.

—Si me permite decirlo, está muy elegante, señor.

Aquella declaración, acompañada de una mirada de orgullo, hizo que sus mejillas se ruborizaran mientras observaba su reflejo en el espejo de pie que había en la habitación.

—Gracias. Pero el mérito es tuyo, maldición —reconoció, mirándolo de reojo—. No sé cómo consigues que la ropa me quede perfecta.

—Es mi trabajo, señor.

La puerta que comunicaba su habitación con la de su esposa se abrió y Connor estuvo a punto de caer de rodillas antes la aparición que se presentó ante él. Samantha llevaba un espectacular vestido de terciopelo color plata que envolvía sus curvas de una forma deliciosa. Su cabello oscuro estaba sujeto en un intrincado recogido que dejaba escapar varias gudejas rizadas enmarcando su rostro de una forma encantadora. Como único aderezo, llevaba los pendientes y el collar de perlas que Connor le había regalado para la boda. Sus ojos volaron al pronunciado escote y sintió cómo las rodillas le temblaban por el deseo.

Supo que se había quedado embobado admirándola cuando sintió que Andrew carraspeaba con fuerza.

—¿Cuánto tiempo llevo haciendo el ridículo?

—Unos diez segundos —respondió Samantha, con una sonrisa pícaro.

—Pues bien, es culpa tuya —rezongó, acercándose hacia ella y tomándola de la cintura—. No se puede ser tan condenadamente hermosa. ¿No te gustaría que

pusiéramos una excusa para no ir a esa maldita cena y nos quedásemos aquí en la habitación? —inquirió, con voz sugerente, mientras enterraba el rostro en su cuello para aspirar su dulce aroma.

—¿Sabes el tiempo que le ha costado a mi doncella hacerme este peinado? —replicó Samantha, escabulléndose de su agarre con una risilla—. Además, la velada de esta noche es una recepción para dar la bienvenida a todos los invitados, sería muy descortés no acudir.

Connor terminó claudicando y, ofreciéndole el brazo a su esposa, abandonaron la habitación. Pese a que Samantha no se separó de su lado mientras saludaban a todos los asistentes, él no se conseguía deshacer de la sensación de que estaba fuera de lugar entre aquella gente.

La cena no fue mucho mejor. No sabía por qué razón, ocupaba un lugar de honor en la mesa, al lado del duque de Bellrose y rodeado por varios de los más ilustres invitados. Era como si el duque lo quisiera tener cerca para estudiar su conducta. Connor había aprendido el protocolo que debía seguir en un banquete tan distinguido, pero no era algo a lo que estaba acostumbrado y tenía que concentrarse para no actuar de forma indebida.

Para empeorar la situación, a Samantha le asignaron un asiento a más de tres metros de distancia de él. Mientras degustaba los siete platos que componían el menú, tuvo que observar cómo lord Paddington, sentado al lado de su esposa, y otros caballeros, la agasajaban sin cesar, robando las sonrisas que le pertenecían a él.

—MacDunne, ¿no te han dicho que no es de buena educación acuchillar a los invitados con la mirada? —murmuró Nicholas con una sonrisa ladeada, sentado a su derecha.

—Algunos no tenemos la sangre fría para ver cómo babea encima de su esposa y actuar con normalidad —replicó con un gruñido hosco.

—¿Insinúas algo? —inquirió Nicholas, sin entender.

—Que como el conde de Donham se siga asomando así sobre el escote de Kathleen posiblemente pierda el monóculo entre sus pechos.

Sonrió cuando escuchó que Nicholas soltaba un taco impropio de un caballero, se erguía en su asiento y clavaba una mirada ceñuda sobre el conde.

—¿Ahora quién es el que acuchilla a los invitados con la mirada? —rezongó Connor, bebiendo de su copa para esconder una sonrisa.

—Maldición, le dije a Kathleen que ese escote era demasiado atrevido, pero se puso hecha una fiera cuando le ordené que se cambiara de vestido.

—Siempre he dicho que no hay nada mejor como un elegante chal para reprimir los instintos asesinos durante la cena —señaló el duque de Bellrose, mirando con intención la prenda que cubría los hombros de la duquesa, situada en la otra punta de la mesa—. Con el tiempo os daréis cuenta de que se ganan más batallas con flores que a cañonazos —añadió, alzando su copa en un mudo brindis hacia su esposa.

La mirada de Connor se desvió hacia Joshua. Si la noche anterior lo notó taciturno, en aquella ocasión parecía de lo más incómodo. Y sin duda la razón de ello era la dama que se sentaba enfrente de él. La nueva duquesa de Morton no paraba de lanzarle miradas insinuantes, cosa que, estando su marido cerca, no era lo más inteligente. Al menos el buen hombre no se percataba de nada, hablando con entusiasmo de la cacería que se llevaría a cabo en un par de días con otro lord que tenía al lado.

Durante el resto de la velada, Connor se sintió continuamente observado por algunos invitados, como si estuvieran esperando que hiciera algo indebido para poder mirarle con superioridad. En especial lord Paddington y su grupo de amigos, todos jóvenes lores que, al parecer, habían sido fervientes pretendientes de su esposa.

Para ellos, debía ser indignante que un hombre como él hubiese conseguido la mano de Samantha. Observó impotente cómo, uno tras otro, bailaban con su mujer y coqueteaban con ella sin pudor. Parecía no importarles que estuviese casada, incluso la evidente falta de interés de la muchacha les traía sin cuidado.

En aquel momento, cinco de aquellos cretinos la rodeaban, algunos tratando de tentarla con las frivolidades que se ofrecían en la mesa de los refrigerios, otro ofreciéndole una bebida, los demás simplemente la rondaban embobados. Demasiado solícitos. Demasiado cerca de ella, maldición. Apretó los puños, y dio un paso hacia ellos, dispuesto a conseguir a su esposa aun a riesgo de tener que enfrentarse a ellos y montar un escándalo, cuando una mano sobre su hombro lo detuvo.

—No les des el gusto.

Se giró y se encontró con el joven pelirrojo con el que vio a Samantha en el teatro. Si no recordaba mal, se llamaba Derrick. Era el primogénito de los condes de Maidstone, los tíos de Samantha.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que esos idiotas están tratando de provocarte.

El que respondió fue Warren. A él lo recordaba a la perfección: el experto en

cuchillos.

—No niego que no se sientan realmente atraídos por Samantha —continuó diciendo lord Warren—, siempre han estado entre sus admiradores...

—Como la mayoría de hombres entre cinco y cien años —terció Derrick.

—Pero el espectáculo de esta noche tiene como única finalidad el hacerte enojar —concluyó Warren—. Que ella te haya elegido a ti ha dañado muchos egos.

—Si haces uso de la fuerza demostrarás ante todos que no eres un caballero

—¿Y qué debo hacer? ¿Quedarme parado viendo cómo la acosan?

Los primos intercambiaron una mirada entre ellos y prorrumpieron a reír.

—¿De qué os reís? —inquirió Nicholas, acercándose al trío.

—MacDunne quiere ir a salvar a Samantha de sus admiradores.

Nicholas estalló en una sonora carcajada.

—No le veo la gracia —gruñó Connor, hosco.

—Samantha ha tenido que sufrir esa clase de atenciones desde que empezó a llevar vestidos largos —explicó Nicholas—. Los hombres pierden la compostura cuando están a su lado.

—Recuerdo una fiesta en la que recibió cinco propuestas de matrimonio, todas de caballeros que acababa de conocer —añadió Warren.

—¿Y qué me decís de la fiesta de máscaras del año pasado? Alguien dio la voz de que ella iba a ir disfrazada de Margarita de Escocia y la mayoría de jóvenes se disfrazaron del rey Malcom III, asegurando ser su pareja ideal —rememoró Derrick.

—Menos lord Finlay, que entendió que Samantha se disfrazaría de margarita, la flor, y apareció disfrazado de abeja —señaló Warren.

—Ese chico siempre ha tenido pocas luces —sentenció Derrick.

Esta vez, cuando compartieron la risa, Connor se unió a ellos imaginando la situación.

—Lo que tratamos de decirte es que Samantha no necesita a nadie que la defienda en estos casos —concluyó Nicholas—. Cuando su paciencia se acabe, actuará.

Nada más decirlo, se armó un revuelo entre los admiradores de Samantha. Al parecer, la muchacha, por despiste, derramó su copa de ponche sobre la nivea camisa de lord Paddington, al tiempo que, sin querer, estrellaba el cremoso pastel que llevaba en la mano contra la chaqueta de lord Finlay. Parte de dicho pastel acabó, sin saber cómo, en la manga de lord Kendall. Y para rematar, por

accidente, su codo se estrelló contra el estómago de lord Wirham y clavó el tacón de su botín en el empeine de lord Lambert.

Vio con asombro cómo Samantha se despedía de sus pretendientes como si no hubiese caído como una peste sobre ellos y caminó tan tranquila hacia él.

—Te echaba de menos —murmuró, enlazando su brazo y apretándose contra él—. ¿Qué te parece si damos un paseo por el jardín?

Connor asintió, sin palabras. Su inocente esposa era capaz de causar la devastación entre los hombres en cuestión de segundos. Aunque no le sorprendía: solo con una mirada hacía estragos en su corazón.

CAPÍTULO 49

Aquella velada se estaba haciendo insufrible.

Los duques habían reunido aquella semana a más de cien invitados bajo su techo, gran parte de la flor y nata de la sociedad, tanto de la nobleza como de la burguesía. Que Bellrose House fuese una de las mansiones más grandes de Inglaterra, con sus trescientas sesenta y cinco habitaciones, lo había hecho posible. Para la ocasión se habían habilitado las alas de la casa que normalmente estaban cerradas y un batallón de criados había sido contratado de refuerzo para ayudar a la plantilla habitual. Samantha estaba acostumbrada a aquellos excesos, pero debía reconocer que para alguien ajeno a ese mundo, todo podía resultar demasiado intimidatorio.

Lo que era un hecho es que había perdido la paciencia para soportar los halagos superfluos de sus admiradores. No es que hubiese tenido mucha alguna vez, pero nunca le habían molestado hasta ese punto. Intentó mostrarse alegre durante la cena, no queriendo ensombrecer el aire festivo que parecía envolver a los invitados, hasta el punto de que las mejillas le empezaron a doler por el esfuerzo que le suponía sonreír. Pero, conforme la noche avanzaba, fue desistiendo. Aunque eso no disuadió a los cinco hombres que la rodeaban.

Se estaban volviendo tan empalagosos que tuvo que cortar la situación de forma contundente: un empujoncito por aquí, un codazo por allá, un pisotón, y con una sonrisa de disculpa, se escabulló y fue en busca de su marido.

Lo encontró a pocos metros, observándola divertido.

—Te echaba de menos —murmuró, enlazando su brazo y apretándose contra él—. ¿Qué te parece si damos un paseo por el jardín?

Connor asintió, con expresión de alivio.

No intercambiaron más palabras hasta que salieron. La visión nocturna del jardín la hizo contener el aliento. Las rosas blancas fulguraban bajo la luz de la luna como un reflejo de las estrellas en el cielo. Era un espectáculo que la había

acompañado desde que tenía uso de razón y del que nunca se cansaba. Miró de reojo a Connor y le complació ver que parecía igual de embelesado que ella por la estampa.

—¿Estás disfrutando de la velada?

—Ahora sí.

—Para mí también está siendo una tortura —reconoció ella—. Mis padres disfrutan dando este tipo de fiestas, reuniendo a la familia y a los amigos bajo el mismo techo —explicó Samantha—. Esa parte me gusta pero, por lo demás, ceo que no encajo del todo aquí. La verdad es que no sé si alguna vez lo hice —añadió, al ver su cara de asombro—. No se me da bien conversar de cosas triviales, y es lo que abunda en este tipo de reuniones. Además, a las damas se nos trata como si nuestra inteligencia no pudiese asimilar algo más allá del color del vestido que nos favorece o el sombrero que nos sienta mejor. Y eso me frustra muchísimo —reconoció, con un suspiro—. Durante la temporada, asistí a un montón de fiestas, a cada cual más aburrida y cada cual más pomposa. Esta, por ejemplo —dijo, señalando con la mano hacia la casa—. ¿No piensas que es una aberración gastarse una fortuna en proporcionar entretenimiento a tantas personas durante una semana?

—La nobleza siempre ha utilizado este tipo de ocasiones para demostrar su poder o su riqueza ante los demás.

—¿Insinúas que mi padre lo hace con fines ostentosos?

—No soy quién para juzgar.

—Tal vez no estés del todo equivocado —admitió Samantha, después de pensarlo durante unos segundos—. Siempre he pensado que mi padre es una mezcla contradictoria de rancio abolengo y progreso.

—Supongo que es difícil aunar las viejas costumbres con los tiempos modernos.

En ese momento, uno de sus admiradores salió a la terraza, sin duda en busca de su compañía para el próximo baile. Pero una mirada de advertencia de Connor fue suficiente para que volviera al salón de baile sin abrir la boca.

—A veces me siento acosada.

—Cualquier mujer estaría encantada de tener tantos admiradores a su alrededor —señaló Connor, divertido por su comentario.

—A estas alturas ya deberías saber que no soy cualquier mujer —respondió ella, dándole un codazo—. No quiero un batallón de hombres a mis pies. Solo quiero uno en mi corazón. Te quiero a ti, Connor MacDunne.

Aquella declaración le valió un apasionado beso de su esposo, pero a los pocos segundos tuvieron que separarse al ver que no eran la única pareja que había decidido salir en busca de aire fresco.

Por el rabillo del ojo, Samantha vio cómo lord Paddington se escabullía de forma discreta por una de las puertas que daban al jardín acompañado de una dama a la que no consiguió verle el rostro. Al parecer, al hombre no le había costado encontrar a otra destinataria más dispuesta a sus atenciones con la que perderse en la oscuridad en busca de intimidad.

Estaba pensando en sugerirle a Connor que hicieran precisamente eso cuando la figura de un hombre captó su atención. Lo reconoció al instante: Joshua. Y para su consternación, salió de forma furtiva en pos de la pareja.

Algo en su actitud acechante le hizo caer en la cuenta de lo que estaba ocurriendo: la misteriosa acompañante de lord Paddington debía ser Emily, la nueva duquesa de Morton.

—Esa arpía está jugando a tres bandas.

La afirmación de Connor la sorprendió. Parecía haberse percatado de todo solo con ver la escena.

—Es mi trabajo, mi amor —declaró, respondiendo a la pregunta asombrada de sus ojos—. A veces la actitud de las personas, los gestos y miradas, son más esclarecedoras que las palabras. La duquesa de Morton ha ignorado a su marido toda la noche. Parece que ya tiene de él lo que ansiaba, su título, y ahora se dedica a buscar compañía con la que entretenerse —explicó Connor, sagaz—. Ha estado coqueteando con tu hermano, pero Joshua no le ha seguido el juego. Por lo que veo, lord Paddington es de moral más relajada y no tiene reparos en enredarse con una mujer casada.

Samantha sufrió por su hermano. Estando enamorado de Emily, la actitud de la muchacha debía estar atormentándolo. Joshua siempre mostraba mucha templanza, pero tenía un carácter muy sensible y, aunque trataba de disimularlo, todo le afectaba en demasía. No sabía cómo podía reaccionar ante la doble traición de aquella muchacha.

—¿Quieres que lo siga para impedir que se meta en algún lío? —inquirió Connor, leyéndole la mente.

—Por favor —respondió ella al instante—. Pero yo te acompaño.

—¿Cómo no? —musitó Connor, con un suspiro—. Es lo que pasa con contraer matrimonio con una periodista con más curiosidad que un gato.

—¿Que nunca te aburres?

—Eso por descontado —concedió él, dándole un beso rápido.

Juntos se pusieron en marcha, siguiendo a Joshua a través de las sombras. Después de varios minutos andando, Samantha supo dónde se dirigían: al laberinto de setos que había al fondo del jardín. El lugar ideal para tener una cita clandestina de forma discreta, justo donde tenía pensado llevar a Connor cuando le propuso salir al jardín.

—La próxima vez que me sugieras salir al jardín, espero que sea para buscar la intimidad de un lugar como este y no para perseguir a otros —gruñó él, mientras la arrastraba entre los setos.

—¿Sabes? Tienes una facilidad pasmosa para leerme el pensamiento —confesó Samantha, riendo a su pesar.

Justo estaban girando por uno de los primeros tramos del laberinto cuando tropezaron con otra pareja.

—Demonios, ¿qué hay que hacer en este lugar para encontrar un poco de intimidad?

—¿Warren?

—La que faltaba —gruñó su primo, reconociéndola—. Primero me encuentro con Nicholas y Kathleen haciendo manitas en la glorieta, y ahora tu marido y tú en el laberinto. ¿Qué sentido tiene hacer una escapada clandestina si estás casado con tu pareja?

La pareja de Warren en cuestión, lady Margaret, una joven y atractiva viuda, le dio un discreto codazo.

—¿Has visto a Joshua por aquí? —preguntó Samantha.

Justo cuando su primo iba a responder un grito quedo se oyó a pocos metros de ellos, seguidos por sonidos de pelea. Las dos parejas corrieron hacia el origen del altercado sin pérdida de tiempo.

En uno de los terminales sin salida del laberinto, a los pies de una estatua de Eros abrazando a Psique, se distinguía la silueta de dos hombres enzarzados en una pelea, mientras una mujer los observaba con oscura satisfacción.

Connor y Warren corrieron a separarlos.

—Demonios, Joshua, contrólate —urgió Warren, reteniendo al joven médico desde atrás—. Con esto solo conseguirás que la reputación de la chica quede arruinada.

—Esta maldita zorra se merece eso y mucho más —escupió Joshua con rencor.

Samantha dio un respingo al oírle. Su hermano estaba fuera de sí, nunca lo había visto tan alterado. ¿Tanto le había afectado esa mujer?

—Lo que pasa es que está celoso porque ha preferido mis encantos a los tuyos —replicó lord Paddington, con una sonrisa de satisfacción.

—Nadie te ha pedido que abras la maldita boca —susurró Connor en el oído del conde, con una voz tan sedosa que le puso los pelos de punta, mientras su brazo atenazaba el cuello del lord—. Es más, ya no pintas nada aquí, será mejor que regreses a la fiesta. Y más te vale ser discreto con lo que ha pasado o te arrepentirás —advirtió, con un brillo letal en la mirada, y lo alejó con un empujón.

—Todo esto es culpa tuya —siseó la muchacha, encarándose a Joshua, cuando Paddington se fue—. ¿No ves que si he venido aquí con el conde ha sido para darte celos? Llevas toda la noche ignorándome —añadió con un mohín.

—Te pedí matrimonio y me rechazaste por el título de duquesa. ¿Qué esperabas?

—Pero yo te amo —insistió ella, con un brillo extraño en la mirada.

—¿Que me amas? Tú no sabes lo que eso —musitó Joshua, lívido—. Si te he seguido hasta aquí es porque una parte de mí quería creer que tenías alguna razón de peso para hacer lo que hiciste y que no podía haber estado tan engañado respecto a ti. Pero al verte aquí con lord Paddington he comprendido hasta qué punto he hecho el ridículo.

—Joshua... —empezó a decir Emily, poniendo una mano en su brazo.

—Basta —rugió Joshua, deshaciéndose de su contacto con un movimiento brusco—. No vuelvas a pronunciar mi nombre y no me toques. Escúchame bien porque no bromeo: si te acercas a mí, te mataré.

CAPÍTULO 50

—Pequeño Ambrose, me parece que vas a romper muchos corazones —musitó Samantha, mientras acunaba a su sobrino entre sus brazos.

Tenía menos de un mes de vida y no hacía nada más que observarlo todo con solemnidad, pero se había ganado un hueco en el corazón de los Richmond antes incluso de nacer.

—Se parece mucho a Nicholas, ¿verdad? —declaró Kathleen, observando con adoración la pelusilla oscura que cubría su cabeza.

—Pero tiene los ojos azul oscuro como tú.

—Tu madre me ha dicho que ese color es normal en los recién nacidos. Luego les puede cambiar.

—Tenga el color de ojos que tenga, será hermoso —concluyó, segura, mientras hacía carantoñas al bebé.

—Samantha, ¿eres feliz con Connor?

La pregunta la sorprendió.

—Soy muy feliz, ¿por qué lo dices?

—Bueno, tu esposo no ha estado demasiado sociable estos días.

Aquello no lo pudo negar. Connor no había participado en ninguna de las actividades que los anfitriones habían organizados para entretener a sus invitados. Incluso, en más de una ocasión, Samantha le había propuesto ir a dar un paseo a caballo para poder enseñarle la zona, y él se había negado en rotundidad a hacerlo.

—No le gusta estar aquí.

—Eso lo puedo entender —susurró Kathleen—. La primera vez que vine a Bellrose House me sentí igual. Ya no solo por la casa, los criados y toda la riqueza que teníais, si no por cómo era vuestra familia en sí. Eráis tantos y estabais tan unidos, os demostrabais tanto cariño incluso durante vuestras peleas, que muchas veces me sentía fuera de lugar. No era vuestra culpa, lo sé, pero

cuando estaba con vosotros era más consciente de las carencias que había tenido en mi vida.

—¿Crees que eso le puede pasar a él?

—Es muy posible. ¿Qué sabes de su pasado? ¿Cómo fue su niñez?

—Lo único que sé es que llegó a Whitechapel cuando tenía nueve años. Antes de eso, nada. Se cierra como una tumba cada vez que saco el tema —explicó—. ¿Sabes? Lleva un pequeño relicario de oro colgado al cuello con el retrato de una muchacha en su interior; una joven elegante, morena y de ojos verdes. Me dijo que era su madre.

—Tal vez deberías hablar con él sobre ello.

—Eso es más fácil de decir que de hacer. En esta casa es imposible encontrar un minuto de intimidad.

Devolvió el bebé a su madre después de besarlo en la frente y salió de allí en busca de su esposo. Iba por el corredor cuando se encontró con Emily, la duquesa de Morton, ataviada con un elegante traje de montar granate que realizaba la blancura de su piel.

—Lady Samantha, ¿no nos va a acompañar en el paseo a caballo alrededor del lago? —inquirió con naturalidad, como si hubiese borrado de su mente el incidente del laberinto o no sintiera vergüenza alguna por ello.

—No, hoy no me apetece —masculló, no queriendo hablar con ella más de lo necesario.

Justo cuando iba a pasar por su lado, Emily se interpuso en su camino.

—No la entiendo. Con su apellido y su belleza hubiese podido casarse con el mismísimo príncipe Alberto, corren rumores de que la cortejó, y, en su lugar, ha elegido a un don nadie sin título. No niego que es atractivo, pero, una vez casada, podía haber buscado su compañía de forma discreta.

—Oh, pero eso me convertiría en una zorra fría y calculadora, ¿no le parece? —replicó Samantha con voz suave, conteniendo su ira pues estaba segura de que eso era lo que aquella arpía había planeado hacer desde un principio: casarse con el duque y tener a Joshua de amante. Se alegraba que su hermano no se hubiese prestase a ello—. Ha menospreciado el amor de mi hermano por conseguir su codiciado título. Pues bien, pronto se dará cuenta de que los títulos no calientan el corazón.

—Dice eso por envidia, porque he conseguido llegar a ser duquesa. Y usted ¿qué es?

—Yo soy feliz —respondió ella con sinceridad—. Y ahora, si me disculpa,

Excelencia —añadió, poniendo todo su desprecio en el apelativo.

—Su hermano acabará entrando en razón, ya verá. Y, entonces, lo tendré todo —aseguró Emily, y en sus ojos volvió a aparecer el mismo brillo que en la otra noche. Esa vez, Samantha lo reconoció: obsesión.

Se alejó de ella y al girar el pasillo se chocó con el duque de Morton. El hombre le agradaba. Se conservaba bien para rondar los sesenta años y era de trato agradable. No se merecía tener a una bruja como Emily por mujer. Tan solo esperaba que no hubiese oído nada de la conversación que acababa de tener con ella.

—Disculpe mi torpeza, lady Samantha. Estaba buscando a mi esposa.

—Creo que iba a dar un paseo a caballo.

—¡Ah, bendita juventud! Cómo envidio la energía que desbordan —murmuró, con una sonrisa pesarosa—. ¿Sabe? Perdí a mi prometida en mi juventud y nunca pensé que me casaría, ni siquiera para perpetuar mi título. Pero Emily se parece tanto a ella que, cuando la conocí, sentí que tenía una segunda oportunidad para volver a ser feliz. ¿Lo comprende?

—Sí —respondió Samantha con sinceridad. El problema era que el pobre no había escogido a la mujer adecuada.

—En fin, voy a ver si consigo alcanzarles antes de que salgan. Que tenga un bonito día, lady Samantha.

Samantha vio con tristeza cómo se alejaba el duque. Si Emily seguía con su estúpido comportamiento, iba a hacer daño a muchas personas.

Dispuesta a dejar atrás el desánimo que la había invadido tras aquella conversación, fue en busca de su marido. Después de varios minutos, lo encontró detrás de las cuerdas, en un cercado que los mozos utilizaban para entrenar a los caballos. Oyó su voz y se acercó presurosa, pero se detuvo en seco al escuchar que había alguien más con él. Frunció el ceño al oír lo que a todas luces parecía un golpe, más aún al escuchar una carcajada que reconoció al instante. Sabía que no estaba bien escuchar una conversación ajena, pero su curiosidad ganó la batalla de nuevo y espío con sigilo. Lo que presenció la dejó sin respiración.

Su marido yacía en el suelo, a los pies de un caballo, mirando al animal con cara de disgusto.

—Cuando me dijiste que no sabías montar a caballo no te creí —rio Derrick, al tiempo que le ofrecía la mano para ayudarlo a levantarse—. Pero ya veo que no mentías. Es la segunda vez que caes de bruces contra el suelo en menos de una

hora.

—No todos hemos tenido el privilegio de nacer en un lugar con caballos y mil acres para recorrer —masculló Connor, mientras se espolsaba los pantalones—. Vivo en Londres, por el amor de Dios. Si quiero desplazarme voy en carruaje, incluso en metro. Es una ciudad civilizada. No necesito subir a lomos de un apestoso animal —gruñó, de mal humor.

A pesar de sus palabras, acarició al caballo con reverencia, lo que le valió un cabezazo cariñoso del equino.

—Pues tú parece gustarle a él —señaló Derrick, estudiando el gesto con una mirada intensa—. Siempre he dicho que los animales tienen buen instinto para las personas. Tal vez por eso me hayas caído simpático y haya cedido a tu petición de enseñarte a montar.

—¿Porque le gusto a un caballo?

—Exacto.

Desde su escondite, Samantha contuvo la sonrisa al ver la mirada extrañada de Connor. Su primo Derrick tenía teorías un tanto absurdas para el resto del mundo, pero muy lógicas para él.

—Dejemos la charla y sigamos con el suplicio —masculló Connor, montando otra vez al caballo con movimientos torpes.

—Si tanto te disgusta esto, ¿por qué estás decidido a aprender?

—Porque cuando mi esposa me diga que quiere dar un paseo a caballo conmigo, quiero poder complacerla sin que se avergüence de mi —respondió Connor, sin más.

Samantha se llevó la mano a la boca para contener el sollozo que atenazó su garganta cuando el significado de aquellas palabras penetró en su mente y en su corazón. Sintió cómo los ojos se le humedecían al observar los absurdos esfuerzos de Connor por hacerla feliz. ¿Avergonzarse de él? Nunca podría.

Recordó las palabras que había intercambiado con la nueva duquesa de Morton y se reafirmó en su pensamiento. Emily podía quedarse con todos los títulos que quisiera. El amor de Connor tenía un valor infinitamente mayor.

CAPÍTULO 51

El ladrido de los perros se escuchó en la lejanía como una sentencia de muerte, despertándolos de su sueño.

—¿Lo has oído?

—Perros —musitó Rata, con el rostro lívido.

—Tenemos que darnos prisa.

Los dos niños se pusieron en pie con premura. A pesar de tener el cuerpo aterido por la falta de abrigo, el miedo les hizo volar por entre la maleza. Pero para su desaliento, los ladridos cada vez se escuchaban más cerca.

—Corre, maldita sea, Connor. ¡Corre!

El día más esperado por los invitados era el más temido por Connor.

Los duques organizaban todos los años una cacería del zorro el 4 de noviembre, justo en el ecuador de la semana de festejos. Ese día en concreto, se vivía con gran ceremonia y mucho entusiasmo.

A primera hora de la mañana, los trabajadores taparon las entradas de las madrigueras, impidiendo que los zorros, que habían estado de caza por la noche, regresasen a sus guaridas subterráneas y se vieses obligados a cobijarse en la maleza, quedando así expuestos a los cazadores.

A las once, todos los asistentes se reunieron en el patio trasero de la mansión.

Connor condujo su caballo a paso lento para reunirse con el grupo de jinetes, encabezados por el duque de Bellrose, que hacía las veces de Maestro de caza. A pesar de que había estado practicando la monta con Derrick con la esperanza de no hacer el ridículo ante los invitados y que Samantha se pudiese sentir avergonzada por su ineptitud, se sentía intranquilo. El eco de la pesadilla todavía retumbaba en su mente y los ladridos de los sabuesos no hacían más que atormentarle. Su caballo se revolvió, nervioso, como si pudiese sentir su tensión,

y Connor lo controló con mano firme, tal y como le había enseñado Derrick.

—MacDunne, ¿necesitas ayuda con tu montura? —inquirió lord Paddington con una sonrisa burlona.

La pregunta era insignificante en apariencia, pero Connor detectó la doble intención en la mirada lasciva que le lanzó a Samantha con disimulo. Si estuviese en Londres, en su terreno, le hubiese dejado sin dientes al momento. Pero allí...

«Allí también, maldición», gruñó en su interior, cansado de aguantar a aquel idiota.

Justo en el momento en el que iba a bajarse del caballo y derribar a aquel cretino, Derrick y Nicholas aparecieron, interponiéndose entre ellos.

—Paddington, ¿decías algo de la montura de mi cuñado? —inquirió Nicholas con una voz tan sedosa que helaba la sangre y recalcando «mi cuñado» para que quedase claro que estaban emparentados y contaba con la protección de los Richmond.

Lord Paddington reculó al instante y se volvió a reunir con sus amigos.

—MacDunne, mi primo y yo hemos hecho una apuesta —comentó Derrick, con un brillo pícaro en sus ojos oscuros, distendiendo el ambiente—. Nicholas asegura que caerás en el primer seto, así que no me defraudes.

—Y supongo que tú habrás apostado a que llegaré hasta el final —dedujo Connor, complacido.

—¿Habiendo aprendido a montar hace dos días? Olvídalo —bufó Derrick—. He apostado a que caerás en el segundo seto —añadió, con un guiño—. Y es un resultado del que sentirse orgulloso, créeme. Los participantes en una cacería son expertos jinetes —añadió, riendo, mientras guiaba su caballo hasta ponerse junto al duque.

—No tienes que demostrar nada, Connor. No tenemos por qué participar en la cacería.

Connor miró de reojo a Samantha. Estaba encantadora con el sombrero de copa, a pesar de que su rostro lucía una expresión preocupada.

—Puedo hacerlo —afirmó, mostrando más seguridad en sí mismo de la que sentía—. ¿Por qué todos los hombres llevan una chaqueta roja? ¿Es algún tipo de uniforme especial? —preguntó, tratando de buscar un tema de conversación que le templara los nervios.

—La cacería del zorro conlleva una serie de normas de etiqueta. Al ser tu primera vez, debes vestir chaqueta negra con botones negros. Si te desempeñas

bien durante la jornada, el Maestro te otorgará un botón de latón, y podrás vestir chaqueta roja la próxima vez.

—¿También es tu primera cacería? —inquirió, observando que Samantha también llevaba una chaqueta negra que ensalzaba sus curvas.

—Para las mujeres es diferente. Nosotras solo podemos vestir de color negro o azul marino. Como ya te he comentado, todo es muy protocolario. ¿Sabías que el número de botones de la chaqueta es algo a tener en cuenta? Mi padre, como Maestro de caza, lleva cuatro; los jinetes tres y...

Los perros aparecieron justo en aquel momento y ya no pudo escuchar las palabras de Samantha. Dejó de ver a los jinetes que los rodeaban. Todos sus sentidos quedaron absorbidos por los sabuesos que comenzaron a moverse entre las patas de los caballos, olfateando nerviosos. Sabía que iba a haber perros, no era una sorpresa. Pero al verse rodeado por una jauría de unos cincuenta sabuesos, el pánico lo atenazó. Un miedo visceral que lo dejó totalmente paralizado.

Por un momento se vio inmerso en sus recuerdos.

—Demonios, nos van a alcanzar.

Por más rápido que corriesen, los ladridos cada vez se escuchaban más cerca, y sus cuerpos extenuados por el hambre y el frío estaban empezando a agotarse. Avanzaban a la desesperada, jadeantes, guiados tan solo por la tenue luz de la luna llena.

En aquel momento Rata tropezó con una piedra y cayó. Connor le agarró del brazo y tiró de él, ayudando a levantarse. Emprendieron otra vez la carrera, esta vez cogidos de la mano, unidos en lo que el destino quisiera depararles. Después de un minuto más de carrera, se detuvieron de golpe cuando se encontraron con un obstáculo insalvable: un río de unos diez metros de anchura. En otro momento, en otra situación, la belleza de la luna reflejada en el agua hubiese sido un paisaje digno de admiración. Pero para ellos se presentaba como una condena de muerte.

—No soy buen nadador —confesó Connor, con un sollozo.

—Yo tampoco —musitó Rata, abatido.

Buscaron con la mirada alguna vía de escape, algún puente que fuese su salvación, pero lo único que encontraron fue un viejo roble que descansaba junto a la orilla. Se giraron, acorralados, y para su horror vieron que los perros ya casi les habían dado alcance.

—Trepemos —urgió Rata.

Ayudándose el uno al otro, los niños comenzaron a subir con torpeza. Pero los perros llegaron antes de que se diesen cuenta.

CAPÍTULO 52

Samantha dejó de hablar al darse cuenta de que Connor no la escuchaba. Tenía la mirada perdida en algún punto del suelo y su rostro había empalidecido de forma alarmante.

En ese momento, el duque dio la señal al grupo para que emprendiesen la marcha y todos los jinetes pusieron sus monturas al trote rumbo al norte, siguiendo la estela que marcaban los perros.

—¿No venís?

—Adelantaos vosotros —respondió a Nicholas, que los miraba preocupados—. Creo que prefiero dar un paseo tranquilo con Connor —explicó, con una sonrisa que esperaba pareciese despreocupada—. Nicholas, por favor —añadió, al ver que no hacía ademán de marcharse.

Su hermano se percató de la lividez del rostro de Connor y no insistió. Con un gesto de despedida, azuzó a su caballo para que alcanzara al grupo, dejándolos solos.

Samantha llamó a Connor con suavidad, tratando de que regresase a ella, pero no fue hasta que le tocó el brazo cuando él reaccionó, aunque no de la manera que había esperado. Su contacto lo sobresaltó de tal forma, que el caballo se encabritó, y Connor, todavía con la mirada desenfocada, no pudo contenerlo a tiempo. Antes de que pudiese evitarlo, emprendió un alocado galope hacia el oeste.

Samantha maldijo y clavó los talones en los flancos de su yegua, instigándola para que fuera tras él. No pudo alcanzarlo antes de que llegara al primer seto y vio con horror cómo el caballo se alzaba para saltarlo. Contuvo el aliento, temiendo el momento en que Connor cayera derribado, pero no llegó. El caballo sorteó el obstáculo con agilidad y continuó avanzando, con su jinete todavía en su sitio.

Ella, siendo experta amazona, no tuvo problemas en sobrepasarlo, pero pronto

llegaron a la linde del bosque, donde una valla hecha con troncos de madera cercaba aquella parte. Gritó al ver que el caballo de Connor, en lugar de saltar, se detenía de repente. Connor no tuvo la suficiente desenvoltura para prever el movimiento y cayó al suelo con un golpe seco.

El corazón de Samantha se paró al ver que se quedaba inmóvil. Cuando por fin lo alcanzó, bajó del caballo de un salto, sin esperar si quiera a que se detuviera, y se arrodilló a su lado, sollozando. A simple vista no parecía tener ninguna herida. Le tocó con manos trémulas, tratando de encontrar alguna señal de vida, cuando, de repente, Connor abrió los ojos.

La miró sin ver. Sus facciones se contrajeron de horror, y, para su asombro, se incorporó de golpe y empezó a trastabillar hacia atrás, escapando de alguna amenaza invisible.

—¡Nos van a atrapar! ¡Nos van a atrapar!

—¿Quién?

—Los perros.

Samantha miró a su alrededor, confusa. No había ni rastro visible de ellos. Cierto era que se oían algunos ladridos, pero habían tomado otra dirección, lejos de donde estaban ellos.

—No hay perros, Connor, no... —Dejó de hablar al ver que su marido se encogía hecho un ovillo contra la valla de madera, poniendo la cabeza sobre las rodillas y comenzaba a sollozar.

Corrió a rodearle con los brazos, sintiendo cómo las lágrimas se deslizaban por sus mejillas al ver su estado de alteración. Al principio, Connor la rechazó, pero Samantha no se apartó, continuó dándole calor con su cercanía hasta que él se dio por vencido y aceptó su contacto, enterrando el rostro entre sus pechos. Lo arrulló con palabras tiernas, hasta que poco a poco comenzó a relajarse.

Algo lo atormentaba, lo sabía desde hacía tiempo. Una sombra que alimentaba sus pesadillas y que lo empapaba de sudor por las noches, que hacía que un hombre adulto, fuerte y orgulloso como él sollozase como un niño pequeño.

—Cuéntamelo, Connor —suplicó, acariciándole el cabello—. Dime lo que te aflige, por favor. Sácalo de tu interior para que puedas descansar.

Pensó que no le haría caso porque pasaron los segundos y no decía nada. Pero, de repente, empezó a hablar.

—Una vez te dije que crecí en el infierno. No mentía. La granja de los Culpeper era un hogar aceptable para los que tenían dinero para pagarlo, pero una pesadilla para los que nos abandonaron allí a nuestra suerte —explicó

Connor, con voz queda—. Insultos, golpes, hambre, frío. Los que vivíamos allí sabíamos que estábamos condenados a muerte. Conocí a un chico allí que se hizo mi mejor amigo. ¡Qué digo amigo! Dios, aquel niño era mucho más. Era mi familia, la única persona en el mundo a la que yo le importaba. —Sus labios esbozaron una sonrisa cargada de tristeza—. Un día decidimos escapar. Si teníamos que morir al menos que fuese escapando de allí.

Se quedó callado. Samantha estrechó su abrazo, dándole ánimos para continuar.

—Nos persiguieron como a animales —continuó al fin—. Soltaron a los perros y nos dieron caza como a esos pobres zorros indefensos que os gusta abatir. No buscaban atraparnos con vida, no. Simplemente azuzaron a esos bichos contra nosotros. Perros de presa; tan hambrientos como lo estábamos nosotros.

Samantha sintió cómo la piel se le erizaba al imaginar la situación, la angustia de aquellos pobres niños corriendo por sus vidas.

—Un río cortó nuestra huida. Buscamos alguna vía de escape, algún puente, algo que nos permitiese vadear las aguas, pero no hallamos nada. Tan solo había un viejo y enorme roble a nuestro lado, así que decidimos treparlo. No fue tan fácil como pensamos —añadió, haciendo una mueca—. Teníamos las manos adormecidas por el frío y estábamos débiles. Las astillas se nos clavaron en la piel. Aun así, ayudándonos el uno al otro, comenzamos a ascender, pero no lo suficientemente rápido. Conseguí trepar hasta una rama a unos dos metros sobre el suelo. Extendí la mano para ayudar a mi amigo a alcanzarla. Lo tenía bien sujeto. Y justo cuando pensé que lo lograría, los perros aparecieron. Al principio solo oí gruñidos, pero luego llegó el grito de dolor de él. —Su cuerpo se estremeció—. No lo solté. Es más, traté de agarrarlo con más fuerza, Lo cogí del pelo, de la camisa, de lo que estaba en mi mano, pero los perros tironeaban de él con demasiada fuerza y al final... se me escapó. —La miró, y en sus ojos había tanto pesar que Samantha sufrió por él—. Era mi única familia y no tuve la suficiente fuerza para salvarlo de aquellos animales. No pude hacer nada mientras despedazaban su cuerpo a mis pies.

—¿Y qué podías hacer? No eras más que un niño, Connor. No puedo ni llegar a imaginar... —Dejó de hablar. Las palabras no servirían de nada, su tormento era demasiado profundo. Simplemente lo abrazó, tratando de que sintiera que no estaba solo, que compartía su dolor y que lo amaba más allá de lo que pudiese imaginar.

—¿Cómo escapaste?

—Me lancé al río. Preferí morir ahogado que devorado por los perros.

—Pero no te ahogaste.

—Estuve a punto, pero el azar quiso que un tronco apareciese justo en aquel momento. Me aferré a él, salvando así mi vida, y me dejé llevar río abajo. —Se encogió de hombros al decirlo—. Malviví hasta llegar a Londres y lo demás ya lo sabes. —La miró otra vez con los ojos turbios—. Esa es mi historia, Sammy. ¿Me sigues amando?

—Nunca dejaré de amarte —aseguró ella.

Los ojos de Connor brillaron con una emoción contenida. Abrió la boca para decir algo más, pero luego la cerró, arrepentido.

—Dímelo, Connor. Cuéntame todo de una vez para que se acaben los secretos.

—Y si te dijera... —Se quedó callado de repente y su mirada se perdió en algún punto detrás de ella—. ¿Eso que se acerca no es un zorro?

Samantha se giró y vio a un zorro acercándose raudo hacia donde estaban. Su brillante pelaje rojizo era muy distintivo. Los dos vieron con asombro cómo el animalito se escabullía por debajo de la valla de troncos y se escondía dentro de un pequeño agujero entre unos arbustos a unos cinco metros de donde estaban ellos.

—Parece que ha encontrado un refugio. Deben de haberse olvidado de tapar esa madriguera.

Connor esbozó una sonrisa trémula. Parecía contento de que el animalillo se fuese a salvar. Pero pronto el sonido de los perros devolvió la tensión a sus facciones. La jauría se acercaba, y con ella los cazadores.

Se pusieron en pie con rapidez, sacudiéndose el polvo con las manos, y como guiados por un tácito acuerdo, se interpusieron entre los perros y la madriguera. A pesar de que estaba temblando por el miedo, Connor se puso delante de ella, protegiéndola con su cuerpo.

—Son sabuesos bien adestrados y cuidados —murmuró Samantha, en un intento por tranquilizarle cuando los animales llegaron hasta ellos—. No son peligrosos, al menos para las personas —añadió, pensando en lo que le harían al pobre zorro si lo atrapaban.

Connor los espantó con un ademán cuando vio que se acercaban demasiado. La jauría se detuvo delante de ellos, ladrando y olfateando el aire, expectantes. De vez en cuando alguno intentaba alcanzar la madriguera, pero Connor lo ahuyentaba.

El primer grupo de jinetes, encabezado por el duque, no tardó en llegar.

—¿Qué hacéis aquí? —inquirió con curiosidad.

—Decidimos no participar y estábamos dando un paseo cuando aparecieron los sabuesos.

—¿Habéis visto al zorro?

—Está en esa madriguera.

—Ha sido más rápido que vosotros y se ha escondido antes de que pudieseis atraparlo —explicó Connor, sonriendo—. Esta vez ha ganado él.

—El zorro nunca gana, MacDunne —replicó lord Paddington—. Que traigan al Terrier.

Connor miró confundido cómo un perro de tamaño pequeño se introducía en la madriguera siguiendo la orden del adiestrador.

—Utilizan un perro más pequeño para que entre en la madriguera y lo haga salir, así los sabuesos le pueden dar caza —explicó Samantha, hundiendo los hombros.

—Pero eso no es justo. El zorro ha sido más rápido y ha encontrado refugio. Debería...

—¿A quién demonios le importa ese bicho? —preguntó Paddington, despectivo—. No es más que una sucia alimaña.

Samantha lo miró con sorpresa, dando gracias al cielo por haberse dejado guiar por su instinto y no caer bajo los encantos de aquel cretino. Cuanto más lo conocía, más detestaba su carácter taimado.

A los poco segundos oyeron unos gruñidos y el zorro salió veloz, seguido por el pequeño Terrier. En cuanto abandonó la madriguera, los perros cayeron sobre él. Para su sorpresa y la de todos los allí presentes, Connor reaccionó con rapidez y se metió entre la jauría para coger al animalillo entre sus brazos, protegiéndolo de los sabuesos, que se quedaron mirándolo atentos.

—A mí me importa —aseguró Connor. Su cuerpo temblaba de forma visible pero su voluntad se impuso, inamovible—. Podéis poner fin a la cacería o buscaros otro zorro al que matar. Pero este se salvará.

Después de la dramática historia que le había contado sobre su niñez, aquel gesto la impresionó tanto que sintió cómo una lágrima rodaba por su mejilla. Connor acababa de sumergirse de lleno en su más oscura pesadilla para salvar a un zorro, demostrando tanto valor al plantar cara así a sus miedos que sintió que su corazón rebosaba amor y admiración al mirarle.

—No sea ridículo, MacDunne. La cacería del zorro es un deporte con siglos de tradición, un símbolo de realeza. Pero claro, alguien como usted no puede

entender...

—Suficiente.

Aquella simple palabra, dicha por el duque de Bellrose con su tono más autoritario, puso fin a la contienda al instante.

—Como petición especial de mi nuevo yerno, daremos por terminada aquí la cacería. Y ahora volvamos a la mansión, donde un succulento almuerzo nos espera a todos.

Mencionar el almuerzo después de una hora a caballo sorteando obstáculos aligeró los ánimos como por arte de magia, y el grupo siguió al duque.

—Dices que no eres un héroe, pero lo que acabas de hacer te honra —susurró Samantha, cuando estuvieron otra vez solos.

—¿Salvar a un simple zorro?

Samantha vio cómo las manos de Connor temblaban cuando, una vez comprobaron que los sabuesos ya no eran un peligro, liberó al asustado animal, que se introdujo de nuevo en la madriguera.

—Los dos sabemos que no era un simple zorro.

CAPÍTULO 53

Connor llamó a la puerta de la biblioteca y entró cuando escuchó la venia del duque. Nathaniel le había pedido que se reuniera con él después del almuerzo de esa forma tan autoritaria que tenía de decir las cosas, así que lo tomó como una orden sin posibilidad de oposición. Supuso que su actuación durante la cacería le iba a costar una reprimenda por su parte.

—Siéntese, MacDunne.

Tomó asiento en el sillón de delante del escritorio del duque y esperó con paciencia a que hablara.

—Iré directo a la cuestión: lo he investigado. —Connor trató de que nada en su actitud manifestase la tensión que se apoderó de su cuerpo—. Cuando me di cuenta de que tenía un interés personal en velar por la seguridad de mi hija, ordené a mi hombre de confianza que indagase sobre usted. Frederick es muy bueno en su trabajo y, aun así, lo que único que pudo averiguar de su pasado no se remontaba más allá de sus años de pilluelo en Whitechapel. Antes de eso, nada. No teníamos ningún dato sobre su lugar de nacimiento o su familia. Y entonces lo vi: su relicario.

Connor apretó el reposabrazos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Había sido un idiota por dejar que el duque viera su relicario, pensando que solo lo movía la curiosidad. Pero tampoco podía imaginar que aquella joya pudiese esclarecer su identidad después de tanto tiempo.

—¿Ha oído hablar del conde de Mederlyn? —tanteó el duque.

Connor negó con un gesto de la cabeza.

—Bueno, es lógico. El conde ha estado ausente de la vida pública desde hace tiempo y vive recluido en su mansión de Guildford. Verá, es curioso. Mederlyn tenía una hija, lady Mildred. La muchacha estaba prometida pero, justo antes de la boda, se fugó con el mozo de cuerdas llamado Douglas MacDunne. Al parecer la pareja estaba muy enamorada —explicó el duque, sin perder detalle de su

reacción ante sus palabras—. Mi hombre ha podido averiguar que se casaron y estuvieron varios años deambulando de aquí para allá, hasta que tuvieron un hijo. Entonces se establecieron en el condado de Reading, donde alquilaron una granja. Todo indicaba que era una familia feliz y unida hasta que Mildred apareció estrangulada y acusaron a Douglas por ello. —El duque dejó de hablar, dando pie a que Connor dijera algo, pero él continuó en silencio—. El niño quedó bajo la custodia de Alice MacDunne, la hermana de su padre, de veinte años de edad —prosiguió diciendo el duque al ver que él no hablaba—. La muchacha tenía un buen trabajo en Londres, pero al no poder hacerse cargo en persona de su sobrino, decidió dejarlo en una *baby farm*: la granja de los Calpeper.

—Culpeper —corrigió Connor, con un murmullo ronco, dándose por vencido. Los ojos del duque destellaron por un momento.

—Exacto, Culpeper. Supongo que no hace falta que le diga el nombre de ese niño, ¿verdad?

—Connor MacDunne.

—No sé hasta qué punto conocía la historia de sus padres pero, por lo que Frederick ha podido averiguar, Douglas fue ahorcado por el crimen poco después de que a usted lo dejaran en la granja. En cuanto a su tía, supongo que desconoce que ella no lo abandonó a su suerte. Por lo que mi hombre descubrió, Alice MacDunne murió en un accidente de carruaje un par de días después de dejarle allí. Fue mala suerte.

La mala suerte no era ningún consuelo.

—Entiendo que ni usted ni los Culpeper sabían quién era su abuelo, o de lo contrario hubiesen contactado con él —continuó diciendo Bellrose.

—No, pero ¿de qué hubiese servido?

—El conde te buscó, ¿sabes? —explicó, tuteándole por primera vez—. Como su orgullo le había hecho cortar toda comunicación con su hija no fue hasta años después que se enteró de su muerte y tu existencia. Contrató a un investigador para encontrarte, pero en el hogar de los Culpeper le dijeron que habías muerto.

Connor bajó la cabeza, en un intento de esconder de la mirada del duque las emociones que le recorrían por dentro en aquel momento.

—Bueno, ahora que está todo aclarado, informaremos al conde de Mederlyn de la verdad —anunció Nathaniel, poniéndose de pie.

—No.

La negativa sorprendió tanto al duque que se dejó caer de golpe en la silla.

—No lo entiendes. Eres su único heredero.

—El que no lo entiende es usted. No quiero ninguna herencia.

—Al menos habla con él. Está enfermo y merece saber que su nieto está vivo antes de morir.

—Lo siento, pero prefiero continuar en el anonimato.

—Pero...

—Excelencia, le ruego que atienda mis deseos —cortó MacDunne, poniéndose de pie. Al ver que el duque iba a protestar añadió: —Tengo razones de peso, créame.

Salió de allí dando un portazo y se escabulló al jardín, sin ganas de encontrarse con nadie. Perdió la noción del tiempo, andando sin rumbo fijo y sin ser consciente de nada salvo del cúmulo de sentimientos que se arremolinaban en su interior. Hasta que la luz comenzó a dar paso a la oscuridad y una suave llovizna empezó a calarle la ropa. Solo entonces, volvió a la mansión.

El mayordomo de los duques le informó que ya se estaba sirviendo la cena pero él se excusó diciendo que no tenía hambre. No estaba preparado para enfrentarse a nadie en aquellos momentos.

Al entrar en su habitación, encontró a Samantha allí, dando vueltas por la habitación mientras se retorció las manos con nerviosismo, vestida con uno de esos camisones que insistía en ponerse para dormir, aunque siempre acababa desnuda en sus brazos. Era de un corte tan virginal que le tentaba a seducirla con su sola visión.

Al darse cuenta de la presencia de Connor, su esposa corrió a abrazarle.

—Maldición, Connor, ¿dónde estabas? Me tenías preocupada. ¡Dios! Estás empapado. Será mejor que te quites esa ropa antes de que caigas enfermo.

Cuando ella le quitó la corbata y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa, se dejó desvestir con docilidad.

—Mi padre me lo ha contado —susurró Samantha, mirándolo entre las pestañas—. Quiere que te haga entrar en razón.

Aquella declaración le dejó helado.

—No tenía ningún derecho —masculló, enfadado.

Se sentía acorralado. El duque lo había puesto contra la espada y la pared y, ahora que Samantha lo sabía, el cerco se cerraba sobre él.

—No lo entiendo Connor. Si reconoces quién eres ante Mederlyn te convertirías en su heredero. Serías conde.

Las palabras de Samantha exacerbaron su ira de una forma irracional.

—¿Eso te gustaría? ¿Ser la esposa de un conde? —preguntó con voz sedosa.

Se acercó a ella con paso felino, con la camisa desabrochada, y sintió un perverso placer al ver que retrocedía con los ojos muy abiertos. Una vocecita en su interior le dijo que no estaba bien pagar su malhumor con Samantha, pero su instinto de posesión lo acalló. La necesitaba marcar de alguna manera, constatar que, pasara lo que pasase, ella continuaría siendo suya.

—No, yo...

—¿Crees que eso cambiaría algo entre nosotros? —inquirió, cortando sus palabras.

La acorraló contra la pared, sin darle tregua. Deslizó las palmas por sus brazos, en una caricia lenta hacia abajo, y cuando llegó a las manos, las alzó con brusquedad, aprisionándola contra la pared por encima de su cabeza, como hiciera en aquel sucio callejón cuando la encontró por primera en Whitechapel.

Aquella vez quiso follarla con pasión, pero se contuvo.

Esta vez iba a hacerle el amor con dureza y no se iba a contener.

CAPÍTULO 54

—**D**ime, Samantha, ¿te gustaría que fuese un conde el que acariciase tu piel?
—musitó Connor, mientras rozaba sus labios con la punta de los dedos.

Samantha no contestó. Los ojos verdes de Connor ardían de rabia y sabía que cualquier cosa que dijese exacerbaría ese fuego. Había sido una tonta al hacerle saber en aquel momento que conocía su secreto. Su padre ya le había advertido que no sacara el tema a relucir hasta más adelante, cuando Connor se hubiese reconciliado con su destino. Pero ella no le había escuchado, queriendo sincerarse con su esposo lo antes posible. Y ahora lo iba a pagar.

La mano libre del hombre se deslizó con lentitud por su cuello, pasando por sus pechos, bajando por la cadera, hasta llegar al dobladillo del camisón. Entonces su mano comenzó a ascender, pero esta vez, en una caricia de fuego por debajo de la tela, siguiendo el contorno del interior de su muslo derecho.

Se mordió el labio cuando llegó al vértice entre sus piernas, en un intento por contener el jadeo que quiso escapar de su boca.

—Veo que ya estás excitada, la humedad que fluye de ti te delata —susurró Connor en su oído, haciéndola enrojecer de vergüenza—. ¿Te excitaría más si fuese un conde el que te penetrara así?

Nada más decirlo introdujo dos dedos con brusquedad en su interior. Samantha arqueó el cuerpo con un gemido ahogado. Los labios de Connor esbozaron una sonrisa de oscura satisfacción y entonces la besó. Comenzó a hacerle el amor con la lengua con la misma maestría que movía los dedos en su interior, entrando y saliendo de ella con lentitud pero con profundidad, robándole la respiración y la cordura.

Sintió que el placer la desbordaba y gritó, pero él bebió su grito como lo había hecho con sus gemidos.

—¿Me deseas? —susurró Connor en su oído.

—Sí —respondió ella sin dudar.

Ni siquiera se llegó a quitar los pantalones. Tan solo se los desabrochó, liberando su miembro enhiesto y, alzando la pierna de Samantha sobre su cadera, la penetró de un solo empujón. Salió despacio y volvió a embestirla con brío. Una vez, dos, tres, cuatro. Samantha cerró los ojos y arqueó el cuerpo, ansiosa de recibir otra penetración, pero la quinta no llegó.

—Dime, Samantha, ¿me desearías más si fuese conde?

Cuando la pregunta de Connor incidió en su mente, Samantha abrió los ojos y lo miró con el corazón.

—Sabes que no.

Aquellas tres palabras consiguieron por fin traspasar la niebla de furia que rodeaba a Connor, porque sus ojos se aclararon y asintió con un gesto seco, como dando por veraces sus palabras. Cuando le soltó las manos, Samantha soltó un suspiro, pero si creía que la pasión de Connor se había calmado, pronto se dio cuenta de lo contrario.

Con las dos manos ya libres, la alzó de los glúteos, y comenzó a embestirla con dureza. Samantha no pudo hacer nada más que rodearlo con las piernas y clavar las uñas en sus hombros, mientras la empotraba contra la pared con sus golpes de cadera. Aquella forma salvaje y descarnada de hacer el amor la excitó hasta el punto de que, después de algunas embestidas más, sintió que su cuerpo volvía a alcanzar el placer.

Pero Connor todavía no había acabado con ella.

Cogió en brazos su cuerpo desmadejado por el reciente placer y la depositó en la cama. Antes de darse cuenta, estaba tumbada boca abajo.

—Shhh, tranquila —murmuró él, reteniéndola con ternura—. Esta noche necesito tenerte de todas las formas posibles —explicó, mientras situaba una almohada debajo de su cuerpo, alzando sus caderas de una forma efectiva—. Confía en mí, te gustará —añadió, depositando un beso en su hombro—. Estiras los brazos y agárrate de los barrotes —indicó con voz ronca en su oído—. Y, pase lo que pase, no te sueltes.

El cuerpo de Samantha tembló cuando, situándose sobre ella, la penetró con una exquisita lentitud. Parecía que le hubiese abandonado toda la urgencia por alcanzar la cúspide. En cambio, la tomó con embates perezosos, mientras acariciaba su cuerpo con ternura. Era una sensación tan deliciosa, que empezó a sentir cómo se ablandaba cada vez más. Lo sintió salir de su interior para luego introducirle dos dedos con la misma suavidad con que antes la había penetrado su miembro. Sí, definitivamente, aquello era muy agradable.

Pero un segundo después, Samantha abrió los ojos como platos y tensó el cuerpo cuando sintió que aquellos dedos curiosos exploraban una zona que debería estar prohibida.

—Connor, creo que te has equivocado de orificio —susurró, mortificada.

—No me he equivocado —susurró Connor. Y aunque no le vio la cara, intuía la sonrisa en su voz.

—Pero...

—¿Es que no confías en mí?

—Sí —murmuró Samantha, confusa.

—Pues déjame enseñarte algo muy placentero. Y recuerda, agárrate fuerte a esos barrotes y no los sueltes.

Samantha apretó los dedos con fuerza al sentir como Connor continuaba con su exploración. Confiaba en él, pero aquello no le terminaba de gustar. Era demasiado prohibido, demasiado íntimo, demasiado...

Un gemido de placer escapó de sus labios sin ser consciente de ello. Puede que su mente rechazase lo que él estaba haciendo, pero su cuerpo no pensaba lo mismo. Y cuando Connor comenzó a acariciar ese punto sensible entre sus piernas mientras profundizaba en su exploración, su mente cesó de funcionar y todo dejó de importar.

Fue dulce y paciente, pero implacable en sus intenciones. La primera vez que la penetró con su miembro, la incomodidad la hizo agarrarse con fuerza a los barrotes del cabecero. Sus lentas caricias pronto dieron paso al placer y acabó alzando las caderas en busca de ese contacto tan diferente pero, a la vez, tan satisfactorio.

Minutos después, enterró la cara entre las sábanas para acallar sus gritos cuando el dulce desahogo la alcanzó. Su cuerpo quedó laxo cuando Connor afianzó las manos sobre las suyas, todavía en los barrotes, y comenzó a embestirla con fuerza, buscando su propio placer. Casi al instante, el cuerpo de su amado tembló detrás suyo cuando se perdió en su interior.

Mucho tiempo después, con la cabeza reposando sobre el pecho de su esposo, arrullada por los latidos de su corazón, Samantha volvió a repetir las palabras que le había susurrado en los momentos de pasión para eliminar cualquier rastro de duda que él pudiese tener.

—Te amo, Connor MacDunne, seas quien seas.

El corazón del hombre se saltó un latido.

—Y si no fuera Connor MacDunne, ¿me amarías igual?

—¿Qué quieres decir? —inquirió Samantha, mirándolo confusa.

CAPÍTULO 55

Llevaba tanto tiempo utilizando el nombre de otro, siendo un impostor que, a veces, la realidad y la fantasía se entremezclaban en sus recuerdos. Como el retrato del relicario, por ejemplo. Su amigo había pasado noche tras noche, durante años, alimentando su imaginación con los recuerdos de aquella mujer, de la calidez de sus besos y abrazos, de su dulce voz cuando le cantaba antes de irse a dormir y del olor a flores que desprendía su cabello, hasta el punto de que los había hecho propios. Era triste, pero aquella pequeña miniatura era lo más parecido a una madre que había llegado a tener.

No recordaba a su propia madre, y aunque lo hubiese hecho, no era una persona a la que quisiera recordar. Ella nunca lo quiso, si lo hubiese querido un poco no le hubiese abandonado a su suerte en aquella granja infernal cuando apenas sabía andar, sin nombre y sin esperanzas de sobrevivir.

Hubiese muerto allí sin nadie que le llorara o le recordase, estaba seguro. Pero entonces apareció un niño llamado Connor MacDunne y todo cambió. Él le enseñó el significado de la familia y la amistad y, lo que era más importante, consiguió que comenzara a soñar.

Sería tan fácil dejarse llevar por las circunstancias; tan, tan fácil. Solo tenía que enseñarle el relicario a Mederlyn, hablarle de los recuerdos que el verdadero Connor había compartido con él, y se convertiría en su heredero. La nobleza que ahora lo miraba por encima del hombro lo aceptaría como a un igual y Samantha podría conservar su estatus. Pero, ¿a qué precio? ¿Su alma? ¿Su cordura?

Ya se había apropiado de su nombre, de sus recuerdos y de su relicario. Pero que le condenasen al infierno eterno si además le robaba su herencia.

Era el momento de las confesiones. Se levantó de la cama, se puso una bata, y empezó a pasearse por la habitación, buscando las palabras adecuadas para expresarse.

—¿Te acuerdas de la historia que te conté esta mañana? —Samantha asintió,

sentada ahora en medio de la cama, mirándolo expectante—. El niño con el que escapé de aquella granja, el que murió entre las fauces de los perros, era el verdadero Connor MacDunne —aclaró Connor, con voz queda.

—Y entonces, ¿quién eres tú? —susurró ella, después de unos segundos de asombro que se le hicieron eternos.

—Yo no soy nadie, Samantha, ni siquiera tuve un nombre que recuerde. En la granja me llamaban Rata. ¿Te escandaliza? —inquirió, al escuchar el jadeo ahogado de la muchacha—. Pues me llamaban cosas mucho peores, créeme. ¿Quieres conocer la triste vida de un niño sin nombre?

Samantha asintió sin palabras.

Por primera vez en su vida, Connor compartió los recuerdos de su infancia con otra persona. Le contó todo. Su existencia antes de la llegada de su amigo: triste, conformista, desesperanzada; y su vida después de conocerle: risas compartidas a pesar de los malos momentos, sentir lo que era importarle a alguien, y esperanzas de escapar y vivir aventuras lejos de la granja de los Culpeper.

—Aquella noche, intentando arrebatar a mi amigo de los perros, le agarré del cuello de la camisa y le arranqué sin querer el relicario, justo antes de que aquellos animales... ya sabes —musitó, con un estremecimiento—. Los sabuesos no tardaron en empezar a saltar de nuevo, tratando de alcanzarme. Así que trepé hasta una rama de las que estaban sobre el río y salté. Prefería mil veces morir ahogado que despedazado por esos bichos.

Esperó a que Samantha dijera algo pero ella no habló, tan solo lo miró con expresión indescifrable, esperando a que continuara. Connor comenzó a dar vueltas en círculos, nervioso.

—Recuerdo la sensación de vacío al saltar y, de repente, dolor, como miles de agujas clavándose en mi piel de golpe. El agua estaba helada y la impresión me sacudió hasta los huesos —explicó, frotándose los brazos por el escalofrío que le trajo aquel recuerdo—. Mis lágrimas se diluyeron en aquel río mientras pateaba con furia por mi vida y, justo cuando pensaba que no lo conseguiría, apareció un tronco. Me agarré de él con tanta fuerza como mi mano apretaba el relicario —recordó, mientras cerraba la mano en un puño— y dejé que la corriente me arrastrara hasta donde quisiera. No sé cuánto tiempo permanecí en el agua, los recuerdos en esa parte se hacen confusos. Tal vez perdí el conocimiento porque, cuando volví en mí, estaba en la orilla. Robé ropa seca que estaba tendida en unas cuerdas, en el patio trasero de una granja, y anduve sin rumbo, siguiendo un camino que encontré. Un carretero que pasaba por allí me dijo que iba a Londres

y me preguntó si quería que me llevase. Era el primer adulto que tenía un gesto amable conmigo —musitó y esbozó una triste sonrisa—. Estaba tan asustado que no fui capaz de sentarme a su lado en el pescante y me subí en la parte de atrás de su carreta. Supongo que me quedé dormido con el movimiento del vehículo pero en algún punto del trayecto me desperté. El hombre me miraba con curiosidad. «¿Cómo te llamas, muchacho?», quiso saber. Una pregunta tan sencilla que para mí era imposible de responder. Todo el mundo tenía nombre, ¿por qué yo no? —Al preguntarlo se pasó la mano por el pelo, frustrado—. Mi mente se quedó en blanco para luego ser bombardeada por todos los nombres que mi amigo y yo habíamos estado tanteando; nombres que no significaban nada para mí. Y entonces el nombre de mi amigo me vino a la mente. —Miró a Samantha y trató de que comprendiese la lógica del niño que fue—. Nunca quise robarle el nombre. Pensé que sería una buena forma de que siempre estuviese conmigo. Así que terminé respondiendo: «Me llamo Connor MacDunne».

—Pero he visto el retrato y te pareces mucho a esa mujer.

—Eso es lo más irónico. El verdadero Connor no se parecía en nada a ella: era pelirrojo y con los ojos castaños. En cambio, cualquiera hubiese dicho que yo era su hijo. Tal vez por eso siempre pensé en ella como en mi propia madre.

La habitación quedó en silencio mientras el eco de sus palabras resonaba en las paredes. Uno. Dos. Tres. Los segundos pasaron, pero Samantha no dijo nada, tan solo lo miraba con intensidad, y Connor se desesperó.

—Sé que te he engañado. Te has enamorado de Connor MacDunne y ese hombre en verdad no es real —farfulló—. Pero si me das una oportunidad yo...

—No te equivoques, me he enamorado de un hombre muy real —contradijo ella, cortando su diatriba, mientras se levantaba de la cama—. Me he enamorado de un hombre que ha tenido una infancia tan dura que le han dejado secuelas que todavía guarda en su interior —afirmó, al tiempo que daba un paso hacia él—. Me he enamorado de un hombre que ha hecho cosas que no me gustan pero que entiendo. Me he enamorado de un hombre que no le importa acabar cubierto de estiércol por mí. Me he enamorado de un hombre que es capaz de herirse las manos con espinas por protegerme. —Cada frase que decía era un paso que lo acercaba más a él—. Me he enamorado de un hombre capaz de enfrentarse a una jauría de perros por defender a un simple zorro. Me he enamorado de un hombre que alienta mis sueños y que admira mis pasiones. Me he enamorado de un hombre que cada vez que me mira me hace sentir la persona más querida del mundo. —Se detuvo justo a un paso delante de él—. ¿Ese hombre eres tú?

—Sí.

—Pues no vuelvas a decir nunca que ese hombre no es real. ¿Qué más da el nombre que tengas? Son solo etiquetas.

Las palabras que una vez dijo Samantha le vinieron a la memoria: «¿Por qué un nombre, una etiqueta, puede determinar la vida de una persona?». Era muy posible que cuando escuchara aquellas palabras por primera vez fuese el momento en que se enamoró de ella sin saberlo.

—Lo que hay aquí —continuó diciendo Samantha mientras ponía la mano sobre el corazón de Connor— es lo que realmente importa. Te amo a ti —concluyó—, te llames Rata, Connor, o... Eustachian —añadió, haciendo referencia al horrendo nombre del hombrecillo del Ejército de Salvación.

—Puestos a elegir, creo que prefiero continuar llamándome Connor —admitió, después de hacer una mueca de desagrado al escuchar el último nombre que había dicho Samantha—. ¿Comprendes ahora por qué no puedo aceptar la herencia de Mederlyn?

—Sí, y te amo todavía más por ello —afirmó, abrazándolo.

El corazón atormentado de Connor se alimentó de su cercanía y, después de muchos años sobrellevando aquella carga sobre su conciencia, por fin se sintió en paz.

CAPÍTULO 56

Un grito agudo sacó a Connor del abrazo de Morfeo. Miró alrededor, desorientado. Por la poca luz que se veía, todavía estaba amaneciendo.

—¿Qué ha sido eso? —farfulló Samantha, a su lado, abriendo un ojo.

—No te muevas de aquí. Voy a averiguarlo —susurró dándole un beso en la frente.

Se puso la bata y salió de la habitación, justo para darse de bruces con una sollozante doncella.

—Está muerta, la duquesa está muerta —farfulló la muchacha, llorosa.

—¿La duquesa de Bellrose ha muerto?

—No, la duquesa de Morton. He entrado a su habitación para avivar el fuego de la chimenea y... —La voz se le quebró cuando comenzó a llorar.

Una de las puertas del largo pasillo se abrió y Derrick asomó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Tranquílcese, por Dios —instó Connor, zarandeando a la muchacha suavemente por los hombros—, o va a despertar a toda la casa. Escúcheme bien —ordenó, cuando la doncella comenzó a hipar, en un intento de contenerse—, vaya a avisar a los duques de lo ocurrido, pero sea discreta, ¿de acuerdo?

La muchacha asintió y salió corriendo pasillo arriba.

—Derrick, será mejor que me acompañes —pidió, imaginando lo que se iba a encontrar.

La puerta de la estancia de la duquesa estaba abierta. Nada más traspasarla, el distintivo olor a sangre inundó sus fosas nasales. La hermosa joven yacía en medio de su cama, cubierta de sangre. Sus ojos permanecían abiertos, vacíos, dándole la apariencia de una muñeca de porcelana quebrada. Teniendo en cuenta que su garganta estaba cercenada de oreja a oreja, estaba claro cuál era la causa de la muerte. Si a eso le añadías que tenía el abdomen abierto de arriba abajo, aquel crimen resultaba tan parecido a los de Jack el Destripador que resultaba

escalofriante.

Connor se dirigió a la puerta contigua, que supuso conducía a la habitación del duque de Morton. Golpeó con los nudillos y, al no escuchar respuesta, entró. El hombre yacía en su cama y, a juzgar por los ronquidos, plácidamente dormido. Según parecía, tenía el sueño profundo y no se había enterado de nada.

Salió de allí sin hacer ruido. Si le despertaba en esos momentos, perderían unos minutos preciosos tranquilizándolo y haciendo frente a preguntas para las que todavía no tenía respuesta. Justo en el instante que traspasaba el umbral entre las dos habitaciones, el duque de Bellrose apareció. Lo primero que le vino a la mente al verle, aunque fuese un pensamiento fuera de lugar en aquellos momentos, era que Andrew le había tomado el pelo: ni Derrick ni el duque, siendo caballeros, llevaban ese absurdo camisón de dormir que su mayordomo le obligaba a usar. Era curioso cómo, en circunstancias tan difíciles, la mente encontraba detalles irrisorios en los que abstraerse por unos segundos para atenuar la tensión.

—¡Dios Santo! ¿Qué ha ocurrido aquí? —susurró Nathaniel, trayendo a Connor de vuelta a la realidad.

—La doncella la acaba de encontrar.

Al acercarse hacia la cama, algo en el suelo llamó su atención. Un cuchillo que a todas luces había sido usado como el arma del crimen. Lo tomó con cuidado. El filo tenía unos veinticinco centímetros de largo, y estaba cubierto de sangre casi seca. La empuñadura era elegante, en madera oscura con incrustaciones en marfil. El corazón le dio un vuelco al ver unas iniciales grabadas en ella: «J.R».

Joshua Richmond.

La certeza de que aquel cuchillo era del joven doctor le impactó. Aquello lo convertía en el principal sospechoso de aquel asesinato. Y, en vista del *modus operandi*, lo convertía en un firme candidato a Jack el Destripador.

El duque, a su lado, debió llegar a la misma conclusión que él porque empalideció.

—No puede ser —musitó, negando con la cabeza para enfatizar sus palabras.

Connor no respondió. Dejó el cuchillo con cuidado encima de la cama y salió de allí, en dirección a la habitación del médico. Entró sin llamar. Abrió la puerta con tanta fuerza que la madera golpeó contra la pared creando un fuerte estrépito.

Joshua, en su cama, se incorporó de forma trabajosa, todavía adormilado.

—¡Maldición, MacDunne! ¿Qué haces en mi habitación a estas horas? —

inquirió, confundido, cuando Connor descorrió las cortinas con ímpetu.

La fría luz del amanecer cayó sobre él, haciendo que se tapase los ojos, molesto, y revelando que tenía el torso desnudo manchado de sangre. Porque sí, Joshua tampoco llevaba camisón de dormir. Pero eso era algo que tendría que hablar con Andrew más adelante. Ahora lo importante era esclarecer la verdad de aquel asesinato.

—¡Demonios, Joshua! ¿Qué has hecho?

—¿Qué he hecho yo? Pues estaba aquí, durmiendo tranquilo, hasta que tú llegaste —afirmó, pero la expresión de su mirada le hizo saber que ocultaba algo.

—Entonces, ¿puedes explicarme por qué vas cubierto de sangre?

Joshua se observó así mismo, sorprendido. Además de su torso, tenía sangre seca en las manos y brazos.

—No comprendo —musitó, pálido—. ¿De quién es esta sangre?

Connor frunció el ceño. Algo no encajaba. Joshua era demasiado inteligente para perpetrar un asesinato y dejar un rastro tan evidente hasta él. Y, en caso de que hubiese sido un crimen pasional, no se hubiese echado a dormir después como si nada, sobre todo cuando todavía llevaba sangre encima.

Una botellita en la mesilla de noche llamó su atención. Se acercó y la olió: láudano.

—¿Te aqueja algún dolor? —inquirió, alzando una ceja.

—Últimamente no duermo bien —explicó Joshua a la defensiva, incómodo por su mirada penetrante.

Viendo su rostro avergonzado y sus pupilas ligeramente dilatadas, todo encajó de repente. Ahora entendía el cambio de actitud de doctor: su comportamiento irascible, su rostro taciturno y demacrado, su pérdida de peso.

El láudano era un conocido opiáceo usado comúnmente para una gran variedad de afecciones: desde el dolor de muelas hasta el insomnio. El único problema era que, usado de forma continuada...

—Doc ¿te has vuelto adicto al opio?

—No digas tonterías, MacDunne. Soy médico, ¿recuerdas? Solo tomo láudano de vez en cuando. Controlo la situación —añadió ante su expresión escéptica—. Y ahora, ¿me dirás a quién se supone que pertenece esta sangre?

Connor tomó aire. Lo que iba a hacer a continuación le iba a acarrear muchos problemas, tanto con los Richmond como con Samantha. A pesar de que no creía que Joshua fuera culpable de aquel asesinato, era su deber, como única autoridad

policial presente en aquel lugar, a actuar según las evidencias.

—Joshua Richmond, quedas detenido por el asesinato de la duquesa de Morton.

—Sobre mi cadáver —gruñó el duque de Bellrose, que al parecer lo había seguido hasta allí.

Escuchó un jadeo ahogado detrás de él y se encontró a Samantha, en el umbral de la puerta, con su espléndido cabello azabache derramándose sobre sus hombros hasta casi rozar su cintura, mirándolos con horror.

Su corazón se encogió. Aquella situación haría tambalearse los cimientos de su reciente matrimonio. Porque, en el caso de tener que escoger entre su familia y él, Connor temía que él no fuera la elección de Samantha.

—¿Crees que mi hermano ha matado a la duquesa?

—No —respondió Connor, sincero—. Pero todas las pruebas apuntan a él y, hasta que no esclarezca los hechos, debo retenerlo en prisión.

—Mi hijo no ha cometido ningún crimen —aseguró Nathaniel—, y no voy a consentir...

—Pues tendrá que consentirlo, padre —cortó Samantha sorprendiéndolos—. Si Connor dice que debe detenerlo, no podemos hacer nada para evitarlo. Confío en mi esposo y sé que hará lo posible para demostrar la inocencia de Joshua.

En ese momento, Connor estuvo a punto de caer de rodillas ante ella y besarle los pies.

Cualquier duda que pudiese guardar del amor y la lealtad de Samantha hacia él se evaporaron al instante. Acababa de demostrar que ella estaría de su lado siempre, aunque tuviera que enfrentarse a su propia familia.

CAPITULO 57

—¡Este titular es un ultraje! —protestó Samantha, lanzando sobre la mesa de Scott el ejemplar de *The Progress* de la edición vespertina, en el que, con grandes letras de imprenta, se podía leer: «¿Doctor *Killer*?»

Los periódicos se habían cebado con la detención de Joshua, mostrando epígrafes de lo más ofensivos, tales como «Vizconde sangriento encarcelado», entre otros muchos. Pero Samantha pensó que *The Progress* sería diferente.

—¿Qué esperabas? —inquirió Scott—. Tú mejor que nadie sabes cómo funciona este mundo. Los titulares controvertidos venden periódicos.

—¿A costa de destrozar la reputación de un hombre?

—La reputación de tu hermano quedó en entredicho en el mismo momento de su detención. Te guste o no, es sospechoso de esos crímenes —respondió Scott, mientras se quitaba las gafas y las limpiaba con cuidado—. Mira, Samantha, entiendo tu malestar y por eso yo mismo escribí ese artículo, y me he ajustado a los hechos todo lo posible, sin entrar en conjeturas ni dramatismos como han hecho otros.

Samantha reconoció que aquello era cierto. El artículo publicado por Walter Scott informaba de que se había detenido al doctor Joshua Richmond, vizconde Ayden, por ser el principal sospechoso de la muerte de la duquesa de Morton, cuyo crimen guardaba mucha similitud con los asesinatos de Whitechapel perpetrados por Jack el Destripador. El doctor se encontraba en la cárcel de La Central de los *Blueguards*, hasta que se esclareciera su implicación en el caso.

—Pero es injusto, él no ha cometido ningún asesinato.

—Hasta que se demuestre su inocencia, lo trataremos como un sospechoso más. Y, en cada ocasión, la prensa ha puesto apodos y ha expuesto los trapos sucios de los detenidos. En el caso de tu hermano, me temo, siendo miembro de una de las familias más ricas de Inglaterra, su detención traerá mayor repercusión mediática. Solo queda rezar para que su inocencia se demuestre

rápido y pueda recuperar su vida.

Después de aquello, Samantha dudaba mucho que la vida de Joshua pudiera volver algún día a su cauce normal, y ambos lo sabían.

Samantha hundió los hombros y se dispuso a salir del despacho, cuando le vino una cosa a la mente.

—Hay algo que no termino de entender. La detención de Joshua se produjo ayer mismo y mi esposo ha llevado el tema con total discreción en consideración a mi familia. Incluso solicitó al Primer Ministro una licencia especial para poder retener a mi hermano en La Central y llevar el caso personalmente en lugar de cederle el asunto a Scotland Yard. ¿Cómo es posible que todos los periódicos se hayan hecho eco de la noticia al día siguiente?

—La Agencia Central de Noticias recibió una misiva anónima informando de lo sucedido, y enseguida repercutió en todos los periódicos de la ciudad.

Samantha salió del despacho de Scott con la certeza de que había alguien interesado en perjudicar a su hermano. Lo importante era saber quién.

—Jack, nos vamos —anunció, deteniéndose solo para coger su abrigo y su bolso.

—¿Dónde quiere ir esta vez con el tiempo que hace? —rezongó el muchacho, mirando por la ventana la ardua lluvia que caía en aquellos momentos.

—Vamos a La Central.

—No es posible, sabe que las normas...

—Escúchame bien, mocoso —cortó Samantha, poniéndose frente a él. Lo bueno de tener la misma altura era que podía mirarle a los ojos de forma directa—. Estoy en medio de una crisis familiar y no quiero que mi esposo tenga que perder el tiempo viniendo a por mí. Tiempo que necesita para demostrar la inocencia de mi hermano —añadió entrecerrando los ojos—. Así que tienes dos opciones, o me acompañas de buen grado, o te haces a un lado y me dejas ir.

El muchacho debió de ver la determinación en su mirada porque cogió su abrigo y la siguió, refunfuñando por lo bajo.

—Para ser tan joven eres bastante gruñón —señaló Samantha, ya en el carruaje.

—Para ser una dama es usted bastante peculiar —contraatacó Jack—. Siempre tuve un concepto idealizado de las damas, pensaba que eran seres delicados que pasaban las horas con pasatiempos femeninos, como la costura o la pintura.

—Mis bordados son un desastre y no sé pintar más allá de un monigote desfigurado —admitió Samantha, con una sonrisa.

Observó al muchacho con curiosidad. Cualquier mujer hubiese matado por poseer sus impresionantes ojos de color aguamarina, bordeados por pestañas oscuras y tupidas. Incluso tenía unas facciones muy bonitas, casi femeninas. Seguro que su aspecto le había valido más de una burla en las calles de donde venía. Más aún si utilizaba expresiones como «concepto idealizado» entre sus amigos. Y esa era la cuestión, no hablaba como los rapazuelos que habitaban el East End. Tenía una dicción perfecta y un vocabulario culto.

—Jack, nunca me has contado nada de ti.

—Y no voy a empezar ahora —gruñó el chico mientras se cruzaba de brazos, zanjando el tema de forma efectiva.

Samantha suspiró exasperada. Aquel muchacho era la persona más reservada que hubiese conocido jamás. Pero no se dio por vencida, no en balde era periodista.

—¿Tienes familia?

—¿Qué postura sexual le gusta más?

La pregunta la tomó desprevenida. Abrió los ojos como platos y sintió cómo se ruborizaba con violencia.

—Esa es una pregunta demasiado íntima —balbució, sofocada.

—Para mí la suya también —replicó Jack, entrecerrando los ojos.

Por primera vez en su vida, Samantha desistió de seguir indagando sobre alguien. Al menos de momento. Estaba claro que Jack no era una persona común. Y más claro todavía que el muchacho ocultaba muchos secretos.

Así, sumidos cada uno en sus propios pensamientos, llegaron a La Central.

—¿Qué hace ella aquí? —balbució Borys al verla.

—Detenla tú si puedes —masculló Jack, todavía de mal humor.

—A mí no me miréis —terció Red, levantando las manos con las palmas extendidas, cuando sus dos compañeros clavaron sus ojos en él—. Durante los meses que trabajé con ella me quedó claro que es una fuerza imparable de la naturaleza. Además, tiene marido, ¿no? Pues que el jefe se encargue de ella.

—Sí, pero MacDunne no está ahora aquí —gruñó Borys—, y nos colgará de los pulgares como la dejemos salir de aquí para callejear por el barrio.

—Dejad de hablar de mí como si no estuviera presente —bufó Samantha, no sabiendo si sentirse divertida o indignada por sus comentarios—. Y no os preocupéis, solo he venido a ver a mi hermano

Tres suspiros de alivio recibieron sus palabras. Definitivamente, se empezaba a sentir indignada, ya que, visto lo visto, la veían como un incordio. Pero dejó

aquellos pensamientos a un lado cuando accedieron a llevarla al sótano, donde estaban los calabozos.

—Esta es una prisión temporal, normalmente solo tenemos aquí a los presos durante una noche, dos a lo sumo, como escarmiento para delitos menores —explicó Red—. Cuando la cosa es más seria, Scotland Yard se hace cargo de ellos.

—Por deferencia a su hermano, el jefe trasladó a los demás prisioneros a otro lugar y el doctor está solo en la celda —terció Borys.

Samantha amó un poco más a Connor por aquel detalle.

Conforme bajaba, el ambiente se hizo cada vez más asfixiante. Al final de la escalera había un pequeño descansillo en el que estaba la puerta de acceso a la prisión. Samantha pidió a su escolta que aguardase allí y, aunque reticentes, terminaron cedieron para ofrecerle intimidad con su hermano. Tomó aire y traspasó sola el umbral.

A primera vista, el sótano era un lugar deprimente y frío, y con un desagradable olor a humedad. En medio de una gran habitación, había una mesa y cuatro sillas dispuestas alrededor, supuso que para los guardias. En el techo, sobre la mesa, una de esas modernas lámparas de luz eléctrica iluminaba la estancia con una luz amarillenta, acentuando las sombras en los rincones. Al fondo, en semi penumbra, se veían los barrotes de la celda.

La primera visión de Joshua la impactó. No por el lugar en el que se encontraba en sí, si no por el aspecto que ofrecía. Estaba pálido y ojeroso, con los ojos enrojecidos; el cabello se veía despeinado, como si se lo hubiese estado mesando con nerviosismo; y su expresión... ¿Cómo podía tener la misma mirada vacía que había visto en tantos desdichados de Whitechapel?

«Joshua, ¿qué te ha pasado?»

Debió de exteriorizar sus pensamientos porque la mirada de su hermano se enfocó en ella de repente.

—No deberías estar aquí. Vete —musitó, escondiendo el rostro entre las manos, como si se avergonzase de sí mismo.

Los ojos se le nublaron por las lágrimas. Se acercó a la celda, guiada por la necesidad de abrazarlo y ofrecerle consuelo. Pero él debió de escuchar sus pasos porque levantó el rostro, con una mirada atormentada.

—He dicho que te vayas, ¿me oyes? Ya he tenido bastante con ver las lágrimas de madre cuando ha venido esta mañana, no necesito ver también las tuyas. ¡Que te vayas! —gritó, poniéndose de pie de repente, al ver que ella continuaba allí.

Aquel exabrupto tan inesperado en su hermano, siempre amable, la asustó. Él debió de leer el temor en su expresión porque su mirada se volvió oscura.

—¿Te doy miedo, hermanita? —Sus labios esbozaron una sonrisa cruel que le heló la sangre—. ¿Acaso crees que te puedo hacer daño? ¿Que soy el asesino que todos creen? ¿Que puedo...?

—Suficiente. —La voz ominosa de Connor retumbó en las desabridas paredes de aquel lugar, cortando las insidiosas preguntas de Joshua—. Samantha, ven aquí —ordenó desde el umbral.

Por una vez, Samantha obedeció sin rechistar. Los ojos de Connor se veían furiosos. Bajó la mirada y luchó por contener las lágrimas y el temblor que azotaba su cuerpo mientras salía de allí sin mirar atrás. Ahora le tocaría soportar la reprimenda de su esposo por haber ido a La Central sin avisarle.

En cuanto la puerta se cerró tras de sí, Connor la rodeó con sus brazos, apretándola contra sí. Su inesperado gesto de consuelo fue todo lo que necesitó para romper a llorar como una niña.

—Quiero recuperar a mi hermano —sollozó, enterrando el rostro en su pecho—. Él no ha matado a nadie, lo sé.

—Tranquila, mi amor —susurró Connor, contra su pelo—. Te prometo que demostraré su inocencia.

Y Samantha le creyó.

CAPÍTULO 58

Londres, 9 de noviembre de 1888

Aquel viernes la ciudad estaba de festejos por el día del Lord Mayor, una fiesta que se celebraba cada año en honor al Alcalde de la ciudad, elegido el día anterior. Muchas de las calles se cortaron al tráfico rodado y los ciudadanos disfrutaron del jolgorio al paso de la carroza en la que desfiló el nuevo alcalde electo, Sir James Whitehead. Como parte de la festividad se ofrecerían regalos a presos, indigentes y huérfanos, además de un espectáculo pirotécnico que todos aguardaban con emoción.

John McCarthy, propietario de *McCarthys's Rents*, un conocido edificio de Miller's Court que hacía las veces de pensión, frunció el ceño al repasar su libro de cuentas. Una de sus inquilinas le debía una libra y nueve chelines. La muchacha era joven y bonita, aunque con su adicción a la bebida pronto acabaría envejeciendo de forma prematura, como muchas de las chicas que vivían allí. Ganándose el dinero en las calles, McCarthy entendía que le diese miedo salir por la noche después de todos los crímenes que se habían cometido, pero había pasado ya más de un mes desde el último y su paciencia se había acabado. Por eso mandó a Thomas Bowyer, uno de los hombres que trabajaban para él y que se encargaba de las recaudaciones, para que fuera a reclamar el pago.

Thomas Bowyer llamó a la puerta número trece, pero no obtuvo respuesta. Se acercó a la ventana que había en uno de los laterales, donde uno de los cristales estaba roto, y, metiendo la mano por el agujero, hizo a un lado la cortina para poder escudriñar el interior.

Su grito de terror se perdió entre las calles. Fue corriendo a informar a su jefe del hallazgo y McCarthy, tras comprobar que lo que decía su empleado era cierto, corrió hasta la comisaría de Commercial Street para dar la alarma.

En cuanto Scotland Yard le informó de lo ocurrido, Connor se presentó en la

escena del crimen acompañado de Borys y Red. Por las caras lívidas de los policías que había por allí, supo que se iba a encontrar con algo difícil de ver.

—Borys, Red, será mejor que esperéis aquí fuera mientras veo a qué nos enfrentamos.

Borys asintió al instante.

—En serio, creo que tienes un estómago muy delicado para este trabajo —bromeó Red, palmeando el hombro de su compañero—. Jefe, si no le importa, quiero entrar con usted.

Connor le dio permiso con un asentimiento y, juntos, traspasaron la puerta de aquella habitación. Pese a haber vivido circunstancia de lo más espeluznantes a lo largo de su vida, la escena que presenciaron sus ojos le horrorizó. Había sangre por todas partes. La mujer, o lo que quedaba de ella, yacía en la cama. Rostro, senos, abdomen, brazos, piernas, no había una parte de aquella pobre chica que no hubiese sido mutilada. Las vísceras le habían sido extraídas del abdomen y colocadas a su alrededor.

Oyó a Red toser y lo vio salir de forma precipitada, dando arcadas. No era para menos. La memoria de Connor viajó en el tiempo, la noche en que su amigo fue despedazado por los perros. Aquello había sido un acto perpetrado por animales, pero esto a lo que se enfrentaban... ¿Qué clase de ser humano era capaz de tamaña atrocidad?

—Se llamaba Mary Jane Kelly —informó uno de los detectives al verle, observando su libreta de notas—. Una prostituta, aunque mucho más joven que las otras. Al parecer, tenía unos veinticinco años. Me inclino a pensar que es otra víctima más de Jack el Destripador. ¿Qué opina usted?

—Esperaremos a ver lo que dice la autopsia —musitó Connor, para después salir de allí.

Lo único positivo de aquel crimen, si es que se podía sacar algo bueno de algo así, era que tenía la certeza de que Joshua no había podido cometer ese asesinato. Llevaba ya tres días encerrado en prisión.

Aquella situación había supuesto un duro golpe para los Richmond. Pero, lo que en otras familias hubiese creado un distanciamiento, ellos parecían más unidos que nunca. Ninguno dudaba de la inocencia de Joshua, a pesar de que el doctor se lo ponía difícil. La escena con Samantha se había repetido con los demás miembros de la familia. Parecía empeñado en rechazar cualquier signo de apoyo.

—Parece que Jack el Destripador ha vuelto a actuar —anunció Connor, cuando

bajó hasta el calabozo.

—¿Y se supone que debo alegrarme por ello? —masculló Joshua, mirándolo con el ceño fruncido.

—No, pero es un gran paso para demostrar tu inocencia.

—Que no haya dado muerte a esta no significa que no haya podido matar al resto —musitó, con una sonrisa aviesa.

—No pierdas el tiempo conmigo, Joshua. No me vas a provocar con esos comentarios. —La sonrisa del doctor se borró al instante—. ¿Sabes? Ya tengo el informe de la autopsia de la condesa de Morton, y hay algo de lo más curioso. Los asesinatos de Whitechapel fueron ejecutados con precisión quirúrgica; cortes limpios hechos por un pulso firme; y evidentes conocimientos de anatomía. Nada que ver con las heridas que tenía la duquesa.

—¿Qué insinúas?

—Estoy seguro de que alguien está tratando de inculparte por ese asesinato y, además, ha intentado que parecieses Jack el Destripador. La cuestión es, ¿sabes de alguien que pueda querer hacerte daño?

—No.

—¿Recuerdas algo de aquella noche?

—No —reiteró Joshua, llevándose las manos a la cabeza con gesto de agobio.

—¿Estabas tan colocado que no te enteraste de cuando ese hombre entró en tu habitación y te manchó con la sangre de la duquesa?

—¡Sí, maldita sea! —estalló, perdiendo el control—. ¿Es eso lo que querías oír?

—¿Desde cuándo eres adicto al opio, Doc?

—Maldito seas, Connor, no soy un drogadicto, ¿me oyes? Tan solo lo tomo de vez en cuando para dormir mejor, ya te lo dije. Controlo la situación.

Connor no le creyó. Había oído ese mismo comentario de varios hombres que, noche tras noche, entraban en los fumaderos para perseguir al dragón. Además, el sudor que perlaba su rostro y el brillo de los ojos le delataban. Esos eran los primeros síntomas de que el cuerpo comenzaba a echar en falta la droga.

—Y respondiendo a tu primera pregunta. Tal vez fuese el duque de Morton. Emily me dijo que a veces sentía miedo de él.

—¿La maltrataba de alguna forma?

—No, todo lo contrario. Desde que la vio por primera vez la cortejó de una forma casi obsesiva. Cumplía cada uno de sus más mínimos deseos, así es como se la ganó —musitó con un deje de amargura—. Pero, después de la boda, Emily

me confesó que más de una vez se lo encontró en su habitación, observándola dormir. ¿No te parece enfermizo?

Connor se abstuvo de decir que él había observado alguna vez a Samantha en sueños, ya que todavía le costaba creer la suerte que había tenido al encontrarla.

—Teniendo en cuenta que es un hombre de sesenta años casado con una joven de extraordinaria belleza, no me parece algo enfermizo, más bien creo que el duque solo disfrutaba de su nueva adquisición.

—¿Y qué me dices de lord Paddington? —tanteó Joshua—. Después de lo que ocurrió en los jardines de Bellrose House, sé con certeza que me la tiene jurada.

—¿Hasta el punto de asesinar a alguien? Lo dudo, es el tipo de hombre que no se ensuciaría las manos en algo así, más bien contrataría a alguien para que hiciese el trabajo sucio.

—Pues no se me ocurre nadie más. De todas formas, ¿qué más da? Se demuestre o no mi inocencia, mi vida ya está acabada —farfulló Joshua, dejándose caer en el camastro, abatido.

A Connor le dolió verlo así. No se merecía aquello y su familia tampoco.

—No te rindas, Doc. Volveré —prometió, a modo de despedida.

Pero, antes, tenía que encargarse de un asunto que ya había demorado demasiado tiempo: era hora de devolver el relicario que llevaba al cuello.

CAPÍTULO 59

El trayecto en carruaje hasta Guilford duró casi tres horas y, en todo ese tiempo, Connor estuvo reflexionando sobre la mejor forma de abordar su encuentro con el conde de Mederlyn. Esperaba que lo atendiera aunque fuera sin avisar pero, al llegar por fin a la mansión, el mayordomo le informó que, debido a su estado de salud, el conde no recibía visitas. Entonces se le ocurrió. Se quitó el relicario y le dio instrucciones al mayordomo para que se lo entregara a Mederlyn.

Diez minutos después estaba en la habitación del conde, mirándolo directamente a los ojos mientras el hombre yacía recostado en su cama. El anciano estaba macilento y muy delgado. Su respiración era trabajosa mientras apretaba el relicario como tantas veces lo había hecho Connor en el pasado, tratando de aferrarse a la esperanza. Pese a la fragilidad física que traslucía, su mirada era enérgica cuando lo observó.

—¿Es usted mi nieto? —inquirió, con la voz cascada.

—No, lo siento —respondió Connor, sin dudar, rechazando al instante cualquier herencia que pudiese haber recibido de él.

Vio con pesar cómo los ojos del conde se tornaban opacos, como si aquel destello de vida que les había hecho relucir segundos antes se hubiese escapado con su negativa.

—Pero le puedo contar cómo me salvó la vida.

Ante el asentimiento del anciano, le contó la historia de cómo había conocido a Connor MacDunne. Le habló de momentos de amistad y cariño compartido entre dos niños, omitiendo los detalles escabrosos; y le contó que había muerto tratando de escapar, pero sin entrar en pormenores.

—Siempre mantuve la esperanza de encontrarle —confesó el conde.

—¿Por qué no empezó a buscarle antes?

—Rencor, orgullo, terquedad... Cualquiera de las tres serviría —admitió

Mederlyn, hundiendo los hombros—. Mi hija siempre fue una niña consentida, ¿sabe? Durante mucho tiempo mi esposa y yo no tuvimos más hijos, así que la mimamos en demasía. Cuando mi esposa volvió a concebir, Mildred tenía ya dieciséis años. Por aquel entonces ya estaba prometida al marqués Bermon. Hay que ver lo enamorado que estaba ese muchacho de ella. Fue muy duro para todos cuando se fugó con aquel mozo de cuerdas escocés, pero sobre todo para él — musitó, con pesar—. Coincidió que mi esposa dio por fin a luz a un varón, así que pensé: «he perdido a una hija, pero Dios me ha concedido un heredero». Cuando se tiene todo, no le das valor a nada —reflexionó, en voz alta—. Ese fue mi error. Mi esposa murió varios años después y mi hijo la siguió. De un día para otro me quedé solo. Fue entonces cuando decidí encontrar a mi hija. Pero llegué demasiado tarde: ese malnacido la había asesinado. —Abrió la mano y miró el relicario con pesar—. Al menos ahora podré morir sabiendo qué fue de mi nieto. —Alzó el rostro y observó a Connor con una nueva determinación en la mirada—. Ya que él no va a poder recibir mi herencia, me gustaría que mi dinero le honrase de alguna manera. ¿Se le ocurre cómo?

Connor solo tuvo que pensarlo un segundo.

—La marquesa de Dunmore dirige un orfanato que ofrece un hogar respetable y amoroso a los niños. Los donativos siempre son bien recibidos y agradecidos.

—Sea —concedió. Lo miró con intensidad—. ¿Sabe? Si usted me hubiese dicho que era mi nieto le hubiese creído solo con verle. Se parece bastante a ella. ¿Por qué ha dejado pasar esta oportunidad?

—Porque no me correspondía —respondió Connor sin más.

Se despidió del anciano y, cuando iba a salir de allí, vio la fotografía colgada en la pared de al lado de la puerta. Era una pareja joven. Le llamó la atención porque, de refilón, la muchacha allí retratada le había parecido la fallecida Emily. Pero, al observarla de cerca, constató que se trataba de Mildred. Hasta entonces, Connor no se había percatado del gran parecido que había entre las dos mujeres. Sus ojos estudiaron con detenimiento al joven que la acompañaba. Moreno y atractivo, tenía la expresión seria y la mano apoyada con posesividad en el hombro de la muchacha. Algo en él le resultaba familiar.

—Supongo que este es el marqués de Bermon.

—Sí, pero no es marqués de Bermon. Es marqués Bermon, pues al ser un título de cortesía, el «de» se omite. Ahora ese muchacho es duque.

Un presentimiento azotó a Connor al instante.

—¿Qué duque? —inquirió, aunque ya sabía la respuesta.

—El duque de Morton, claro. Después del escándalo no volvió a ser el mismo, no quiso volver a saber nada de mujeres, ni siquiera se volvió a casar. Aunque tengo entendido que eso ha cambiado. Todavía no comprendo cómo mi hija prefirió el amor de un caballero, teniendo en cuenta que había podido ser duquesa...

Mientras el anciano seguía parlotando, la mente de Connor analizaba aquel descubrimiento. A todas luces, Morton se había casado con Emily porque le recordaba a Mildred, a la que había perdido. Pero su nueva esposa era un escándalo en ciernes, con su obsesión por Joshua Richmond. ¿Eso podría haberlo llevado a matarla? Tal vez.

Lo que sí era una coincidencia es que las dos jóvenes hubiese resultado asesinadas. Estaba claro: debía reunir información sobre el asesinato de Mildred y después, tendría que tener una charla con el duque de Morton.

Porque si una cosa tenía clara era que ese tipo de coincidencias no existían.

CAPITULO 60

Samantha observó la foto que sostenía en las manos con un sentimiento de pesar. Mary Jane Kelly, irlandesa de nacimiento, había sido toda una belleza de cabellos rojizos y ojos azules a la que la mala suerte la había llevado por el camino de la condenación.

—¿No crees que es triste?

—¿El qué? —inquirió Regina.

La señorita Crawford trabajaba de nuevo en el periódico. Solo había hecho falta para convencerla una disculpa sincera de Scott y una ingente cantidad de flores. La determinación de Regina de irse de su casa y de buscar otro empleo había pasado a la historia ante las atenciones con las que ahora la colmaba el redactor. De hecho, su relación había dado el giro romántico que ambos buscaban sin saberlo.

—Que un hecho fortuito pueda dar un giro radical a tu vida. Mira esta chica, por ejemplo: a los dieciséis años se casó con el joven del que estaba enamorada pensando en formar una familia y tener una vida feliz —explicó, imaginando la situación—. Y, menos de un año después, él muere en la mina en la que trabajaba dejándola en la indigencia.

—Si fue un accidente laboral la compañía de seguros le tendría que haber pagado una sustanciosa suma.

—Pero no fue así, se retrasó en el pago y ella, desesperada, comenzó a prostituirse para poder comer. Fue de aquí para allá hasta que hace unos años llegó a Londres —relató, leyendo las anotaciones que le había pasado Connor—, hasta acabar...

—Solo espero que cojan pronto a ese odioso asesino. Aunque debemos darle las gracias en algo: ha condensado la atención pública en Whitechapel y la gente se está concienciando más en la falta de recursos de la gente que vive allí. Tal vez las cosas empiecen a cambiar en el East End a partir de ahora.

—Señorita Crawford, ¿dónde está mi café?

La poderosa voz de Scott les hizo dar un respingo.

—Hablando de cosas que nunca cambiarán —musitó Samantha, haciendo una mueca divertida.

—¡Oh, pero sí que han cambiado! —confesó Regina con un guiño.

Como si Scott hubiese oído sus palabras o recordado sus modales añadió en el mismo tono:

—¡Por favor!

Las dos mujeres intercambiaron una sonrisa.

Samantha observó cómo Regina le llevaba la taza de café al despacho y era recibida con un cariñoso agradecimiento del señor Scott. Sí, definitivamente las cosas entre ellos habían cambiado mucho.

—Disculpe.

La voz de un hombre la sacó de sus pensamientos. Se giró y se encontró con el rostro serio del honorable Eustachian Wiston.

—Estoy buscando al señor Evan Winters —explicó—. Nuestro encuentro se vio interrumpido de forma inesperada y me dijo que sería interesante si me pasaba por aquí para completar la entrevista.

Una inesperada interrupción en forma de estiércol de caballo, pensó Samantha, conteniendo la sonrisa al recordarlo.

—Espere aquí unos minutos mientras voy a buscarlo —indicó, instándole con un ademán a que se sentara frente a su escritorio.

Fue al cuarto trasero y se cambió de ropa con presteza, apareciendo de nuevo en la redacción como su *alter ego*.

—Señor Wiston, ha sido muy amable por venir hasta aquí —saludó, pero Wiston no le devolvió el gesto, abstraído mientras contemplaba la foto de Mary Jane Kelly. Algo en su expresión la puso en alerta—. ¿La conocía?

—Era una de las muchachas más hermosa que he conocido nunca —susurró, mientras acariciaba la superficie con cariño—, como una rosa en medio de un campo de cardos.

El tono de voz con el que habló le hizo ver que había algo profundo detrás de sus palabras.

—¿Estaba enamorado de ella?

Wiston no respondió con palabras, pero sus ojos hablaron por él.

—Pero yo pensé que usted y la señorita Barry...

—Prudence es una mujer estupenda. Me salvó la vida, ¿sabe? Yo estaba

dilapidando mi pequeña herencia con alcohol, juego y mujeres —explicó—. Una tarde, al salir de una taberna, borracho hasta las orejas, un par de hombres me asaltaron con la intención de robarme la bolsa y en la reyerta me asestaron una puñalada. Pensé que era mi fin. Cuando llega ese momento, uno se da cuenta de cómo ha desperdiciado la vida —murmuró—. Pero entonces apareció Prudence cual ángel salvador. Su padre es médico y ella siempre le ha asistido como enfermera, así que supo cómo actuar. Cortó la hemorragia y curó mi herida de esa forma capaz y efectiva que tiene de hacerlo todo. Me salvó la vida, dándome una segunda oportunidad, así que decidí unirme a su causa y alejarme de los vicios. Pero a veces cuesta deshacerse de las viejas costumbres —añadió, mientras bajaba la vista, ruborizado.

—¿Qué quiere decir?

—Entre usted y yo —murmuró, en tono confidente—, ya sabe que los hombres tenemos pasiones difíciles de reprimir. Pude evitar ciertas cosas, pero la tentación de la carne siempre fue mi debilidad y de vez en cuando acudo a prostitutas para satisfacerla. No es algo de lo que me sienta orgulloso. Pero, entiéndame, la señorita Barry quiere un noviazgo largo y no aceptaría el acercamiento físico hasta después del matrimonio.

«Soy yo la que lo ayuda a evitar la tentación, aunque no siempre tengo éxito. Pero no pierdo la esperanza, tan solo tomo medidas para que no vuelva a suceder», recordó las palabras de Prudence Barry y un presentimiento se abrió paso en su interior. Algo oscuro y grotesco, pero no del todo descabellado.

—Señor Wiston, por un casual, ¿conocía usted a Polly Nichols, Annie Chapman, Elizabeth Stride o Catherine Eddowes?

—¿Debería?

—Eran prostitutas.

—Con todo el respeto, señor Evans, usted sabe cómo funciona esto. Cuando llevas a una fulana a un callejón, no te interesa saber su nombre —murmuró, avergonzado—. Los encuentros los hacía de noche, al abrigo de la oscuridad, de algunas de esas mujeres no recuerdo ni la cara.

—Pero Mary Jane era diferente.

—Sí, era una chica muy dulce. Necesitaba ayuda, ¿sabe? Estaba tan perdida como yo hace unos meses. La había convencido para que viniera a una de nuestras reuniones, ¿sabe?

—¿Y su prometida qué pensaba de esto?

—No quiero ni imaginar lo que pasaría si lo descubriese —respondió, con una

risita nerviosa—. Aunque por fuera parece muy dulce tiene un temperamento muy fuerte y es muy estricta en sus ideales.

—¿Y qué cree que pasaría si lo descubriese?

La sonrisa del señor Wiston se borró al instante.

—¿Qué está insinuando?

—No insinúo nada —mintió Samantha sin dudar—. Si me disculpa, señor Wiston. Me acabo de acordar de que tengo un asunto que requiere mi atención inmediata.

Samantha salió rauda de la redacción, con un sorprendido Jack Ellis.

—¿Cuál es la urgencia? —rezongó el muchacho, corriendo tras ella.

—Creo que acabo de descubrir la identidad de Jack el Destripador.

CAPÍTULO 61

El duque de Morton lo recibió en la biblioteca de su mansión londinense. Connor dejó la puerta entornada tras de sí y se adentró en la habitación con paso firme, sabedor de que, si jugaba bien sus cartas, aquellos próximos minutos podían salvar la vida de un hombre.

—Señor MacDunne, ¿ya hay fecha para la ejecución del doctor Richmond? —inquirió Morton, sin levantarse de su asiento detrás del amplio escritorio.

—Todavía estamos investigando el caso.

—No entiendo lo que hay que investigar —gruñó el duque, golpeando la mesa con el puño—. Ya tienen al culpable en prisión. Entiendo que es su cuñado y que pertenece a una de las familias más importantes del país, pero no se puede permitir que este crimen quede impune.

—Y no va a suceder. De hecho, creo que estoy muy cerca de averiguar quién es el verdadero culpable.

—¿Qué quiere decir? —inquirió el duque, irguiéndose en su asiento.

—¿Recuerda a lady Mildred, la hija del conde de Mederlyn?

El rostro de Morton empalideció.

—¿Qué pasa con ella?

—Debió de ser un duro golpe para su hombría que ella prefiriese escaparse con un simple caballero a convertirse en su duquesa. —Observó con satisfacción cómo el hombre apretaba las manos sobre los reposabrazos de su sillón—. Si yo hubiese sido usted, no habría dejado la afrenta impune, la habría perseguido hasta tomar venganza.

—¿A dónde quiere llegar?

—He hablado con Frederick, un empleado del duque de Bellrose que estuvo investigando ese tema. Hay un dato en sus notas que me llamó la atención. Al parecer, la pareja estuvo dos años moviéndose de aquí para allá, como si huyesen de algo, o tal vez de alguien —añadió, mirándolo con intención. Ante su falta de

respuesta, Connor continuó hablando—. Intuyo que lograron burlar a su perseguidor porque acabaron estableciéndose en una pequeña granja cerca de Reading, donde vivieron durante varios años. Pero usted no había renunciado a su empeño, ¿verdad? Acabó encontrándolos y se lo hizo pagar. Un día ella apareció estrangulada y varios testigos señalaron a su marido. Frederick ha podido averiguar que esos testigos fueron comprados y que alguien pagó al magistrado para que sentenciara a ese pobre desgraciado a la horca.

Connor esperó en silencio a que el hombre dijese algo. Después de tantos años, no había nada que pudiese demostrar aquella hipótesis, pero tenía la esperanza de que el hombre reconociese los hechos guiado por su necesidad de explicar su conducta. Justo cuando pensó que el duque no iba a abrir la boca, empezó a hablar.

—No podía permitir que ese hombre quedase impune después de arrebatarme a mi prometida —masculló Morton, con rabia—. No se puede hacer una idea de lo duro que fue, me convirtieron en el hazmerreír de la sociedad: cuchicheos, miradas de compasión, risas burlonas. Esos dos trajeron la vergüenza a mi familia, se merecían eso y mucho más.

—¿Y Emily? ¿Qué se merecía Emily?

—La vi por primera vez paseando a caballo por Hyde Park. Era tan parecida a Mildred... —musitó, con la mirada perdida—. Tenía tantos pretendientes a su alrededor que pensé que si la colmaba de atenciones me entregaría su corazón. Cuando aceptó ser mi esposa fui el hombre más feliz del mundo, pensé que tenía una segunda oportunidad para ser feliz. Pero me equivoqué, esa zorra no buscaba otra cosa que mi título. Y cuando la escuché hablando con lady Samantha en el corredor de Bellrose House, alardeando de que iba a conseguir que el doctor fuera su amante... Él no es el santo que todos creen, ¿sabe? Cuando me enfrenté a mi mujer me confesó que se había acostado con él varias veces. Se rio de mí —gruñó—. Me dijo que el doctor Richmond era más hombre que yo. —Levantó la mirada y Connor pudo ver la oscuridad en sus ojos—. No podía consentir que volviera a pasar, volver a convertirme en el foco de las burlas de los demás.

—Y la mató.

—Sí, la maté. La estrangulé con mis propias manos, ¿es eso lo que quería oír? Pero luego una idea me vino a la mente. El doctor no podía quedar impune por sus actos. Así que, ¿por qué no convertirlo en el asesino que todos buscaban?

—¿Cómo supo que el doctor Richmond tomaba láudano para dormir?

—Los criados hablan —respondió sin más, con una sonrisa ladeada—. Cogí un

cuchillo de su maletín y lo usé sobre el cuerpo de Emily como había leído en prensa que lo hacía Jack el Destripador. Y, luego, me volví a escabullir en la habitación del doctor y lo manché con sangre. Ni siquiera se enteró.

—¿Es consciente de que esta confesión le va a llevar a Newgate?

—En eso se equivoca, muchacho —replicó el hombre, con una sonrisa relamida—. Nunca confesaré esto ante nadie y no tiene pruebas que demuestren mi culpabilidad. Es su palabra contra la mía y, ¿a quién piensa que creerán? ¿A un duque de reputación intachable o a un hombre como usted? —escupió, con desagrado.

—A usted, por supuesto —reconoció Connor, sin inmutarse—. Contaba con ello. Es por ello que decidí no venir solo —explicó, mientras andaba hacia la puerta entornada y la abría de par en par para dejar pasar a uno de los magistrados más respetados de Old Baley y a dos detectives de Scotland Yard.

—Todo suyo —musitó, mientras se hacía a un lado con una burlona reverencia para dejarles pasar.

Connor salió de allí escuchando los gritos de indignación del duque mientras era detenido, y sonrió. Un pequeño gesto que contenía la emoción que le desbordaba por dentro porque, por fin, los Richmond podrían encontrar la paz.

Su primera parada fue en la mansión familiar, a pocos metros de distancia de la residencia del duque de Morton.

—¿Trae novedades? —inquirió el duque, nada más verlo traspasar el umbral de entrada.

Su rostro se mostraba ojeroso y cansado, al igual que el de la duquesa, cuya belleza, tan exquisita como la de Samantha, estaba empañada por la preocupación.

—Me temo que sí —respondió, con seriedad—. Siento tener que comunicarles que acabamos de detener a su vecino, el duque de Morton, por el asesinato de su esposa.

Los duques lo miraron durante unos segundos en silencio y cuando por fin asimilaron sus palabras, reaccionaron cada uno a su manera. Madeleine irrumpió en sollozos mientras Nathaniel estallaba en una carcajada de júbilo; y, luego, los dos se fundieron en un sentido abrazo.

Minutos después, ya en la intimidad de la biblioteca, con las emociones otra vez bajo control, Connor les relató con detalle el curso de su investigación hasta derivar en la detención de Morton. Sonrió con condescendencia cuando la duquesa le dio un rápido abrazo y le besó la mejilla en señal de agradecimiento.

—Voy a cambiarme de ropa. Si Joshua va a quedar libre quiero estar allí para traerlo de vuelta a casa —declaró, antes de dejarlos a solas.

—Está emocionada —explicó el duque—. Han sido unos días muy difíciles para todos.

—Las dificultades no han acabado. Es más, diría que para Joshua están por empezar.

—Lo sé —suspiró Nathaniel, hundiendo los hombros—. Siempre he tratado de proteger a mis hijos de todo mal, pero hay cosas que se escapan de mi control.

—Se que esto le va a sorprender pero, por mucho empeño que le ponga, usted no es Dios.

Su comentario fue recibido con un arrogante alzamiento de ceja.

—Ha hecho un trabajo excelente en esta investigación —admitió el duque. Al ver la sonrisa de Connor frunció el ceño—. Ojo, no he cambiado la opinión que tengo de usted. Continúa sin merecer a mi hija.

—No espero merecerla. Tan solo aspiro a amarla —respondió Connor con humildad—. Y ahora, si me disculpa, mientras ustedes van a La Central a darle la buena noticia a Joshua, yo voy a hacer lo propio con mi mujer.

Justo cuando iba a salir de la habitación la voz del duque lo detuvo. Connor se giró, y se lo encontró justo detrás de él. Para medir metro noventa se movía de forma muy sigilosa.

El duque abrió la boca, como para decir algo, pero debió cambiar de opinión porque la volvió a cerrar sin emitir sonido alguno. Frunció el ceño. Connor también.

—Supongo que debo darle las gracias por lo que ha hecho por mi familia —musitó finalmente, ofreciéndole la mano.

Connor la estrechó sin decir nada. Intentó soltarse, pero el duque no le dejó. Lo miró expectante. De repente, escuchó una maldición entre dientes y, para su sorpresa, al segundo siguiente estaba engullido en un abrazo de oso.

—Gracias.

CAPÍTULO 62

Samantha corrió al hall de entrada cuando escuchó que su esposo por fin llegaba a casa.

—¡Maldición, Connor! ¿Dónde estabas? Llevo toda la tarde buscándote.

—¿Es esa la forma correcta de recibir a tu marido cuando llega a casa cansado después de un largo día de trabajo? —inquirió, atrapándola entre sus brazos y dándole un apasionado beso.

Samantha se separó ruborizada, más aún al ver que Andrew, lejos de dejarles intimidad, los contemplaba con un pequeño alzamiento de la comisura del labio. Había que ver lo expresivo que se estaba volviendo ese hombre, si casi se podía decir que era una sonrisa.

—Andrew, desaparece —gruñó Connor, sin soltarla—. O mejor aún, vamos a buscar un lugar más íntimo. Necesito conversar contigo de algo.

Eso puso en alerta a Samantha al instante.

—Nada de *conversar*. Tenemos que hablar.

—¿No es lo mismo? —preguntó Connor, confuso.

Samantha cayó en la cuenta de que su marido, al decir conversar, lo decía literalmente y enrojeció por el malentendido... y por la excitación instantánea que había sentido.

—Sí, claro que es lo mismo —musitó, azorada—. Y yo también tengo algo que contarte.

Fueron corriendo a la biblioteca, cogidos de la mano como niños, los dos impacientes por compartir lo que habían descubierto.

—Yo primero.

—Creo que lo que yo te voy a contar te gustará más —replicó Connor, con una sonrisa pícara.

—Pues, entonces, los dos a la vez.

Contaron hasta tres y hablaron al mismo tiempo.

—Sé quién es Jack el Destripador.

—El duque de Morton mató a Emily.

Los dos abrieron los ojos sorprendidos.

—Las damas primero —declaró Connor, al instante.

—¡Ah, no, no! Empieza a hablar ahora mismo —contraatacó Samantha, impaciente por saber más del caso de su hermano.

Lloró cuando Connor le contó que por fin se había demostrado la inocencia de Joshua, y al conocer toda la historia, lloró todavía más. Era muy triste que la obsesión de un hombre hubiese acabado de esa forma con la vida de Mildred y su familia.

—Y eso es todo —concluyó, con un suspiro—. Y ahora, por Dios, dime quién es el hombre que se esconde tras la identidad de Jack el Destripador. Me tienes en ascuas.

—¿Y si te dijera que creo que es una mujer?

Los ojos de Connor se abrieron como platos.

—Es una opción que no me había planteado —respondió al fin—. Aunque, pensándolo bien, cabe esa posibilidad. Los forenses confirmaron que las víctimas no presentaban lesiones por agresiones sexuales. ¿En quién estás pensando?

—Creo que es la señorita Barry.

Connor parpadeó.

—¿Estás hablando de Prudence Barry? ¿La virtuosa integrante del Ejército de Salvación? —inquirió Connor, incrédulo.

—Tú mismo me has dicho más de una vez que la maldad se puede ocultar detrás de la persona de aspecto más inocente —replicó Samantha, con voz razonable—. Y si te dijera...

Le contó toda la conversación que había tenido con el honorable Eustachian Wiston, sin omitir ningún detalle.

—Piénsalo. Se mueve por Whitechapel; tiene conocimientos de medicina; es de constitución fuerte, podría someter sin problema a una mujer; y tenía motivos suficientes para atacar a las víctimas.

Connor se quedó pensativo, reflexionando sobre su teoría.

—Eso explicaría su ensañamiento con la última víctima.

—Exacto, porque Mary Jane era especial para el señor Wiston.

Su marido hizo un sonido inarticulado, mirándola con admiración.

—¿Te he dicho ya que te amo?

Samantha sintió que su corazón se paralizaba para después comenzar una alegre polca, seguido de un alocado vals, mientras sentía como las lágrimas se asomaban a sus ojos.

—No, Connor, nunca me lo has dicho con palabras —farfulló, conteniendo la respiración.

Y era cierto. Connor le demostraba su amor en cada una de sus miradas, en sus gestos, en la intimidad de sus abrazos, incluso en sus silencios. Pero nunca había dado voz a esos sentimientos.

—Recuérdame que te lo diga más tarde —musitó Connor, mientras le daba un toquecito con el índice en la nariz, para después salir de la habitación a toda prisa.

Samantha parpadeó. Debía ser una broma. Ahora volvería y le diría las palabras que llevaba aguardando desde hacía meses. No la podía dejar así, ¿verdad? Él no sería capaz...

—¡Connor MacDunne! Regresa ahora mismo, ¿me oyes? —gritó, fuera de sí, recogiendo la falda y corriendo en pos de él —. ¿Dónde crees que vas? —inquirió, al ver que se había puesto el abrigo y estaba a punto de salir.

—Voy a detener a la señorita Prudence Barry, por supuesto —declaró. Le hizo una cortés inclinación de cabeza mientras se llevaba la mano al sombrero, como un perfecto caballero y se despidió.

Solo pudo dar tres pasos antes de que Samantha se lanzara de un salto sobre su espalda, colgándose de él como un mono, aprisionándolo con brazos y piernas.

—Ni se te ocurra dar un paso más, asno terco y...

Sus palabras se cortaron con un chillido asustado cuando Connor se inclinó de improviso hacia delante, volteándola con energía. Cerró los ojos, esperando el golpe contra el suelo, pero cuando los abrió, sin saber cómo, estaba a salvo en brazos de su amado.

Se miraron a los ojos mientras Connor la depositaba con cuidado en el suelo, quedando cuerpo contra cuerpo, y entonces él puso en palabras lo que ella llevaba tiempo intuyendo en su mirada.

—Te amo, Samantha Evangeline Amber MacDunne.

Y entonces, sí, ella le dejó ir.

FIN

EPILOGO

Cinco años después

Connor cerró el periódico con un suspiro, analizando la nueva teoría sobre la identidad de Jack el Destripador que acababa de leer.

Nunca pudieron demostrar que la señorita Prudence Barry fuese la autora de los crímenes ya que, por desgracia, encontraron su cuerpo flotando en el Támesis al día siguiente. Según todos los indicios, ella misma se había quitado la vida, frustrando así sus esperanzas de relacionarla con los asesinatos.

Lo que era un hecho es que, desde entonces, no habían vuelto a aparecer cadáveres con un *modus operandi* de esas características. Connor había dado por cerrado el caso, pero varios detectives seguían obsesionados con el tema. Mucho temía que el misterio de Jack el Destripador perduraría durante los siglos venideros.

—Padre ¿qué significa *inconfomista*?

La voz infantil lo sacó de sus pensamientos.

—¿Inconformista? —corrigió.

La niña asintió.

—Es cuando una persona no está satisfecha con algo y lucha por cambiarlo —explicó Connor, buscando las palabras adecuadas para que su hija de cuatro años las entendiera.

La pequeña Sophia había heredado sus ojos color verde pero, por lo demás, era un calco de Samantha, tanto en el aspecto físico como en la curiosidad intelectual.

Observó con una sonrisa cómo ladeaba la cabeza, reflexionando sobre lo que había oído, un gesto que había copiado de su madre y que él adoraba.

—¿Como cuando los primos Brose y Charlie me dijeron que no podía jugar a la pelota con ellos porque no sabía patear fuerte, pero yo no les hice caso y les

demonstré que sí que podía?

—Algo así —musitó Connor, recordando el episodio de aquel verano en Bellrose House que había acabado con uno de los cristales de la mansión hecho añicos.

—Pero eso no es malo, ¿verdad?

—Por supuesto que no, ¿quién ha dicho que lo sea?

—El otro día escuché a dos criadas hablando —confesó la niña—. Decían que ya no nos invitaban a tantas fiestas bonitas porque madre era una inconformista.

Connor y Andrew intercambiaron una rápida mirada. Su mayordomo, ayuda de cámara, y, para qué negarlo, también amigo, hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza, asegurándole sin palabras que se enteraría de quién había cometido esa falta de discreción y tomaría cartas para que no se volviese a repetir. El hombre se tomaba la lealtad hacia los MacDunne como algo muy personal.

Desde que Samantha, el año pasado, decidiera por fin enterrar a Evan Winters y firmar todos sus artículos con su propio nombre, muchas de las familias de la nobleza que antes la recibían con los brazos abiertos le cerraron sus puertas. Tal y como el duque de Bellrose predijo, ni toda la influencia ni el apoyo de los Richmond consiguió salvarla del escándalo. Lo bueno de algo así era que ahora sabían quiénes eran en verdad sus amigos.

Connor estaba muy orgulloso de ella por haber tenido el valor de dar ese paso. Como siempre, su esposa vivía haciendo honor al lema de los Richmond: «Audeo».

Me atrevo.

—¿Y tú quieres ir a fiestas bonitas?

—Sí, pero a las que dan los abuelos en Bellrose House, cuando vienen los tíos y los primos. Esas me gustan mucho. —Se quedó callada unos segundos, ladeando la cabeza—. ¿Crees que mi nuevo primo será niña?

Lo preguntó con tanta esperanza que Connor tuvo que contenedor la sonrisa. La niña estaba frustrada porque era la única chica entre un montón de pequeños Richmond, todos ellos chicos. Aunque, al igual que su madre, sabía defenderse bien.

—Eso es lo que vamos a averiguar en cuanto tu madre baje.

—Pues, con esta tripa, creo que es posible que baje rodando —se oyó la voz de Samantha desde lo alto de las escaleras.

Connor sonrió ante el tono quejumbroso de su mujer. Ascendió con premura

las escaleras para ayudarla a descender. Cuando llegó hasta ella, le acarició con ternura la tripa, antes de darle un rápido beso. Su hijo nacería en apenas un mes y, por las patadas que daba, estaba convencido que iba a ser un niño... u otra pequeña inconformista.

—¿En la nota no ponía nada más?

—No, tan solo que ya podíamos pasar a conocer al nuevo miembro de los Richmond.

—Vamos pues.

No tuvieron que coger un vehículo para desplazarse, ya que su destino estaba a tan solo varias casas de allí. En cuanto llamaron al timbre, un servicial mayordomo les abrió la puerta.

—La familia espera en el salón —anunció, invitándoles a pasar con un gesto.

Sophia, que había ido innumerables veces a casa de sus tíos, salió corriendo a una velocidad increíble para lo cortas que tenía las piernas. Connor intercambió una mirada divertida con Samantha, mientras seguían a su pequeño retoño.

Nunca lo admitiría ante nadie, bueno, tal vez ante Samantha sí, pero la imagen que encontró al traspasar las puertas lo emocionó. El doctor Joshua Richmond, el hombre al que había llegado a querer como a un hermano, observaba con adoración cómo su joven esposa acunaba un pequeño bulto entre los brazos.

¿Cómo era posible que una mirada pudiese contener tanto sentimiento?

—No eres consciente de ello, pero tú me miras igual —susurró Samantha a su lado, como si le hubiese leído la mente—. Y, desde el principio, no pude resistirme a lo que encontré detrás de tu mirada.

—¿Y qué fue?

—Al único hombre que me amaría lo suficiente para ayudarme a ser yo misma.

Tuvo que besarla, porque se lo pedía el alma, porque se lo pedía el cuerpo, porque sí. Hasta que la voz de su hija irrumpió en su pequeña burbuja romántica.

—¿Es una niña?

—Lo siento, princesa, pero me temo que es un niño —respondió Joshua, con simulado pesar.

Sophia ladeó la cabeza, pensativa. Connor contuvo el aliento, a la espera de escuchar la siguiente salida de su hija.

—Brose me contó que tía Jacky antes era un chico. Tal vez al bebé le pase igual y luego se convierta en niña cuando sea mayor.

Connor comenzó a toser disimulando la risa mientras Samantha se llevaba la mano a la frente. Sophia tenía un don especial para tocar los temas más

indiscretos cuando menos lo esperabas.

Joshua y Jack intercambiaron una sonrisa.

—Tía Jacky siempre ha sido una chica, lo que pasa es que llevaba un disfraz para engañar a todos, incluso me engañó a mí —explicó Joshua, agachándose para quedar a la altura de la pequeña—. ¿Quieres que te cuente la historia de cómo el infame Jack Ellis me salvó la vida?

La niña asintió, entusiasmada.

—Pues acércate, que te va a encantar.

NOTA DE LA AUTORA

He situado la residencia en Londres de los duques de Bellrose en el número 18 de la calle Kensington Palace Gardens. Dicha mansión existe en realidad, pero pertenecía a la familia Rothschild, que poseyeron una de las mayores fortunas del siglo XIX a nivel mundial. Otro dato interesante es que, a día de hoy, esa calle se considera la más lujosa del mundo y ese edificio en particular, es ahora propiedad de un billonario de origen indio.

La figura del editor jefe del periódico *The Progress*, Walter Scott, está basada en una persona real: William Thomas Stead. Fue director del periódico *Pall Mall Gazette*. De hecho, lo nombro varias veces porque es uno de los ídolos de Samantha. Stead fue un pionero en el periodismo de investigación y en el libro hago referencia a varios de los trabajos que lo hicieron célebre. Fue uno de los primeros en darse cuenta que los medios de comunicación podían influir mucho sobre la opinión pública, y supo sacarle partido para mejorar las condiciones sociales de los más desfavorecidos. Un dato curioso es que murió en el Titanic y fue considerado como uno de los ingleses más famosos a bordo.

Lady Samantha Richmond es un reflejo del cambio de mentalidad que estaban sufriendo algunas de las mujeres de la época y que fue el precursor del movimiento feminista, que ya empezaba a asomar a finales de aquel siglo.

Como habréis podido observar, he intentado hacer una documentación exhaustiva para poder escribir esta historia, sobre todo en lo relacionado con Jack el Destripador. Pero advierto que no soy historiadora. Si he cometido algún error espero que me sepáis perdonar.

AGRADECIMIENTOS

Volvemos al mismo punto de siempre y que no me cansaré de repetir: para poder escribir, necesito tiempo. Y es gracias a mi familia que lo consigo. Tiempo que me regalan y que les robo. Así que mi primer agradecimiento siempre será para mis tres chicos. Os quiero.

Una de las mejores cosas de ser escritora son las personas que he conocido durante este tiempo:

Carmen, es un lujo que me hayas «adoptado», que me apoyes en todo y que siempre estés dispuesta a echarme una mano; no hay palabras suficientes que expresen mi agradecimiento.

Ángela, gracias por tus consejos y por nuestras charlas en la distancia; eres un amor.

Gracias a tod@s mis compañer@s de Selección (no voy a entrar en nombres porque la lista es grande), porque es un orgullo caminar a vuestro lado en esta apasionante aventura de la escritura.

Lola Gude, gracias, como siempre, porque este sueño comenzó con tu voz.

Y, por último, a Érika Gael, porque tu sabiduría guía a muchas soñadoras que, como yo, necesitan orientación.

Si te ha gustado

Detrás de tu mirada

te recomendamos comenzar a leer

De terrores y otras alegrías

de *Díaz de Tuesta*



Flores para los muertos

Para Jorge, era un trabajo sencillo.

La vieja no pagaba mucho, cierto, pero saltar la tapia del cementerio suponía un esfuerzo mínimo y el traslado de las flores, las grandes coronas, los hermosos ramos, no dejaba de ser un agradable paseo. Incluso le permitía sonreír, en el camino de vuelta, a la chica que había empezado a hacer la calle junto a la tasca de Alberto.

Siempre llegaba con las sombras, como si la noche tomara forma en su piel oscura. Era morena, de grandes ojos y largas piernas, líneas cimbreantes que hubieran debido tener mejor destino que el de ser tocadas por toda clase de pieles a cambio de unas pocas monedas. No hablaba su idioma, lo supo la tercera noche al preguntarle su nombre y recibir una risita nerviosa por respuesta y él jamás pagaba por un servicio; era una cuestión de principios que no pensaba romper, ni siquiera por ella.

No les quedaba, por tanto, más que la sonrisa, el lenguaje internacional de las expresiones luminosas. En eso, se entendían perfectamente.

Jorge no podía decir cuándo aquel encuentro se había vuelto importante. Quizá lo fue desde el principio, desde el mismo instante en que se hicieron reales el uno para el otro, llenándose de color, de facetas y detalles, superponiéndose al gris decorado que formaba el mundo. Adoraba la sonrisa de aquella muchacha, era su única conexión con esa parte de las relaciones humanas que tan extraña le parecía. Amor, afecto, amistad, cariño... Muchas veces se había preguntado qué sensación provocaban realmente aquellos términos tan valorados por la mayoría de la gente y solo ahora empezaba a intuirlo. Antes pensaba en ellos con desdén; ahora, con auténtica codicia. ¡Le resultaban tan raros y fascinantes! Él se había criado en la calle, había tenido que luchar duramente por cada bocado, por cada noche bajo techo, por huir del frío y de la miseria. No es que en esos momentos fuera rico, ni mucho menos, pero se estaba haciendo un hueco en el mundo, la clase de huecos que se buscan por la fuerza los que nada tienen. Hubiera podido conseguir mucho más en menos tiempo, pero no era tonto y sabía que los vivos eran muy celosos de sus pertenencias.

Él prefería robarle a los muertos.

Las flores. Las deliciosas, aterciopeladas, perfumadas flores de los muertos...

Alguna vez, se había acercado a los ramos de rosas en la floristería de Elvira, a sus jazmines, a sus crisantemos, a sus gladiolos solitarios. No olían igual, en absoluto. Estaban allí, a disposición de cualquiera; eran flores iluminadas fieramente por la luz del sol, destinadas a festejar cumpleaños o la existencia de una pasión, o para adornar un templo, o cualquier otra cosa que atañía únicamente a los vivos. Solo las Elegidas, las arrastradas por la fuerza del destino a la oscuridad de las sombras, las obligadas a traspasar la línea entre mundos, eran capaces de emitir aquel perfume único que le envolvía en sus paseos nocturnos, del cementerio a la casa de la vieja.

Y en la casa de la vieja.

Allí, a la luz de las dos velas que apenas conseguían contener las hambrientas sombras contra las esquinas, las flores tenían un perfume más intenso todavía, de ser posible. Virulento, penetrante, denso... brutal. Tras pagarle con las monedas que sacaba sigilosamente del armario situado en el centro de la habitación, arrastrada por aquel anhelo, aquella urgencia incomprensible, la vieja hacía caso omiso de su presencia y empezaba a arrancar los pétalos, a llevar a cabo su extraño ritual, mirando de vez en cuando hacia el armario, como vigilando que siguiera allí.

Jorge la observaba en silencio, entre fascinado y repelido, intentando deducir las razones de tal proceder. ¿Sería algún conjuro? ¿Alguna clase de magia insólita? A su pesar, Jorge, Catedrático de las Calles, Doctorado en Puños, Experto en Todas las Formas del Dolor, temía a la vieja. Temía sus ojos blancos que parecían ciegos pero que lo veían todo. Temía su tacto reseco, sus uñas rotas siempre manchadas de tierra negra y el olor dulzón que emitía. Era como si las flores la envolvieran, sofocantes, y se pudrieran lentamente sobre su piel, fermentándose en una esencia tan odiosa como sugestiva.

Más de una vez se había preguntado si no estaría ya muerta, si no sería la tierra de sus uñas tierra de su propia tumba, prueba de haber escarbado con desesperación para escapar y volver al ámbito de los vivos. Pero era tan absurdo... Jorge creía firmemente en la línea, en la zona de nadie que separaba los mundos. Solo las flores podían traspasarla.

La vieja arrancaba uno a uno los pétalos de las hermosas coronas, con cuidado exquisito, tratando de no romperlos. Los iba pegando en la pared asegurándose de no dejar nunca espacios vacíos, usando como engrudo su espesa saliva. Jamás ningún pétalo osó soltarse tras ser añadido al grupo con aquel pegamento

repugnante. Y ella murmuraba con su voz rasposa, llena de espinas: «Flores para los Muertos. Flores para las Almas Perdidas. Flores para Aquellos de los que Nada queda...».

A la luz del día, recordarlo hasta le inspiraba algo de hilaridad. Bajo el tembloroso palpitar de las velas, resultaba total y absolutamente aterrador. Así, sin más, sin términos medios, sin palabras que pudieran suavizarlo. Aterrador por lo tétrico, por lo inexplicable, por lo absurdo que era todo. Las paredes, las cuatro paredes del pequeño cuartucho, estaban casi completas. Podía haber terminado al menos tres, de hecho, pero seguía una línea, igual que seguía un ritual, y cuidaba de continuar las hileras por los cuatro lados con precisión milimétrica.

Jorge se sentía enfermo y se iba.

Se decía que solo era un trabajo y trataba de no pensar más en ello. Pasaba el día en la Oficina del Paro, la versión mortal del Purgatorio de las Almas en Pena; en la tasca de Alberto, el Cielo Ilusorio para quienes solo quedaban los sueños distorsionados en el fondo de un vaso vacío; y en la calle, el mundo hostil del asfalto y de la espalda, donde nadie conocía a nadie, donde todos buscaban la manera de ser más fuertes que el contrario.

Y, con la llegada de una nueva luna, reiniciaba su rutina.

Una noche, al regresar con las flores, vio a la chica apoyada contra la pared, junto a su esquina habitual. Supo que estaba llorando por la forma suave en que vibraban sus hombros, aunque algo le dijo que lo hubiera intuido en cualquier caso. Jorge cargaba con una enorme corona en la que una cinta juraba «NUNCA TE OLVIDAREMOS». Estaba formada por decenas de pequeñas rosas blancas, que habían sido puras, inmaculadas bajo la luz del sol, pero que ahora mostraban los colores del hueso, la esencia de la muerte, el perfume intenso del otro lado. ¿Acaso no pertenecía ella también, en parte, al otro lado? Era un ser como él, sin lugar en el mundo de los vivos pero aún no aceptada entre los muertos, una criatura mixta, perdida en la estéril tierra de nadie. Vivían y morirían porque sí, y nadie los recordaría. Solo se tenían el uno al otro.

Jorge sintió una extraña congoja. Extrajo una rosa de la corona y se acercó a la muchacha. Piel negra, golpeada, un labio roto, un ojo morado. Durante unos segundos, ella lo miró sin verlo. Luego, al reconocerlo, sorbió las lágrimas y sonrió. Jorge hubiese querido matar con sus propias manos a quien le había hecho eso, pero no tenía sentido preguntar. Quizá, ni aunque hubiese sabido el nombre, ni aunque hubiese conocido su idioma, se lo hubiera dicho. Cada uno

tenía su parcela de realidad perfectamente delimitada: ella, con sus clientes; él, con sus flores; solo enlazados por la sonrisa.

Jorge le tendió la flor.

La chica parpadeó sorprendida. Sus ojos de ébano brillaron como cristales. Una nueva lágrima se deslizó por su mejilla y la sonrisa se extendió, trémula, algunos milímetros más. No dijo nada. No era necesario que dijera nada. Solo cogió la flor, casi reverente, y la olió cerrando los ojos, sumergiéndose en el perfume y en la sensación de sublime maravilla que le producía aquel inesperado obsequio. Jorge la dejó así, y prosiguió su camino.

Si la vieja echó de menos la flor, no lo dijo. No es que tuviera mayor importancia, pero todo lo relacionado con ella resultaba tan extraño que no le hubiera sorprendido verla furiosa exigiendo su restitución o un nuevo viaje gratis al cementerio. Pero no, se limitó a temblar de gozo anticipado al ver el estupendo material logrado esa noche y Jorge quedó convencido de que en medio de la profusión de rosas, su ausencia había pasado completamente desapercibida. Cobró y se fue.

Apenas pudo dormir esa noche, se sentía sumamente inquieto. Durante el día, en la Oficina del Paro, en la tasca de Alberto, en la calle, pensó en el labio roto de la chica, en sus sensibles ojos de ébano y en aquella lágrima solitaria. Pensó tanto en todo ello que sus principios cambiaron y decidió que si no podía convencerla con su sonrisa, pagaría por tocar aquella piel y tratar de alcanzar, más allá, su luz oscura. Alcanzarla y atraparla, a ser posible, y arrancarla de la esquina en la que vivía, y ser dos en la misma lucha para ahuyentar definitivamente la soledad. Les unía una sonrisa, una sonrisa auténtica y resplandeciente. Era mucho más de lo que había unido a otros.

Pero esa noche, la chica no estaba.

No era la primera vez, todo dependía de un cliente, de un momento de buena fortuna, de una concatenación de circunstancias. Jorge dudó un instante, aun sabiendo que no había lugar para las dudas. Tenía que verla esa misma noche y llegar a un acuerdo sobre su futuro. Dejó la corona que había conseguido bien oculta tras unas cajas y entró en la abarrotada tasca de Alberto a preguntar por ella.

Entonces, supo lo que había pasado.

La habían encontrado al amanecer, con el cuello roto, en uno de los callejones cercanos al muelle. «Mala suerte», dijeron todos agitando tristemente las cabezas, con la resignación propia de quienes saben que la vida es algo que se te

puede robar en cualquier momento, como todo lo demás. Fue una noche de pura mala suerte. El cliente anterior le había pegado con saña, con esa violencia de la que solo son capaces los más cobardes, los que tienen que liberar sus frustraciones con quienes saben que no pueden defenderse; pero, según la policía, para entonces aquel hombre tenía una coartada oportuna en su mundo socialmente aceptable de próspera clase media. Nadie sabía con quién se había ido después. Y nadie sabía nada de una rosa.

Jorge se sintió absolutamente desolado, como nunca jamás en toda su vida. Había perdido la sonrisa, había perdido los ojos de ébano, la brújula con la que había querido orientar el resto de su existencia. Tuvo miedo de llorar y quizá lo hizo porque Alberto, que no era dado a semejantes muestras de generosidad, lo invitó a la primera copa, a la que siguieron dos más, y luego una tercera tratando en vano de alcanzar ese punto en el que toda pena produce una risotada vacía. Para cuando recogió de nuevo la corona, se tambaleaba torpemente sobre los pies.

La vieja estaba ya fuera de sí cuando llegó. Se había retrasado respecto a su horario habitual, cierto, pero tampoco parecía tan importante. La mente de Jorge, embotada por el alcohol, no podía entender su angustia ni su furia. Ella le arrebató la corona y, en vez de pagarle de inmediato como hacía siempre, empezó a arrancar pétalos con manos temblorosas, a humedecerlos con una lengua ennegrecida por los encantamientos, a pegarlos en su línea exacta con fuertes golpes llenos de desesperación. «Flores para los Muertos. Flores para las Almas Perdidas. Flores para Aquellos de los que Nada queda...».

El olor, la podredumbre, el cambio... Todo estaba teniendo lugar de forma acelerada, para intentar recuperar unos segundos vitales. Jorge sintió que se mareaba. El amargor de la bilis ascendió hasta su boca.

—Págueme —pidió mientras contenía la náusea, las ganas de vomitar, de expulsar de sí el alcohol y el espanto. Pero la vieja no le hizo caso. Siguió con su sonsonete, con su pegar pétalos enloquecido, arrancándolos de la corona a puñados, sin el cuidado con el que habitualmente llevaba a cabo el proceso.

Decidido a irse cuanto antes, Jorge se dirigió hacia el armario del que la vieja siempre sacaba las monedas. Estaba situado en el centro mismo de la habitación para mantener despejadas las paredes y poder llenarlas por completo de pétalos, y él siempre lo había visto por su parte trasera. Por delante, resultaba un mueble igualmente anodino, de madera barata y diseño poco inspirado. Tenía cerradura, pero la llave no estaba echada.

La vieja había seguido sin prestarle atención; pero, en cuanto abrió las puertas, en cuanto descubrió el foco de aquel olor nauseabundo, en cuanto contempló horrorizado el cuerpo marchito que aguardaba dentro, colgado de una percha cual ropa destrozada, chilló enloquecida. Dejó caer el puñado de pétalos que había tenido entre las manos, revolotearon a su alrededor como si fuera la aberrante novia de una boda y se lanzó a por él. Aturdido por la fetidez que había surgido del armario, Jorge no fue tan rápido como ella. Sintió que le clavaba las uñas rotas y negras, que tenían un tacto terroso y áspero; las clavó con tanta saña que le desgarró la piel y la carne, y derramó su sangre. Jorge reaccionó de forma instintiva y lanzó el puñetazo que tantas veces le había salvado en otras ocasiones.

Notó cómo la carne se deshacía como algo viscoso y repelente bajo sus nudillos, cómo los huesos se astillaban igual que ramas secas, sin emitir un solo lamento. El impacto fue fulminante. Antes de tocar el suelo, cuan larga era, la vieja ya estaba muerta.

Jorge la miró sobrecogido, con un estremecimiento helado recorriendo su interior, atenazando sus articulaciones, impidiéndole respirar. No era la primera vez que mataba a alguien, bien lo sabían las calles y la siempre silenciosa noche, pero sí la primera en que no había deseado realmente matar y en la que el otro no podía defenderse. Allí, tirada, inmóvil, la vieja parecía tan débil, tan vulnerable...

Sintió un momento de vacío, de absoluta nada. Luego, los cabellos de su nuca se erizaron.

Lentamente, se giró y se enfrentó al cuerpo guardado en el armario. Era poco más que un esqueleto, despojos irreconocibles; aunque los restos de su ropa, un traje de un negro sin más matices que los que le daba la suciedad, hacían suponer que se trataba de un hombre. No se había movido...

¿O sí?

¿Estaba antes la cabeza inclinada hacia ese lado? ¿La mandíbula había caído de ese modo, en aquella especie de burlona carcajada, como si acabase de presenciar algo realmente divertido? No estaba seguro y, de alguna forma, saberlo era importante. Los ojos de Jorge recorrieron la figura, buscando cuidadosamente todos los posibles cambios.

Y entonces, vio la rosa.

La tenía aferrada entre los descarnados dedos de su mano derecha. Mano de huesos, firme y dura; mano capaz de arrebatar vidas, de romper cuellos... Jorge

contuvo la respiración, horrorizado, culpable, enloquecido, sofocado por el olor —cada vez más fuerte e intolerable— del cadáver y de las flores.

Una sobrecogedora sensación de urgencia le embargó por completo. No sabía por qué, pero debía completar aquellas paredes, debía evitar... algo que, de tan horrible, no podía ni imaginar, no quería ni imaginar. Quizá fue en ese momento cuando se quebró su mente, aunque de ser así, no llegó a darse cuenta porque ya no pensaba en nada, no pensaba en sí mismo, ya no existía. No tuvo mucho que ver tampoco con el hecho de que su cuerpo se moviera por la habitación, que se dirigiera a la corona, que empezara a arrancar pétalos convulsionado, mientras miraba de vez en cuando al armario con el alma en vilo.

—Flores para los Muertos —dijo una voz que le costó reconocer como la suya, y su saliva era pegamento, y su lengua empezó a ennegrecerse con las sílabas del sortilegio—. Flores para las Almas Perdidas. Flores para Aquellos de los que Nada queda...

Su misión es protegerla, pero... ¿quién lo protegerá a él de ella?



Lady Samantha Richmond es una dama poco común. No solo por su singular belleza sino por el interés que tiene en ejercer una profesión: ser periodista. Un empleo poco usual para una mujer a finales del siglo XIX y completamente descabellado para la hija de un duque. Sabedor de que la joven no va a dejar que nadie la detenga en sus aspiraciones, su padre, Nathaniel Richmond, duque de Bellrose, decide contratar los servicios de la mejor empresa de seguridad de Londres para protegerla mientras trabaja.

Connor MacDunne ha sobrevivido a una infancia dura y todavía sufre pesadillas por ello, pero está decidido a dejar atrás su pasado. Su vida da un giro inesperado cuando decide fundar los Blueguards, una empresa de seguridad y vigilancia que colabora con Scotland

Yard en la lucha contra el crimen y en la caza de un asesino que está asolando Whitechapel: Jack el destripador. Cuando decide aceptar el encargo que le encomienda el duque de Bellrose para proteger a su hija, sabe que ese trabajo le aportará mucho prestigio y beneficios, lo que no espera es que la muchacha se convierta en el mayor reto al que se ha enfrentado en su vida.

Adriana Rubens nació en Valencia en 1977. Se licenció en Bellas Artes por la Universidad Politécnica de Valencia y obtuvo diversas becas de estudios en el extranjero que le permitieron vivir unos años entre Italia e Irlanda.

Apasionada de la novela romántica desde muy joven, intenta compaginar su afición por la escritura con un trabajo de jornada completa y dos niños pequeños, llamados Adrián y Rubén, que le han inspirado el seudónimo con el que rubrica la notable novela que ha merecido el VI Premio Vergara-El Rincón de la Novela Romántica: *Detrás de la máscara*.

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2018, Adriana Rubens

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-976-8

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Detrás de tu mirada

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...
Sobre este libro
Sobre Adriana Rubens
Créditos